

EL LIBRO  
AZUL

LA  
MALDICIÓN  
DE  
ESKER'LAMET



UNIVERSO  
2099





Nota de autora:

Este libro trata sobre la justicia. Nada más.

Pero qué es de la justicia sin sus orígenes en el ser humano, cuál es su propósito y su existencia. Es imposible hablar de justicia sin hablar de los sentimientos que la impulsan, que le dan vida, de los traumas, de la mente, y de la sociedad.

No. No justicia divina, ni justicia social. Justicia.  
¿Qué es? ¿Y dónde está?

# **EXORDIO** ‡

## LA ETERNA

Hubo un tiempo en que la cama era el único lugar agradable en el mundo entero. Las frazadas me protegían de los monstruos y las decepciones.

Todo dolor se hacía agua si era la almohada quien me sostenía.

Un cuarto frío.

La ropa acumulada bajo ventanas que pocas veces se abrían. Mi lugar. Mi hogar. Tal vez asfixiante y deprimente para cualquier visitante.

Esa era la idea. Aislarse de un mundo horrible y mentiroso.

No había nadie en quien confiar.

¿Quién sería capaz de soportar semejante carga? Y no era que tuvieran que hacerse responsables de mí. No necesitaba que me entendiesen. Moría por dentro, pero sabía, a pesar de todo, que sólo yo podría gobernarme.

Debía hacerlo.

Tal vez sólo necesitaba un poco de cariño, un lazo de confianza, un brote de esperanzas. Una luz que iluminara mi camino. Una salida del abismo.

Pero todos eran tan cobardes.

Lo podía entender hasta cierto punto. Nadie viaja por propia voluntad al infierno. Pero me preguntaba entonces por qué entonces en algún tiempo primitivo de la existencia me dijeron con completa seguridad: te amamos.

Nunca estarás sola.

Sí. Hubo un tiempo en donde los huesos de mi cara respondían que, en el fondo, no era más que

esqueleto. Las ojeras me recordaban a la sangre compungida de moretones que me hice golpeándome una y otra vez.

La luz del sol hacía mal. No podía salir ni siquiera al patio. Escuchar las aves cantar, ver el sol brillar en un cielo celeste, vibrante, sentir los olores del otoño. Aquella belleza era sólo una cáscara. La esperanza quizás fue suficiente para otras personas. Pero yo moriría. Aunque no lo deseara. Terminaría muriendo cuando el dolor fuera insoportable, y el filo del cuchillo abriera de par en par sus muñecas. Cuando la sangre brotase como un manantial por la cama hacia el piso. Cuando el placer y el dolor se fundiesen en uno, y sin vueltas atrás, la angustia, la ansiedad y la culpa volaran cual mariposas negras por aquel cuarto depresivo. Sólo entonces podría respirar en paz, y las lágrimas devendrían al entender que aquel acto irrevocable constituía la última hora de mi vida. Los tranquilizantes tomados cinco minutos atrás,

harían efecto, y el sueño, poco a poco, me haría sonreír. Apoyaría la cabeza otra vez en la almohada. Y cuando la luz de aquel faro persistente y cínico me gritase

*NO LO HAGAS, LEVÁNTATE OTRA VEZ. TÚ PUEDES.*

*TÚ PUEDES, MIRANDA CROSBORTEN,*

ya sería demasiado tarde. Y aunque lo intentara, resbalaría en el charco y caería sobre la alfombra. Mis brazos no volverían a levantarse, y entre un plañido de amargura, pero también, de poética razón, me daría cuenta de lo absurdo del verbo morir.

Sólo cuando el filo del cuchillo toca tu delicada y vulnerable piel, entendés que tan sola estás. Entendés, con absoluta sobriedad, que nadie va a salvarte...

Que incluso tu miserable vida depende de ti. Con ocho demonios, una vampiro, una bestia o un valle interminable donde los sueños y las pesadillas combaten como la luz de la luna y las sombras impenetrables de la noche, donde los recuerdos oxidados de las personas que ya no están y aquellas que aún en tu presente, son fantasmas que no responden a tu voz. Incluso cargando con el universo caótico e insondable que llevas dentro, vos debés elegir qué hacer con el cuerpo que arrastrás.

Esta noche. La próxima. La siguiente. Y aunque en todas ellas lo he intentado, terminé volviéndome más... No lo sé.

Y gracias o a pesar de ello,  
en la oscuridad  
nací yo.







# **CAPÍTULO 1 ‡**

## **TUPA**

Ciudad de Jaiva, Marsenia. 8 de Junio, Año 2033.

Todos sus compañeros ya habían sido atrapados por la cazadora. Los fue depredando, como un león o un lobo, y ellos unos ciervos que se creyeron astutos. Pero el Escurridizo, pues así lo llamaban, fue prudente y en vez de salir, se escondió. Era una casa de mala muerte, una residencia ocupada por drogadictos y delincuentes, de la cual se decía estaba maldita.

Él no creía en esas cosas, por eso pensó que esconderse allí, a oscuras, entre los pastizales y la

basura, iba a hacerlo invisible.

Pero se equivocó. Aquella olía el miedo, y la culpa. O acaso veía en la oscuridad. Porque el escurridizo, aún bien quieto en una esquina en lo más profundo de las sombras, vio algo aún más oscuro entrar en la casa, y de repente todas las sombras se pusieron inseguras, y escuchó pasos, y voces, y las cosas parecían moverse. Se olvidó donde estaba la puerta y las ventanas, pues la paranoia sólo le mostraba un laberinto. Y cuando tras un chirrido vio dos pares de ojos brillantes, gritó del miedo y se escurrió, como sabía hacer, por un estrecho agujero en la pared.

Salió al exterior y suspiró, pero se escuchó retumbar las pisadas de algo pesado y el hombre se llenó otra vez de miedo. Corrió entre los pastizales del patio abandonado sin mirar hacia atrás. El alambrado de la calle se le enredó en los jeans y cuando se libró de él, terminó dándose de bruces con el asfalto de la calle.

Un coche apenas consiguió esquivarlo, y él con una maldición se levantó y siguió. En el callejón que venía pisó un tacho de basura y con las manos alcanzó el alféizar de una ventana. Sus pies rasgaron los ladrillos desesperados cuando por el rabillo del ojo vio a la infame justiciera detrás suyo. El hombre gritó del miedo y con todas sus fuerzas trepó la ventana. Casi lo había conseguido cuando un gancho se le clavó en el cuello de la campera y lo tiró.

El aire abandonó sus pulmones y por unos instantes sus ojos estaban tan ciegos como su compostura. La justiciera lo arrastró por la tierra hasta quedar ocultos los dos bajo la sombra más oscura del callejón. El escurridizo la miró y su impávido rostro se puso más pálido todavía.

– ¿Sabéis quien soy? - le preguntó la justiciera. Su voz era argentina como la plata, honda, naturalmente poderosa. Pero su temple y su siniestra mirada hacía que sus víctimas en vez de gritar, callaran.

El escurridizo hombre asintió con labios temblorosos.

– Yaymena te dicen.

La justiciera ocultó aún más su rostro bajo la capucha. Sólo sus labios morados y su mentón blanco eran visibles.

– Esta noche vos y otros tres hombres violaron y asesinaron a una mujer.

Los ojos del hombre vacilaron perturbados.

– La secuestraron de su casa. La torturaron para que les diera el dinero. Pero al final la violaron hasta que murió, a las 5 de la mañana.

– ¿Cómo sabes eso?

La justiciera bajó la mirada.

– Negalo.

El hombre dudó.

– ¡Atrevete a negarlo!

Vio la rabia rutilando en sus ojos y tembló.

– ¡No me hagas daño!

– ¿Por qué lo hicieron?

El escurridizo no respondió.

La justiciera se arrodilló y le enseñó una foto con un celular.

– No quería hacerlo – confesó.– Nos dijeron que teníamos que ir a cobrar. Esa prostituta le debía dinero al katupyry. Pero no... No sabía que pasaría eso.

La justiciera lo agarró por el cuello.

– ¿katupyry? ¿Eres de la mafia paraguaya?

– Me trajeron. Yo soy pobre... Tienes que creerme. Yo no sabía.

– Decidme tu nombre.

– Tupa.

– Y el nombre de los demás.

El escurridizo sacudió la cabeza, pero un leve gesto le hizo colaborar. Dijo sus nombres y la justiciera escuchó.

– ¿Y cuál es el nombre del katupyry?

– No lo sé.

Lo levantó en el aire con ambas manos. El hombre gimió.

– Juro que no lo sé. Nadie lo sabe.

La justiciera lo soltó y el hombre cayó de espaldas al suelo.

– Te doy dos opciones – declaró. – Te entrego a la policía como a tus cómplices... – Mostró el celular por debajo de su capa. – O averiguáis el nombre del katupyry. Me lo decís. Y todo esto termina.

– Van a matarme si me descubren.

– Yo no voy a hacerte daño.

– Mientes – se quejó el escurridizo. – Los justicieros están locos, nunca dejan a nadie vivo cuando salen por las noches.

La justiciera se agachó.

– Ya estarías muerto.

El hombre se limpió los mocos.

– Ellos me dan de comer. Me dan trabajo. ¿Qué

ganaré yo con que el katupyry vaya preso?

– No tenéis que hacer esto por hambre o por dinero. Es lo justo.

– ¿Justo? – se enojó el escurridizo, pero recordó a quien tenía delante.

– Mataste a una mujer. Trabajás para una red que basa su comercio en la guerra, la lujuria y el miedo. Ellos usan tu temor, tu necesidad de supervivencia, tu ignorancia y tu humildad para esclavizarte. Pero jamás ganarás. Vivirás eternamente en un círculo de calamidades y trampas, y en el camino, seguirás matando, robando y violando, hasta que de vos no quede más nada que un puto zombie.

– ¿Y tú me vas a dar algo mejor? ¿O el gobierno que nos ignora? ¿O la policía que nos golpea por ser paraguayos?

– Si no actuara yo por la justicia, y lo hiciera por el gobierno, la policía, o por el hambre, no te hablaría diciendo todas estas cosas. Haría lo que hacen los



demás.

El escurridizo levantó la mirada. La justiciera vio en el alféizar de la ventana una mujer encorvada espiando, y supo entonces que las sirenas de la policía que se acercaban eran para ellos.

Miró al escurridizo.

– Elegid ahora.

El patrullero se detuvo en la boca del callejón.

– ¡Está bien! Quiero ayudarte. ¿Pero cómo saldremos de esta?

La justiciera le dio un celular antiguo.

– Ahora, corred.

Cuando dos oficiales de la policía llegaron al callejón, el escurridizo ya no estaba. Sólo una mujer envuelta en una negra capa oculta bajo una negra sombra.

En realidad se había escondido muy bien en el callejón. Y desde allí vio la escena.

– ¡Policía de Jaiva! – anunciaron marciales.–  
¡Quiero verte las manos! – exigió uno de los oficiales.

Yaymena no se inmutó.

Le alumbraron con la linterna.

- ¡Quitaros la capucha y enseñad el rostro! ¡Ahora!

Ella levantó lentamente las manos y bajó la capucha.

El pelo brillaba azabache. Más allá de sus mejillas y el mentón, su rostro estaba oculto bajo un antifaz robusto y puntiagudo.

– ¡Es una justi... es la jodida... es... Yaymena! – farfulló el segundo oficial, azorado por el descubrimiento.

Sin previo aviso, los dos dispararon.

Las balas sonaron contra el metal antes de que se ocultara detrás de la pared. Una explosión conjunta se liberó sobre el suelo. Una espesa capa de humo blanco se levantó delante de los policías.

– Es un callejón sin salida. – Gritó el hombre a la incertidumbre. – ¡Entregaros y...!

Las palabras del oficial fueron silenciadas cuando una imponente sombra emergió de la humareda y lo

derribó de un único puñetazo. La orgullosa capa de la justiciera ofuscó la visión del otro oficial, que intentó retroceder, pero ella lo alcanzó en el tobillo y le hizo trastabillar.

Se limitó a quitarle el arma de la mano. Dejó que llamara los refuerzos.

– Es el demonio negro – urgió el policía, tembloroso en la radio. – ¡Repito, enviad refuerzos a mi ubicación!

Ella sonrió. El escurridizo ya tenía el camino despejado, así que salió, a señal de la justiciera, y se fue corriendo tan rápido como pudo.

Alcanzó a ver como ella se levantó la capucha y regresó a las sombras, allá donde, sin la luz del sol, no podría ser hallada.

## MIRANDA

Las vendas caían junto a la única ventana de la sala, un rectángulo que absorbía desesperado la luz grisácea de la ciudad azul. La alfombra del departamento levantó polvo cuando Miranda dejó caer las botas. Comprobó los moretones en su pálida piel frente al espejo y ajustó rápidamente los cordones. Se comprobó en el espejo y subió el cierre del camperón. Sobre el lado izquierdo se leía una placa:

*Sgto. Miranda Crosborten*

A las 7 de la mañana abandonó el departamento. En el pasillo comunal reinaba la humedad y el olor a perro. El conserje y su mascota habitaban el fondo del edificio, pero el ambiente ya estaba impregnado

con ellos.

Miranda era casi un fantasma entre los inquilinos. Siempre la veían salir pero nunca llegar. Aunque tampoco les importaba mucho su presencia. Nadie quería vivir allí, pero era todo podían pagar. O tal vez no les importase una mierda. A fin de cuentas, la naturaleza humana no había cambiado después de la pandemia.

Cuando estaba llegando a la puerta del ascensor escuchó una puerta abrirse. Aunque todas las puertas eran iguales, supieron sus sentidos que aquella era la del departamento 13. El aroma a naranja que llegó a su nariz lo confirmó.

– Sí que vas atrasada hoy, hermana. – Era Fernis, que habló con somnolencia.

Miranda le dedicó una sonrisa aguada.

– A la cueva, topo – le respondió con humor incipiente.

Era extraño que fuera él quien hablara de manera tan

formal.

Detrás de la escuálida figura de Fernis apareció una muchacha bajita y risueña. Abrazaba con energía un bolso policial, la gorra le cubría la frente y la hacía moverse con torpeza.

– Y acá va otra apresurada. – Fernis la detuvo para acomodarle la gorra y darle un beso en los labios.– Que tenga buen día, oficial Osvaldo.

Miranda terminó por verse obligada a entrar al ascensor con ella. Le resultaba incómodo, pero tampoco iba a esforzarse en aparentarlo.

Se colocaron una al lado de la otra, mirando hacia la puerta. La pequeña luz del ascensor era cálida y débil. La estructura del ascensor era vieja. No tenía paredes, sino semi muros de metal y un enrejado que dejaba entrar corrientes calientes provenientes del subsuelo.

– Fernis me habla bastante de vos – rompió el silencio la muchacha risueña.– Soy Berenice, por

cierto.

Le tendió una mano. Miranda la aceptó.

– No suelo hablar mucho con Fernis – respondió Miranda apenas alzando el volumen de un susurro.

– No solés hablar mucho con nadie, ¿verdad?

Miranda volteó la mirada.

– Perdón, tengo un problema con eso.

Miranda sonrió.

– No soy tan severa como cuenta mi hermano.

Notó que la muchacha se contuvo de hacer un comentario.

– ¿Habéis escuchado alguna vez el dicho: no digas todo lo que piensas, pero piensa todo lo que digas?

– Sí, claro.

El ascensor llegó a la planta baja. La puerta chirrió al abrirse en manos de Miranda.

– Bueno, hay personas a las que podés decirle todo lo que pensás, como a mí. Estarás segura. Pero con la gran mayoría deberás pensar dos veces lo que decís.

Berenice sonrió tanto que sus cachetes, que ya eran pomposos, se pusieron colorados, sus ojos se hicieron chiquitos y brillantes.

– Me dijo que darías una lección – rebatió Berenice.– Me agradás, Miranda.

Pero la teniente federal señaló el escudo de la Policía de Jaiva cocido en el uniforme de la suboficial.

– Me refiero a esto.

La consternación arribó al semblante de la novata.

– Suerte en tu primer día, Berenice Osvaldo.

Antes de que la otra agregara una palabra más, Miranda abandonó el edificio y se encaminó al barrio federal, a su trabajo.

Su segundo trabajo.



## TUPA

El escurridizo no volteó la mirada ni dejó de moverse hasta que se sentó en el fondo del autobús. Sólo entonces analizó la distancia que había salvado corriendo en aquella nebulosa ciudad. Eran las 7 de la mañana y las calles del distrito norte comenzaban a poblarse de vehículos. Nadie le estaba siguiendo, y de haberlo hecho, tuvo que perder el rastro en la esquina, cuando se escabulló por una galería de doble entrada. Vio que el conductor del colectivo lo miraba de reojo por el espejo retrovisor, así que no se quitó los lentes ni la capucha. Le sudaba la frente y las manos no paraban de temblar, pero tenía la ventaja de escapar, era hábil para eso, el mejor tal vez. No por nada le decían el escurridizo.

En la estación de Los Robles bajó, cuando un tumulto de gente comenzó a subir, y caminó con las

manos en los bolsillos a paso firme. Cruzando la avenida, estaba el corazón de la ciudad, el microcentro de San Martín y luego la magnánima torre Calvento en el barrio Artigas. Allí los bocinazos y el griterío eran desayuno.

Comprobó su alrededor antes de cruzar el semáforo. Las calles y las veredas eran angostas y apretadas, los edificios achaparrados y comerciales. Tanto en las peatonales como en las esquinas atosigaban los vendedores ambulantes. Por su pinta, logró pasar sin que una sola persona le dirigiera la palabra, pero los oficiales de policía y los guardias enfermeros -populares desde la post pandemia- no le quitaban los ojos de encima.

Cruzó en una diagonal adornada por una hilera de gruesas acacias y subió por el parque La Libertad. En lo alto de la colina, estuvo a punto de pedirle un cigarrillo a un vagabundo que se despertaba, pero la

estatua de bronce que protagonizaba el parque le inquietó de tal modo que siguió caminando.

Tuvo que haberse quedado congelado un momento porque el vagabundo se rió de él.

Después del parque el terreno no volvió a bajar. Y por ello los imponentes edificios que poblaban Artigas parecían aún más altos todavía. Además de paranoico, ahora también se sentía insignificante. Entre las torres de tecnología y los penthouse de la élite jaivense, la torre Calvento destacaba muy por encima. La bandera de la Nación de Marsenia flameaba allá arriba donde nada competía con ella y pese a las circunstancias, el escurridizo sintió un peligroso orgullo en el pecho.

Miró a la derecha y vio por fin la línea de subte que buscaba. Bajó con apremio y buscó el baño. Vacío los bolsillos pero no encontró ni un maldito cigarrillo. Se lavó las manos lanzando maldiciones y en eso vio que su celular se le había caído al suelo. Se agachó para

juntarlo pero alguien que entraba al baño lo agarró primero. Tupa se levantó para recibirlo pero el otro hombre le estaba echando un vistazo. En ese momento sintió terror.

El sujeto era un confederado árabe. La otra mafia de jaiva.

El hombre tenía la mirada inexpresiva, no emitía ningún sonido y eso le perturbó. Miró al escurridizo, pudo sentir como por dentro lo juzgaba.

– ¿Me lo devuelves?

El hombre llevaba una campera verde militar y unos pantalones cargados. Tenía el pelo rizado, como él, y una barba muy poblada donde asomaban algunas canas. En el cuello llevaba un pañuelo negro, y por ésto sabía el escurridizo que ese sujeto era seguidor de Abdu Jabbar.

– ¿Me lo devuelve, señor? – repitió el escurridizo con tono más amable.

El otro seguía sin moverse.

El escurridizo reiteró el mensaje.

El hombre habló en otro idioma.

– No entiendo, señor – aclaró, pero se sintió molesto porque suponía que se estaba burlando de él.

El árabe le hizo una seña para que se fuera, y volvió a sumergirse en el celular.

El escurridizo apretó la mandíbula e hizo como si se iba a ir, pero estiró el brazo y le arrancó el celular de las manos. Dio dos grandes zancadas hacia afuera y echó a correr.

Al mirar por su hombro, vio otro confederado, que comenzó a perseguirlo con un cuchillo en la mano.

En el acceso al patio aminoró la marcha, puesto que había un oficial de policía. Los árabes casi lo alcanzaron, pero al ver al policía se detuvieron y dieron la vuelta. El oficial notó eso y fue tras ellos.

El tren llegó en ese momento así que el escurridizo entró al vagón y deseó no haber ido al baño.

El tren partió repleto de personas. El escurridizo transpiraba de nuevo.

Después de dos estaciones, más de la mitad de las personas habían bajado. Fue a sentarse, cuando al mirar a su izquierda, el corazón le dio un vuelco. Los árabes estaban allí también.

Supuso que ellos también lo descubrieron en ese instante, porque se dijeron algo y comenzaron a abrirse paso hacia él.

Llegaron a la estación de Sedastra, que era la última, y cuando las personas comenzaron a bajar, los árabes se quedaron. El escurridizo se levantó pero no se animaba a bajar. Aquellos le enseñaban a escondidas el filo plateado del cuchillo. Miró el reloj del tren. El contador para que se cerraran las puertas estaba llegando a 15 segundos.

Caminó despacio a la puerta, aprovechando que había una mujer parada al lado. Los árabes se movieron con él. El escurridizo se aferró a la

barandilla del subte, tenía ganas de salir disparado, pero notó que sus perseguidores estaban a dos pasos de distancia.

Llegó a la puerta y contuvo el aire. Miró a los árabes a los ojos, un ultimátum.

La mujer bajó y él bajó tras ella.

Se impulsó para correr, cuando sintió un tirón del cuello y gritó, pero no le salió más que un gemido sordo. El árabe lo apresó y lo hizo a un lado. El otro, el que tenía el cuchillo, se abalanzó con el filo hacia su garganta.

De repente un cañón de pistola se apoyó sobre su frente, y el árabe se quedó paralizado.

– Volved a respirar y ambos comerán plomo – sonó una voz firme y argentina.

El escurridizo miró con asombro a la mujer. No se había dado cuenta que era una federal, y al parecer sus persecutores tampoco. Tenía el pelo muy oscuro y la piel muy clara. Era más alta que los tres, y había

en su mirada y en su voz un detalle que le daba familiaridad.

El árabe del cuchillo retrocedió y levantó las manos. El otro soltó al escurridizo, e intentó atacar a la federal. El escurridizo vió como le lanzó un puñetazo, pero ella también atacó. La mano del hombre crujió al chocar contra la culata de la pistola de ella. En un movimiento rápido y corto, la federal volvió a golpearle con la culata en el omoplato. Sonó tan duro que le dolió al mismísimo escurridizo, no obstante sintió cierta satisfacción al ver como el árabe caía quejándose y retorciéndose.

El otro huyó. La mujer no lo persiguió.

– Ese es de la mafia – acusó el que estaba en el suelo. Ahora sí hablaba español.

El escurridizo retrocedió.

– Mentira. – Fue toda su defensa.



La policía se agachó sobre el hombre y comprobó sus bolsillos. El escurridizo se quedó parado, deliberando qué hacer al respecto.

El árabe se quejaba del dolor y seguía acusándolo. El escurridizo estaba preocupado.

– Vete – derogó ella.

El escurridizo creyó haber escuchado mal. Sólo vio que en su placa se leía “Sgto Crosborten”.

La mujer levantó la vista.

En silencio pareció decirle algo.

Aprovechó y se fue. Poco antes de alcanzar las escaleras se detuvo. Se ocultó bajo la capucha y salió a la superficie.

El aroma a sal marina lo puso alérgico. El barrio de Sedastra era un casco histórico colonial, y eso lo puso aún más enfermo. Atravesó un pequeño puente que cubría un tramo de rocas y luego caminó en dirección al oeste por la avenida que separaba Sedastra del

barrio federal. Llegó a una rotonda, y desde allí siguió en dirección al sur.

Pasó alrededor de media hora cuando por fin llegó a las ruinas del muro que alguna vez cubrió a Jaiva. A su derecha había barrios privados; a la izquierda, fábricas abandonadas cubiertas por pastizales y enredaderas. Más allá del muro todo era campo. Se sumergió entre las fábricas, manteniéndose cerca del muro.

Minutos más tarde llegó al lago azul, que era famoso por estar muy cerca del mar y ser muy frío.

Se detuvo en la orilla, le dolían las tripas y estaba sediento. Buscó con la mirada. Por encima de las copas de los pinos, se veía la aguda cúpula de una iglesia.

Desde la distancia le pareció que el edificio debía estar abandonado. El hecho de encontrarse dentro del bosque le perturbaba de tal modo que buscó razones para pensar que ese no era el lugar indicado.

Pero tras acercarse vio un camino lo suficientemente ancho para un auto y un cartel de chapa al que ya no se le veían las letras.

A unos 50 metros el bosque dio paso a un claro. Un pequeño portón de madera maltratado daba la bienvenida a un cementerio donde unas cien o doscientas tumbas rodeaban la capilla. El césped estaba recortado pero las placas de los muertos estaban cubiertas de musgo y hongos. Muchas de ellas estaban rotas, caídas y desplazadas por las raíces nudosas de dos sauces llorón que acompañaban con su lúgubre presencia al sombrío santuario.

La capilla estaba hecha de piedra oscura, irregular, y el verdor del liquen cubría grandes sectores de las paredes. Las pocas ventanas que tenía eran demasiado angostas, de un vidrio amarillo. La torre de la cúpula se levantaba sobre siete pilares, cuya pintura bermellón estaba desgastada y agrietada. La

campana se veía ofuscada por las pesadas sombras del bosque. Pero sin dudas lo que más llamó la atención del escurridizo fueron dos pináculos afilados, con tejas ya podridas. Doblaban la altura del edificio y tenían tallados rostros en piedra en las bases. Sobre la cornisa del techo, sobre la puerta, había una placa. Lo que decía, fuera el idioma que fuera, daba la sensación de ser siniestro.

Se acercó exhausto. Su cuerpo estaba demasiado cansado para demostrar los escalofríos que sentía por aquel lugar.

Golpeó con fuerza la doble puerta de madera. Unos momentos más tarde, alguien abrió.

– Hola – saludó con voz ronca.– Estoy buscando a Urumey.

El hombre que le recibió era demasiado senil para ver, pero había una expresión endurecida en su semblante poco agraciado.

No dijo nada. Dejó la puerta abierta y siguió haciendo lo suyo. El escurridizo lo observó apagar velares, que se repartían a lo largo de la nave central. Le sorprendió que no hubiera bancos, ni tampoco un altar de madera. En su lugar había un pedazo de piedra pulida. Sobre él había un monje, de rodillas, rezando.

Entró, absorbiendo el débil calor del interior, y se acercó al hombre sin interrumpirle.

A pocos metros se descubrió el vitral de la pared final, de colores rojo, ámbar y azul. La luz que entraba no era suficiente para iluminar más allá de ese rincón. Sobre todo porque, una cruz de dos metros de altura se alzaba delante, y cuyo tallado de madera se encontraba atrapado por decenas de láminas metálicas que le daban vueltas, como las serpientes del caduceo. Se veían afiladas.

El monje se dio cuenta de su presencia y volteó.

El escurridizo lo reconoció con demora.

– ¿Urumey, eres tú?

El otro se levantó.

– ¿Tupa? – murmuró. – ¿Qué haces aquí?

– Necesito un favor.

El monje lo agarró del brazo y lo arrastró hasta afuera. Cerró la puerta detrás suyo. En la luz del día lo examinó mejor. Tupa se quedó esperando a que terminara de hacer lo que estaba haciendo.

– Estás temblando. Y tienes sangre. ¿Has caminando hasta aquí? – Tupa iba a responder pero el monje continuó. – Te he dicho que no quería volver a verte. Y mucho menos aquí.

– Es el único lugar donde podía buscarte.

– No puedes estar aquí. Es el último lugar donde deberías estar.

Tupa se sintió contrariado.

– Era el único lugar a donde podía ir. Tengo que descansar un poco. Y es una iglesia – explicó, como si

el otro necesitara saberlo. – Urumey, hice una cosa muy mala...

Un tordo se posó en la cornisa del edificio y los observó.

El monje suspiró y al final lo llevó adentro.

Lo hizo sentarse en una silla destartalada ubicada en el interior de una pequeña cocina. Le ofreció agua, una manta y un pedazo de pan. Tupa le contó lo ocurrido esa noche, y luego de terminar de comer el pan, lo actualizó de su vida, muy por la superficie.

– La mafia paraguaya – repitió el monje con seriedad.

– No me juzgues – solicitó Tupa.– Tú hubieses hecho lo mismo si no te escondías en la iglesia.

– No es una iglesia. Es una derrotea. Y elegí obrar bien, bajo la luz de...

– Y yo elegí trabajar – interrumpió Tupa–. Darle de comer a mamá, reunir dinero para nuestra hermana.

El monje observaba a través de la pequeña ventana amarilla. Se le veía preocupado, pero no por él sino por algo allá afuera.

– Mírame, hermano. – Urumey lo miró. – Tú me conoces, sabes que siempre fui honrado. Cuando había que levantar la pala pues yo iba y levantaba la pala. ¿No?

– ¿Por qué viniste a Jaiva? – indagó con tristeza el monje. Había algo raro en él. Solía ser más diligente, el más honesto, el caritativo. El hielo en su voz ocultaba algo.

– Me contrataron de una empresa de transporte. Una banda de terceros que tenía que ver con los medicamentos de Guara. Era mover cargamento de Hendra a Jaiva.

– ¿Y no sabías que era un negocio mafioso?

– Sí, pero pensé que podía salirme cuando quisiera. Una vez reunido el dinero, me iba a dar los tarros.



El monje caminó hasta el umbral de la puerta para lanzar una mirada hacia la nave principal. El guardián anciano había desaparecido.

– Tú no estabas en casa – criticó Tupa. - Nos abandonaste. ¡No me puedes juzgar!

– No lo hago – respondió él.– No eres el único que ha entrado en una tormenta. Me temo que ambos estamos en la misma batalla.

El escurridizo sintió cierta satisfacción.

– Y dices que esta justiciera te pidió que seas su espía. – Tupa asintió.– De modo que ahora eres extorsionado por dos bandos.

– Una vez caiga el katupyry, me iré. Esa Yaymena no va a atraparme otra vez.

Hubo un murmullo muy grave proveniente de afuera. Tupa buscó el origen, confundido, pero su hermano mostró una enorme desdicha.

– ¿Qué es ese ruido?

Urumey salió de la cocina y se fue al altar de piedra, donde estaba antes. Tupa se acercó a la ventana para ver hacia afuera. El murmullo crecía. Eran como voces provenientes del bosque.

Cuando fue a donde su hermano, lo vio con una máscara extraña en la mano. Se había levantado la capucha de la túnica y ahora su rostro estaba teñido en la oscuridad.

– ¿Qué está sucediendo, hermano? – preguntó con creciente temor. – ¿Q-Qué es esa máscara?

– Lo siento, Tupa. – Esa sentencia lo horrorizó.

No vio de donde, pero recibió un golpe en la cabeza que lo hizo desaparecer.

Lo despertó el dolor. Sentía que se estaba moviendo, y un constante fragor sacudía sus orejas y le provocaba fricción en toda la espalda. Abrió los ojos y vio las copas de quebradizos árboles formando una pasarela en un cielo gris e indiferente. El murmullo

que oía antes ahora eran claras voces guturales, rezando en una lengua desconocida. No lo hacían al unísono, y eso hacía que se sintiera como el bombardeo de una lluvia maligna sobre su mente.

– ¿U-Urumei? – balbuceó adolorido.

Una raíz de árbol golpeó de costado su cadera y entonces se dio cuenta de que estaba siendo arrastrado por la tierra. Giró la cabeza y vio el bosque envolviéndolo. La urgencia lo alcanzó e intentó levantarse pero no tuvo nada a lo cual aferrarse. Sólo tierra negra y húmeda. Miró hacia adelante y vio que lo arrastraban por las piernas. Gritó e intentó zarandear sus manos, pero se movían a una velocidad constante y sus manos tampoco tenían punto de apoyo.

– ¡Urumei! ¡Auxilio! – El murmullo que emitían lo espantaba. Veía que estaban vestidos todos de bordó.

- ¿Quiénes son? - balbuceó exasperado. Al ver hacia atrás vio que parte del grupo caminaba detrás de él.

Llegó a mirarles pero sus rostros estaban cubiertos por una máscara de animal. Parecía un jabalí pero también un demonio. Sólo se veían las ranuras de los ojos y los labios, que parecían demasiado rojos, como manchados o ensangrentados.

– ¿¡A dónde me llevan?! – desesperó Tupa. – ¡Soltadme, por favor!

El sendero dio paso a un claro y sintió la hierba en su espalda. El escurridizo estaba llorando cuando la marcha se detuvo. Intentó darse la vuelta pero lo levantaron por los brazos y por las piernas. Por un momento creyó que lo iban a descuartizar. Vio ahora erecto que estaban cerca de la capilla, pues podía ver los pináculos desde allí, y entre los árboles a su derecha vio pedazos del lago azul. Buscó rápidamente con la mirada pero no reconoció a Urumey. Esa observación le devolvió el terror a su alma. Eran una docena de personas, todas llevaban la

misma túnica y la misma máscara. Nadie reaccionaba a sus gritos ni a sus movimientos.

Lo tiraron contra una superficie lisa, boca abajo. Sintió en su cara el olor a algo desagradable y carnívoro en la piedra. Le sujetaron las extremidades y mantuvieron su cabeza pegada a la piedra. Ya no podía gritar, apenas conseguía respirar.

Le arrancaron la ropa y vertieron un líquido tibio sobre su espalda. La imaginación de Tupa se disparó y se sacudió, como un animal desesperado por escapar. Pasaron algunos momentos mientras escuchaba el movimiento y el sonido metálico de unos utensilios. De pronto sintió algo caliente acercándose, y aunque tuvo el reflejo de apartarse, algo cortó y quemó su piel y su carne. Chilló, apretando los dientes, mientras el dolor se hacía más y más agudo. El dolor, aunque inmenso, se desplazó de un omóplato a otro, y después bajó y regresó al lugar donde empezó.

Cuando retiraron el metal, la espalda entera le punzaba en un dolor que jamás antes había sentido, como si le hubiesen abierto un agujero y se encontrase expuesto, vulnerable hasta para las partículas de polvo. Se sintió avergonzado, humillado, el dolor se convirtió en miedo. De que volviese a doler, pero cuando la carne volvía a disparar los nervios y recuperaba el sentido del calor, el miedo se extinguía y en su lugar lo invadía una serenidad que no pudo aprehender hasta que entendió que también lo alcanzaba la culpa. Recordó a la mujer a la que asaltaron por la noche. Recordó que cuando el coche frenó, abrió la puerta y la agarró por el brazo. La apresaron en el asiento y la llevaron a una casa en las colinas. Ella luchó y tuvieron que golpearla hasta que se tranquilizó. Podrían simplemente haberle quitado las llaves de su casa y robarle. Podrían haberla hecho pagar de otra manera. Pero tenerla tan cerca, con su falda y su

escote, sus gemidos de dolor, su perfume, les excitó, y aunque la llamaran travesti y se burlaran de ella mientras bebían y fumaban, poco a poco los apretones de cuello y los tirones del pelo dejaron de ser profesionales. Recordó haberse dado cuenta de las erecciones de sus compañeros. Que tras un rato de golpizas, tenían que liberarla. Sus compañeros le ofrecieron sus penes, pero ella se rió. Había dicho que no eran hombres, y esto los llenó de impotencia. Le gritaron y la volvieron a tratar en masculino. Le dijeron que por ello se merecía que la violasen, así era una verdadera mujer. El dinero dejó de ser importante y ella lo hizo saber. Además de impotentes, ellos se sintieron unos idiotas, unos incapaces. Incluso cuando la desnudaron y se la cogieron, siguieron sintiéndose impotentes e idiotas, porque no podían tomar la decisión de cogersela o golpearla, o ir a robarle su dinero, o liberarla. Eran presas de sus instintos, de su ira, su debilidad, su

deseo sexual por una travesti, y eso los hacía sentir culpables. En cualquier sentido, ella era mejor que ellos. Por eso siguieron golpeándola y violando, incluso cuando ya no tenían erecciones o algunos de ellos ya habían acabado. Incluso cuando los puños le ardían y la sangre comenzó a ser demasiada. Tupa no era tan fuerte para haberla dañado, y aunque le gustaban los hombres, sabía que ella no le atraía. Sabía que todo eso estaba mal. Pero tenía miedo de que ellos se dieran cuenta, y lo golpearan a él también. O peor, de que lo señalasen y se burlaran. Tenía miedo de ser impotente e idiota. Pero entonces ella dejó de moverse y de llorar. Y cuando el gallo anunció las 5 de la mañana, Tupa deseó irse al infierno.

Ahora, ya estaba en él.



## **CAPÍTULO 2** ‡

*La oscuridad se cierne sobre todos nosotros. No hay escapatoria. El mal corre en la sangre y sin la sangre, nadie puede vivir. Resistid como queráis, en el lugar que sea, usando máscaras o no. Pero hasta en los corazones de los inocentes... no, sobre todo en el corazón de los inocentes, palpita latente la semilla de un poder que no responde sino al dolor y la pérdida. Dominemos nuestra oscuridad o ella tarde, temprano, nos consumirá, y entonces, la irrefrenable pisada del señor supremo, dios de la guerra y la pasión, nos hará siervos de su voluntad.*

## ZYRA

Un año antes... 5 de agosto de 2032.

Un buen tiempo atrás fue una niña cuya conciencia había sido modelada, quisiera o no, sobre la figura atormentada de su prima Miranda. Desde que aprendió a caminar la adoró. Su referente absoluto, la representación de cómo quería ser de grande. Su prima era como el sol en el cielo, la que aportaba luz y calor. Pero un buen día una luna tapó el sol, su diosa le golpeó fuerte y desde entonces, los buenos días ya no fueron buenos porque Miranda ya no estaba en ellos. Ahora era el diablo. Todo lo que estaba mal. Quien definitivamente no quería ser cuando creciera. El sabor de la traición amargó su boca.

De repente, un mal día, tenía 16 años.

Sus sueños seguían intactos. Creía que los cumpliría, más pronto de lo que esperaban los demás. No obstante, en la práctica era un desastre. La mayor parte de los días de la semana estaba fuera de casa sin cumplir con casi ninguna de sus tareas. Reprobaba dos tercios de las materias en la escuela. Los fines de semana, le dieran permiso o no, se iba de jerga y se perdía en laberínticos placeres y vicios. La diferencia entre unos y otros se hizo cada vez más difusa y los conceptos de fiestas, responsabilidad, drogas y calle rebotaban en su mente con la voz de su madre, que apenas podía comunicarse con su hija más pequeña.

Zyra pensaba en todas esas cosas mientras fumaba un porro. Estaba sentada sobre una roca de cara chata y miraba al mar. Su amiga FiFi había estado escribiendo con una navaja sobre uno de los troncos que sostenían el muelle. Donde estaban no les molestaba el viento. Era una cavidad que se había

formado con rocas oscuras que alcanzaban el tamaño de un auto. Esas enormes piezas de roca poblaban el sur de la costa de Jaiva y se decía que habían sido traídas para la construcción de la ciudad dos siglos atrás.

– Hey – la espabiló Fifi. Se acababa de sentar sobre un tronco seco, detrás de ella—. ¿Le estás enseñando a hablar al porro?

Zyra sonrió. Las gotas de agua salada le salpicaron los pies.

– Estaba pensando... Viste que estaba interesante la clase de hoy.

– ¿Cuál? ¿La de historia? – investigó Fifi, con una mueca en el rostro. Como si supiera que no era en lo que su amiga estaba pensando. Estiró la mano para recibir el cigarro, pero terminó por levantarse otra vez.

– La de teología – se le ocurrió responder. El sabor amargo y marcescente en su boca se combinaba con

el aroma a coco que tenía en el pelo. – O sea, me dejó pensando mucho.

Fifi asió un mechón rosado y lacio que caía como las hojas de un sauce sobre su oreja izquierda.

– Me parece una estupidez. ¿Para qué nos enseñan religiones en la escuela? ¿De qué sirve? Además, todas las religiones fomentan el patriarcado. Se olvidan que son construcciones sociales...

Zyra miraba como FiFi buscaba piedras en la orilla, fuera del refugio de piedras.

– No es religión, Fifi. Es teología. El estudio de las religiones.

Cruzó las piernas y enderezó la espalda como un monje.

– Como sea, todas fomentan el patriarcado.

Zyra se encogió de hombros en un tic nervioso. Cuando fumaba, sólo Fifi les provocaba esos escalofríos, que no eran fríos, sino calientes. En

realidad, todos sus compañeros le provocaban ese tic, que no era un tic, sino ganas de treparse.

– El elisenismo no – refutó Zyra.

– ¿Cómo qué no? – se precipitó su amiga, enérgica, abriendo mucho sus ojos pequeños.

– Elisa Calvento fue la primera feminista de nuestra historia. Agarró lo bueno del cristianismo y lo mezcló con las viejas costumbres de la tierra.

– Ay, nada que ver. Elisa sólo quería obtener votos para su campaña. Y como todos eran cristianos en aquel entonces...

– ¿Creés que una mujer podía hacer campaña en el 1820? Ni siquiera había democracia. Ella vino a revolucionar el mundo.

– Y la asesinaron.

– ¡Y claro, porque era un mundo machista!

Zyra sintió como el corazón comenzaba a latir con fuerza. – Eso significa que la mataron por ser mujer.

Ella se alzó, rompió las cadenas... Y después vino su hija e hizo lo imposible.

FiFi fue a sentarse frente suyo, con pequeñas piedras en la mano que lanzaba contra la pared del muelle.

– Fo, esa parte no me gusta - disintió.

– ¿La del imperio de Marsenia?

– Sí. Si yo fuera Eluney hubiese hecho un imperio de mujeres. No de mujeres para hombres. Los hombres, como siempre, terminan traicionando a las que los parieron. Por eso ahora siguen existiendo.

Zyra lanzó una risita inesperada. Sus rulos saltaron detrás de su cabeza.

– Ya te ponés perra. – Guardó las manos dentro de las mangas del buzo rojo. Tenía unas tres tallas más que la suya. Amaba usar ropa grande.

Sentía cómo sus ojos estaban poniéndose vidriosos y su mente se relajaba.

Fifi la miró, arqueando la ceja con los ojos enrojecidos por el efecto de la marihuana. Se

miraron unos segundos, el aire a su alrededor parecía haberse puesto más frío así que se acercaron y se recostaron sobre la pared.

– Sos una idiota hermosa – confesó Fifi, rompiendo el acuoso silencio en el que estaban sumergidas.

Zyra le dedicó una mueca con la lengua y se dio vuelta para ver los pies de una persona paseando por el puente. Sentía como FiFi la miraba vacilar. Estaba tan distraída y a la vez tan concentrada en ella que se escuchaba como se mordía las uñas mientras le acariciaba la pierna con la suya.

Zyra recordó un chiste y se rió, pero Fifi no perdió la concentración y siguió, como quien observa un paisaje.

– ¿A ver qué mirás? – reaccionó Zyra con lentitud jugosa. Dejaba caer la cabeza por encima de su hombro derecho y sus voluminosos rizos jugaban con la gravedad, saltaban y se encogían.



Fifi se quitó la campera de algodón que la cubría. El uniforme escolar asomó, camisa blanca, corbata y pollera verde oliva. Bajo ésta, las medias negras con detalles cadavéricos, descendía hasta encontrar los zapatos, también negros.

– Nada. – Suspiró—. Sólo envidio a Reminis por tener semejante belleza al lado.

Zyra se mordió los labios ante semejante comentario.

– Estoy con vos ahora, tontita. Decime, ¿qué ves de bello en mí?

– Todo. Tu pelo es perfecto. Es como afro, pero suave, rizos salvajes, pero tiernos. Tu piel me recuerda al chocolate y me dan ganas de pasarte la lengua por toooda la piel. Tus pecas... ¡esas pecas te vuelven...! ¡Ay, Chira!

– ¡Fifi! – se sonrojó. Fifi se puso todavía más cerca y Zyra levantó la pierna, juguetona.

FiFi la atrapó con sus manos y acarició la media de red que llevaba, de la tibia hasta los muslos, atreviéndose hasta por debajo de la pollera.

– Tus piernas son firmes y carnosas – continuó. – Todo tu cuerpo es muy fitness, Chira. Walta deportista, sos. ¿En qué momento hacés ejercicios?

– Estabas hablando de mi cara, pervertida – apuntó Zyra, mientras le devolvía las caricias. Comenzaba a asaltarla el deseo sexual.

– Ah, sí – asintió irónica Fifi. Rio, ruborizada, y alzó la vista con un declarado esfuerzo. – Tus ojos son como las aceitunas. Pero tienen el tamaño de... una almendra. Y las pestañas... Oh, por Eluney. Tenés una mirada divertida, atrevida, celosía...

– ¿Qué significa eso? – interrumpió Zyra.

Ambas explotaban de la risa.

– Estás delirando, Fifi, por favor... – Hubo una pausa. – Mirá, a mí me gustan mis labios. Son labios

de negra africana, ¿viste? O sea, son gruesos, oscuritos, pomposos.

Vio que Fifi se mordió los labios y después se inclinó hacia delante. Había avidez en su mirada.

Se besaron.

La panza de Zyra se combó de nervios, al tiempo que una brizna cremosa y picante invadía su garganta, como si estuviera encendida y relajada, ambas al mismo tiempo.

Amaba la relación que tenía con Abigaíl. Así era su nombre. Amaba que fuera igual de libre que ella. Que dejase fluir las cosas, y animarse a todo. Eran iguales en ese sentido. Le gustaba fumar con ella, correr, jugar, besarse y pensar en cosas que no muchos se animaban a pensar. Pero había pequeños momentos en que sentía algo de culpa, o al menos un sentimiento molesto en el pecho. Porque siempre, tras el caudal ávido de vida que ambas dejaban pasar por sus cuerpos, Fifi se ponía sentimental, y a veces

lloraba. Siempre, después de fumar y besarse, o correr y acostarse en cucharita para aguantar el frío, Fifi le confesaba algo nuevo a Zyra. Le revelaba secretos de su familia o le admitía que era ella su única amiga. Y ahí sobrevenía lo incómodo. Zyra no sentía lo mismo. De hecho, creía que no sentía mucho, bien poco, por Fifi. Amaba pasar momentos con ella... y eso era todo. No sentía necesidad de hablarle sobre su familia, porque simplemente no quería pensar en eso. Y respecto a que era su mejor amiga. No lo sabía. Implicaba compromisos que no quería asumir.

En ese momento, se percató de que quizás no podía devolver lo que le daban.

Sujetó a Fifi por los hombros y la apartó. Lo hizo como un juego, pero Fifi retrocedió tres pasos y fue a parar más lejos de donde estaba sentada. Estuvo a punto de golpearse. Zyra se preocupó.

– Perdón - barruntó.

– Eso es algo que me gusta de vos – piropeó FiFi otra vez.– Tu fuerza. Tendrías que salir a trompear machistas en la calle. Unirte a Las chicas de Cerdos Voladores.

Una alucinación a la que conocía como *Las llamadas más allá del mar* comenzaron a vibrar en sus oídos. Sonaban como el grave bramido de un animal salvaje pero destrozado por el frémito sonar de una enfermedad provocada en el corazón de alguna urbe industrial. A veces, la sensación era tan fuerte que hasta comenzaba a sentir el sabor a hierro en su boca, pero no como la sangre, sino como el de cosas oxidadas disolviéndose en el agua que bebía.

– Sabés que ya tengo grupo – reprochó Zyra de malhumor.

La visión se le oscurecía. La voz de Fifi era un ancla en la realidad.

– Sí, pero no hay tanto peligro, Chira. Hey, ¿Estás bien?

– El peligro está en las calles, no en los justicieros – replicó ella.

Ya no veía a FiFi.

– Sólo digo que aún estamos en la secundaria. – Escuchó que suspiró. – Quiero hacer buena letra con mi padre. Y en los Cerdos Voladores es una militancia más intelectual.

Entonces Zyra dijo algo que no quería decir.

– ¿Vos, intelectual?

Hubo un largo silencio entre las rocas. Las olas se estrellaron contra los troncos y las primeras piedras, la letanía aguda y estirada de las gaviotas advirtieron un descenso en el sur, pero de todos los sonidos fue el roce de la tela y las pisadas sobre las piedras las que paralizaron a Zyra.

– Perdón, FiFi.

El sonido de las llamadas más allá del mar menguaron, como satisfechas con aquel acto de

maldad, y le devolvieron la visión para que viera como su amiga recogía su mochila y se iba.

Quiso ir tras ella. Vaticinaba que ella también lo quería. Pero algo dentro suyo se lo impidió. Mejor si se tragaba su error y se iba a casa. Hacía rato que no estaba en casa.

## REMINIS

La actualidad...

Habían asesinado a su amiga.

La había estado esperando en el Hotel de Mario para celebrar su cumpleaños. – Mañana te tendré una sorpresa, Artemisa – le había dicho por mensaje. Y aquella le había respondido con expectación – Eres la mejor zorra, amiga.

Había sido la primera vez que la llamó “amiga”. Con frecuencia, Reminis solía preguntarse todo tipo de cosas que las prostitutas no solían preguntarse. Y mucho menos, prostitutas trans. El Hotel de Mario era la casa del placer más lujosa de Jaiva, y durante los 3 años que había estado trabajando allí, tuvo esa espinosa sensación de que no debía estar agradecida con ello. Pero su jefe, que era un gordo agresivo con



todo el mundo menos con ella, le repetía todas las noches que pertenecer a esa casa era lo mejor que le podía pasar a una traba.

– Eres muy jovencita, duraznito – aludía su jefe y señor. – Eres tan especial que empezaste en la cima de la montaña. ¿Sabes cuántas chicas *como tú* te envidian por no haber tenido que trabajar en la calle, tratar con policías y borrachos? Tienes que estar muy agradecida, Reminis.

Había llegado a convencerse de que Mario tenía razón. Jamás la habían tocado sin su consentimiento. Tenía hombres que la defendían, ganaba dinero suficiente para darse lujosos caprichos y recibía la aprobación de belleza y feminidad que tanto deseaba. Pero ese telón rosado, esa fantasía de princesa, se dismanteló por la mañana, cuando la llamaron informando que Gabriel Espósito había fallecido.

– No sé quién es Gabriel Espósito – respondió ella confundida. Hubo un silencio en la línea y luego la

voz del oficial aclaró con la misma monotonía: – le decían Artemisa.

Reminis quedó petrificada delante de la bacha de la cocina. Sintió que su departamento entero hizo silencio. El chorro de la canilla salpicando los platos sucios se cortó de repente. Apagó la hornalla y cerró la ventana. Creyó haber escuchado mal.

– ¿Confirma su identidad? – le preguntaron.

– ¿Artemisa murió?

– Sí. Puede pasar a declarar hasta las 8 p.m.

Apenas el oficial cortó la llamada, corrió hasta el dormitorio para cambiarse. Cambió el calzón viejo por una colalé trucada y la musculosa vieja por una pupera elastizada. Se puso un jean azul y las botas de cuero. Tenía dos horas antes del anochecer, así que guardó en un bolso la ropa y los accesorios para cambiarse en el hotel.

Mientras se maquillaba en el espejo y se peinaba se dio cuenta que arriba de la mesa estaba el regalo de

Artemisa, y eso la hizo llorar. Por alguna razón, ver su imagen reflejada le causó un puntazo de dolor. Todos los días comprobaba en el espejo del dormitorio el estado de su cuerpo. Sus 169 centímetros, sus 65 kilogramos; su tez blanca, su pelo rubio platinado, lacio y fuerte; la suavidad de su piel, el blancor de sus dientes, la prolijidad de sus uñas; la curvatura de su cintura, que nunca había sido suficiente culpa de sus costillas flotantes, y sus hombros sobresalientes que no adelgazaban como los músculos de su espalda, y sus caderas que aunque eran bonitas al igual que su trasero redondito no recompensaban la delgadez de sus piernas y de su cara. Eran los huesos de su ceño y la extensión de su mentón quizás lo que más le molestaba. Aunque ya no tuviera vello facial notable, su rostro... no era suficiente.

No estaba segura de si era un problema de feminización. Se viera o no se viera femenina a ojos

de los demás, ella estaba presa de la femineidad. Y a veces era eso lo que le molestaba. Necesitar arreglarse para sentirse llena. Recibir un halago, o ser salvajemente cogida por un hombre. ¿Que era en el fondo, allá donde no existían los demás?

No lo sabía.

Pero estaba orgullosa de haber resistido la tentación de hacerse cirugías cuando su jefe se lo pidió. “Si te operases la cara, serías perfecta”. O cuando Frida, la más grande de sus compañeras, le criticó por no tener la voz lo suficientemente aguda.

Hacía un año se había realizado la mamoplastia. Le trajo tan buenos resultados, que esa voz en su interior que la criticaba por caer en la búsqueda de la hegemonía se apagó, y ese último tiempo había vivido en paz, disfrutando la nueva forma en que las remeras y los vestidos le encajaban.

Pero cuanto más bella era, más pequeños defectos le encontraban en el Hotel. Como si el tiempo de

tolerancia a su disidencia y fealdad se fuera acortando. Y quizás no tuviera tanta importancia, de no ser porque a Artemisa la criticaban por los mismos motivos. Ella no había hecho caso a nadie.

– Y ahora está muerta – se dijo en voz alta frente a su reflejo.

Salió de la comisaría a las 19.30 con lágrimas en los ojos. Fueron detallistas al narrarle cómo había muerto. Pero seguía sin entender porque la habían asesinado.

En la puerta del Hotel de Mario había el doble de vehículos estacionados que de costumbre. La fachada del edificio era la de un cabildo colonial, pintado de morado, con luces rojas que apuntaban hacia arriba. En los balcones de todas las ventanas había macetas con rosas, tulipanes y orquídeas que mantenían siempre frescas. Solía haber guardaespaldas afuera,

que la saludaban de buen agrado, y siempre se inventaban algún piropo. Pero ahora no estaban. Había hombres dentro de los automóviles, fumando. La miraron y Reminis saludó, de buen agrado. Pero ellos no respondieron. La inspeccionaron con la mirada, como quien ve un perro enfermo.

Dio la vuelta a la cuadra, notó en los edificios vecinos un silencio sepulcral. No estaba segura de si en esas construcciones derruidas había vivido gente en aquellos años, pero había algo en ellos que acompañaba la belleza del Hotel de Mario, como los arbustos acompasan a un árbol. Las calles de adoquines y los faroles de luz anaranjada hacían de aquel barrio una experiencia histórica. Mario siempre decía: “ustedes son cortesanas, y lo que hacen es arte”.

Del otro lado de la cuadra también había vehículos estacionados. Un grupo de hombres fumaban en la vereda. No vio a ninguna de sus compañeras,

ninguna cara conocida. Reminis se aferró a su bolso y se encaminó sin mirarlos al portón. Abrió el candado y pasó. Al estar dentro, volvió a poner la traba.

El pasillo era angosto y bastante oscuro ya para esa hora. Luego de caminar entre helechos y baldosas rotas, llegaba a una puerta casi imperceptible desde adentro. Al pasarla, salía a un verdadero patio de 50 metros de ancho y unos 30 de largo. Entre palmeras y acacias, había mesas y sillones, un estanque y varias estatuas de mujeres desnudas dando posiciones eróticas y provocadoras. Eran las únicas estatuas de mujeres con pene que había visto en su vida.

Había dos hombres sentados, acompañados por una damisela que llamaban Hilda.

– Reminis – la saludó.– Pensé que te habías tomado tu día hoy.

Los chicos que la abrazaban sonreían. Parecían muy jóvenes.

– Vine a hablar con Mario. – Observó a los dos chicos. – Hay mucha movida hoy.

Hilda hizo un gesto de placer.

– Mario está ocupado ahora. Hay invitados hoy... especiales.

Reminis entendió que tenía que entender algo, pero no sabía qué. Levantó el bolso y entró a la galería.

– Lamento lo de Artemisa, Reminis – gritó la otra. Su voz patinó en las palabras.

Al recorrer los pasillos, se encontró con todas las puertas cerradas. Se apresuró para ir a la recepción de entrada para hablar con el recepcionista, que era, después de Artemisa, su fiel compañero de charla. Pero cuando llegó al salón principal, que se ubicaba en el centro del hotel, interrumpió sin querer una extraña reunión.

En el centro había una pequeña mesita con una botella de whisky, seis vasos y un florero con una rosa. Alrededor de ésta había seis sillones de cuero



amarillo, y sobre ellos estaban sentados Mario junto a sus dos hijos y tres hombres que desconocía por completo. Dos de ellos eran más jóvenes que el tercero. Uno vestía un traje negro con camisa blanca y corbata azul. Tenía la espalda y los brazos muy grandes y el saco lo hacía notar. A pesar de sus rasgos definidamente masculinos, por su cutis y su mirada, no debía tener más de 18 años. Al otro, en cambio, el saco le quedaba suelto, era muy flaco e incluso los lentes que llevaba eran gruesos como el culo de una botella. Al abrir la boca vio que tenía brackets, y por alguna razón le resultó familiar. Demasiado familiar, pero no conseguía recordar de dónde. Al ver a Reminis, el chico bajó la mirada.

Los dos muchachos estaban sentados al lado de un hombre mucho mayor, y que por su postura y apariencia, debía ser un empresario o líder. Era grande como Mario, pero estaba mejor distribuido. Debía medir más de 1,90. Sus manos, sus brazos, su

cabeza, todo era enorme. Vestía un saco salmón llamativo, con una camisa amarilla dentro del pantalón, y un cinturón plateado, que hacía remarcar su bulto. Abrió un poco más las piernas cuando ella entró.

Reminis alzó la vista, dándose cuenta que se había quedado un largo momento mirándolo a él. Se encontró con un rostro sonriente, gafas redondas y oscuras, y muchos accesorios brillantes, tanto en el cuello como en las manos.

Había otros tres hombres, también de traje, custodiando la sala.

Todos los presentes la miraron.

– Reminis – dijo Mario con un forzado tono jovial. – Qué susto nos has dado. ¿Qué haces vestida así?

– Lo siento, señor – farfulló Reminis, poniéndose roja como un tomate. – Nadie me avisó. Lamento interrumpir.

Se dio media vuelta para irse, pero una voz profunda

y melodiosa habló.

– Qué modales niña para no saludar.

El que se puso rojo ahora fue Mario.

– ¡Reminis, por el amor de Dios! – farfulló.– saluda a nuestros invitados.

Ella miró al hombre del saco salmón, pero no supo qué decir.

– Creo que tu musa no nos conoce, Mario – dijo jocoso.

– ¡Qué escándalo, mujer! – exclamó Mario, alterado. Las mucamas se rieron por lo bajo.

Reminis comenzó a sudar, sin saber cómo debía proceder.

El hombre del saco salmón se puso de pie, con inesperada ligereza para su tamaño. Se le acercó y la tomó por la mano con delicadeza.

– Soy Tróbulos del Valle, damisela. – Le dio un beso en el dorso de la mano. – Un placer conocerla.

Reminis se sintió pequeñita frente a él. Sintió calor.

No sabía si era por el deseo o por el miedo.

– El placer es mío, señor – respondió ella, haciendo su mejor cara—. Yo soy Reminis.

Tróbulos sonrió, sin dejar de hacer contacto visual.

Luego el hombre giró, sin soltarle la mano.

– Ellos son mis hijos: Tomás y Hernán.

El fortachón saludó con caballerosidad, al igual que su padre, pero sin hacer contacto físico. El tal Hernán, apenas levantó un instante la cabeza para enseñarle una sonrisa.

– ¿Quieres un trago, Reminis? – ofreció Tróbulos cuando una de las mucamas le sirvió whisky.

– No, muchas gracias, señor.

– Por favor – sonrió el hombre—. Llamame Tróbulos.

– La volvió a examinar con la mirada. – Mírate. Eres preciosa.

Mario casi saltó del sillón.

– ¡katupyry! – Se tapó el rostro con la mano, nervioso. – Esto es una desfachatez... ¿Reminis por

qué estás vestida con esos harapos? ikatupyry, os suplico que la deje ir para que se quite...! ¡Oh!

El hombre la soltó por fin y echando risas se giró hacia el dueño del hotel.

– Tranquilízate, amigo. Al contrario de lo que piensas, estoy agradecido de esta casualidad. Ya me estabas aburriendo con tu descripción fangosa de tus vacaciones... – Los presentes se rieron en conjunto. – Puede que tú no reconozcas una diosa griega cuando la veas, pero yo sí.

Sintió como la enorme mano del hombre rodeó su cintura.

– ¿Me la estabas guardando de sorpresa, verdad?

Mario miró a Reminis, y Reminis le respondió.

– Maldición – farfulló el dueño del hotel. – Me atrapaste. Me rindo.

Reminis sintió un nudo en la garganta. Tróbulos la soltó y fue a sentarse de nuevo.

– Lo sabía, viejo sapo – lanzó el otro después de dar

un trago a su bebida.

– Reminis, ve a cambiarte – le ordenó.

– Sí, señor. – Una de las mucamas le levantó el bolso del suelo. – ¿Espero en la habitación?

– ¿Tú qué crees?

Mario no solía tratarle así.

Antes de abandonar la habitación se inclinó con formalidad. Las puertas se cerraron tras su salida.

Al llegar a su habitación, la mucama cerró la puerta con llave y la miró.

– ¿Tenés idea de quién es ese? – le reprochó la mucama. Su acento jaivense le refrescaba el suyo.

– Es un socio de Mario importante, ¿verdad?

– ¿No lo escuchaste? ¡Es el katupyry!

Reminis se quedó pensando con el ceño fruncido. La palabra pronto encontró el concepto.

– Es... – Deseó no terminar la frase. – ¿Es la mafia paraguaya?

La mucama asintió.

– Oh por todos los dioses...

Le temblaron las manos.

– ¡Entonces la mafia asesinó a Artemisa anoche!

– ¡Hablá más bajo, idiota!

Reminis se levantó y corrió a la ventana, visualizando ya una vía de escape. La otra la agarró por el brazo.

– ¿Qué pensás que hacés?

– Me van a matar. Tengo que huir ahora.

– Si te vas, seguro que sí.

La sentó en la cama.

– ¿Por qué está la mafia acá?

La mucama comenzó a ordenar la habitación. El tocador, el ropero, floreros, los cuadros renacentistas.

– Vinieron a disculparse por ese incidente.

– ¿Disculparse? ¿Es una broma?

La mucama se le puso encima y le agarró con fuerza la cara.

– ¡Siempre vos la afortunada! ¡¿En qué realidad

vivís?!

La soltó y fue a abrir las puertas del ropero.

– A ver qué demonios te ponés.

Reminis estaba consternada. Se quedó mirando como la otra vaciaba su bolso y la colgaba en las perchas.

– ¿Por qué no me avisaron nada?

– El katupyry llegó hace media hora. Mario apenas pudo manejar la situación. Ahora parece que depende de vos mejorarla o terminar de cagarla.

Reminis se imaginó estar a solas con ese hombre y no encontró ninguna opción satisfactoria. ¿Cómo demonios complacer al líder de la mafia paraguaya? Además, era gigante, fuerte. La iba a destrozar. Ella tenía experiencia y habilidades como una puta. El Hotel de Mario se destacaba por tener una clientela de la alta sociedad: empresarios, dirigentes políticos, deportistas, maridos cansados de su matrimonio. El secreto estaba bien guardado allí. Había garantía de



placer y habilidad. Belleza y estilo. Pero esa situación era diferente. Ese hombre era el responsable de la muerte de su amiga. Su amiga había robado dinero a la mafia. Y ahora dependía de ella fortalecer o romper el vínculo entre Mario y el katupyry.

– Pero, ¿por qué Mario se relaciona con la mafia? – se preguntó Reminis, que era algo que no terminaba de comprender. – Nunca lo he visto siendo cliente.

La mujer la miró furiosa, pero también tenía miedo.

– El dinero del Hotel proviene de la mafia – sentenció. – Somos parte de toda esa red.

Se le acercó, intimidante, también asustada.

– Y ese secreto ahora está en un hilo con la muerte de Artemisa. ¿Entendés, Reminisita?

Reminis tragó saliva.

– Estoy jodida.

## **CAPÍTULO 3** ‡

ZYRA

Aratas descendió de los cielos como un ángel rojo sobre el patio de una casa. Desde ese techo, cualquier humano se hubiese quebrado las piernas, pero él era Aratas, y de él se decía que era un almeisán, un semi dios.

Al aterrizar las baldosas se partieron y el suelo tembló. Los tres ladrones que había estado persiguiendo perdieron el equilibrio y cayeron al mismo tiempo.

– ¡Pagarán! – gritó el vigilante. Su voz no era masculina, pero estaba bien representada.

Uno de los ladrones intentó sacar un cuchillo, pero Aratas lo sujetó por la muñeca, y como a un saco de papas, lo lanzó contra la pared de ladrillos.

Salieron más hombres del interior de la casa, armados con palos y piedras. El héroe vio que uno de ellos portaba una pistola, y sobre ese fijó primero la mirada.

Estiró un paso hacia delante, desenvolviendo el látigo que colgaba en su cintura.

La punta flageló en la mano del atacante, abriendo un tajo profundo y lacerante.

– ¡AH! – chilló el maleante.

Alguien blandió una vara metálica sobre Aratas, le dio en la cadera y resintió. Se giró, furioso. El rostro de su agresor era feo y hedía a alcohol.

Lanzó un gancho ascendente sin oposición. Dio de lleno en la quijada. El hombre voló hacia atrás. Cayó sobre un compañero y quedaron tiesos los dos.

El aire silbó de nuevo. Aratas se agachó, esquivando una patada demasiado larga. Con el peso de su cuerpo lo empujó y le hizo traspasar el tejido del patio, que giró, se enredó y se quedó de patas arriba dentro la maleza.

Aratas se sentía poderoso.

Cuando le partieron un palo en la espalda apenas se quejó, y con esa concentración propinó un codazo hacia atrás.

Luego lo intentaron agarrar por el cuello, pero se destrabó e hizo rodar al opresor por encima de él.

Su atención volvió a fijarse en un nuevo hombre que levantó la pistola del suelo y la cargó.

Aratas dio un grito de guerra, y ahora sí se le escuchó el timbre femenino.

Dibujó un 8 en el aire con el látigo, cortando a todos en su paso. Atrapó el brazo entero del que disparó, y luego tiró. Un disparo escapó de la pistola antes de que Aratas pateara en medio de la cara al sujeto.

Los ataques cesaron entonces.

Se detuvo para comprobar su alrededor, como un perro que por fin suelta las mandíbulas.

Estaba agitado, el traje era apretado y le hacía transpirar.

– ¿Quién de vosotros es Judas? – exclamó el justiciero.

Entre los que quedaban conscientes, uno de ellos, agarrándose una nariz que no paraba de sangrar, señaló al que había traspasado el tejido del patio.

Aratas se acercó hacia ese.

Pisó una silla y saltó por encima, aterrizando en el descampado del otro lado.

– ¿Así que Judas? – Lo levantó del suelo, viendo que no había reaccionado.

Al darle la vuelta, el tal Judas abrió los ojos. En una mano tenía un aerosol. En la otra, un encendedor.

Aratas llegó a retroceder cuando se creó una llamarada que escupió directo a su cara.

Se cubrió con sus antebrazos. Pero el fuego lo envolvió por completo.

Aratas se lanzó al suelo en llamas y comenzó a rodar, pero quedó muy cerca del barranco, y tras un último movimiento, cayó por él.

Se golpeó contra rocas y raíces de árboles antes de aterrizar encima de una chabola.

Los ladridos de los perros y el barullo de los vecinos se fueron empequeñeciendo detrás el zumbido de dolor. A pesar de ello, se levantó y con esfuerzo se arrancó a jirones pedazos del traje. El fuego se extinguió a su voluntad, y cuando por fin se quitó la máscara, dio una profunda bocanada.

En realidad, Zyra estaba acostada sobre un colchón pulgoso, en una habitación con olor a humedad y unas ventanas que hacía tiempo no dejaban entrar la luz del sol. Ella soñaba despierta, mientras esperaba que le bajasen los efectos del vorterix, un opiáceo

altamente adictivo que todos a su alrededor consumían.

El ambiente de Zyra ahora solía reducirse a aquella maltratada casa inclinada en las colinas de Ubicuy o Guera, ni siquiera ella sabía bien a qué barrio pertenecía. Sólo que ir a las colinas, al Norte de la ciudad, era ir a un lugar placentero y lejano, a fiestas que duraban días, noches que no dejaban recuerdos, a sueños que siempre quedaban en futuros que nunca llegaban.

Lanzó un resoplido. Su fantasía no terminaba bien. O era su cabeza que estaba inflamada de narcóticos.

– ¿O la falta de ellos?

Se levantó de la cama y miró la mesa redonda frente a ella. 4 sujetos jugando a los dados y una cortina de humo que flotaba en la habitación como el smog en Jaiva.

– Volviste pichona – le dijo uno. – ¿Te sumás?

Zyra se acercó dando tumbos. Agarró un cigarrillo, pero antes de prenderlo vio entre todas las cosas que había en la mesa, un plato. No le quitó los ojos a la montañita blanca que había sobre él.

– ¿Dónde está el Sapo? – preguntó ella.

– En la cocina.

De la cocina provenía música, y entre las hebras de la cortina entraban rayos de luz de todos colores.

– ¿Jugás? – le volvieron a preguntar.

Zyra sacudió la cabeza. – ¿Me convidan una?

Sus ojos aún seguían puestos sobre el plato.

Hubo un intercambio de miradas entre los participantes. Uno de ellos le acercó el plato a Zyra.

– Sos muy pequeña para esto, pichona – comentó otro. Tenía la voz suave y la expresión lúgubre.

Zyra acercó un banquito y se sentó. Sacó un billete del bolsillo de su pantalón y lo enrolló.

Los tipos siguieron lanzando dados.



– Pasame la tarjeta – solicitó Zyra, desentendida del comentario anterior.

Le alcanzaron una licencia de conducir caducada.

Había uno que le prestaba atención a sus movimientos, así que Zyra esperó.

– ¿De quién es ésta?

– Mía – respondió el que la miraba. – Pero tranqui, de onda.

Ella sabía que significaba eso.

– Sí, obvio.

Jugó con el billete que tenía entre los dedos, hasta que todos volvieron al juego. Entonces con la tarjeta separó un pedazo, picó y armó una línea gruesa y larga. Y la aspiró mientras los dados rebotaban en la mesa.

Enseguida la levantó una explosión de placer y tranquilidad, un orgasmo en su cerebro, una picazón en su nariz, sequedad en su garganta. Se hizo para

atrás y vio el ventilador de techo. Hasta las telarañas y el óxido le parecieron bonitos.

Gimió largo y tendido y luego relajó el cuerpo.

Uno de los tipos miró el plato.

– Te re pasaste, nena.

Zyra quiso hablar pero no pudo. Hizo un gesto con las manos con el canuto entre los dedos. La cocaína le bajó por la garganta e hizo una mueca.

Todos se rieron.

– ¡La pichona tenía que ser!

Zyra sonrió también y se movió con el banquito. Se levantó de un saltito y abandonó la mesa.

Cruzó las cortinas, como un velo a otro mundo, como traspasando las paredes, y llegó de nuevo a la fiesta.

Una fiesta que llevaba... ¿Cuánto? ¿Y qué hora era? ¿Cuánto llevaba consumiendo? ¿Y qué puto día era?

– ¡Qué carajo importa! – gritó, y se rió, porque nadie la escuchó. Y a nadie le importaba.

Se unió a la música a su ritmo, desacoplada de cualquier cosa excepto esa sensación en su cerebro, esa explosión continua de serotonina, a la que se aferraba con vehemencia. Le pasaron una cerveza y bebió. Le pasaron un cigarrillo y fumó. Le dieron una pastilla y la aspiró. Todo, todo era tan hermoso.

Fue dando giros entre la gente hasta llegar a otra sala, y la sala giró con ella, y la gente se deshizo como las luces a la velocidad de sus movimientos, y encontró a una que no recordaba el nombre y la abrazó y le dijo

– ¡Esto es vida, hermana!

y ella le respondió

– ¡Sííí! ¿Tomamos una?

y fueron al baño y aspiraron más, y luego bebieron más, y fumaron más, y Zyra ya no estaba en sus fantasías ni tampoco pensaba, y eso era lo hermoso.

Eso era la felicidad.

La que no obtuvo del mundo.

– Alguien dijo una vez – le dijo a un grupo con el que bailaba – Si el mundo te quita la felicidad, te la armás vos.

Y otro le respondió.

– La tirás, la pisás y la armás.

Y Zyra lo señaló, riéndose, y dijo:

– Y después te la tomás.

Todos rieron a carcajadas.

Y luego, el ruido se hizo silencio.

Ella quedó tirada de nuevo en el colchón pulgoso, y la cabeza no le dejaba ya ni abrir los ojos.

Todos se habían ido.

Alguien se le acercó.

– Qué desastre, pichona...

Era el Sapo, el dueño de la casa, y el dealer de toda esa pandilla que ni nombres a veces tenían. De todas las edades y todos los estratos sociales. La casa del Sapo estaba abierta a todos los que buscaban pasarla bien. Y aunque el Sapo ya hacía rato se había dado

cuenta que lo que hacía estaba mal, y que todo el que llegaba, jamás iba a volver a la normalidad, de eso vivía y era una rueda que ya no podía parar. Porque a las drogas las tenía que pagar o le pegaban un tiro. Y a esos muchachos les daba para consumir o terminaban en lugares mucho peor. La cárcel, la mafia, la calle o la muerte.

– Tomá. – Le acercó un analgesico y un vaso con agua a Zyra.

– Gracias, Sapo.

Él suspiró.

– ¿Qué?

– Y nada, mirate pichona.

– Estoy bien.

– Sabés que acá te cuido y todo pero...

– No empecés otra vez con lo mismo. Sé lo que hago.

– Esta es mi casa y me vas a escuchar.

Zyra se sentó.

– Bueno, me voy entonces.

El Sapo sacudió la cabeza. Volvió a suspirar.

Zyra resopló, desistió y se recostó de nuevo contra la pared.

– A ver – dijo – ¿Qué querés? Ya te voy a pagar.

– No es eso.

– Qué entonces.

– Que te vas a cagar muriendo, Zyra. Estuviste muy cerca de palmarla hoy y ni te acordás. Que cada vez venís más seguido. Sos muy jóven, no arruines tu vida. Mirá, para que yo te diga esto. Ya perdí muchos amigos.

Zyra dejó caer la cabeza para un costado. Su cuerpo estaba raro.

– No sabía que era tu amiga yo.

– Más vale, pichona. Yo estoy viejo, y estoy vivo de milagro. Y capaz a los otros no los pueda salvar porque no me van a escuchar o porque ya están en la mierda, pero a vos sí, y me importa, sabés.

Zyra resopló.

– Te agradezco, Sapo. Y te respeto, lo sabés. Pero me vale cien vergas todo eso. Mi vida ya estaba en la mierda antes de que llegara a acá. No tengo intenciones de cambiar ni de hacer nada diferente. Tendré 17 años pero sé muy bien cómo está el mundo, y cómo está la gente, y yo n-no – se le congeló el cerebro por un segundo- no voy a esperar a que me arruinen, como ya lo hicieron. Me arruino yo, y lo disfruto en el camino. ¿Sí? Chau.

Se levantó para deslizarse hacia la mesa. Todavía estaba el plato. Empezó a rayar con la primera tarjeta que encontró.

El Sapo se cruzó de piernas y la observó.

– Mirala vos...

– Sapo, dejame de joder. Me tomo esta y me voy si querés.

– ¿A dónde te vas a ir?

– Qué importa.

– ¿A tu casa? ¿A pelearte con tu madre, tus hermanos, y después volver pidiéndome algo para mandarte al cerebro? O a lo de tu amiga que no soportás porque no es una drogadicta como vos, o quizás a la escuela, que no tocás hace como un mes. O a lo de tu ex o lo que sea que no te quiere porque sabe lo que sos. Andate a cualquier lado, si al final siempre terminás volviendo porque no te soportás ni a vos misma.

Zyra se detuvo y lo miró enfurecida.

– ¿Qué mierda te pasa?

– Quiero que pares.

– ¡Y quién mierda sos para ordenarme eso!

– No es una orden, es un deseo.

– ¡Me vale vergas tus deseos, dejame en paz!

El Sapo asintió. Se paró, y caminó despacio hacia la puerta.



– Podés seguir actuando como una adicta, que ya lo sos. Pero podés volver a pelear por eso en lo que creías.

– ¿Qué?

– ¿Cuántas veces me hablaste de Aratas o de Eluney? De ser una justiciera, de cambiar el mundo, del sistema, del universo. Cosas que a mi no se me ocurren, o no las sé. ¿No es que eras una semi diosa o no se qué? Ahí la tenés a la semi diosa. Aspirando merca, pastí, keta, vortex, todo, y todos los días, cada vez más cerca de la muerte.

El Sapo atravesó las cortinas y dejó sola a Zyra, con el plato, la tarjeta y la cocaína.

Y entonces la joven Zyra tuvo ganas de largarse a llorar.

Se quedó un buen rato así, mirando la pared.

– Está bien – se dijo a sí misma–. Ésta es la última. Y paro. Que si me dan ganas, sí cambio el mundo.

## REMINIS

Era la medianoche y Reminis no podía controlar el temblequeo de sus manos. Se había puesto un conjunto de encaje precioso, junto con una bata de seda translúcida, de la más fina calidad. Le dio volumen a su pelo con una crema. Eligió el pintalabios más rojo e intenso. Se examinó en el espejo. Era hermosa.

Pero tenía miedo.

Tróbulos del Valle entró a la habitación en ese momento. La contempló estando de espaldas. Ella activó su lado seductor: levantó la cola, hundió los hombros y lo miró por sobre su hombro, sonriente.

– Eres... – se llevó las manos al pecho, mordiéndose el labio. – La mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Se le acercó. A su lado Reminis era chiquita. La miró con deseo.

– Sois muy gentil, señor.

La tomó por la cintura.

– Ohh... Mira esta cintura...

Le hizo dar una vuelta.

– Tienes un cuerpo magnífico. Quítate esto.

Le sacó la bata y posó una mano en su huesudo hombro. Acarició con paciencia su cuerpo: la espalda, la cintura, las nalgas.

– Vaya... Que suave eres.

Sus manos resultaron ser cálidas y gentiles. No ásperas y rudas, como esperaba. Las posó sobre sus caderas y dibujó con ellas, como quien trabaja la cerámica en un torno. Trazó de nuevo su cintura, sus costillas abiertas, y luego tocó sus tetas. Reminis sintió un inesperado placer, uno genuino y poco profesional, y no pudo evitar sonrojarse ante aquellas grandes manos que comenzaron a jugar con ellas.

Tróbulos la miró a los ojos. Vio en ellos el fuego, el cielo resplandeciente y las cavernas infernales, los vio acercarse, ceñirse sobre su fragilidad una gran sombra, un enorme peso. De repente sus pies perdieron el suelo y un elefante la sujetó con su trompa. Pero no dolió, o tal vez un poco. La llevó contra la cómoda, la sentó, y de repente la besó. La mordió, lamió su cuello, sus hombros, succionó sus tetas, y en ese momento sintió un poder ambivalente. Ahí estaba un gigante, pendiendo de su regazo, prendido, pequeño, mas su cuerpo no se sentía fuerte, sino débil, sacudido por esa lengua descarada que movía su pezón como a una campanita, y ella se retorció, y clavaba sus uñas en su espalda.

Tróbulos la liberó, la miró, borró su sonrisa. La contempló desde la distancia de un brazo. Pareció regocijarse al verla así, semi desnuda, ruborizada y media tirada contra la cómoda. Reminis reaccionó y

se esforzó por recuperar la profesión. Se incorporó y lo sujetó por el cinturón del pantalón.

– ¿Por qué mejor no te acostáis y te relajas, lindo?

Él sonrió. La sujetó con delicada fuerza por la cabeza y la hizo arrodillarse.

– Me quedaré parado. Chúpamela. Así.

Liberó el cinturón y bajó la cremallera. Bajo la panza del katupyry se encontró con una sorpresa escondida detrás del boxer. Lo acarició con su mano. Estaba muy caliente. Palpitaba. Y era robusto, tal como su señor.

Bajó el calzón y la cosa golpeó sus labios. Ella sonrió y levantó la mirada. Palpitaba y la mojaba.

– Vas a hacerme estallar niña.

Reminis acomodó su pelo, dirigió el pene suavemente con su mano y lo metió en su boca, donde las húmedas cavernas crearían una erupción.

Unos minutos más tarde ella estaba acostada en la cama, con los labios hinchados y los ojos vidriosos. Su garganta había tenido que soportar no sólo un grueso tallo, sino también una copiosa descarga. Dijo que no había terminado de acabar pero en lo que le concernía a ella, había recibido más que cualquier hombre al que hubiese atendido.

Él había decidido hacer una pausa para acercarse al bar y traer unas copas. Le había dicho que esperase en la cama. Eso sí no le sorprendía. En la Casa de Mario, Reminis era conocida por hacer que los hombres desearan más, y aunque debido a la persona y la circunstancia, tal don no era precisamente un beneficio, ahora lo disfrutaba. Su sabor, su cortesía, su dominante presencia.

– Bebe, para refrescarte, muñeca.

Tróbulos regresó con dos copas de vino blanco.

– ¿Por qué brindamos, señor?

Él se sentó a su lado.

– Brindemos por la felicidad. – Chocaron las copas.

– Por la felicidad.

Reminis fue a dejar su copa después de beber.

– Bueno... ¿Qué desea ahora, señor?

Él se rió.

– Oh, te confesaré Reminis... – Dejó su copa. –

Pensaba que iba a tranquilizarme. Pero sólo escuchar tu voz me hace arder en deseos otra vez.

– Entonces venid, y tomad todo lo que quiera.

Él se levantó con firmeza.

– Quiero ese culo.

Antes de que ella pudiera hacer cualquier cosa, la puso contra la pared, le dio la vuelta y se apoyó sobre su trasero. Quiso darse la vuelta, y llevarlo a la cama, pero no se lo permitió. Apretó más y más, y pronto se sintió un poco asfixiada. Dejó que se frotara y se mojara otra vez, pero cuando quiso hablar, notó que las palabras no salían de su boca.

Estiró una mano, para tocar su cara, y notó que se sentía fría.

Pronto el katupyry la liberó, y cuando quiso girarse, el mundo se hizo borroso.

Se tropezó. Él la sujeto.

– Soy honesto cuando digo que me calientas más que ninguna otra mujer – le susurró al oído. – Pero más que esto, una travesti ¿qué puede hacer?

– ¿Qué? – balbuceó casi de manera inteligible.

Reminis intentó ponerse de pie, pero perdió el control de su cuerpo. El miedo se adueñó de ella en un sólo instante.

– Lo siento, muñeca. No puedo dejar que te vayas a casa. Mi proyecto depende de esto...

Se durmió, en los brazos de aquel hombre. A merced del hombre más poderoso de Jaiva.



## **CAPÍTULO 4** ‡

ZYRA

Desencadenó su bicicleta de la casa del Sapo y fue bajando de las Colinas al ritmo que los ladridos de los perros y las rocas en la calle. Podía estar medio muerta, con dolor de cabeza y la vista cansada, pero su bicicleta siempre la acompañaba.

Desde las colinas podía apreciarse la inmensidad de la ciudad, y era una sensación incómoda. Porque recordaba cuando la pandemia limitaba todos sus pasos, y de repente la enorme ciudad parecía chiquitita, tal vez sólo por saber que una no podía salir de ella.

Los suburbios en cambio eran un mar de tranquilidad. Todas esas casas, entre las que se encontraba la suya, eran como pueblos chiquitos y tranquilos, donde se suponía habitaban familias funcionales y economías estables, espacios verdes y horarios de normalidad. No sabía como era en las otras casas, pero al menos en la suya, nada de eso se cumplía. Aun así, pasear por allí era lindo. Un lugar tranquilo metido dentro de un bullicio de corrupción, drogas y muchos, muchos edificios.

A donde iba quedaba justo en medio de Jaiva, pero tenía un truco para evitarlo. Uno que quedaba hacia el sureste, al arroyo que atravesaba la ciudad.

Bajó por las escaleras hacia el acueducto, donde un viejo siempre estaba sentado junto a un perro.

– Antes – pronunció el viejo con orgullo – esto era un río, limpio y puro, y las familias paseaban por acá. El viejo siempre repetía la misma frase cada vez que Zyra pasaba por allí.

– Sí, lo sé – farfulló ella, luchando contra la gravedad para que su bicicleta no se le cayera al agua.

– Le decían paseo Veneciano.

A Zyra se le hizo un nudo en la garganta.

Consiguió llegar abajo. El suelo estaba lleno de basura. Ató la bicicleta a una rejilla y luego miró al viejo.

– Mi padre solía hacerme ese paseo.

– Ohh. Es una lástima que ya no esté.

Zyra asintió. Sabía que se refería al río, pero... el sentimiento era el mismo.

– Disculpad que te haga esta pregunta pero, ¿vais otra vez a ese lugar de los justicieros?

Zyra estaba en la entrada de una alcantarilla cuando el viejo le habló.

– Ehm, sí.

– Es un viaje largo y peligroso, ese túnel, jovencita.

– Lo he hecho muchas veces, señor. Todo lo que hay son ratas y olor a mierda. Tengo mi barbijo y mis auriculares.

El viejo se echó una carcajada.

– Qué tanto debes odiar esta ciudad para optar por un túnel apestoso a unas calles llenas de luz.

Zyra sólo sonrió.

– Bueno, nos vemos. Te traeré comida a la vuelta.

El viejo hizo un gesto de agradecimiento.

– Cuidaré tu bicicleta.

Una hora más tarde estaba en el corazón de Jaiva.

La conformaban la zona de los barrios de Artigas, Calvento y San Martín. Eran conocidos por tener el cementerio más grande de Marsenia, por los monumentos nacionales y por poseer vista espectacular desde los rascacielos. Menos conocido era, sin embargo, el área suburbana. Una red de plazas y discotecas underground conectadas por los

túneles de las viejas estaciones del subte, y por las alcantarillas. Era una región que se extendía kilómetros, desde Pax, en el oeste, hasta Lyriatiz, en el extremo oriental, sobre la costa. Del mundo subterráneo se decían muchas cosas, pero quienes se disputaban el control de la mayor parte de ellas, era la sociedad de los justicieros.

Zyra salió de la alcantarilla al túnel del subte. A hurtadillas fue acercándose a la entrada principal, por la cual ella no tenía acceso. Antes de que los guardias de la superficie lo notaran, dio un salto y se incorporó a la estación.

Al pie de las escaleras encontró a un grupo de adolescentes reunidos alrededor de un cajón, bebiendo cervezas y fumando cigarrillos. La plaza que seguía estaba repleta de puestos de comida, tiendas de ropa y accesorios de decoración. Era un mercado ilegal, de productores pequeños que escapaban de la mano policial de las calles. Las

lucecitas colgantes atrapadas por un techo de tubos y cañerías, junto con el denso aroma a frituras, hacía que Zyra se sintiera de buen humor. Cualquiera que bajase, no se atrevería a ir más allá.

Cruzó por una cortina. El corredor frío olía a cigarrillo.

Al otro lado, otro par de guardias la detuvieron.

– Eh, Chira – la saludó uno de ellos. Era calvo y estaba maquillado. – A ver, mirame.

La tomó con delicadeza por el mentón y la examinó. Zyra intentó mantener la respiración, pero fue invadida por la ansiedad.

– Ya, soltame Bombita.

– ¿Estás puesta, verdad?

El otro guardia se cruzó de brazos.

–No – se defendió ella. –Ya no.

– Olés a mierda. – Se quejó Bombita.

– Todo aquí huele a mierda.

– Ja, ja, a mí no me engañás. Te colaste por las alcantarillas.

– Soy una justiciera.

– Hace falta más para ser una justiciera – gritó alguien desde arriba.

Había una mujer sentada en el borde de una plataforma. Sobre su regazo afilaba una katana plateada.

– Kira Mara – saludó Zyra con admiración. – N-no puedo creer que estés acá.

La mujer sonrió, sin dejar de trabajar.

– Chira – volvió a captar su atención Bombita–. ¿A qué viniste hoy? Es raro verte por acá tan temprano.

Zyra ya había entrado en el recinto. El hombre calvo dejó su posición para caminar con ella.

– Vine para hablar con Rodregic.

– ¿Por? ¿Está pasando algo?

La plaza principal era una estación antigua. De unos 30 metros de largo y 15 de ancho, carpas y puestos de

madera poblaban y proyectaban sombras aún más profundas. Las bombillas de luz eran débiles, iluminando los estrechos pasillos por los cuales transitaban los vigilantes.

– Escuché que iba a ver una reunión entre los veteranos. Quiero saber de qué se trata.

– Des sí. Además de Kira, El Silbido y Filomoris vinieron.

Zyra mostró una amplia sonrisa y aceleró el ritmo.

– Esperá, esperá – la detuvo Bombita. – No es una reunión de fans. Habrá una asamblea. Todos los maestros de Jaiva estarán.

– Algo se está cocinando – elucubró ella con tono detectivesco.

– Y no deberías meterte.

– Soy Aratas, Bombita.

Un grupo de murciélagos volaron por el túnel de las vías cuando dos perros se pusieron a cazar ratas.



– Ya, y yo soy la presidenta de Marsenia. Tengo que volver a mi puesto. Cuidate, Chira, por favor.

Al final de la plaza se detuvo ante una carpa blanca. La cortina llevaba tejida un escudo azul, y una espada cruzando con un martillo. La corriente proveniente de los túneles la hacía flamear con parsimonia.

Hizo sonar una campanita colgante.

– Adelante – sonó una voz grave y masculina.

Zyra corrió la cortina y dio un paso adentro.

Rodregic estaba de espaldas a la entrada, inclinado sobre una mesa de madera. Sobre ella había un montón de papeles, una notebook y una pistola 9 mm. Pero todo ello había sido apartado para dar lugar a un cofre del tamaño de una cabeza. La tapaba con su cuerpo, pero Rodregic parecía prestarle toda su atención.

Zyra se quedó de pie en la entrada, junto a un maniquí de goma, que usaban para pruebas.

– ¿Conseguiste la llave? – preguntó Rodregic.

– ¿Qué llave?

El hombre miró por sobre su hombro y soltó un suspiro.

- Ahg, lo siento, Zyra. Te confundí con otra persona.

– Regresó a lo suyo. – ¿Qué necesitás?

– Como necesitar, necesito un traje.

– Hablá con Rebeca.

Zyra se frotó las mangas del buzo.

– ¿No vas a preguntarme qué le pasó al viejo?

El hombre se irguió, lanzó un resoplido y tapó el cofre con una tela.

– Si necesitás otro, es porque el anterior lo rompiste.  
¿Qué más importa?

Se acercó a una alacena, tomó una botella de vino y se sirvió un vaso.

Zyra se acercó a la mesa. – ¿Qué es eso?

– No seas atrevida

Zyra retrocedió, hizo como si daba la vuelta.

– Por cierto – señaló–, ¿puedo ir con vosotros esta noche?

Por primera vez desde que llegó, Rodregic la miró a la cara. Su expresión era dura, de estructura dominante. Su barba perfectamente cuidada y la cicatriz en su ceja lo hacían hermoso pero severo.

– Niña – la llamó con tono paternal. Zyra odiaba ese tono. – Decime que necesitás, con claridad, y vete.

– Rodregic, perdón – se apresuró a disculparse. – Yo... Sólo...

Fue a sentarse en una de las dos sillas que había en la carpa.

– Estuve pensando en lo que me dijiste. Ya no quiero entrenar. Quiero ser una justiciera de verdad. Como todos. Estoy lista.

El líder de los justicieros tomó un trago, suspiró y se sentó en la otra silla, frente a ella.

– Sé que he sido egoísta. Me cuesta acatar las reglas. Es que... Bueno, tengo problemas de actitud, je, ya lo

sabés. Pero me he dado cuenta que la sociedad es como mi familia. Los he puesto en peligro, y eso está mal. Pero cambiaré, a partir de ahora.

Rodregic sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaleco. Lo puso con tranquilidad en su boca, lo mordió, y luego lo prendió con un encendedor de laca desgastado. Le dio una profunda pitada.

– Escuchame, Zyra. Ayer me visitó un muchacho. Rubio, delgado, parecía un buen muchacho. Me dijo que era hermano tuyo. Tuvimos una agradable conversación sobre vos.

– Ese idiota – farfulló Zyra entre dientes–. ¿Qué te dijo?

– Nada que tenga que sorprenderte. – Tomó un trago de vino. – Conocí más de vos hablando media hora con él, que dos años teniéndote en mi casa. ¿Sabés cuál es el problema, niña? Nos mentiste.

– Rodregic – dijo Zyra con la garganta seca. – Si les decía la verdad jamás me hubiesen aceptado.

- Des claro que no.
- ¿Y por qué no? Estoy tan harta de las injusticias como ustedes. Quiero actuar, esta es mi ciudad, mi país.
- Tenés 17 años. Una madre. Vas a la escuela.
- ¿Y qué?
- Tu rol es vivir, niña. Es por vos y tu generación que hacemos lo que hacemos. Eso es lo que no entendés. Creés que los justicieros actuamos para dar palizas y actuar con heroísmo. Nuestra lucha es para el futuro. Es proyectar y planificar. No hacer la guerra al estilo punk.
- ¿Y qué hago mientras tanto? Me quedo de brazos cruzados, viendo como nos matan, nos secuestran, como cagan a palos a cualquiera en la calle... Rodregic, yo no soy una adolescente cualquiera.
- Claro que no, Zyra. Y por eso es importante cuidarte.
- ¡Puedo cuidarme sola!

Rodregic se tiró el pelo para atrás. Le llegaba hasta la nuca.

– No entendéis... Yo puedo hacer cosas que nadie más puede. Aratas no es una pantalla, Rodregic. Ojalá pudiera mostrarles lo que he visto. Lo que soy... L-lo que creo que soy...

Él se levantó y dejó el vaso vacío en la mesa.

– Soy una almeisán – confesó ella, sin levantar mucho la voz. – La hija de un dios. O eso creo.

Rodregic la miró.

– ¿Eso es lo que sentís cuando vas puesta?

Los ojos de Zyra se pusieron vidriosos. Apretó los puños de rabia.

– Tu hermano también me habló de eso.

– ¡Malditos hipócritas si negáis que ninguno de ustedes lo hace!

– Son dos cosas diferentes: consumir y ser una adicta.

– Vete al carajo.

– No quiero volver a verte por acá. Y hablo en serio.  
Ella se incorporó, amasó en su boca un bólido de saliva y le escupió a los pies antes de irse.

Fue a la tienda de Rebeca, en la siguiente estación.  
Mientras caminaba por el túnel, iluminado por una red de bombillas de sulfuro, chequeó su celular. Tenía varias llamadas perdidas de Reminis. Leyó un mensaje posterior que decía “Zy, te necesito. Una amiga ha muerto. ¿Nos podemos ver?”  
Al llamarla, no respondió.

– Rebeca – la saludó en su tienda de ropa.  
– Ya me dijeron lo de tu traje – respondió aquella–.  
Y..., hoy debe ser tu día de suerte, porque ya tengo algo para vos.  
Se agachó y levantó una caja.

– Esto era de una vieja justiciera. Su temática era de diabla. Y conociéndote, creo que te va a ir a la perfección. Es elástica, no te preocupes por el talle.

– Gracias, Rebeca. – Contestó Zyra, con tristeza. Seguro era sólo un disfraz.

– Vení, te enseño como se usa.

Se vio en el espejo con el traje puesto. Era una malla de una pieza, de mangas largas, de color rojo carmesí. Encima tenía un pantalón ligero y abultado, sujeto con un cinturón donde podían sostenerse varios artilugios. Tanto en las manos como en las pantorrillas iban almohadillas de protección, y alrededor de un cuello descubierto Rebeca le dijo que se envolviera un largo y sedoso pañuelo salmón que caía hasta sus muslos. Lo que más le agradó a Zyra era la máscara, que le encajaba perfectamente en la cabeza, y le cubría hasta la nariz. Su pelo voluminoso era libre por detrás.



– Es raro que me quede tan bien la máscara. –  
expresó sorprendida.

Rebeca lanzó una risilla inocente.

– La modifiqué con tu molde. Pero, vamos, el traje te queda de maravilla. Denota habilidad y sigilo pero sin perder belleza y feminidad.

– Esto es... Está genial. Lástima que no me acepten.

– Sé qué es duro, Zy, pero en cualquier caso, podés entrenar hasta que Rodregic cambie de opinión.

Zyra examinó sus manos.

– ¿Puedo hacerte una pregunta? – habló la modista tras una pausa.

– ¿Por qué Aratas? Me refiero, ¿por qué un avatar masculino?

Zyra la observó a través del espejo.

– No quiero ser sexualizada. Darles el lujo de que me vean el culo antes de patearles el suyo.

– Pero – se extrañó la otra—. Yo lo veo más bien al contrario. Tenemos que demostrar que una mujer

puede ser sexy y fuerte a la vez. Poder usar ropa apretada, enseñar los pezones, dar a conocer nuestro encanto... y hacerlo respetar. Es más, y no quiero ofenderte con esto, pero ¿acaso no estaría siendo algo machista encarnando un personaje masculino para impartir justicia?

– Sí, puede que tengas razón – reflexionó Zyra–. Sin embargo, disfrutaría el momento en que me quitara la máscara y vean cómo descubren que una mujer les rompió los dientes.

Le llegó un mensaje a Rebeca. Su expresión cambió en un santiamén.

– ¿Qué pasa?

– Nada. Es... – Dubitó unos instantes. – Esta mañana hubo una pelea, entre algunos de los nuestros y una secta. Creo que se llamaba... Esmer...

– ¿Esmer'katet?

– ¡Sí, eso mismo! Trajeron ese cofre que tiene Rodregic en su carpa. Pensaron que tendría oro o

algo así. Rodregic se encabritó, porque no nos interesa hurtar, sabés... Sin embargo, todos están como locos intentando abrirla. Yo misma la vi y... es siniestra.

– ¿Es negra, con grabados?

Rebeca se extrañó.

– Sí...

– Y no la pueden abrir, ¿cierto?

– No tienen la llave – respondió Rebeca, cada vez bajando aún más la voz. – ¿Cómo lo sabés?

Zyra salió de su tienda.

– Debo advertirle ya.

– ¡Zyra! – se escandalizó la modista. – ¿Qué sabés de ese cofre?

– No es un cofre... Es el contenedor de un mal muy terrible.

– ¿Cómo?

– Es el sello contenedor de Esker'lamet...

## REMINIS

Despertó al escuchar un estruendo, como un portazo. Lo primero que vio fue un charco de agua, que reflejaba un foco solitario, colgado a unos metros del techo. También veía sus tetas, blancuzcas y medio moradas por el frío.

Levantó la cabeza. Le dolía la nuca.

– ¿Qué dem...? – balbuceó, ronca. En un solo instante recuperó el terror que había sentido antes de desmayarse.

Estaba atada de manos a un caño por encima de su cabeza, y aunque no estaba tan alto, sus brazos habían perdido fuerza y colgaba de él. Detrás suyo había un pilar, sobre el cual llevaba apoyada la espalda lo suficiente para perder la sensibilidad. Sentía también su trasero. Sus pies apenas estaban apoyados en un ladrillo. Estaba en un depósito

industrial, con el suelo de cemento resquebrajado, lleno de agujeros donde se acumulaba el agua de la lluvia. Las vigas del techo eran viejas, y las ventanas estaban rotas. Pero de todo el ambiente, lo que más le preocupaba era que estaba completamente desnuda.

– ¡Auxilio! – gritó, con todas sus fuerzas.

Hubo un movimiento, detrás de las puertas del lugar. Intentó alzar la cabeza, para ver el nudo en sus muñecas, pero por la posición le fue imposible.

– ¡Alguien que me ayude!

Se abrieron las puertas y el corazón de Reminis dio un vuelco al ver a dos siluetas envueltas en la oscuridad.

– Vení acá Hernán. – La voz le era familiar.

Eran los hijos del katupyry.

El adolescente de anteojos, aquel que tenía la cara de un sapo, se quedó boquiabierto al verla. La observó sin delicadeza alguna. Sus ojos se centraron en su

pecho y su entrepierna. Una expresión entre la perplejidad casi religiosa invadió el feo rostro del chico.

El otro se acercó más, sonriendo. Se cruzó de brazos, abrió las piernas, y la examinó.

Reminis sintió tanto miedo que ni una palabra le salió de la boca. Estaba expectante a sus movimientos, a sus expresiones.

Tomás se llevó una mano a la boca.

– Ahg, por Dios – se quejó. A continuación se rió. – Esto es un asco.

Miró a su hermano y lo empujó.

– ¿Qué te pasa? No me digas que te gusta.

Hernán vaciló, aún en shock.

– ¡No ves eso! – le gritó. – Esa cosa horrible que le cuelga en las piernas. ¡No ves lo que es!

– Pero tiene el pelo largo, y tetas. Y su cuerpo...

Tomás agarró al pequeño por el cuello, lo trajo para sí y se acercaron. Hernán intentó resistirse pero su hermano era más fuerte.

– Fijate bien – le dijo, señalando a una Reminis que temblaba–. Mirá sus hombros. Sus costillas.

– ¿Es un hombre?

– ¡Es un hombre! – declaró el otro.

Miró a Reminis y la señaló desde muy cerca.

– Por favor, no me lastimes... Quiero irme. Por favor...

– Vos sos un hombre.

Reminis corrió la vista. Sus lágrimas se derramaron por sus mejillas, se sintieron dolorosas. Calientes y dolorosas.

– Los tuyos envenenan a mi hermano. ¡Mirame!

Le agarró la cara.

– ¡No me toques! – replicó Reminis con el mismo grito.

Tomás retrocedió, sorprendido.

– Hernán, traeme una silla – ordenó.

El chico fue a buscar una silla a la otra sala.

– Por favor... ¿Por qué me hacen esto?

– ¿Querés saber por qué?

Hernán trajo la silla. Su hermano la tomó con violencia y la plantó delante de Reminis, a unos dos metros.

– Sentate Hernán.

– ¿Qué?

– Que te sientes.

Hernán se sentó y su hermano puso una mano en su hombro. Sentado, quedaba a la altura de los genitales de Reminis, y eso la hizo sentirse aún más vulnerable.

– Esto – le dijo señalándole la entrepierna – no miente, hermanito. Todo eso otro es cirugía. Plástico. Láser. Cremas. Pero eso dice la verdad.

– ¡Dejadme en paz! – suplicó Reminis.



– Callate Trava. – Apretó aún más a su hermano. –

No te dejes engañar. ¿Vos sos puto Hernán?

El chico sacudió la cabeza.

– Entonces no podés estar con él.

– Ella – corrigió apretando los dientes Reminis.

– Él – repitió Tomás, aún más alto.

El celular de Tomás empezó a vibrar. Lo sacó del bolsillo y se fue a la otra habitación para atender la llamada.

– Por favor – murmuró Reminis al otro chico –, ayudame. ¿Qué hice mal? Tengo que volver al hotel. Prometo no decir nada.

Hernán se veía notoriamente asustado. Le miró el pene, y luego, se levantó. Reminis calmó su llanto, ansiosa por liberarse. Pero las manos de Hernán se cerraron sobre sus tetas.

– ¡No! ¿Qué hacés?

Las masajeó, hipnotizado.

– ¿Qué carajo hacés? – interrumpió su hermano, que acababa de volver.

Hernán retrocedió, vaciló y luego, sin anticipo, le dio un puñetazo en la cara. El dolor estrelló la mente de Reminis, el sabor metálico de la sangre inundó su boca.

– ¡Ves lo que hacés!

Tomás levantó un palo del suelo. Lo agitó y la golpeó en las piernas.

Reminis lanzó un alarido.

– Confesá que sos un hombre.

– ¿Qué? – gemía confundida Reminis.

Le pegó de nuevo.

– ¡Basta!

– Confesá que sos hombre.

Le golpeó en las costillas. El dolor fue sórdido y agudo.

– Dale.

– Por favor...

Un nuevo azote.

Soltó el palo y sacó una navaja del bolsillo. La puso debajo de su seno izquierdo.

– Te voy a abrir y te voy a sacar toda la silicona, pedazo de puta.

– Por favor... No lo hagas. Hago-hago lo que quieras.

– Decí que sos hombre.

Reminis sintió que en su garganta se cernía una serpiente.

– Soy hombre – gimió.

– No te escucho.

– Soy hombre – gimió, repleta de dolor.

– Más fuerte. – Apoyó el filo sobre la piel.

– ¡Soy hombre! – espetó Reminis.

Tomás retrocedió, sonriendo.

– ¿La escuchaste?

– Pero dijiste ‘la’ – destacó su hermano.

Eso volvió a encender la furia de Tomás.

–No, no, no – se agitó Reminis en sus ataduras.

Se acercó con la navaja de nuevo. Acercó mucho su cara a la suya. Ella movió la cara, asustada.

Tomás retrocedió y sacó el celular del bolsillo de su pantalón.

– ¿Qué haces, Tomi? Deberíamos irnos ya. Están afuera esperándonos.

– Vamos a hacer que todo el mundo conozca lo que es en realidad.

Reminis abrió los ojos y se encontró con un celular que la estaba filmando.

– Todo internet te ve ahora. Esto... – se escuchaba agitado. — Esto es Reminis Van Derhart. ¡Un trava! ¡Mírenlo!

Reminis cerró los ojos para no ver. Ocultó la cabeza entre su pelo y rezó para despertar. Todo eso tenía que ser una pesadilla.

– Quiero despertar – murmuró para sí. – Ya, despertá Reminis.

Tomás se acercó con la cámara, filmando más de cerca. Sus genitales, su cara sangrando, su fragilidad, su humillación. Hablaba como si enseñara a un monstruo, un espécimen antinatural, una degeneración, un experimento aberrante de laboratorio.

– Porque eso es lo que sos. Un mamarracho, una cosa que no debe existir. Un monstruo. ¡Sos horrible y nadie pagaría ni dos pesos por vos! ¡Das asco! ¡Asco!

Tenía que ser una pesadilla. Porque eso, precisamente eso, lo que tantas noches, encerrada en el baño, vomitando, estrangulándose de rabia, gritando de dolor, derrumbada en la cama, emborrachándose, era lo que imaginaba, lo que más temía pasaría algún día. Era la respuesta del mundo que más temía. Y ahora estaba gestándose de verdad. Pero quizás también por ello, recordarlo activó un interruptor en ella, y su vergüenza desapareció, por

unos momentos, y su dolor y su miedo se amasaron en una seguridad terrible, en resignación, en aceptar que aun siendo un monstruo, una abominación, no era culpa suya; en todo caso, era culpa de la naturaleza por haberla hecho así.

Levantó la cabeza y miró a su agresor. Recordó un poema.

– “Me odias porque me deseas,  
me deseas porque me envidias,  
me envidias porque me temes,  
me temes, porque soy valiente  
y tú no.”

El joven terminó el video y guardó el celular.

– ¿Qué dijiste?

– ¡Que te vayas al infierno!

La agarró del cuello.

– Voy a matarte, hija de puta.

Su hermano lo agarró por la camisa y tiró de él.

– ¡Tomi! ¡Ya es suficiente!

– ¿Querés ser mujer? Bueno, entonces esto no lo necesitás.

Apuntó su navaja hacia su pene.

– ¡TOMI! – le gritó con voz cantarina su hermano. – ¡Tenemos que irnos ahora!

Él lo miró.

– ¡Papá está llamando! ¡Algo pasa! ¡Tenemos que ayudarlo!

Se apartaron de Reminis cuando un tercer hombre llegó a la sala.

– ¿Qué pasa?

– Los justicieros y la policía. Tenéis que iros ahora.

Tomás escupió al suelo. Se acomodó el cuello de la camisa.

– ¿Se encargan de esto?

El hombre miró a Reminis y asintió.

– Pero encarguense de dejarla bien destruida. Bien sucia. – Hubo un silencio. Su expresión se llenó de furia. – Que nadie lo reconozca al traba éste.

Se fueron los hermanos. El hombre que quedó en su lugar se acercó con una bolsa en las manos. Antes de que Reminis pudiera hablar, se la puso en la cabeza.



## **CAPÍTULO 5** ‡

### ZYRA

Esker'lamet, La Sangre Envenenada, La creación bastarda de los dioses antiguos, La que se alimenta del mal, Lilith, La reina del Inframundo, El ángel de la muerte, Los ojos de la venganza. Eran algunos de sus nombres.

Ya había una gran disputa religiosa entre el sector católico y el elisenismo deroté desde el siglo XX, como para agregar tras la pandemia un politeísmo efervescente de sectas fanáticas que adoraban a uno de los diez dioses elisenistas, los cuales, según sus

respectivos declamadores, era el más poderoso y legítimo del mundo conocido.

Pero desde hacía al menos una década, la Esmer'katet, el culto a Hoferos -dios de la guerra- había resquebrajado la tolerancia religiosa cuando sus rituales se orientaron a las prácticas de invocación y control de los demonios. Los límites se fueron corriendo cada vez más, sus sacrificios llegaron a abarcar a seres humanos, y desde entonces comenzaron a ser vistos como sectarios homicidas. El misticismo alrededor de ellos creció tanto que, fuera o no cierto la presencia de Hoferos en su trabajo, ganaron tal poder que se convirtieron en una de las influencias del poder en la política jaivense.

Zyra había iniciado sus días de justiciera luchando contra la Esmer'katet. Sus errores de novata y su osadía le hubiesen costado la vida, de no ser porque éstos, en vez de atacarla, la alabaron.

– ¿Por qué? – Rodregic estaba de brazos cruzados detrás del escritorio. Alrededor suyo estaban los demás líderes: Roma Stevis, veterano de guerra, Cassimiro Gonzalez, entrenador de iniciados y Julia la Brava, el cerebro de la sociedad justiciera. Desde un costado, apoyados sobre la tarima del escenario, Filomoris, Kira Mara y El Silbido escuchaban sin dar mucha importancia al asunto. No llevaban ni 24 horas en la ciudad que ya habían tenido varias impresiones de Zyra Crosborten y ninguna se alejaba de la de una adolescente entrometida y mentirosa. Zyra había viajado desde la sede central hasta Lyriatiz, en la costa. El evento anual de los iniciados se daba todos los 9 de junio en la torre mayor. Estaban a una hora de comenzar con las presentaciones cuando la representante de Aratas irrumpió en pleno escenario, urgiendo hablar con Rodregic acerca del cofre que habían encontrado.

Ella no escamitó en dar la versión de los hechos tal y como los había vivido. Pero aunque estaba hablando con personas que usaban disfraces y nombres ficticios, sus afirmaciones no rompieron la incredulidad de nadie.

– Yo soy la hija de Hoferos, el dios de la guerra – respondió Zyra a la pregunta de Rodregic. – La esmer’katet me lo enseñó. Yo tampoco me lo creía, pero conforme fui creciendo se hizo más evidente para mí.

Ninguno respondió. Era evidente que nadie se tragaba el cuento.

– ¿Y qué tiene que ver eso con el cofre? – le preguntó, irritada, Julia la Brava.

– Así como nosotros nos organizamos con avatares para combatir en Jaiva, la Esmer’katet piensa usar un demonio para tener su propio justiciero. Querían que yo fuera la portadora de Esker’lamet, para unir dos reinos: el de un dios y el del infierno. – Zyra se

dirigió hacia Rodregic. – Por supuesto me negué y me alejé de esos maniáticos. He visto lo que podría suceder si Esker’lamet se libera. Por eso dejaron el cofre. Espera que alguno de nosotros lo abra, y sea seducido por el demonio. ¿Dónde está el cofre?

El líder echó la espalda sobre el respaldo de la silla y se frotó la cara con las manos, en un gesto de exasperación.

– ¿Es una especie de broma? – Roma Stevis se mostró confuso. – ¿Quién demonios es esta chiquilla?

– Se llama Zyra – explicó Rodregic de malhumor. – Es de mi grupo. Tiene por costumbre hacer bromas, pero dudo que ésta sea una de ellas.

Zyra asintió.

– Parece que ahora directamente se le ha ido la cabeza. – Se prendió un cigarrillo. – Por favor, Zy, tenemos un trabajo importante acá.

– ¡Rodregic! – se exaltó Zyra. – Estoy hablando en serio.

– Vamos, niña – carraspeó Cassimiro. – ¿No esperáis que te creamos, o sí? ¿Dios de la guerra? ¿Demonios? La Esmer'katet son sólo un montón de desquiciados a los que la pandemia les vació la cordura. Nos encargaremos de ellos cuando el katupyry caiga y los musulmanes se vayan de este país.

– Por favor, tenéis que creerme.

En ese momento El Silbido, un hombre macizo con un parche en el ojo, hizo lo que más le gustaba hacer. Silbar.

– Si lo que dices es cierto – intervino– eres tú la que representas el mayor peligro.

– ¿A qué te referís? – investigó Rodregic.

– Si la esmer'katet la sigue, entonces es cuestión de tiempo para que encuentren vuestra guarida. Vuestros escondites, estrategias y movimientos serían descubiertos.

– O puede que sea una espía – agregó Filomoris.

Zyra vaciló.

– ¿Zyra? ¿Entonces, sos una espía infiltrada de la esmer'katet o una joven con ganas de molestar con cuentos fantasiosos?

Miró a su líder con frustración.

– Rodregic...

Sonó la campana de la torre y los presentes comenzaron a levantarse de sus asientos para ir al frente del escenario. Había una multitud de personas aglutinadas en la sala principal del edificio. Cuando solo quedaron Filomoris y Zyra detrás de las tarimas, el famoso justiciero sonrió.

– El cofre necesita una llave para abrirse.

Zyra levantó la cabeza.

– Yo la conozco.

– ¿La conocés?

– Es una palabra, en el idioma prohibido del Necronomicon.

El hombre, esbelto y relajado, inclinó la cabeza para mirarla dentro de su máscara veneciana. Dio un salto de la tarima. Su levita sacudió el polvo. Tenía un estilo victoriano, con accesorios que recordaban a los asesinos del imperio elisenista. Zyra se preguntó qué clase de habilidades tendría.

– No debe preocuparte que la abran. Aunque... Una puerta tiene dos movimientos. Una para entrar. Otra para salir.

Zyra abrió los brazos, nerviosa.

– ¡Eso es lo que iba a decirles! – gritó.

Filomoris se acercó.

– ¿Y cuál es la otra forma de abrirla? – habló en voz baja. – Tal vez... Se abre con un simple movimiento, obedeciendo a un primer portador. Y es tan, tan atractivo su interior dorado e ilimitado, que todo el mundo querrá tomar los tesoros que resguarda. Pero una vez un tesoro sale, otro debe entrar.



El acto había comenzado del otro lado del escenario. La voz de Cassimiro se escuchó por un micrófono.

– ¿Dónde está?

Filomoris encaró sus pasos hacia el frente del escenario. Zyra lo siguió.

Vio que arriba del escenario Cassimiro respondía preguntas de los iniciados, les daba indicaciones y conversaban de cosas que, debido a un zumbido de origen desconocido, ella no era capaz de interpretar. Detrás de él, Rodregic, Julia La Brava y Roma Stevis parecían sorprendidos, agazapados alrededor de algo que acababa de caerse de la mesa. Zyra miró a Filomoris, en signo de interrogación, pero éste sólo sonrió.

Se abrió paso entre la multitud, mientras su corazón se aceleraba, la tensión aumentaba, esforzándose por confirmar o rechazar lo que permanecía vedado a sus ojos. Se detuvo a los pies del escenario, cuando un hombre de seguridad la detuvo.

– Esperad a que te llamen, recluta.

Zyra retrocedió un paso. Cassimiro dijo algo que hizo enardecer a la multitud. Vitorearon y lanzaron espuma al aire. Pero entonces Julia La Brava se incorporó, con una copa de oro macizo en la mano. Tenía incrustaciones de perfectos rubíes y había un aire resplandeciente de seducción en su brillo. La forma en que la veterana miraba aquella pieza le estremeció el alma.

Rodregic también se incorporó, con una corona, y el encanto en su mirada fue más fuerte aún. Detrás de ellos, se vislumbraba el cofre. Negro y robusto, casi indistinguible de las sombras que lo rodeaban, cuyas producciones eran ignotas y malvadas.

– ¡No! – espetó Zyra. – ¡Alejense del cofre!

Cassimiro entonces levantó una medalla en lo alto.

– A partir de hoy – exclamó– La Sociedad de la Justicia tendrá el poder cambiar de una buena vez las

cosas. ¡Después de 200 años de injusticias, nuestra nación será verdaderamente libre!

Nadie parecía percatarse de que la medalla estaba empapada de sangre, que goteaba y caía en la frente del entrenador.

– ¡Está maldito! ¡Todo eso está maldito!

Las advertencias de la joven parecían no ser atendidas por nadie. Roma Stevis levantó un puñado de monedas y comenzó a repartirlas al público. Incluso dos súcubos, que salieron del cofre mismo, se lanzaron sobre los iniciados. Hubo gritos de placer y euforia.

– ¿Están completamente locos?

La empujaron y la expulsaron de la multitud. Zyra aprovechó para subirse por un costado. Saltó sobre el cofre, empujando a Roma Stevis y a Rodregic.

– Hay que destruirlo – farfulló, sujetándolo bien fuerte.

Julia La Brava se lo quiso arrebar, pero Zyra se escabulló y saltó del escenario. Echó a correr, eludiendo al control de seguridad. Escuchó maldiciones y golpes detrás. Salió de la torre con los justicieros pisandoles los talones. Casi tropezó, pero siguió enderezada por las rocas de la isla. A su derecha y a su izquierda, estaban las otras dos torres, la Media y la Menor.

Escuchó disparos y otros proyectiles que estallaron cerca suyo. Aun ante el enojo y los gritos de sus jefes, continuó, en dirección a la playa, para deshacerse del objeto maldito antes de que se lo quitasen otra vez. Al llegar a un muelle de rocas, se detuvo. Se acomodó y lanzó el cofre a las aguas.

– ¿Qué has hecho? – le gritó, encabritado Rodregic.

– ¡Tenía que ser destruido!

– ¡Sos una estúpida!

– ¡No tenéis idea de lo que era eso! ¡Os he salvado la vida!

Los justicieros se amontonaron frente a ella, rabiosos. Parecían dispuestos a asesinarla por tal sacrilegio. Pero pronto la muchedumbre pasó a ser una columna difusa de cenizas, y los pies de Zyra se empaparon de agua. Un trueno sonó a sus espaldas, y cuando las llamadas más allá del mar avanzaron en su mente, ella se dio cuenta de que aquel lugar no era el cual creía.

– Esto... Esto es un sueño– se dijo a sí misma. Volteó violentamente hacia Filomoris, que estaba a unos metros de ella, riendo y mascando maní. – ¿Es un sueño, verdad?

– Tú dime, hija de Hoferos – bromeó él.

Las olas golpearon la costa, cada vez con más frecuencia. Se volvieron fieras y alcanzaron a la muchedumbre, que fue barrida y absorbida por el mar. En el cielo, unas nubes negras descendieron entre las grises, y los rayos violáceos zizaguearon como venas envenenadas, cargadas de cólera. Un

viento con aroma a caries y a muerte arrastró los árboles y rompió los cristales de las torres, y cuando Zyra retrocedió a un lugar más alto, una gigantesca trompa de elefante plagada de ventosas, emergió de las aguas, junto con dos colmillos desgastados que invadieron y rasgaron el grupo de nubes. El mar se combó, se elevó 30 metros antes de romperse ante el ascenso de una criatura titánica, malévola y animalesca. La cabeza era humanoide, pero en sus ojos rojos rutilaba el hambre de poder, la severidad y la astucia. Había largas trenzas que sonaron como cadenas detrás de su cabeza. Su cuerpo oscuro hizo más oscuro al cielo, y cuando posó su mirada sobre Zyra, la isla ardió en llamas.

– ¡No me traicionarás! – sonó una voz difícil de aprehender. Una voz gigante pero clara, una diplofonía penetrante, grave pero leve como el viento.

– No lo haré – respondió Zyra, pero su voz se perdía en un tornado que giraba a su alrededor. Tragaba el agua, el polvo, la sangre y el fuego.

– ¡Esker’lamet debe ser tuya o no será de nadie!

– Pero el demonio debe ser destruido, nadie puede dominarlo y puede envenenar tu reino!

La deidad acercó su cabeza. El campo visual de Zyra fue ocupado entero por él.

– ¿Acaso dudas de mi poder?

– No... Dudo del mío.

– Eres Aratas, hija de Hoferos, almeisán de la guerra, heredera de Bosno, ¡Esker’lamet es mi regalo! ¡Aceptalo!

La voz se convirtió en bramido y la tierra fue sacudida por una onda expansiva. Zyra pudo liberarse de la llamada y lanzó un grito, apretando los puños, intentando liberarse del control. Cuando la onda expansiva la alcanzó, sintió un sacudón hacia el vacío.

## **CAPÍTULO 6** ‡

ZYRA

Despertó en plena caída. Masculló una maldición al chocar con la alfombra. Sentía que había sido arrollada por una montaña.

Había caído de la litera. Estaba en el campamento de los justicieros. Habitaba un gran silencio en la guarida.

Corrió la cortina del dormitorio y echó una mirada a los corredores. No había nadie, excepto Filomoris, sentado sobre algo en medio del mercado principal.



– ¡Buenas noches princesa! – Debajo de la máscara, que cubría toda su cara, excepto la boca y la cuenca de los ojos, se dibujaba una siniestra sonrisa.

Su traje era color vino, tenía unos pantalones muy ajustados y unas botas decoradas con flores doradas. Debajo de la levita se podía vislumbrar un chaleco con el mismo motivo floral. Fumaba de una pipa, cruzado de piernas. Bajo el sombrero galante se veía una piel pálida, casi azul.

Zyra se acercó con cautela.

– Lindo equipo... Aratas.

La forma en que arrastró las palabras al mencionar su avatar la hizo irritar. Su forma de hablar la irritaba.

– ¿Dónde están todos?

Aún llevaba puesto el traje que le dio Rebeca. Pero no recordaba nada de lo que había sucedido después.

– En la inauguración – respondió el justiciero–. En las torres de Lyriatiz. Pero ya lo sabéis, Zy.

Ella se estremeció.

– Ese sueño... ¿fue un sueño verdad?

– ¿Qué sueño? – se desentendió él, borrando su sonrisa.

Unos instantes después, echó una breve carcajada.

– Sí.

Zyra avanzó unos pasos. No solía pensar que hubiera justiciero alguno que fuera rival, aunque ella nunca hubiera peleado con uno. Pero ése despertaba en ella el temor.

– ¿Quién sos?

– Ya sabéis eso.

– ¿Él te envía? Dejá de dar rodeos. ¡No sabés lo que está en juego!

– Sé lo que está en juego. Creo, je, je.

– ¿Sos policía? ¿De la Esmer'katet? ¡Hablad!

– ¿Tengo pinta de ser policía? Wow... – Sus palabras eran acompañadas por ademanes excéntricos. – Yo no tengo dueño, princesa. La Esmer'katet, la policía,

los Justicieros, son todas piezas de ajedrez. Baff, eso es demasiado. Son más bien, juguetitos revolviéndose dentro de una caja. Yo soy un agente independiente.

– Vos no sos Filomoris – interrumpió Zyra. – Sólo usás su traje. Un imitador.

El justiciero la escrutó con astucia.

– Me pregunto cuánto tiempo Aratas seguirá siendo el mismo.

– No te hagas el tonto. ¡Sabés bien lo que estoy diciendo! ¿Rodregic lo sabe?

– Rodregic sabe lo que quiere saber. Pero es que yo no soy nadie, princesa. ¿Quieres ver mi rostro? ¿Saber mi fecha de nacimiento? ¿De qué se me acusa?

– He pasado mi vida lidiando con agentes de Hoferos.

– Querrás decir fanáticos. Te repito, mi estimada, yo no soy partidario de nadie. Soy un hombre con sus propios principios.

Zyra se cruzó de brazos.

– ¿Y qué dicen tus principios?

Filomoris abrió las piernas y apoyó sus codos sobre ellas, inclinándose hacia delante.

– Que si no cuidas el cofre, alguien más se hará con él.

– El cofre no debe ser cuidado. Debe ser destruido.

El justiciero cerró los ojos, sesgó la sonrisa.

– No puede ser destruido. ¿No has comprendido nada? Vaya que gasté energías en ese sueño...

Una correntada del subterráneo sacudió las tiras del pañuelo del traje de Zyra.

– Mentís.

Filomoris se puso de pie, le quitaba una cabeza a Zyra, y se dirigió hacia la cornisa de las vías. La cola de la levita bamboleó con el viento.

– Ahh – inspiró –, qué olor particular.

Zyra se había quedado clavada en el lugar. Lo que el otro había usado de asiento era el cofre negro. Se acercó al objeto cuidadosamente.

– Puede sentirse su atracción, su maldad.

– Maldad – repitió Filomoris. – Oh, princesa. Tenéis mucho que aprender. ¿Sabías que una de mis habilidades destacables es la de soñar los futuros?

Zyra se puso en cuclillas delante del cofre. Se aseguró de que estuviera bien cerrado.

– ¿Queréis saber cual es el que he visto hoy? – Volteó hacia ella. – ¿Queréis saber qué pasará si no te llevas ese cofre?

Zyra se sentía frustrada. Había un amargor en su mente, una incomodidad que crecía y no podía evitar. Quería exclamar que ese hombre era un farsante y altanero, pero de alguna manera el sueño que había tenido dejó en ella una enorme presión. La visión de Hoferos, de las torres, de la sociedad de los

justicieros, de sí misma, no eran como sueños corrientes, o tal vez ningún sueño fuera corriente; todos cargaban una parte del pasado o del presente; una proyección de su mente. Pero éste... Éste parecía más bien una proyección del futuro.

– ¿Qué es lo que pasará? – preguntó Zyra.

Filomoris llenó sus pulmones. Cerró lentamente los ojos, y en ese momento, Zyra vio a Reminis, cubierta de sangre, perseguida por aves carroñeras, corriendo entre edificios. El mundo estaba cubierto por una neblina gris, impidiendo ver más allá de sus propios pasos. Vio a Hernán Guillet, Reminis corría directamente hacia él. Ella gritó para advertirle, pero ya era muy tarde y se la llevó. Vio un cementerio. Todos a quienes conocía estaban sepultados allí. Vio un muelle arrasado por el mar. Vio a Jaiva bajo una tormenta carmesí. Se vio a sí misma, Aratas, luchando contra monstruos, pero al final el agua del mar terminaba por arrastrarla. Vio a Reminis en el

suelo, a los pies del katupyry, que era un gran ogro verde. El cofre negro estaba a unos metros. Se abrió, y llamó a Reminis. “La única salida” le dijo. Reminis saltó a su abismo. Se vio a sí misma, luchando contra Esker’lamet en una Jaiva que estaba sumida en las cenizas, bajo un cielo sin estrellas. Zyra empuñó una pica y apuñaló al demonio en el corazón. Mientras su carne se deshacía, vio debajo de ella el cuerpo de Miranda, su prima.

– Algo no está bien – murmuró Zyra, mientras se desvanecía la fantasía.

– Tal vez – agregó el otro– quieras ver esto.

Del bolsillo de su levita sacó un celular. Reprodujo un vídeo y volteó la pantalla del móvil, para que Zyra pudiese ver. A pesar de su personalidad, el justiciero enseñó aquello con expresión de respeto.

Zyra escuchó la voz de Reminis y se apresuró a ver de más cerca.

– Oh por dios – se escapó de su boca. – ¿Qué carajo?  
¡¿Fuiste vos?! Porque voy a matarte...

– Claro que no – respondió él con firmeza—. Estaba en vivo en las redes sociales.

Zyra sintió un vahído.

– No... No puede ser. Esperá. Esa voz. ¡Ese es Hernán Guillet!

– Y Tomás, el hermano mayor.

Zyra empezó a temblar. El vídeo era explícito, cruel y enteramente despiadado.

– Voy a matarlos. Juro que los mataré. ¿Dónde es eso?

– No lo sé.

Zyra agarró a Filomoris del cuello del chaleco. Era más liviano de lo que parecía.

– ¡Estás jugando conmigo!

– No... – De repente se oía como un niño. – Te lo enseño para ayudarte, maldición.



– ¡Estás poniendo ilusiones en mi cabeza! ¿Cómo sabés tanto? ¡No vas a salirte con la tuya payaso!

Lo sacudía como un saco de papas.

– Toda Jaiva debe haber visto este video. Tomás Del Valle es célebre, pero se le debe haber ido la chaveta. Ahora mismo las redes son un caos. Tu amiga está en boca de todos. Aunque nadie sabe quien es. Ayer mismo una prostituta fue asesinada. Hay rumores de que fue la mafia paraguaya. Piensa, maldición.

Zyra lo escrutó. Podía ser una adolescente y él un hombre maquiavélico, pero en ese momento ella estaba siendo empujada al límite, y lucía en realidad intimidante.

Lo soltó. Lo quedó mirando, pensaba pero no encontraba nada. La ira y la impotencia la ahogaban. El vídeo se seguía reproduciendo.

El justiciero se acomodó la ropa.

– Bien, te ayudaré. – Se aclaró la garganta. – La mujer asesinada ayer trabajaba en una conocida casa

del placer. Famosa por albergar a las más... profesionales mujeres trans del mercado. La que asesinaron ayer tenía por nombre Artemisa. Era la amiga de tu amiga, la víctima de este denigrante encuentro.

– ¡La están torturando! – Zyra rayaba el aire con las uñas. – ¡Le sangra la boca... Hijos de puta... ¿Dónde mierda está la policía?!

Filomoris se alejó un poco para mantenerse fuera de peligro.

– La policía ya ha sido advertida. Pero estamos hablando de gente de la alta sociedad, princesa.

– ¡Son violadores! ¡Hernán Guillet...! – Zyra estaba acelerada. Comenzó a dar vueltas en círculos. – ¡Hernán Guillet es un maldito acosador! Y ahora... VOY A MATARLO.

Zyra hizo como si se iba, pero se detuvo.

– ¿Por qué le hicieron eso? Carajo... Si le pasa algo a Rem.

– Des, piensa Zyra.

– ¡Vete al carajo! No entiendo por qué se las agarrarían con ella. Además de ser un transfobicos, son unos idiotas. Son ricos pero no van a salir impunes. En cuanto Rodregic se entere, irán a por ellos. Yo misma iré a por ellos, en este preciso instante.

– Yo creo que tu amiga descubrió más de la cuenta.

– ¿Qué querés decir?

– Ellas eran colegas. Artemisa y Reminis.

– Tal vez la conocía de algún lugar, pero qué tiene que ver.

Filomoris se notó sorprendido.

– ¿No lo sabías? – Hubo cierta satisfacción en la pregunta.

– ¿Qué cosa?

– Tu amiga...

– Reminis es... era mi novia, imbécil.

La expresión de Filomoris se potenció.

– Oh – lanzó. – ¿Y sabías que ella era colega de la tal Artemisa?

Zyra volteó.

– Tu ex es prostituta, me temo.

Zyra resopló. Pero no agregó palabra alguna.

El justiciero usó su celular. Luego le enseñó una foto.

A Zyra le llevó tiempo entender la imagen. Se veía a Reminis formando parte de un grupo de mujeres trans delante de un cartel que decía “Mario’s Hotel”.

Zyra se quedó pegada al celular. Tragó saliva.

– Ahora todo tiene sentido – dijo con la voz apagada.

– Por eso nunca tenía tiempo para mí.

– Si te sirve de consuelo – dijo Filomoris volviendo a guardar el celular– estoy seguro de que le iba de maravilla.

No hubo ironía en su tono, pero Zyra ya había perdido el control. Agarró al hombre del cuello y lo empujó contra el pilar más cercano. Luego le lanzó un puñetazo. Filomoris alcanzó a agacharse y el puño

de Zyra chocó contra el concreto. La estructura tembló y varios pedazos de material se desprendieron. En el semblante enmascarado del justiciero pudo verse la admiración.

– ¡Zyra, hija de Hoferos!

– ¡No me llames así!

Volvió a levantarlo y lo apresó contra la pared.

– ¡Está bien! Está bien. Sólo cálmate.

– ¿Qué me calme? Sos idiota o estás jugando conmigo, pedazo de basura.

– Lo sé, lo sé. Estoy jugando con fuego. P-pero valía la pena correr el riesgo. – levantó las manos y dejó de poner oposición a su opresora. – Estoy intentando ayudarte. ¿Qué ganaré yo haciendo que me mates? ¿Acaso te mentí? Fíjate, te he revelado verdades. Duras, trágicas. Pero verdades, en fin.

Zyra deseaba reventarle la cara, pero sus palabras le hicieron darse cuenta de que su ira no era para él, y era en vano gastarla.

- Entonces ayudame a encontrar a Reminis. Ahora.
  - Nadie sabe donde...
  - ¡Mira el futuro! Demostrame que las visiones son fiables. Que no sos un puto farsante.
  - ¿Necesitas más pruebas?
  - Sí.
- El justiciero vaciló.
- ¡Vamos! ¡Ahora!
  - Está bien.
- Cerró los ojos. Parecía recitar unas palabras con la boca.
- Ella está bien.
  - ¿Dónde?
  - No está claro. Está en movimiento. Pero algo muy poderoso la ha salvado.
  - Eso no suena verídico.
  - Es... Es... oscura y silenciosa. Un hospital. La policía.

Zyra lo examinó, intentando buscar pruebas de mentira.

Lo soltó y sacó su celular.

– Llamaré a Berenice. Si decís la verdad. Ella sabrá.

Filomoris sacudió el polvo de concreto de su ropa.

– Espera, Zyra. Hay algo más urgente. Confía en mí. La chica está a salvo.

– Es lo que más me importa. No me fío de vos.

– Lo sé. Pero hay algo frente a ti que estás pasando por alto.

– Me llevaré el puto cofre – dijo de mala gana—. Después de llamar a Bere.

– No, no. No es solo el cofre. En la visión que te di, viste a alguien más además de Hernán Guillet. Recuerdalo.

Zyra apretó los labios. Estaba rabiosa, pero se concentró.

– El katupyry.

– Piensa. La prostituta se cree que fue asesinada por la mafia paraguaya. Al día siguiente, Hernán Guillet y Tomás Del Valle aparecen torturando a otra prostituta.

– ¿Y qué?

De repente lo entendió.

– ¿Estás diciendo que uno de esos es el katupyry?

– El ogro verde, princesa.

– Carajo... Tróbulos del Valle. ¡Mierda!

Corrió hacia el cofre.

– Tengo que llevarme esto ya y llamar a Berenice. Tengo que poner a salvo a Reminis antes que esos... ¡Mierda!

– ¿Ahora entiendes?

Zyra lo miró.

– ¿Por qué hacés esto? ¿Qué es lo que querés?

– Quiero mantener a salvo el cofre. Ese. Ese es mi principio, Zyra, hija de Hoferos.



Ella cargó el cofre entre sus manos y abandonó el mercado subterráneo. En ese momento se escuchaba la multitud de los justicieros llegando por el agujero de las vías. Zyra se apresuró.

## REMINIS

Uno de los sicarios se nombró a sí mismo “caballero” por haberle puesto un pantalón leggings y una camisa sin botones luego de haber sido arrastrada desnuda hasta una camioneta, donde la lividez en su cuerpo les hizo darse cuenta que estaba congelándose, y a punto de perder el conocimiento.

Mientras estaban de viaje, Reminis recuperó un poco de calor y cuando le quitaron la bolsa, también la lucidez. Habían cuatro hombres en el vehículo. Había un olor acre. Se largó a llorar pensando que tal vez fuera ella. La humillación a ese punto había alcanzado un tope, y creía que ya nada más podía empeorar.

El conductor y el acompañante conversaban mientras entre todos bebían de una botella. Por un rato, ignoraron su presencia. Quizás porque la creían

inconsciente. En ese rato pudo ver por la ventanilla. Los edificios industriales dieron paso a las casas pintorescas del barrio de La Hermana. Salieron a la Avenida Libertad, donde el corredor verde seguía varios kilómetros, hasta que los edificios desaparecieron y sólo quedaron las casitas familiares de los barrios del distrito oeste y las hectáreas del campo del antiguo ejército nacional: Fuerte Marsene. Allí se detuvieron.

Todos se bajaron. Reminis se quedó sola en el vehículo. Escuchó sus voces, sus risas, pero pronto los perdió de vista. Aprovechó el momento para intentar escapar. Abrió la puerta y salió afuera.

Un brazo la agarró, Reminis se sacudió, pero no pudo librarse.

– ¿Ah sí? Uno es caballero y así tratás.

La puso contra la puerta.

– Vamos, acaba con esto y vámonos – dijo otro.

Vio que sacaban una pistola.

– Por favor... No.

– Ay – dijo una tercera voz. – Mira como suplica.

Sintió el cañón en la frente. Le habló desde muy cerca. Hedía a alcohol.

– Suplicame – le susurró.

– Por favor – gimió Reminis.

Retiró el cañón y la hizo voltear.

Había tres de los cuatro hombres delante suyo. El que empuñaba la pistola movió la camisa con la punta de ésta, para descubrir su desnudez.

– Mirá esos pechos mamita – farfulló lascivo.

– Es hermosa – agregó otro. Tenía ojos verdes y la cabeza rala. – Sería un desperdicio tirarla a la zanja así no más.

El tercero, un hombre con aspecto de buitre, se tocó la entrepierna.

– Vamos a divertirnos che.

El cuarto hombre, el conductor, habló desde el interior del vehículo.

– Voy a mear. Tú, dame un cigarrillo. – Se acercó a los demás.

– Pueden hacerle lo que quieran, mientras después la descarten bien.

A Reminis se le erizó la nuca.

Le dieron un cigarrillo y el conductor desapareció entre los arbustos.

El caballero comenzó a manosearle las tetas. Reminis se sacudió e intentó escapar, pero la agarró el hombre pelado de ojos verdes.

– A dónde vas nena – salivó con vehemencia.

De repente sintió muchas manos encima.

– No, por favor – musitaba ella, entre el asco y el terror. Se sacudía pero ya sin fuerzas. Sabía que no había escapatoria. Era pequeña, una mosca en una red de telarañas.

Le arrancaron la camisa. Las arañas bajaron, la movieron de un lado a otro hasta ponerla contra el capó del vehículo. Mientras uno hacía de centinela, el

otro la mantenía bien aprisionada, y el otro se bajaba los pantalones.

Ella se negó a que le bajaran los suyos. Lanzó una patada, pero la mano del buitre la estranguló.

– Shh – le siseó. – Tranquila, tranquila.

Reminis temblaba de terror.

Le bajaron los pantalones de todas formas. Sintió la dureza del hombre de ojos verdes.

– No lo hagas, no lo hagas – repetía, cada vez más bajo, pues sus palabras la iban abandonando al igual que su integridad.

La arrastraron hasta los asientos traseros. Cayó encima del regazo del caballero. Le ordenaba que se la chupase, pero Reminis intentaba evitarlo con sus exiguas fuerzas.

Escuchó risas y otras obscenidades, hasta que un agudo dolor la atacó por detrás.

Gritó, pero no salió nada de su boca más que un sórdido alarido.

Por un momento creyó que cesaría, pero se hizo más fuerte, y se repitió una y otra y otra vez, hasta que dejó de sentir sus manos. Pronto, dejó de sentir sus pies. Y al final, dejó de sentirse a sí misma.

Vio a un saco de carne sacudido, agolpado entre tres cuerpos que se agitaban por tenerla. Recordó a Artemisa. Lo que le sucedió y cómo terminó. Se dio cuenta que la iban a asesinar a ella también, y aunque hacía un rato tenía miedo de morir, ahora deseaba con toda su alma que ese momento llegase. Primero había sido humillada por sentir placer, por pecar de sentirse poderosa ante un hombre poderoso. Luego fue humillada por defender la naturaleza de su cuerpo, por ser quien era. Y ahora era humillada por todo lo contrario. Al final, daba igual lo que fuera, quien fuera. Daba igual lo que ella afirmara o lo que negara, en una cosa el enfermizo hijo del katupyry tenía razón: la carne habla por sí misma. Pues ahí estaba ese pedazo de carne tendido

en el asiento trasero de un vehículo. Siendo despojado por completo de decisión y humanidad. Tal vez por la sentencia que le habían adjudicado, que la usaran de aquella manera no parecía tan terrible, pues no viviría para recordarlo, para sentirlo en sus sueños, pero morir de aquella manera, experimentar lo que estaba experimentando, entre todos esos cuerpos indiferentes de su voluntad, de su dolor, aún más, del miedo. El aroma a varones, el hálito húmedo en su nuca, la fuerza, la violencia, el dominio, la mercantilización de su cuerpo. Mario tenía razón. Su casa era un lujo. Pues lo que una vez creyó desear, disfrutar, desarrollar con maestría, ahora era una pesadilla. Rogó que terminara pronto. Cerró los ojos y se entregó a la oscuridad...

Y la Oscuridad llegó.

Vio al conductor regresar.

– ¡Vámonos ya! – gritó el hombre al entrar al coche.



Reminis había quedado aferrada al apoyacabezas del asiento trasero. Por la ventanilla trasera vio todo.

Una figura negra, con capa y extensiones puntiagudas sobresaliendo de su cabeza acababa de descender de una motocicleta, 20 metros atrás.

– Es... – balbuceó el buitre. – ¿Es Yaymena?

El caballero dejó a Reminis para rodear la camioneta y apuntarle con la pistola a la invasora. Antes de gatillar algo le golpeó la cabeza y lo derribó.

El conductor encendió el vehículo, pero justo en ese momento la puerta de su lado se abrió, la justiciera lo agarró por las mangas y lo electrocutó con algo en el cuello, y el hombre comenzó a convulsionar.

El de ojos verdes se había bajado y buscaba un arma más grande del baúl.

– Voy a matarte hija de puta – escuchó que farfullaba.

Cargó una ametralladora que apenas podía maniobrar. A pesar de tener el cañón apuntando

directamente, Yaymena se acercó sin vacilar. Agarró la muñeca que sostenía el arma y la hizo a un lado. Las balas repiquetearon a centímetros de ella. Esto intimidó de tal manera al sicario que se le aflojaron los brazos. La justiciera entonces lo desarmó y le propinó un codazo. El hombre se dio la cabeza contra la puerta del baúl, que se cerró sobre sus manos. Lanzó un grito.

En ese momento se bajó el buitre, empujando a Reminis a un lado, que se desplomó en el asiento. Para cuando ella volvió a incorporarse, lo vio desenvainar un cuchillo e intentó apuñalar a Yaymena. Ésta atrapó su brazo y lo miró fijamente a los ojos. El buitre intentó zafarse, pero la justiciera no cedió. Entonces quiso lanzar un puñetazo con la otra mano, pero antes ella lo pateó, una, dos y tres veces hasta que aquel cayó al suelo.

De pronto Yaymena recibió un disparo desde el otro lado del vehículo.

Se agachó para ponerse a cubierto, junto al adolorido hombre cara de buitre.

El caballero caminó con el revólver. No hubo sonido alguno que denotara el estado de la justiciera, por lo que aquel se acercó a Reminis. Ambas puertas del asiento trasero estaban abiertas.

– ¿Viste donde le di?

Ésta lo miró, pero no dijo nada.

– ¡Vení cobarde! –gritó el hombre.

El Buitre, agonizando en el asfalto, le señaló a su compañero el espacio entre la baulera y el asiento trasero.

El caballero se agachó para ver por debajo. Justo en ese momento, el vehículo se sacudió, el techo tembló y antes de que el caballero se terminara de levantar, una gran sombra cayó sobre él. Yaymena fue precisa con su voltereta y su aterrizaje. Lo tumbó, giró hasta quedar en su espalda y antes de que él agarrase de

nuevo el arma, le golpeó en el posterior y lo apresó por el cuello.

El caballero puso las manos en alto.

– Me rindo – dijo ahogado.

Recién entonces Yaymena la vio.

A pesar de la oscuridad en las cuencas de sus oscuros ojos, pudo notar cómo se abrieron. Pudo sentir la perplejidad al verla desnuda, humillada, mancillada. De sus piernas sangraba y se derramaba por el tapizado un tramo de sangre; los pantalones, incluso el marco de la puerta del vehículo se habían manchado de rojo.

La justiciera soltó al caballero y se le acercó con movimientos débiles.

No dijo nada. Y Reminis tampoco. Pero era en su mirada, entre la humillación, el dolor, la vergüenza, el terror, la ira, las que se vieron reflejadas en ella.

Yaymena se irguió, apretando la mandíbula. Sus labios palidecieron pese al labial oscuro. Algo en ella

cambió, de un instante a otro. La frialdad y la precisión la abandonaron. Y en su lugar... vio encenderse en su mirada una furia irrefrenable.

El buitre echó a correr por la calle. Alcanzó a dar 5 pasos cuando la justiciera dio un salto al techo del vehículo, sacó una pistola de su cinturón y disparó. El pequeño arpón conectado a un cable le atravesó el gemelo. El buitre gritó y se cayó.

Yaymena enrolló el cable sin pausa. El buitre gritaba tanto por dolor como por miedo, mientras era arrastrado por la pierna. A su paso dejó un reguero de sangre que limpiaba su cara.

El caballero intentó levantar el revólver del suelo una vez más. El demonio negro lo vio antes, saltó encima suyo, y rodeó su cuello con el cable. Le dio tres vueltas y luego dejó caer la pistola. Cuando el Buitre intentó alejarse, el sicario chocó contra la camioneta y luego se quedó colgando en el aire. Su cara comenzó a hincharse hasta quedar morada. Ambos

quedaron obstaculizados por el vehículo, en la misma agonía. Y Reminis, dentro, en el medio, los veía a ambos sin terminar de entender lo que estaba sucediendo.

Yaymena vio que el hombre de ojos verdes se acercaba, furioso. Era grande y regordete.

Se le echó encima con rabia. Ella se sacudió, pero aquel la rodeó con sus enormes brazos. La capa entonces se salió de los hombros de la justiciera, que se deslizó por debajo y retrocedió. El hombre se deshizo de la capa, pero cuando miró al frente, Yaymena saltó lanzando un grito fiero. Le propinó un rodillazo que le voló varios dientes. Se prendió de su cuerpo. Él la agarró por la cintura e intentó sacársela de encima, pero lo golpeó con tanta rapidez e insistencia hasta que el rostro del hombre se convirtió en una masa roja que comenzaba a perder definiciones. Ambos cayeron al suelo.

Ella se levantó, agitada, para recuperar su pistola. Desenredó el cable del cuello del caballero, que estaba colgado del vehículo, ya sin vida.

Del otro lado, El buitre suplicó por la suya, pero Yaymena, que ya no se veía imponente sin la capa sino delgada y femenina, le arrancó el arpón sin miramiento y el gemelo del hombre quedó destrozado. Luego le puso el pie en la garganta, hasta que los gritos del hombre se silenciaron.

En ese momento el conductor, que hacía segundos atrás había despertado, la apuñaló por la espalda.

Yaymena lanzó un respingo. El sicario la apuñaló dos veces más hasta que el cuchillo se quedó clavado en ella. El conductor retrocedió, en un reflejo temeroso. Intentó recuperarlo, pero Yaymena se dio la vuelta y lo miró fijo a los ojos.

La expresión del conductor se congeló en el terror.

– ¿Por qué no te mueres? ¿Qué eres?

La quiso agarrar por el cuello. Yaymena agarró sus manos, las dobló, lo hizo retorcerse y luego lo pateó en el estómago. Éste pasó de gritar de dolor a quedarse sin aire. Le dio un puñetazo en el oído, que lo tambaleó, luego le pisó el pie, le propinó un codazo en la nariz, y, aun cuando ya estaba fuera de juego, le agarró el brazo, lo hizo levantarse, sólo para romperselo.

Gritó, pero su voz se interrumpió de una forma turbia y viscosa cuando Yaymena le agarró la cabeza y con un rápido movimiento, le rompió el cuello.

El cuerpo del sicario cayó inerte al suelo.

Se hizo un extraño silencio. La justiciera se quedó varios segundos parada en medio de la calle, como si aún esperase al siguiente rival. Reminis se dio cuenta entonces que de alguna manera la justiciera acababa de arrepentirse de haber hecho lo que hizo.

Yaymena se le acercó.



– Tengo que llevarte a un hospital. – Su voz no sonaba agitada. Y eso era muy raro. Parecía ser gobernada de nuevo por la frialdad absoluta.

Reminis no dijo nada.

– Esperadme. Volveré en unos minutos.

– El cuchillo.

– ¿Qué?

– Vení que te saco el cuchillo de espalda.

La justiciera pestañeó. Luego se acercó y volteó, dubitativa. Al tenerla cerca se dio cuenta que era una mujer realmente alta para ser cis. Quizás sí era un demonio.

Reminis sujetó el mango del cuchillo. Hizo fuerza y lo extrajo de un tirón. Yaymena se quejó con un gruñido. La herida comenzó a sangrar.

– ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

La mujer la miró, sorprendida. De los compartimentos del cinturón sacó un aerosol pequeño.

– Podéis usar esto.

Reminis roció el aerosol en las tres puñaladas.  
¿Cómo estaba de pie?

– Eso sellará por una hora. ¿Vos no tenéis heridas de perforación?

Reminis sacudió la cabeza.

La justiciera recogió su capa y su pistola de gancho.  
Echó a caminar hacia su motocicleta, la montó y se fue.

Reminis pensó que no iba a regresar en realidad, así que inició la tortuosa tarea de levantarse. La hemorragia la había dejado débil, pero pudo ponerse de pie. Se puso la camisa, se subió los pantalones y fue arrastrándose, apoyándose en la pared de la camioneta. Intentó caminar, pero el dolor fue insoportable y cayó encima del capó del vehículo. En ese momento se largó a llorar.

Ya no podía ponerle palabras a lo que sentía. Era una náusea que la ahogaba, le cortaba la respiración. Una

sensación de autodesprecio tal que sentía injustificado el hecho de no haber sido asesinada. El vacío se apoderaba de su interior. No sabía cómo regresar después de esa vida. Estaba olvidado lo que era antes, lo que era antes de que el sol se escondiera en el horizonte.

Una mano se posó en su hombro.

Era Yaymena.

– Lo siento.

Reminis la miró.

– ¿Estoy muerta? ¿Es este el infierno?

Le pareció ver que la expresión de la justiciera se ablandó.

– No.

Con calma y delicadeza acostó de lado a Reminis en el asiento del acompañante, y estiró la butaca lo más que pudo. Dejó los cuerpos donde estaban y se subió al asiento del conductor. Una vez el vehículo estuvo

en movimiento, Reminis apoyó la cabeza y dejó que la brizna de la noche enfriara su rostro.

Yaymena se detuvo en las puertas de un hospital.

– ¿Vas a dejarme sola? – musitó Reminis.

La justiciera bajó del vehículo y dio la vuelta. Abrió la puerta del acompañante y se puso de cuclillas delante de ella.

– Estarás bien.

– Mataron a mi amiga. Y me matarán a mí también. Asesinaste a dos o tres hombres. Van a venir a por mí.

– Lo sé. Pero no dejaré que te suceda nada. Te protegeré.

– ¿Por qué no entráis conmigo?

– Porque me arrestarían. Pero escuchadme. Me quedaré vigilando. Pasarán días antes de que la mafia encuentre tu paradero. Entonces estarás recuperada y te irás conmigo.

– ¿A dónde? No sé quién sos, ni lo que querés. Tal vez me usarás como carnada para atraer a la mafia.

– No haré tal cosa.

– Asesinaste a esos hombres. Se lo merecían. Pero. Yo también debí haber muerto.

Yaymena se irguió. Llevó las manos a la cabeza, apretó las puntas del antifaz y, en silencio, se lo quitó.

Reminis guardó silencio.

Una pareja de paramédicos se acercaron. La justiciera volvió a colocarse el antifaz.

– ¿Es ella? – le hablaron a Yaymena, como si ya la conocieran.

– Sí.

Mientras subían a Reminis a una camilla, la justiciera regresó al volante. Hizo marcha atrás y se fue. Reminis se acababa de dar cuenta que no le enseñó el rostro para darle confianza, para mostrarle humanidad. Sino para que la reconociera cuando

viniera a buscarla. Lo que posiblemente aquella no supiera era que Reminis ya conocía a esa mujer.

Miranda Crosborten... era imposible no reconocerla aún después de tantos años.

## BERENICE

Berenice Osvaldo llevaba 4 años viviendo en Jaiva y aún no terminaba de comprender cómo funcionaba la ciudad. Era muy extraño como en las calles la gente solía caminar deprisa sin voltear la mirada, proactiva y combativa, pero dentro de los edificios albergaban un aire depresivo y aletargado. Aquella sociedad era imposible de definir para ella. Todos eran moralistas, demandantes y partidarios de la imposición de las leyes, pero detrás de las vidrieras hedía la anomia y el solipsismo. Tenía una mochila de emociones que procesar respecto a eso, pero como en su pueblo las palabras no eran necesarias, poner en ellas sus ideas le costaba más de la cuenta, y eso tal vez era de las pocas cosas que admiraba de los jaivenses: la arrolladora capacidad de dar sentencias a sus juicios con un par de verbos.

Zyra la había llamado agitada. Dijo muchas cosas y ella, que había estado sumergida en la modorra, espabiló.

– ¡Más despacio! Repetirme lo último. No se te entiende bien. – Su compañero que estaba parado en la otra esquina la miró. A esas horas de la noche, la plaza estaba completamente vacía.– Está bien, dejame ver que puedo hacer, cielo. Te llamaré dentro de 15 minutos.

Zyra le había pedido que rastreara la ubicación de Reminis. En frases apretadas le había contado lo del vídeo.

Ella tenía en muy alta estima a Berenice. Solía confiarle los secretos y las polémicas de sus colegas, la tenía como un confidente casi absoluto. El secreto de los justicieros, la secta, el dios de la guerra, Reminis. Bere era la única privilegiada en conocer el alma de Zyra. Pero la suboficial no se tomaba muy en serio todas esas cosas. Quizás no tanto por el aire



místico y poco creíble de tales historias, sino porque ella nunca hablaba de sus consumos problemáticos ni de las veces que puso a su madre en vilo con sus ataques de abstinencia.

Pero a ella le encantaba tener ese rol. Ni sus hermanos ni su madre. Era su cuñada, una pueblerina inexperta, una poli, enemiga de todas las facciones a las que Zyra concurría, quien ganó su corazón de manera absoluta. Berenice tenía la firme convicción de que eso era un designio de Dios. Eso era lo que la familia Crosborten necesitaba: un alma simple e inocente, que le devolviera la fe en las buenas voluntades.

Sin embargo, por debajo del mundo de las apariencias, Berenice Osvaldo sí que se adaptó un poquito al juego de la megapoli.

Luego de colgar la llamada, su celular volvió a sonar. Esta vez era su novio.

– En serio voy a pensar que me lees la mente –

bromeó por teléfono con Fernis.

Se dispuso a caminar en dirección a su compañero en la otra esquina.

– O en versión menos romántica: que me espiás. Mentira. Te amo.

Un pequeño auto amarillo de pinutra desgastada hizo parpadear sus faroles del otro lado de la plaza. – Ok. Regreso a la opción de novio tóxico.

Miró el reloj. 03:55.

– Pérez. Por favor, Eh... ¿Me cubrís los últimos 5 minutos?

En la cara de su compañero se formaron patas de gallo. Sonrió en silencio.

– Hasta mañana, Osvaldo.

– Buenas noches, Pérez – devolvió ella con alegría.

Esa alegría se borró de su semblante en cuanto cruzó la calle y se subió al coche. Fernis no tenía buena cara ni buena pinta. Había mortandad en su aura, y eso era algo en común que tenía con su hermana. A

Berenice le producía escalofríos. No quería recibir el concepto de “odio” pero ciertamente detestaba la idea de que en ciertos aspectos su novio se pareciera tanto a la sombría Miranda Crosborten.

– Por Jesucristo, ¿qué pasó?

Fernis sacudió la cabeza. No era común verle con esa cara.

– ¡Bebé! – rodeó su brazo con los suyos. – ¿Estás bien?

– Es sobre Zyra – dijo de repente una voz masculina detrás suyo. Berenice casi escupió el corazón del sobresalto.

– ¡Sardinas endemoniadas! – gritó alarmada. En Fernis se liberó una débil risita. – Lihuen, casi me matás de susto.

– Muy poco cristianas tus palabras – respondió el muchacho escudriñando desde las sombras del asiento trasero. Su seriedad era fingida, como un humor taciturno y sin esfuerzo.

Berenice se acomodó en el asiento y se dirigió a su novio.

– ¿Hasta cuándo van a darme lata con eso? – le masculó. – Y bien, ¿alguno de los dos piensa decirme qué está pasando o tengo que adivinar?

Fernis puso en marcha el coche.

– ¿Por qué supones que pasa algo? – murmuró Lihuen.

– Bueno... – hizo un gesto con las manos. – ¿Porqué los dos están bien raros, tal vez?

– O porque es poli – agregó Fernis.

– No – replicó ella, empezando a encabritarse.

– ¿No sos poli? – alargó Lihuen.

– Sí soy poli. Digo no es porque...

– ¿Porqué estoy acá?

– Tal vez porque no le he dicho ‘amor’.

– ¿Qué? – se cruzó de brazos. – ¡Sí! Ni me has dado un beso – siguió por fin el juego.

– Lo sabía.

Hubo un pequeño momento de silencio.

– ¿Les llamó Zyra?

Ambos asintieron.

– Sardinas...

– Nos está esperando en... – miró su celular. – El Hacedor de Vainilla y Su Fiel Julio César.

– No sé si le agradará que esté Lihuen acá.

– Des que se joda – expresó el muchacho—. Sonaba preocupada y no pienso dejar que desaparezca de nuevo.

– Además es su hermano – agregó Fernis.

– Sí, pero...

No terminó la frase. La llamaron por radio.

– Como sea – dijo después—, debemos buscar en qué hospital se encuentra Reminis.

– Está en el Hospital Público. Ella... – Fernis hizo una pausa, y así entendió Berenice que en el asunto estaba la informante misteriosa. – Dicen que fue rescatada por una justiciera.

– No cualquier justiciera – señaló Lihuen–. La despiadada Yaymena.

– ¿Por qué despiadada? Parece más sensata que toda la Sociedad junta –defendió Fernis.

– No creo que la sigas defendiendo después de que veas las noticias – advirtió el muchacho. – Se le ha ido la cabeza, o bien por fin se dio cuenta que hay una sola manera de parar a esos hijos de puta.

– ¿De qué estás hablando, Lihuen?

Berenice miró a su novio. Ahora entendía porque ese humor tan terrible en él.

Desde que lo conoció, Fernis admiró a Yaymena. Por alguna extraña razón, a su novio le agradaban todos esos temas góticos; hablar sobre la muerte, la actividad paranormal, los críptidos. Yaymena encajaba a la perfección con esas aficiones. Como buena amatistense, ella intentó disuadirle de alabar a una justiciera, y sobretodo a una como *El Demonio Negro*. Representaba todo lo opuesto a la justicia, el

orden, y en este caso en particular, aún peor: magia oscura, creencias oscuras, criaturas oscuras, un mundo oscuro. Pero no hubo caso. El club de fans en Jaiva apareció de la noche a la mañana, y su obstinado, inteligente, apuesto y capaz novio fue parte de él. Ahora estaba segura de que gracias a él Yaymena extendió su capacidad de trabajo. Nunca se lo dijo explícitamente, pero era evidente que la *informante misteriosa* de la que ella y Fernis se nutrían para enterarse de todos los problemas en Jaiva era la jodida Yaymena.

– Mirá las noticias – le sugirió Fernis.

Berenice tomó su celular.

Uno de los títulos que vio decía:

*“Feroz asalto a hotel desmantela a proxeneta y lavado de dinero”*

Otro era:

*“La mafia paraguaya va detrás de prostitutas transexuales”*

Y otra:

*“Muerte: un encuentro entre Yaymena y sicarios de la mafia provocó el terror entre los vecinos del distrito Oeste”*

Berenice entró al enlace. Reprodujo el vídeo adjunto. Un reportero caminaba por la banquina de la autopista. La cámara enfocaba el barranco, repleto de pastizales. Mientras giraba sobre su eje horizontal, en escena aparecía una camioneta azul con sus puertas abiertas. El camarógrafo hizo zoom y se vislumbraron manchas de sangre que alcanzaban hasta el suelo, además de agujeros de balas y fragmentos de cristales. Alrededor, el equipo forense de la policía federal trabajaba sobre el lugar. 3 cuerpos estaban en el suelo, envueltos en una bolsa negra que parecía pegarse a las figuras. Las luces rojas y azules de los patrulleros se refractaban en aquellas bolsas de manera espeluznante; los cadáveres parecían moverse todavía.



– Una hora atrás, tal como constata el equipo policial, se desató una verdadera escena de terror aquí mismo, a pocas cuadras del Fuerte Marsene. Aún no tenemos detalles del acontecimiento, pero según testimonios, la camioneta amarok de color azul se dirigía hacia el Oeste, posiblemente con intenciones de salir de la ciudad. Sin embargo, los ocupantes del vehículo decidieron hacer una parada en este preciso lugar. Los pocos vecinos que viven en el barrio de Iustita – la cámara hizo un barrido al otro lado del barranco, donde tras una bajada del terreno podía apreciarse las viviendas achaparradas e iluminadas por las tenues luces anaranjadas del barrio–, afirman haber escuchado gritos de auxilio de una mujer. Hace un rato también se hizo viral un vídeo...

Berenice bajó la ventanilla del coche. Se sentía asfixiada.

– ¿Qué hacés? Nos vamos a congelar – se quejó

Fernis.

– Esto me repugna...

– Prestá atención.

–... *Y Horacio, un vecino con el que pudimos hablar hace minutos nada más, nos decía que el timbre de la mujer que gritaba aquí coincidía – el reportero ponía un fuerte énfasis en las palabras – con la mujer transgénero del vídeo que vimos hoy, lo que supondría que se trata de la misma persona. Esto implica algo muy grave Javier, des estaría implicando en cierta manera a los autores del vídeo circulando: Hernán Guillet y Tomás del Valle, hijos de Tróbulos del Valle. Magnánimo empresario, dueño de la farmaceútica Guara – su excentricidad iba en aumento – proveedora principal del neuro-inhibidor Oftarmol. Recordemos que, el Oftarmol ha tenido enorme importancia en el desarrollo del control del virus W. Bueno, éste señor y sus respectivos hijos, estarían convirtiéndose –*

hizo una pausa—. *En los nuevos sospechosos de poseer estrecho vínculo con la mafia paraguaya.*

– Esto es muy grave – se estremeció Berenice en su asiento.

Fernis no parecía alterado por ello, empero.

– *Aún deben identificarse los cuerpos y emitirse la declaración oficial de la Policía. Pero los vecinos no tienen ninguna duda de que estos hombres son sicarios de la mafia paraguaya, debido a las armas de gran calibre que portaban, y la mujer que tenían retenida sería la fémina transgénero del vídeo, lo que, en otras palabras, significaría con mucha probabilidad que era una de las prostitutas del Hotel de Mario.*

Lihuen resopló.

– Los medios dan asco.

– Silencio – gruñó Fernis.

Berenice notó la ansiedad de su novio. De repente hizo un ademán, para que prestara más atención.

– *Se desconoce cómo ni por qué la aparición de Yaymena. Pero lo que sí es una certeza, Javier, es que esta vigilante enmascarada es la autora de esta masacre. 3 hombres asesinados. Como jaivenses, estamos acostumbrados a este nivel de violencia e impunidad. También sabemos, deben de estar de acuerdo conmigo, que el accionar de los justicieros es muchas veces consecuencia de la corrupción y la irresponsabilidad política. Pero sin dudas, actuar por fuera de la ley, y a este nivel de violencia, nunca trae nada bueno.*

Berenice bloqueó el celular y miró a su compañero.

– Dios mío...

– Tengo un muy mal presentimiento sobre esto, Bere.

Berenice suspiró.

– Ya vámonos.

Fernis detuvo el auto en la esquina de una lechería

con estética cincuentera que apabullaba con su cartel luminoso. El nombre del local recorría todo el largo del frente. Zyra estaba sentada sobre el cordón. A su lado, envuelto en una tela y asegurado con una cuerda y un candado, había un objeto rectangular, de unos un metro de largo y la mitad de alto. Se notaba pesado.

El conductor suspiró cuando Zyra se incorporó y se acercó con la cosa entre manos.

– Hey, abríme el baúl.

– ¿Qué es eso?

– Sólo abríme el jodido baúl, ¿sí? – vio a Lihuen asomarse atrás. – ¿Qué hace este foca acá?

Berenice ya se había bajado del coche y estaba dando la vuelta.

– No empecemos, ¿sí? – dijo Fernis amablemente.

– Fue su jodida idea, ¿no?

– Es mi auto y yo decido quién se sube – sentenció Fernis.

– Des yo no me voy a subir con este traidor del carajo.

– Vas a subirte, quieras o no, pendeja – replicó su hermano.

– Tal vez me suba, para partirte la jeta.

Berenice se acercó.

– Vamos, Zy. Tranquilízate. Ya sabemos donde está Reminis e iremos a buscarla.

La expresión de la jovencita cambió de manera instantánea.

– ¿De verdad ya la encontraron?

Berenice asintió con serenidad.

– Venga, vamos a subir eso al baúl y apresuremonos.

La suboficial se adelantó y se agachó para levantar la cosa. Pero en cuanto lo tocó, pese a las múltiples capas que parecía tener de envoltorio, notó el calor que emanaba. La invadió una sensación que trepidó por todo su sistema nervioso. Pudo reprimir su reacción pero le costó incorporarse. Zyra se lo

arrancó de las manos entonces.

Vio cómo Fernis se bajaba para abrir el baúl, y cómo Zyra guardaba la cosa dentro. Mientras Fernis regresaba al asiento, Zyra la miró. A Berenice le vino una cita de la biblia a la mente entonces:

‘Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre;

y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento.

Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar.

Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes;

y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero;

porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?’

Su reloj marcaba las 3:07 cuando llegaron al hospital. El edificio tenía ya un centenario y no se encontraba en el mejor de los estados. Eran 3 plantas de pintura desgastada y barrotes de ventanas oxidadas. El sistema de luces y los arbustos podados por suerte ayudaban a contrarrestar un poco su decadencia.

Los cuatro bajaron del coche. Cuando Zyra y Fernis atravesaron la puerta, Berenice se detuvo.

– Hey, Lih – lo llamó, con ese apodo tan chulo que al mayor de los hijos de Julia le gustaba. – ¿Querés esperar en el auto?

El muchacho no se sorprendió.

Lihuen era un joven atractivo, con una personalidad peculiar. Adrede solía decirle su madre que había heredado la excentricidad de ella a sus 20' y la templanza de su padre. Para Berenice, había algo de verdad en ello. Lihuen solía ser tranquilo, de pocas palabras, pero en su cuerpo se materializaba un carácter fuerte y temerario: un brazo totalmente



tatuado, varios piercings en el rostro, ropa fluor y riñonera con porros y cupones para las barras de las discotecas underground. Tenía mucho en común con Zyra. No entendía por qué se llevaban tan mal.

– ¿Creés que es capaz de robarse el auto de Fernis?

Berenice quedó perpleja.

– Yo sí. – Hizo una mueca y se dio la vuelta. – Sólo asegúrense de que vuelva con nosotros, Bere. A mi madre le gustaría recordar el rostro de su hija preferida...

Eso había sido cruel para él mismo. No salió una respuesta adecuada en Berenice, así que sólo entró al edificio.

En el hall de entrada la esperaba Zyra con un notable gesto de preocupación, pero también de enfado. Fernis las condujo al segundo piso. Recorrieron los pasillos en silencio, bajo la amable pero atenta mirada del personal de salud. Aquel lugar era un laberinto por dentro, le generaba ansiedad.

– Ahí, la 54 – señaló su novio a una habitación semi cerrada. Los paneles a ambos lados de la puerta eran unos ventanales cuyas cortinas a medio correr dejaban ver el interior. Había dos camas separadas por un biombo de plástico. La que estaba más cerca de la ventana externa estaba ocupada.

– ¿Es ella? – investigó Fernis al asomarse.

La mujer de la camilla giró la cabeza hacia ellos. Les había escuchado.

Zyra dejó escapar un gemido al obtener contacto visual. Se abalanzó sobre la puerta y entró antes de que cualquiera se moviera. Una enfermera se acercó entonces.

– ¿Sois familiares? ¿Amigos? ¿Conocidos?

– Somos amigos – respondió Berenice.

La enfermera señaló un cartel pegado al lado de la habitación con un código QR.

– ¿Podéis llenar el formulario? – Observó hacia adentro. – Sólo podéis pasar de a uno, ¿sí?

Desinfectaros las manos y mantened la distancia.

– ¿En qué estado está?

La enfermera borró la tenue sonrisa de su cara.

– Se encuentra fuera de peligro. – Hizo una breve pausa. – Ha sufrido fisuras en el ano y presenta traumatismo craneal, pero se pondrá bien dentro de poco. Sin embargo, es importante que sea tratada con un equipo de salud mental. Las consecuencias de...

– Entiendo – interrumpió Berenice, incómoda.

La enfermera asintió y se retiró.

Vio que Zyra se había aferrado a las manos de Reminis y lloraba. De lo que estuvieran hablando sin dudas debía ser fuerte, porque no veía esa expresión en su pequeña cuñada desde hacía meses.

Fernis la rodeó con sus brazos.

– ¿Sabés que te amo verdad?

Berenice le dio un tierno beso en la mejilla. Pero luego interpretó su tono.

– Debemos tener más confianza que nunca.

Apoyada sobre su pecho sentía un confort somnoliento. Un pequeño hogar donde sentirse segura. A su alrededor el aire era frío, las paredes ignotas, los horarios del reloj no tenían sentido. Pero en el pecho de Fernis, sentía calor.

Lo estrujó como a una almohada. Su hombre.

– Amor...

Abrió los ojos cuando él la apartó con suavidad.

En la esquina del pasillo estaba Miranda, como aparecida de la nada. Miraba por la ventana, esperaba algo.

– ¿Qué hace acá?

– Tenemos que hablar de un asunto.

– Si la ve Zyra va a enloquecer.

– Nos iremos abajo. Vos encargate de ella. Vuelvo en un rato.

– Ok – respondió, con sus dudas.

Habían pasado alrededor de 10 minutos. Estaba

sentada, leyendo noticias en su celular, cuando Zyra por fin salió de la habitación. No estaba más tranquila que cuando entró. Se sentó a su lado. Jugueteaba nerviosamente con sus uñas. Las ojeras y la ropa desteñida y olorosa la hacían lucir peor. Su pelo brillante y su tez juvenil parecían lo único que reflejaban su edad.

– Bere... – murmuró.

– ¿Qué, cielo?

Miraba al suelo.

– ¿Querés que te abrace?

– No. No me toques. Ya nadie debería tocarme.

– ¿Por qué decís eso?

– Bere... Tenemos que hablar de algo. Sos la única persona en la que puedo confiar.

Berenice se acercó un poco más.

– Prometeme que no se lo vas a decir a nadie. Ni a Fernis.

– Lo prometo.

– En serio. De eso dependerá el futuro de... todo.

La voz ansiosa y tensionada la preocupaba. Cuando levantó la vista y la miró, vio que sus ojos estaban vidriosos y amarillentos.

– ¿Qué sucede, Zy?

Zyra dubitó unos instantes. Pero al final sus labios despegaron un relato.

– Sé que vos no creés en los dioses, pero sí en ese todopoderoso. No lo sé. Quizás, algún día descubramos que el padre de todas las cosas sí existe. Y... ¿Recordás cuál era mi planteo cuando discutíamos por ese tema?

– Sí.

– ¿Si Dios todo lo puede, por qué permite el mal?

– Eso decías, sí.

– ¿Y aún seguirías respondiendo que “Dios obra de manera misteriosa”?

– Sí. Zyra, no tengo esa respuesta. Algo tan infinitamente bueno y poderoso como Dios

comparado con nosotros, simples mortales. ¿Acaso una hormiga entiende lo que hacen los humanos?

Zyra torció un dedo casi hasta el límite.

– No tiene sentido, Bere.

Aquella le acarició la espalda.

– Zy, no pienses en eso ahora. Creo que sé lo que querés decirme pero...

– Yo pensaba lo mismo de los dioses – interrumpió con angustia la joven. – Que un dios, es siempre bueno, y siempre fuerte. Que como un bosque a sus árboles, cuida y mantiene la vida, a sus individuos. Pero... Los dioses dejan que cosas horribles sucedan. Guardan silencio. Si fuera cierto, tal como dice la Derotea, que el poder de los dioses se dividió para abarcarlo todo, sólo me queda pensar... Que todos ellos, no son poderosos... o no son buenos.

– Si existieran, dado el caso. No serían dioses, cielo.

Zyra la miró con enorme frustración.

– Y... ¿qué serían?

– No lo sé. ¿Humanos?

– ¿Qué?

– Somos nosotros, los que pecamos, fallamos, los débiles, los ignorantes, avariciosos, arrogantes, los que tendemos a creernos dioses cuando tenemos dinero, por ejemplo.

Zyra apartó la mirada hacia la ventana. Por detrás de su propio reflejo en la ventana, allá, en el panorama de edificios, cuadraditos apagados ocultando una oscuridad momentánea, centró su visión.

– Dicen que ese Dios, el único según vos, hizo a los humanos a su imagen y semejanza. Eso es lo que no me parece de un Dios.

– ¿Cómo?

– Los humanos y las hormigas somos muy distintos. Si vieras a un dios, Bere, ¿no te daría miedo?

La forma en que la joven clavó la mirada en ella le provocó escalofríos.

– ¿Si supieras la forma en que puede aplastarte como



a una mosca? ¿Si fuera un monstruo abominable, horrendo, o una aparición capaz de devorarte en sueños, pero fue él precisamente quien te creó? ¿Y si sos su alimento? ¿Su carne? ¿Si además de ser maligno, es lo más poderoso que existe?

– ¿Cómo podés pensar una cosa así? – Se sorprendió Berenice, atemorizada de verdad.

– ¿Y si fueras hija de una de esas criaturas? ¿Cómo podrías contradecirle? ¿Cómo podrías afirmar que eso no es un Dios?

– Ya te lo dije. Eso no sería un dios. Por favor, borra esa idea de tu cabeza.

Zyra se puso de pie.

– No. – Sus pupilas parecían enormes y sus manos temblaban. – No es una idea. Yo busco una idea al respecto. Pero eso, es un hecho.

– Por favor, cielo, no alces tanto la voz. Sentate.

– No quiero ser dios, Bere. No quiero tomar decisiones sobre la vida y la muerte. Quiero flotar en

el viento, ser parte de las partículas que flotan alrededor de un ventilador, quiero ser el éxtasis bailando en luces de neón.

Por unos momentos, la suboficial se quedó sin palabras.

– No quiero ser hija de un monstruo ni la portadora del mal.

Berenice se incorporó de un salto y la abrazó con fuerza. Ambas tenían casi la misma estatura. Zyra comenzó a llorar en su hombro. Pero mientras ella liberaba su miedo, Berenice volvió a sentir lo mismo que cuando tocó la cosa envuelta y encadenada que había en el auto.

Escuchó unas palabras susurradas en su oído:

*esmer'katet i voc hamek*

Antes de que pudiera ser consciente de ello, se vio arrojada en un gran desierto de tierra negra y estéril.

A su derecha, un escueto lago rojo dejaba visible un ejército de cuerpos, algunos desmembrados y otro

montón roídos hasta los huesos. El número de cadáveres era absurdo, pero todos cabían en el lago. Además, el número parecía aumentar a cada instante, y toda esa bola de tejidos se movía buscando espacio.

A su izquierda yacían las sombras. Si se esforzaba, podía ver una ciudad plateada oculta dentro. Era pequeña, pero llena de detalles. Le pareció que, si el sol saliera, sería hermosa, resplandeciente. Tomó la linterna de su cinturón y apuntó hacia las calles. La luz moría antes de llegar. Lanzó entonces una piedra, pero ésta cayó antes de llegar.

Caminó con cautela ella misma, y entonces las sombras se disiparon a su alrededor. Vio la plata más pura y brillante bajo sus pies. El aroma a canela, a vainilla y a frutos rojos, frescos como el invierno, invadieron su nariz.

Pero entonces ojos penetrantes, cargados, la rodearon desde las sombras. Sintió una puñalada en

su espalda. Se dio la vuelta y echó a correr de regreso, mientras las sombras volvían a cerrarse alrededor. Llegó al sendero donde había aparecido con las exiguas fuerzas que le quedaban. Se desplomó en la tierra, escupiendo sangre por la boca. Un susurro volvió a sonar al lado suyo.

Frente a ella, allá hacia el norte, entre el lago de sangre y las sombras, lejos, pero cerca, como la ilusión de ciertas cosas en un sueño, vio alzarse una pirámide. Era de marfil, impoluta, imponente. En su cénit, había un trono, o un sol, o un ojo. No alcanzaba a distinguir. La llamaba. Era la voz de Zyra.

Se arrastró temblando por la negra tierra, hasta que una voz extraña y quebrada dijo detrás suyo:

— Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Unas manos largas y sucias la sujetaron por la

cabeza, y la obligaron a levantar la mirada.

Vio a una criatura indescriptiblemente aterradora.

Pero cuánto más dijo, más humana se volvió.

— Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está sentado en el trono tenderá su pabellón sobre ellos.

No tendrán más hambre, ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni ningún otro calor.

Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos.

Berenice, con sus últimas fuerzas, le respondió:

— También la gente de las ciudades en los alrededores de Jerusalén acudía trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos eran sanados.

El mundo entonces se hizo un único y vivaz rojo.

Al soltar a Zyra, notó que ésta estaba pálida.

No supo qué decir. No sintió miedo, des apenas había

sido consciente. Pero recordaba cada imagen y cada sensación.

– Yo no soy normal... – expresó Zyra. – No puedo seguir ignorándolo. Tengo que irme y evitar... eso.

– No te vayas... – Berenice intentaba ocultar sus preguntas. No creía que Zyra tuviera relación con la visión. Lo negaba.

– No. Esto es algo que yo sola tengo que hacer. Me he cansado de que todo el mundo me diga lo que tengo que hacer. ¿Queréis que madure? Ahora lo haré.

– Zyra, sos parte de la familia... Todo estará bien, ¿ok?

– ¿iPor qué nadie me toma en serio!?

– Yo lo hago.

Zyra se asomó a la ventana. Estaba a punto de llorar.

– Necesitamos estar unidos – reclamó Berenice. – Volvé a tu casa, por favor. Después hablaremos de todo.

Ella hizo una pausa.

– No. Iré a otro lado. Me quedaré en un lugar. El cofre no saldrá de ahí. Y yo tampoco.

– No, Zyra – imploró Berenice – Tu madre te extraña. Tus hermanos. ¿Abandonarás a Reminis? Ahora es cuando más te necesita.

– Cuanto más cerca esté, todos peor estarán.

– No digas eso.

– Es la verdad, Bere. Yo... sólo tengo que resistir, hasta que...

– ¿Hasta qué? ¿Irás a lo de ese hombre a consumir, verdad?

– ¿Y qué queréis que haga?

– ¡Qué vuelvas a tu casa, Zy! ¡Por favor...!

Zyra la miró con un aire de decepción.

– ¿Quieres saber que hay en el baúl? El mal, Bere. Y yo, su portadora. Qué mejor lugar para guardarlo, que en una pocilga donde todos nos convertimos en viento, en polvo flotando alrededor de luces de neón. Allí, el mal no puede tocarnos. Porque no tenemos

voluntad.

– Zyra... Iré a buscarte, aunque tenga que entrar a esa casa.

– Hazlo, y te prometo que recibirás un tiro en la frente.

Berenice palideció. No podía creer lo que su joven cuñada acababa de decir.

– Yo conozco a Reminis. Si el cofre está cerca de ella, sin dudas la absorberá.

– ¿Qué cofre?

Zyra ya ni siquiera la miraba.

– Algún día lo vas a entender.

Berenice sintió que se lo dijo a sí misma.

– Cuidá a Reminis por mí.

Berenice echó a llorar. Le temblaron las piernas y se tuvo que sentar. Estuvo unos minutos limpiando sus propias lágrimas, masajeando el dolor en el pecho, deseando que las cosas fueran diferentes. Pero... Ella no era nadie en aquella ciudad. Y no defraudaría a



Zyra. Porque si había algo en lo que jamás dudaría, era que Zyra saldría de esa. Zyra sería una gran persona. Zyra sería reina.

– Estará bien cuidada. Te lo prometo.

– Gracias.

– Tu hermano te espera en el auto. Decile que sacarás lo del baúl para traerlo acá, y que luego bajaremos juntas.

Ella asintió.

– Nos vemos pronto, mi chulita – le dio la mano. Zyra no mostró oposición. – Nunca perderé la fe en vos.

Zyra intentó alejarse, pero Berenice no la soltó.

– ¡Serás noble y buena! ¡Serás mi reina por siempre! Vio que Zyra liberó las lágrimas, ella le soltó la mano y aquella se fue, corriendo.

Se quedó largo tiempo llorando, sola en aquel pasillo blanco, cuyo ventanal reflejaba su figura solitaria, y recordó esa visión que la perseguiría el resto del

tiempo. Y hasta que en un momento, ya más tranquila, se preguntó a sí misma:

– ¿Quién será el cordero y quién el ángel?

Finalmente regresó Fernis, a eso de las 5 de la madrugada.

– Nos llevaremos a la chica con nosotros – le dijo.

Berenice arqueó las cejas.

– ¿Qué?

– Miranda y yo nos comprometemos a cuidarla.

Se volvió a agitar su conciencia. Como si un vórtice la atrajera a la tempestad, pero ella, aún en el centro de la tormenta, sentiría la quietud.

– No necesitás involucrarte, amor. Sólo... necesito tu aprobación.

– ¿Involucrarme? Sabés que no me negaría a cuidar a esa pobre chica. Pero... ¿no deberíamos hacer la denuncia? ¿dejar que se encarguen a quienes corresponden?

Fernis mostró una sonrisa agria.

– Miranda y vos sois las agentes de la ley.

Berenice se arrimó a su cuerpo. Estuvo a punto de expresar eso que estaba sintiendo. Pero consiguió contenerse.

– Pobre muchacha...

– Confiá en Miranda.

– Sí, claro. Ella es la experta.

Regresaron juntos a la habitación de Reminis. Justo en ese momento, vieron salir a Miranda de la habitación.

– Fernis, vení conmigo un momento más – lo llamó su hermana.

De repente se encontró sola delante de la puerta. Llenando su corazón de valor, entró a la sala. En cuanto tuvo a la desdichada Reminis frente suyo, se dio cuenta de la magnitud del daño en ella. Su mirada estaba perdida en el cielo contaminado que se escondía detrás de los edificios y las luces de la

ciudad. No se veía un daño significativo en su cuerpo, pero el aire se sentía cargado. Era un olor atípico, que sólo podía visualizar como un carbón mentolado. Un dolor frío, un descubrimiento pesimista, resignación, fuego de invierno.

Reminis no se inmutó ante su presencia.

Berenice se acercó a la ventana. Miró hacia afuera.

Estuvo a punto de hablar, pero prefirió no perturbarla. Cuando Fernis llegó, cruzaron una mirada con Reminis, y tuvo la sensación de que ella se lo agradeció en silencio.



## INTERLUDIO ‡

*Un mes más tarde...  
el otoño se marchitó,  
y los nuevos vientos del invierno  
traen esperanza o penuria;  
aún no se sabe,  
si será el amor o el dolor;  
quién encenderá la llama,  
y quién apagará el infierno.*

## **CAPÍTULO 7** ‡

– 10 de julio de 2033. Sesión... – el terapeuta Alexander Barreido comprobó su libreta. – número 1420. Paciente: Miranda U. Crosborten.

### MIRANDA

El camión acababa de pisar un bache y Renato Alcatraz, francotirador del pelotón 6 de la COEM, dio tal salto que se golpeó la cabeza contra el techo.

– Eh, cuidado compañero. Esto es propiedad del Estado.

Era Lourdes Sáa, infante de primera línea.

– Eso explica que después andes con delirios místicos – agregó el oficial Jaime Séneca. Estaba sentado al lado de la ventanilla que los comunicaba con el conductor.

– Ya. Lo dice el que habla con los perros – devolvió el agente Alcatraz.

– Se llama empatía con los animales. Es algo que solemos tener los seres humanos.

– También existe algo llamado puntería, que los agentes de esta compañía compartimos. Deberías familiarizarte con ello.

Lourdes Sáa le dio un empujón.

– ¡Muy buena!

Jaime Séneca se inclinó para hacerle un gesto con el dedo a Alcatraz.

– Sardinas. ¿Capitán, me ayuda?

Teodoro Montes, el capitán del pelotón, se encogió de hombros.

– Qué querés que te diga, Séneca. Algunos somos buenos para cocinar, otros para limpiar. Ahora, dejá de acercarte tanto que pensaré que se la querés chupar acá mismo.

– ¿Qué dijimos sobre esos chistes?

La que había hablado era la cabo Giovanna Taris, dedicada a los explosivos. Se encontraba justo al lado de las puertas del vehículo y mantenía la mirada centrada en la ventanilla trasera.

– Lo siento. – gruñó Teodoro Montes.

– Nunca voy a terminar de comprender si cuando los hombres se gritan esas cosas, lo hacen por reprimidos o por temerosos.

– ¿Cuál es la diferencia? - reflexionó la agente que estaba sentada frente a ella, una voz profunda y serena.

La sargento Miranda Crosborten.

– ¿Qué intentás decir? – le preguntó Alcatraz desde el otro extremo.



Miranda entonces se acercó a la única luz que iluminaba la cubierta. Sus ojos estaban ensombrecidos con un tono oscuro que rápidamente se aclararon ante el cambio de luz. En contraste con el equipo color azul marino, su rostro se antojaba blanco rosáceo porcelana.

Su lóbrega expresión también cambió en un vaivén hacia una más agradable.

– ¿Realmente queréis que me ponga profunda justo antes de que nos embarquemos en un asalto armado dentro de un edificio del cual posiblemente asesinaremos a otros seres humanos?

– ¡Wow! – se alarmó Alcatraz. – No creo que asesinemos a nadie.

Séneca contuvo la risa.

– Yo cambiaría profunda por dramática...

Lourdes Saa aprovechó el gancho.

– ¿Cómo se llamaría la obra?

– La vida es una película filosófica – expuso Séneca haciendo un ademán.

– O: El día que Séneca hizo chistes para evitar confesar que le gustan los pitos – propuso Giovanna Taris, acomodando el rifle entre sus brazos.

– O: Hay algo de verdad en los chistes – agregó Alcatraz.

– Ya basta – bramó entonces Teodoro Montes. - Me queman el cerebro con sus tonterías. Crosborten, ya que sos la única lúcida en este maldito pelotón, danos un pronóstico.

Miranda consultó por la ventanilla. Afuera, la oscuridad gobernaba la periferia de la ciudad. Fábricas destrozadas, aisladas por matorrales y vehículos oxidados, abandonados a los costados de la ruta dejaban las huellas de un mundo que se iba olvidando poco a poco.

– El viento viene del oeste. Entraremos inadvertidos.

– No me gusta el viento. Y ya hemos llegado. Así que prestad atención y moveos más rápido que las nubes. El capitán se puso de pie y miró a sus agentes.

– El objetivo es asaltar el molino de la granja, pertenece a una familia de políticos y empresarios hedrenses. Es la red de narcotráfico que hemos estado siguiendo. Y se espera que estén armados. Es por ello que estamos aquí. Creemos que tienen el armamento robado hace un año a la Policía Federal. Averigüemos quién está detrás de esto, pelotón 6.

El capitán colgó su rifle en el hombro y le hizo un gesto con la cabeza a su mano derecha. Miranda Crosborten se levantó.

– Entraremos por el oeste –habló ella–. La estancia permanece activa, por lo que nos acercaremos ocultos a través del maizal. Tomaremos posiciones alrededor de la casa y del molino. Agente Taris, te encargarás de bloquear los caminos de salida. Agente Alcatraz, nos protegerás desde la colina del este. La

sargento Saa y el capitán cubrirán la casa. Séneca, venís conmigo.

– ¿Preguntas? – inquirió el capitán Montes–. ¿No? Bien, andando.

Corría aprisa en un infinito de espesa negrura. Denso, tan denso era el espacio que su cuerpo pesaba toneladas y, aunque se movía como una atleta profesional, avanzaba a longitudes microscópicas. En eso, una explosión silenciosa llegó de repente. La vio de frente, una casa blanca que la alcanzó, le abrió las puertas, y tras un hálito despertó.

Lo hizo con una gran bocanada de aire y una electricidad que le recorrió todo el cuerpo. Acababa de sentir que se estaba cayendo; ahora recuperaba el equilibrio.

En el sacudón le pegó a algo de metal. Estaba en el vestuario de la estación policial.

– ¿Qué fue eso? – se alertó Lourdes Saá, algo graciosa. Se estaba quitando el uniforme y parecía que Miranda también.

Estaba a unos tres casilleros de distancia, junto a la puerta.

Dio un ligero vistazo a la situación. Sus pertenencias estaban revueltas dentro del casillero, tenía el torso a medio vestir, y en la mano le apretaba un colero negro. En el suelo, entre sus pies, había un papel arrugado. Se sentía desconcertada. No sólo por la perturbadora sensación de haber perdido la conciencia. Ella sabía que era algo más. No era una sensación desconocida. Pero no debería estar pasando ahora.

– Vértigo – decidió responder, mientras se agachaba para juntar el papel del suelo. Lo desenrolló. Era un ticket de colectivo, pero tenía escrito con birome:

*No puedes escapar de mí*

– Hm – murmuró su compañera. – ¿Miranda Crosborten presa del sueño? No me lo creo. ¿Drogas, tal vez? Sería contraproducente, agente especial. – Lourdes ajustó el cierre de su pantalón mientras se sentaba en los bancos del vestuario. – Me inclino a pensar que es falta de sueño. Sí, eso es más de Miranda Crosborten.

La agente continuó hablando mientras ella terminó de cambiarse. Luego de que se ató el pelo con una cola de caballo, cerró el casillero y suspiró. Lourdes la quedó mirando, expectante. El mohín malhumorado de Miranda era siempre una sugerencia amable para terminar la conversación.

– No me invitaste al café aún. – Lourdes levantó el bolso y se dirigió hacia la salida. – ¡Te la debo, linda! Hasta mañana.

La sargento miró el reloj de pared. Marcaba las 17:10.

Una hora más tarde había llegado a su departamento en Focus.

El conserje estaba en el hall junto a su perro. Parecía sorprendido de que ella lo saludara.

Notó que la puerta del departamento de Fernis estaba entreabierta. Berenice tenía turnos diurnos esa semana, así que él debía estar solo. Y por ello era raro que del interior llegaba aroma a... ¿bizcochuelo? Empujó la puerta con suavidad. Lo vio sentado en la mesa, trabajando en su portátil, como siempre. Ocupaba apenas un rinconcito. El resto del espacio estaba poblado de polvo de harina y láminas de aluminio.

El departamento de su hermano era ligeramente más amplio que el suyo. Sin embargo, la verdadera diferencia era la iluminación. Sus ventanas daban a la calle, hacia el oeste, haciendo que el atardecer embelleciera el lugar. La atención que recibía ese espacio era agradable, aunque la hacía sentir ajena.

El aroma a cera podía sentirlo incluso con el horno prendido.

Estaba a punto de llamar a Fernis, cuando desde la cocina apareció Reminis. Miranda sintió algo muy extraño en su cuerpo.

– ¡Ay! – exclamó la muchacha. – Miranda, me asustaste.

Fernis también se mostró sorprendido. Luego del susto inicial sonrió.

– ¡Jodida fantasma! ¿Pensabas quedarte ahí en plan momia?

– Yo... – Miró a Reminis. – ¿Te has teñido el pelo?

Reminis achinó los ojos con una sonrisa. – Sí. ¿Te gusta?

El rojo bermellón resaltaba por sobre todas las cosas, incluso sobre la pintura celeste de las paredes de la sala principal. En el agudo y cálido rostro de Reminis, con su cabello largo y ondulado, daba la sensación de acaramelar sus ojos avellana. Sus labios



se antojaban más hinchados. La blusa que llevaba puesta estilizaba su figura. Se había pintado las uñas del mismo color: un lila pastel. En las manos tenía un plato. Seis rodajas de un bizcochuelo amarillo reposaban en él.

– Sí – respondió Miranda, luego de notar qué Fernis la escudriñó con sospecha. – Te queda bonito.

Volvió a sentirse extraña cuando Reminis enseñó una dulce sonrisa.

– Gracias.

– Y bien, ¿vas a quedarte ahí parada o te quedás un rato?

– Vi la puerta abierta y...

– Pensaste lo peor – se adelantó Fernis.

Miranda puso los brazos en jarra.

– Vamos, sentate – la invitó Reminis—. Estoy haciendo café también.

Miró a ambos, vacilando.

– Sostené esto un momento – le dio el plato. – Voy a limpiar la mesa.

– Oh, no es necesario. – comentó Fernis. – Yo me encargo de eso. De verdad.

– Sí, hacele caso. Ya va siendo hora de que levante su culo de la silla.

Fernis estuvo a punto de contraatacar, pero se quedó con las palabras en la boca. Levantó su culo de la silla y se puso a limpiar la mesa.

Miranda se apoyó sobre el muro del balcón para disfrutar del café. La temperatura comenzaba a descender, y mucho, pero ella estaba absorta en el momento. Se perdió de las conversaciones frugales y sin sentido entre su hermano y su compañera de piso. Aquellos dos se llevaban bien. Eso le generaba... satisfacción.

Las carcajadas y los chillidos acabaron de pronto. Cuando echó un vistazo, Fernis estaba de nuevo

internado en su portátil, mientras que Reminis había desaparecido.

Un tenue deslizamiento sintético la atrajo hasta la cocina. La encontró apoyada sobre la mesada, navegando por las redes en su celular.

Notó entre la concentración de su expresión una chispa de preocupación, y dolor, que fueron aumentando instante tras instantes. Cada toque de su dedo sobre la pantalla parecía desenvolver un mensaje que no hacía sino alimentar esa herida que Miranda había conocido de la más cruda forma.

Dudó, de si intervenir o no.

¿Había estado siendo sobreprotectora con esa chica?

¿O estaba cuidándola bien?

Reminis apretó los labios y apartó la mirada. Entonces decidió intervenir.

Entró en la cocina, pero Reminis guardó el celular y salió de allí.

– Voy al depto – explicó deprisa, ocultando el rostro con su pelo. – A cargar el celular.

La observó abandonar el departamento de Fernis a toda prisa. Ella se quedó plantada en el suelo. No supo cuantos segundos se perdió en esa posición, hasta que volteó la mirada y se encontró con su hermano mirándola con condescendencia.

– Wow. Como te tiene.

– ¿Qué?

Fernis sonrió.

– ¡Vamos, no te quedes ahí! Andá a ver qué le pasa.

Miranda frunció el ceño.

– Ya sé que le pasa – respondió.

– Entonces...

– No seas irritante.

Agarró su bolso y salió. Le parecía que la sangre se le había subido a la cabeza, las mejillas coloradas y el corazón bombeando como una locomotora. Era

vergonzante que Fernis la viera así. Iba a recordárselo todos los días.

Encontró a Reminis sentada en uno de los sillones, junto a la ventana que daba al interior de la manzana. Paredes grises y húmedas, grietas cubiertas por líquenes y pasto, aprisionando la vista hacia un suelo oscuro y deprimente. Las sombras se cernían sobre la frágil silueta de la mujer. Sus contracciones se hacían más fuertes con cada gemido que expulsaba entre lágrimas de fuego. Se abrazaba a sí misma, intentaba no alzar el volumen, no moverse, no abandonar la sombra de esa posición.

Cuando la escuchó acercarse, se detuvo.

Miranda se quedó de pie frente a ella.

– Lo siento. No volverá a pasar. Es que... – usó las mangas de la blusa para limpiarse la cara. – Vi otra vez memes sobre mí. ¿Por qué la gente es tan cruel? ¿No soy un ser humano? ¿No soy cómo los demás?

Miranda se agachó, tomó sus manos y las acogió sobre su vientre.

– No. No sos como los demás. Sos mejor.

Reminis la miró.

– No es cierto. – Ambas se acomodaron para entrar en el sillón. – A veces pienso cosas horribles. Siento, un fuego dentro mío. Sueño con romperlo todo. Demostrarles a esos hijos de puta... ¿Por qué quieren hacerme creer que soy basura? ¿Tienen razón? Porque si no la tienen, entonces ellos son la basura. Y entonces, todos esos deseos no se equivocan. No son malos.

– Son malos – respondió Miranda, impertérrita.

– ¿Todos somos malos? ¿Es lo que hay que esperar? ¿Que el fuego nos consuma? ¿Qué nos matemos entre todos como animales...?

Miranda levantó una mano y acarició su mejilla. Lo sintió suave y caliente. Reminis tenía el rostro hinchado por el llanto. Aún así, ella no había

esparcido ni una sola gota, no había titubeado ni había enseñado compasión. Reminis parecía entenderla. Su forma de proceder, de responder, de apreciar, de entregar con distancia, de permanecer.

– Lo que decidimos hacer con lo que sentimos, lo que pensamos, lo que tenemos. Eso nos define. Pero no sé si nos convierte en buenos o malos. Tal vez no exista el bien y el mal. Pero son necesarios.

– No entiendo.

– Lo tenemos que inventar. Convertir.

– Entonces no es real. ¿Verdad?

– No lo sé. Yo tampoco sé a veces qué es real.

Reminis se inclinó hacia adelante y se sumergió entre los hombros de Miranda. Rodeó con sus brazos su cintura y se quedó allí, oculta de las sombras crepusculares. Allí, protegida por otras sombras, más inteligentes y hermosas.

## MIRANDA

– Te noto un poco nerviosa hoy.

Miranda estaba sentada en el diván a un lado de la ventana. La tenue sombra de la cortina proyectada por la luz del día le pasaba por la cara. Estaba vestida con una polera negra y unos jeans gris. Las botas de trabajo y su pelo azabache desplegado hacia la derecha, la cubrían de la luz diurna, haciendo que la tez de sus manos y su cara resaltarán aún más. Pese a tal aspecto, en el consultorio de Alexander Barreido, ella se sentía cómoda. Relajada, también, aunque en una agente de doble vida eso fuera cuestionable.

– Están queriendo subirme la dosis de la medicación.

– Seguro es por un buen motivo.

– Oh – se sorprendió ella. – ¿Eso fue un presupuesto o una conclusión?



El psiquiatra sonrió.

– Perdón. No fue mi intención. – Se levantó para acercarse a la cafetera. – ¿Querés?

Miranda asintió.

– Y bien. – Se acercó luego para ofrecerle la taza llena. – ¿Cómo te sentís hoy, Miranda?

La atención de Miranda se sumergió en la superficie del café. Disfrutó el aroma y apoyó la espalda en el respaldo.

– Hace más frío que ayer. Las calles están realmente ruidosas en el camino.

– ¿No viniste en subte?

– Me he propuesto andar por las calles, al menos una vez por día.

– Me alegra escuchar eso.

Le dio un sorbo al café.

– Hoy tengo una reunión con el director general.

– Eso suena aburrido.

Miranda hizo silencio.

– Estoy pensando en dejar la compañía. Pedir un cargo en la fiscalía.

– ¿Cómo detective?

– Algo así.

– ¿Y qué pensás al respecto?

Ella volvió a hacer silencio. Bebió varios tragos de café y luego se incorporó. Caminó hasta el escritorio de Alexander. Él recibió la taza en sus manos y la colocó en un lado de su espacio de trabajo. Miranda caminó de regreso al diván, pero no se sentó. Observó a través de la ventana.

– Este es el único momento de mis días en el que pienso sólo en mí. – Le lanzó una mirada. – Eso es lo que me has enseñado a hacer.

– En efecto.

– Eso es lo que me pone nerviosa. He vuelto a perder el interés en mí. Las cosas a mi alrededor comienzan a encenderse y los problemas se vuelven más complejos conforme los días se hacen más fríos.

Suelo pensar siempre en el verano, en el cálido remontar de las gaviotas en un atardecer anaranjado. Pero ese silencio, cuando mi jefe me da las vacaciones, y el mundo a mi alrededor quiere hacerme creer que es temporada donde los problemas desaparecen. Me pone realmente ansiosa. Entonces pienso en el invierno. En la gélida mañana desde el balcón, en el alba sepulcral, en las caras recién levantadas de mis compañeros, en el sereno cubriendo los coches. En las largas noches.

– ¿Y cómo te sentís entonces?

Miranda acarició sus uñas.

– Especial. Una rarita. ¿Recordás cómo me decían en la escuela?

Alexander asintió, para nada orgulloso.

– Pensé que me gustaba ser la rara porque me hacía especial. Pero sobre todo porque creí que era mi elección. Podría ser normal cuando quisiera. Ahora sé que no tiene que ver con eso. Hay muchas cosas

que no elijo. Por más que mi aguerrido sentido de voluntad me quiera hacer creer que soy lo que elijo. ¿El mundo está determinado o no? ¿Somos libres?

El terapeuta intentaba escudriñar entre las palabras de su paciente. Miranda volteó para verle la cara.

– Normalmente suelo escuchar con la mayor objetividad posible. Pero estoy tan acostumbrado a creer conocerte que intento descifrar lo que no decís.

– Lo sé.

Miranda volvió a sentarse en el diván.

– Estoy durmiendo más de lo que solía dormir. Creo que... me estoy sintiendo... mejor.

Alexander sonrió. Anotó en su libreta.

– “Su verborragia coincide con la normalización de su sueño”. ¿Eso escribiste?

Alexander soltó una risa.

– Estás usando mucho la palabra “normal” para ser tan acérrima opositora a tal concepto.

– Reminis la usa mucho.

Alexander volvió a escribir.

– Reminis – evocó él, sin dejar de sonreír.

Miranda sintió que el calor subía a sus mejillas.

– Vamos.

– ¿Qué?

– Decime lo que pensás. Sabés que no me gusta hablar sobre esto.

El terapeuta se acomodó en su asiento. Hizo un gesto con las manos.

– Des, me pone feliz. Por lo que veo, se llevan bien. Además, ha sido muy noble de tu parte darle un lugar donde vivir. No conozco persona más apta para cuidar de una persona en situación de riesgo. Aunque, como ya te he dicho, es algo que los organismos correspondientes tendrían que hacer. Aún así, veo que ha sido una relación que benefició a ambas partes. Yo también te noto mejor, Miranda.

– El trabajo también está más liviano. Ha habido menos actividad de justicieros. Especialmente de Yaymena...

– Así es. A veces, es necesario hacer un cambio de perspectiva. No tiene por qué ser definitorio, pero puede ayudar a mejorar o ampliar nuestra perspectiva anterior. Disfrutar de la compañía y la calidez de nuestros pares es sumamente importante, incluso para quienes son austeros y centrados como ciertas Mirandas Crosborten. Sin dudas, tu capacidad, tu fuerza, tu destreza es excepcional. Con tan sólo 24 años, sos sargento de la compañía de élite de las fuerzas policiales de Marsenia. Las proezas que has realizado son conocidas en todo el país. Es más, tengo colegas internacionales y algunos de ellos han escuchado hablar de la policía más joven en llegar a tener tal importancia.

– Yo no buscaba esa fama. No es mi intención.

– Lo sé, Mir. Dicen por ahí que es eso lo que te ha hecho tan excepcional. “Son quienes no buscan el poder, los más aptos para él”. Pero yo creo que no se trata de eso. Sino de cómo te has transformado a vos misma. Convertiste tu miseria y sufrimiento en el combustible de tu fuerza. Y aún así, seguís siendo humana, y seguís teniendo 24 añitos. No podés cuidarte sola, aunque creas que sí.

– ¿Y quién cuidaría de mí?

– La gente que te rodea, claro. Si les abrí el camino.

– ¿Y si no les gusta lo que ven en el camino?

– Los secretos y las sombras están en todos nosotros. No le tengas miedo a las tuyas, y es posible que les contagies eso a los demás.

Alexander aprovechó el momento para terminar su café. Miranda esperó que lo hiciera para hablar.

– Aún así, no creo que sea por miedo que no abro “mi camino”, Alex. Es... ella. No estoy preparada para mirarle a los ojos.

El terapeuta pareció confundido.

– No, Zyra no. La otra.

– Ah, vale. El momento llegará, no te preocupes por eso.

– Intento no hacerlo. No obstante, sigue persistiendo esta... sensación, de algo que intenta arrancarme... Es difícil describirla.

Alexander se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio.

– ¿Tiene que ver con la medicación?

Miranda asintió.

– Y también con la terapia. Creo... Creo que se trata de dependencia. Una pregunta, como revoloteando, como una mosca...

Miranda parecía estar perdiendo la concentración. Su voz, su postura y su mirada se estaban perdiendo, como diluyéndose con otra conciencia.

– ¿Soy fuerte o soy impostora? ¿Qué sería de mí sin el Oftarmol? ¿Sin mi terapeuta? Sin... Yaymena. A



eso sí le tengo miedo. – Ahora estaba hundida en el diván. Se había despeinado y el color en sus pómulos le hacía resaltar su verdadera juventud. – Temo a la oscuridad porque sé que no estaré sola en ella.

– ¿No sería una buena compañía?

– En absoluto. – Miranda tembló dentro de su propia mirada. – Sería el fin de todas las cosas conocidas.

## **CAPÍTULO 8** ‡

### MIRANDA

Viajó en tren desde el consultorio de Alexander.

No le gustaba mezclarse entre la gente, pero verlos en sus individualismos, en sus diferencias

sobresalientes y en sus simpatías reservadas, le generaba cierta satisfacción. A veces podía resultar triste, ver el vagón de un tren lleno de personas en completo silencio, aisladas con auriculares, mirando el celular, o simplemente perdidas, en secretos y lejanos pensamientos. Le resultaba cómodo. Tenía la sensación, a veces, de que era la forma con la que más conectaba con los demás. Compartiendo el silencio.

Se bajó en la última parada, en el sur de la ciudad, Sedastra. El resto del tramo caminó. Pasó por el colegio donde estudiaba Zyra. ¿Qué sería de ella?

Luego entró al distrito federal.

Cruzó un ruidoso cordón de ciudadanos para ingresar en el distrito. Había una manifestación alrededor del distrito que la tomó desprevenida. Parecían más eufóricos que de costumbre. Enseñó su placa y se abrió paso a calles mucho más ligeras.

Caminaba por la plaza, limpiándose el hombro del tapado un escupitajo que le habían lanzado, cuando oyó una carcajada a su derecha.

Había un hombre sentado en uno de los bancos pintados debajo de un árbol. Mirandaladeó la cabeza.

– Veo que te cobraron peaje... ¡Haz el amor y no la guerra, decían!

– Debería considerar entrar por otra calle...

– Deberías considerar cambiarte de oficio.

Él se incorporó y se saludaron con un abrazo.

– Gracias por esperarme, Edgardo.

– Por favor. Me hiciste un bien. Aire libre, árboles, palomas que defecan por todos lados. Me agrada.

Echaron a andar hacia el edificio de la esquina, el departamento central de la Policía Federal. Justo enfrente se alzaba, majestuosa, la casa de gobierno pintada de naranja, blandiendo en lo alto la bandera

nacional de Marsenia en un mástil, y la de la federación de Jaiva, en la otra.

– ¿Tenés idea de lo que sucede? – preguntó Miranda mientras el otro se encendía un cigarrillo.

– ¿Aún fumás? – preguntó Edgardo, acercándole el atado. Miranda sacudió la cabeza. – Es una reunión formal – continuó—. Cuentan las crónicas que hubo un tiempo donde se respetaba la regularidad de la junta mensual. Estadísticas, revisión, anuncios de renuncias y cambios en el comité.

– A una reunión de revisión del comité asisten los mandos ejecutivos. No los soldados de un simple pelotón.

Edgardo se rió con una amplia carcajada.

– Simple pelotón dice...

– Mirá, no quiero abusar de tu confianza. Pero sos el director de Inteligencia, y mi amigo. Quiero saber por qué estoy acá.

Llegaron a las puertas del edificio. El hombre echó una mirada alrededor y luego se acercó un poco a su amiga.

– Van a proponerte un trato. - De hablar para todo el mundo, pasó a apenas levantar la voz.

– ¿Qué tipo de trato?

– Las cosas van hacia abajo. El gobierno está acortando más presupuesto y la corrupción en nuestra gloriosa institución crece día tras día. Una debilidad que una tal mafia paraguaya está aprovechando de manera excelente.

– Espero que no tenga que ver con...

– Sí, tiene que ver con la demonio negro.

Miranda se cruzó de brazos.

– ¿Es posible que se estén convirtiendo en simios tus colegas?

Edgardo carcajeó.

– Es posible. Mejor entremos. Juntando mierda de paloma y mocos de manifestantes furiosos no cambiaremos el mundo.

Eran los que faltaban para que la reunión comenzara. El Director en Jefe de la policía federal, Isidoro Cruz, encabezaba el comité. Miranda había escuchado que era un hombre orgulloso y terco, pero querido por sus congéneres. En cuanto a su amigo, Edgardo Montañana, le había propuesto un lugar en Inteligencia cuando ella estaba en entrenamiento. Ella le rechazó el puesto pero aceptó su amistad. Además, su hija mayor era compañera de Miranda. Giovanna Taris. Aunque nunca tuvieron un vínculo como con su padre, ambas se tenían un mutuo agrado.

El director del departamento de narcotráfico y la directora de violencia de género se pusieron de pie para saludarla. Tal respeto le causó intriga, pero no

iba a averiguar ahora por qué. Se sentó al lado de su jefa, la directora Analía Algamasa. Vio que en la sala conjunta estaban reunidos el equipo de marketing y software con el que habían trabajado para promocionar a la COEM.

– ¿Por qué están acá? – aprovechó a preguntar en un susurro a su jefa.

– No te preocupes por eso. Sentate. – Había disidencia en su tono. – Y medité bien tu respuesta, por favor.

Miranda arqueó una ceja.

No hubo tiempo para más cotilleo. Isidoro Cruz habló en voz alta.

– Silencio, por favor. Daremos comienzo a esta reunión. Empezaremos con la agenda regular...

Pasó una hora haciendo de espectadora. En cuanto el aburrimiento comenzó a aletargarla, decidió interrumpirles. ¿Qué rayos hacía ahí? No la habían dejado irse pero tampoco le dieron respuestas.

A sus preguntas, sólo le pidieron que esperase.

Luego de diez minutos de su interrupción se hizo silencio. De repente volcaron toda la atención sobre ella. Espabiló y se enderezó en la silla.

– Sargento Crosborten. Gracias por su paciencia. – expresó Isidoro Cruz.

– A su servicio, director en jefe – respondió Miranda con un toque de sarcasmo. La directora de la COEM manifestó incomodidad con la mirada. – Pero me gustaría saber por qué estoy acá. Yo sólo soy una agente de campo.

– Puede que eso cambie hoy, señorita. Mateo, si tenés el honor.

El director de narcotráfico abrió una carpeta digital que extendió frente a Miranda.

– Hace 4 días vos y el pelotón 6 encontraron al grupo que comercializaba cocaína en el barrio universitario, en una estancia en las afueras de la ciudad. En el sótano de aquel molino encontramos el laboratorio



desde el cual fabricaban sus productos. En el libro de cuentas descubrimos contactos de celulares hedrenses. Veinte millones de dólares. Y una pistola reglamentaria de la policía federal.

– ¿Qué significa eso, sargento Crosborten? – la motivó Isidoro Cruz.

Ella lo miró con vacilación. Luego se concentró.

– Tiene relación con el secuestro de armamento hace 6 meses en la vieja estación militar. Esos chicos estaban implicados en una organización más grande y profesional, capaz de burlar la seguridad de los hangares. O... La policía de Jaiva está siendo atacada. Secuestran oficiales para extorsionarles, a cambio de armamento. Y acceso. La confederación musulmana no es la culpable. ¿Verdad?

– Así es – confirmó Edgardo. – Los conflictos sociales en las colinas nos dio el puntapié para ahondar en la investigación. Los musulmanes estaban siendo atacados por sus ideales religiosos.

Pero, además, había un interés económico de parte de una segunda organización que pretendía establecer su red entre los más necesitados de Jaiva.

Miranda examinó la carpeta en la tablet que el director de narcotráfico le había tendido.

– Todas las operaciones que realizamos en el último año tenían una agenda específica. Encontrar pruebas de esa segunda organización criminal.

– La mafia paraguaya – pronunció el jefe de Narcotráfico con rencor en su voz. – La peor enfermedad que le está pasando a nuestra nación. Después de Makor.

– ¿Qué es lo que trafican? – preguntó Miranda, esforzándose por hacerse la desentendida.

– Oftarmol.

– El Oftarmol es un medicamento legalizado. Yo misma dependo de él.

– Sí, el comprimido recetado está destinado a dos grupos de personas específicos. La mafia lo

distribuye en polvo soluble, al precio de la cocaína, vendiendo a los mismos consumidores que compran ketamina. Nuestros laboratorios indican que es una versión sin regulación, peligrosa, potente. El oftarmol es una droga compleja de estudiar y difícil de fabricar. Existen dos opciones simples: la producen ellos o la consiguen de la liga árabe.

– Claro – dilucidó Miranda. – La comunidad de la confederación musulmana que llegó al continente venía por el oftarmol que distribuía el Estado marsene, ya que del otro lado del atlántico el suero era inestable.

Edgardo Montañana señalaba las fotografías de los documentos virtuales.

– Sí. La mafia paraguaya consiguió el modo de generar una cepa mejorada negociando con los refugiados de la confederación musulmana. Consiguieron el suero y lo comenzaron a vender como una droga recreativa.

– Por supuesto que con unos refugiados no se puede negociar mucho. – Comentó Analía Algamasa. – Básicamente los extorsionaron.

– Sí, para conseguir votos. – Agregó la directora de Violencia.

– ¿Votos? – inquirió Miranda.

– ¿Quién posee el mejor laboratorio de Oftarmol en toda Latinoamérica, señorita Crosborten? – preguntó Isidoro Cruz.

– Tróbulos del Valle – respondió ella.

El director asintió lentamente.

– Un empresario hedrense multimillonario que intenta hacer política en Jaiva desde que Makor tomó el poder de Hendra. ¿Comprende cuál es el problema?

– Entonces... ¿Qué es lo que falta? ¿Pruebas? Un empresario que posee un negocio oscuro en el que mueren cientos de personas por el consumo problemático, desaparecen todos aquellos que ven o

saben algo, y genera resentimientos sociales entre clases. Alguien así no puede llegar a ser gobernador. ¿Acaso esperáis que los justicieros destapen una guerra civil?

Hubo silencio en la mesa. Miranda interpeló con la mirada a cada uno de los presentes. Edgardo fue el único que le respondió.

– Eso es lo que queremos evitar, amiga mía.

– No podemos hacer mucho desde acá – alegó el hombre de narcotráfico, apesadumbrado. – Tróbulos del Valle ha comprado a la mayoría de los candidatos. Lo único que está salvando la crisis fiscal total son las generosas inversiones que Guara está haciendo en la federación. Los campos de las afueras van a ser resembrados, van a construirse fábricas nuevas. Pero el Estado pronto será sólo un nombre para el poder de un hombre. La policía de Jaiva está completamente corrompida. Los superiores están siendo pagados con sueldos fantasmas, los oficiales

que hablan desaparecen y los honestos son despedidos. Incluso de la federal, somos pocos los que no hemos sido coimeados. Pero no podemos aguantar mucho más. Con un salario tan terrible, y nuestras familias expuestas... Pese a todo, aún estamos haciendo nuestro trabajo.

– Y por si eso no fuera suficiente – agregó Analía Algamsa – los jodidos justicieros nos culpan a nosotros. Descargan su impotencia y su rabia con las fuerzas de seguridad. Nos tachan de traidores o de tibios.

Isidoro Cruz intervino.

– Son terroristas. Unos renegados sin techo enloquecidos por la pandemia. Ellos no tienen la culpa de ello. Es la nuestra.

– Aún así, causan tanto daño como las organizaciones criminales – concluyó un comisario que ocupaba una silla junto a Analía.

Edgardo se levantó para servir café. El aire se había vuelto pesado en la sala y excepto por el Director en Jefe, todos parecían preocupados por ojos invisibles puestos en el gran ventanal que daba hacia la casa de gobierno del otro lado de la plaza. Oídos fantasmas del otro lado de las paredes que hacían que cada palabra estuviera cuidada y contenida en unos márgenes acotados, represivos. La perspectiva de Miranda había cambiado por completo. De repente se contagió del mismo temor que todos. Un estrés transmitido a través de las expresiones, el falso optimismo y la tensión de saber que un paso en falso puede matarte.

Pero ella era una agente de la Compañía de Operaciones Especiales de Marsenia. Había sido entrenada para resistir a las titánicas presiones de un campo de batalla, a la muerte próxima, a la incertidumbre de la oscuridad. Había estado en

infiernos experimentales donde lo que se contagiaba era mucho más que una simple preocupación.

Analía Algamasa giró un poco su silla hacia ella.

– Sos la mejor agente que tenemos, Miranda. Tu pericia militar es equiparable a tu inteligencia. Y por si fuera poco, tenés dones que nadie más tiene.

– No son dones – gruñó ella. No era la primera vez que tenía que corregirlo.

Había cerrado los ojos. No quería que posaran en ella aquella responsabilidad.

– Tu voluntad es...

Miranda la miró a los ojos.

– ¿Qué es lo que queréis? - farfulló entre dientes.

– Que hagas lo que no podemos hacer desde una oficina. – Le respondió Isidoro Cruz. – Justicia.

– Señor, ya tengo un trabajo, y creo que he cumplido con él debidamente.

– Des, parece que no te ha sido suficiente – Isidoro Cruz había agravado su tono y su postura.



– ¿Disculpad?

El Director en Jefe de repente le dio un golpe a la mesa.

– ¡Mierda! – gritó. – ¿No te ha sido suficiente con asesinar a 3 hombres en plena calle? ¿Tenéis idea de cómo has agravado la situación?

– ¿De qué estás hablando, señor?

– No te hagas la tonta conmigo, sargento, aunque ya no sé ni cómo debería llamarte. Sabías muy bien cómo era el juego, cuáles eran las reglas, cuáles eran los límites.

– Señor...

– ¡Ya basta de trucos! – espetó. – Te proporcionamos los recursos, los materiales, te cubrimos las espaldas, te regalamos tiempo y oportunidades valiosas. ¿Y así nos pagáis?

Miranda sentía que le pesaba el cuerpo. Apretó sus manos la una con la otra y controló el temblequeo.

– Con el debido respeto, no entiendo por qué se me acusa de algo que vosotros me obligaron hacer.

– ¿Obligar? – replicó Isidoro. – Era un proyecto que aceptaste con gusto. Y se ve que disfrutaste bastante.

Miranda se contuvo de hacerle frente. No esperaba que estando furioso cambiara tanto su semblante. Ella bajó la mirada.

– Seguí vuestras órdenes, vuestro proyecto. Invertí mi cuerpo y mi mente en él, no he dejado rastros ni pistas. ¿Qué demonios hice mal?

– ¿Te lo preguntáis?

Miranda entonces salió de su círculo de protección mental y atacó con la mirada al director.

– Somos fuerzas de seguridad, utilizamos armas de fuego, creamos bombas, reprimimos y controlamos. Queréis venderme el ideal de protección pero en la práctica sois lo mismo que los justicieros

– Silencio – ordenó el jefe.

– ¿Me tomás por idiota? ¿Estás jugando conmigo?

– Miranda, calma – aconsejó Analía.

– Me mandaron a hacer el trabajo sucio y ahora queréis lavaros las manos.

– Porque se suponía que eras la mejor de todos – habló Edgardo. Eso desaceleró a Miranda. – Eras mejor que nosotros.

Sintió un nudo en la garganta.

– La muerte de esos hombres no fue en defensa propia, Miranda – declaró la directora de violencia de género, con una expresión de tristeza. – Perdiste el control.

– Sí – confesó–. Lo hice.

– No queremos condenarte por eso, sargento – dijo su directora. – Sos nuestra responsabilidad. No es que desconecemos tu condición mental, tus límites, tus debilidades. Pero tu extraordinaria capacidad y compromiso, entre tanta pesadumbre, nos envalentonó a darte lo que querías. Depositamos toda nuestra confianza en vos.

– Pero vosotros me pidieron que sea Yaymena.

– No – replicó severo Isidoro. – Te pedimos que fingieras ser una justiciera. Que dieras esperanzas. Que te infiltraras entre los justicieros. No que te convirtieras en uno, por diez mil demonios.

Las lágrimas de frustración cayeron por las mejillas de Miranda. Analía le dio la mano y la ayudó a limpiarse.

– Denos un momento – pidió la directora.

Isidoro Cruz se aflojó la corbata y se echó hacia atrás en la silla. Pasó sus manos por su cabeza rala y brillante. Su tez trigueña comenzó a normalizar el color cuando el cuello de la camisa se aflojó.

Recuperando el temple, volvió a enfocarse en la mesa de la reunión.

– Escuchad, Crosborten. Analía tiene razón. Es nuestra responsabilidad. Debí... haber previsto que tu obsesiva juventud iba a llevarte al límite. Estos ideales de justicieros e insurrección iban a terminar

invadiendo tu cabeza, aún siendo la más profesional de la COEM. Pero las consecuencias de ello, serán terribles. Se acabó la lucha, ¿comprendéis? La mafia ya puso sus ojos en Yaymena. Era cuestión de tiempo para que descubrieran su identidad. Una vez sabiendo que la policía federal está detrás de la máscara, se acabó...

Miranda esclareció su mirada, se acomodó en la silla y suspiró. Levantó la cabeza.

– Despedidme. Pero Yaymena debe permanecer. Debo poder proteger a la mujer.

El director se cruzó de brazos.

– Ya no te protegeremos.

– Podés ir a por tus cosas ahora mismo – dijo Analía.

Miranda se levantó de su asiento.

– Pero tenemos una alternativa – agregó entonces.

Hizo un gesto y el equipo de marketing y software que estaba en la sala conjunta desde temprano, entró a la reunión.

– Ya no formarás parte de la policía federal. Burlarás la ley, serás una justiciera con todas las letras. Nos robarás. Tendremos que buscarte, incriminarte, herirte si es necesario. Nuestras vidas personales no pueden correr riesgo. Nos mantendrás a salvo, a todos. Vos sola.

– ¿Algo más? – preguntó ella con notable sarcasmo. El ventanal a su espalda y la punta de la mesa en frente la hicieron sentir poderosa.

– Atraparás a Tróbulos del Valle, una vez sea gobernador.

– ¿Y qué? ¿Lo arrestaré? ¿Se lo entregaré a quien? ¿A vosotros?

Hubo un momentáneo silencio.

– No – respondió Edgardo. – Se lo entregarás a Makor. A la jurisdicción de Hendra.

Analía se quitó las gafas antes de agregar:

– Eso le dará motivos a Jan Makor para apropiarse del gobierno de Jaiva, derrocando al partido de Tróbulos del Valle.

Edgardo suspiró pesado.

– Lo cual implica que perderemos la soberanía nacional de Marsenia. Jaiva pasará a ser una provincia y nuestro mundo cambiará para siempre. Perderemos libertad a cambio de bienestar.

– Jaiva está muriendo. Este gobierno se ha podrido. Es nuestra mejor opción – insistió Analía.

Miranda se quedó mirando a los presentes.

– Nosotros seremos tus recursos – dijo entonces una mujer del grupo de marketing. – Yaymena es un ícono de Jaiva. Impone el miedo y la rodea este aura de oscuridad y misticismo. No era el plan que tenían para ella, pero les has dado uno mejor. Queremos perfeccionar eso.

Miranda frunció el ceño.

– ¿Es una broma?

– Necesitarás ojos y oídos en todas partes. – Agregó un muchacho.

– Pero... ¿Quiénes sois vosotros?

– Hemos asesorado y trabajado con muchos de los grandes justicieros. Al lado de lo que te podrían brindar la policía federal, seremos de gran ayuda.

Isidoro Cruz lanzó un gruñido.

– ¿Analía? – Inquirió Miranda con preocupación.

– Sí, son el mismo grupo con el que trabajamos en la COEM un tiempo atrás. Por supuesto, trabajan en el contrabando, por fuera de la ley. Están cumpliendo... trabajo comunitario, para no ir a la cárcel.

La sargento, o más bien, ex sargento de la COEM, se quedó de pie mirándolos, esperando, pero nadie dijo más.

– ¿Esa es la propuesta?

– Sí – afirmó Isidoro Cruz.

La mente de Miranda viajó muy rápido por demasiados recuerdos, desde su infancia hasta el



momento en que se encontró con su amigo en la plaza. Esa gigantesca masa psíquica se afiló y apuntó hacia el director.

– No lo haré.

Todos en la sala se sorprendieron, excepto Edgardo.

Isidoro apretó los labios.

– No seas idiota, Crosborten. ¿Perderás todo por una estúpida idea de patriotismo?

– ¿Qué? No es patriotismo. Tal vez vosotros os acomodéis a un nuevo régimen de gobierno, pero las 3 millones de personas que viven en Jaiva no lo harán. Habrá guerra, morirán cientos, tal vez miles.

– ¡Ya están muriendo! ¡Ya hay guerra! – Protestó Isidoro.

Miranda miró por la ventana, frustrada.

– Ya me habéis manipulado para ser vuestra artífice como justiciera. Ahora me pedís que sea artífice del ascenso de una tiranía. Vosotros ya no sois protectores de esta ciudad.

– Crees que nosotros somos los hipócritas – dijo el director en un tono más informal– pero eres tú la que necesitas de la violencia y la destrucción. Tú has sido nuestro rostro, el de unos protectores decadentes, pero lo disfrutaste. Tú aceptaste ser Yaymena cuando nadie más lo hizo, porque lo necesitabas. Y ahora aceptarás este trato porque no tienes opción.

Miranda le dio la cara. Dijo con voz clara y argentina.

– No.

Edgardo se quedó inmóvil.

– ¡Miranda, no seas necia! – protestó Analía.

– La chica que cuidás, sargento... Miranda – le habló la directora de Violencia de Género. – Ya no podemos protegerla ni ocultarla.

Miranda suspiró. Se acercó a su asiento para recoger su tapado y culminó:

– Yo a vosotros tampoco.

Se encaminó a la salida de la sala.

– Olvídate de tu traje y tus artilugios, niña – le advirtió Isidoro. – O más bien, olvídate de tu libertad.

Miranda empujó suavemente la puerta. Miró por sobre su hombro.

– Tu corazón está latiendo muy rápido, señor Director. – le dijo.

Y se fue.

## **CAPÍTULO 9** ‡

### REMINIS

*¿De qué estaban hechos los momentos?*

Eran como sustratos que, al ser vividos, ya no estaban.

Como las hojas de otoño, o fotografías de una instantánea.

Todo se iba con la corriente de un río invisible. Se suponía.

Y sin embargo, en su carne podía sentir respirando otra vez, empujando y a veces mordiendo el cerebro, las voces, sus gritos de auxilio, la desesperación con la que intentaba zafarse de esos brazos invasivos,

esos rostros que exhalaban alcohol, y la oscuridad que bailaba alrededor de una autopista solitaria e indiferente.

*El pasado todavía vive. ¿Cómo escapar de él?*

Tomó la medicación y se acostó a dormir.

Al despertar, vio a Miranda preparar valijas y tapar las pocas ventanas del departamento. Reminis se levantó poco a poco, mientras intentaba comprender la situación.

– Nos vamos – fue todo lo que dijo Miranda.

– ¿A dónde? ¿Y por qué?

Miranda guardó una pistola bajo el cinturón. Eso la asustó mucho.

– Miranda – dijo Reminis, alarmada–... ¿Podés detenerte un momento y explicarme qué demonios está pasando?

Berenice entonces apareció en la habitación, justo terminando una llamada.

– El auto ya está listo.

Reminis se levantó de la cama, se dio cuenta que era de tarde. Como ninguna le estaba prestando atención, caminó hasta la sala principal y miró con más detalle la escena. Había una maleta, una valija y una mochila acumuladas en el medio del salón. Las cortinas, los cuadros y las flores frescas que ella misma había traído esa mañana estaban, todas las cosas en su lugar. Eso no era una mudanza.

– ¿Estamos escapando?

– Sí – respondió Miranda, antes de levantar la maleta, que parecía pesar un montón. Se fue por la puerta principal.

Berenice entonces se le acercó.

– Tal vez sea mejor que hables con ella a solas, más tarde. – Se agachó para tomar la valija – Tus cosas están en la mochila. Ya deberíamos bajar.

Reminis estaba muy confundida.

– Pero acabo de despertarme. – ¿Dejaremos todas las cosas? Las cortinas, y... – Salió al pasillo para

echar un vistazo al departamento de Berenice. –

¿Vosotros también se van?

– Sí. Vamos, Rem, agarrá la mochila.

– No me lavé los dientes – se quejó.

Berenice hizo una mueca.

– Dejame peinarme al menos.

– Está bien.

Fue al baño. Al final se peinó, se lavó los dientes y se puso un poco de labial. Era su rutina. No podía salir sin ella.

Al regresar al salón, Berenice estaba armada y miraba hacia el pasillo. Le hizo una señal de que no hiciera ruido.

Hasta ella escuchó pasos que se acercaban. Retrocedió. Su panza se llenó de nervios.

De repente escuchó que el perro del conserje comenzó a ladrar furiosamente.

Berenice soltó la maleta y corrió hacia Reminis.

– ¡A la ventana, ya!

Escucharon la voz del conserje.

– ¡No podemos bajar por la ventana, Bere!

– La del baño – corrigió aquella, al asomar la cabeza por allí. – Hay una cornisa. Podemos alcanzar las escaleras que están detrás de la casa del conserje.

– ¿Y dónde están Miranda y Fernis? – Berenice se subió al lavado y acomodó las piernas para cruzar hacia el otro lado.

– Seguro tuvieron que irse.

– ¡¿Qué?! ¿Nos abandonaron?

La conversación en el pasillo pasó a sonar como una discusión. Una muy agresiva.

– No. Este era el plan. Nos dividimos y nos reencontramos.

– ¿En dónde?

Berenice salió por la ventana. Apretó los ojos por un momento.

– Está alto – farfulló—. Vamos, Rem, rápido, pásame la mochila y cruzá.



Se quitó la mochila y se la pasó. Se apoyó sobre el lavado y asomó la cabeza. Casi lanzó un grito. La cornisa apenas abarcaba un pie y medio y no había mucho de donde aferrarse.

Se dio la vuelta y haciendo acopio de valor sacó una pierna, se aferró fuertemente al marco de la ventana hasta tocar la cornisa.

– Bere, no puedo. Me voy a caer.

– Tranquila, sólo respirá y movete despacio.

Reminis respiró, cerró los ojos y tomó fuerza. Apoyó una pierna y luego otra. Sentía el viento frío atravesarle el pijama. Le temblaron las piernas.

– Mierda – masculló mientras terminaba de quitar todo el cuerpo.

La puerta principal del departamento se abrió de una patada. Desde la ventana del baño, podía verse perfectamente la entrada, y el sujeto que entró, la vio a ella.

Reminis se agachó, y en eso casi cae al vacío.

– ¡Se están escapando por la ventana! – gritaron los invasores.

Uno veía corriendo, sonaron los portazos y un montón de cosas que se fueron chocando en el camino. Dio unos tres pasos cuando una mano salió por la ventana e intentó agarrarla. Reminis lanzó un grito.

– ¡No te detengas! – gritó Berenice, que ya estaba en el borde, lista para saltar a las escaleras.

El sujeto arañó el aire inútilmente, pero el pánico se apoderó de Reminis y se quedó aferrada firmemente a la cornisa, sin dar un paso más.

Cuando el sujeto desistió, Reminis se calmó. Se dio cuenta que había clavado demasiado las uñas en los ladrillos de la pared. El bloque se había fracturado y estaba a punto de desprenderse.

Por un instante le pareció que el viento se había calmado, y sólo escuchó el latir de su corazón. Al siguiente, el ladrillo se desprendió.

En su mente vio los rostros de Miranda y Zyra. Perdió el equilibrio y se fue para atrás.

– Te tengo – gruñó Berenice con esfuerzo, sujetando su brazo justo a tiempo y aferrándose a una cañería que pasaba por su lado.

Reminis alcanzó a aferrarse de la cornisa y clavar sus pies entre los huecos de los ladrillos inferiores. Pero Berenice no tenía la fuerza suficiente para alzarla.

Miró hacia abajo. Estaba muy alto. La esperaba el concreto de la calle.

– ¡No mires hacia abajo!

– ¡No puedo subir! – exclamó Reminis.

– Claro que sí. No te preocupes, estoy bien aferrada a esto.

Sin embargo, Reminis veía cómo estaba sufriendo de dolor.

Buscó la forma de subir, pero la cornisa era demasiado angosta, no había forma de volver a subir. No tenía la fuerza ni el alcance.

– ¡Mierda! – bramó de frustración. – Tenés que soltarme Bere.

– No.

– ¡Vas a caerte sino! Soltame.

Le vio los ojos vidriosos a Bere.

– No voy a dejarte caer.

Reminis miró hacia abajo una vez más.

– Puedo... Puedo... volver a subir... ¡Pero soltadme, carajo!

Berenice le soltó el brazo.

Reminis se balanceó, se agarró de la cornisa con el otro brazo.

Estaba limitada a permanecer así.

*Mierda* murmuró para sí misma. – Bere, vete. Los otros están bajando. Si no te apurás, nos atraparán.

– Estás loca.

– ¡Huí ya!

Berenice lo pensó.

– Miranda y Fernis están en auto. Bajaré, los buscaré y volveré lo antes posible. Además – estaba observando la calle – la gente ya está llamando a los bomberos. Sí, estarás bien, Rem. Sólo... Sólo mantenete firme.

Reminis asintió con la cabeza.

La vio doblar en la esquina de la cornisa, pasar por sobre la cañería, y luego oyó que alcanzó las escaleras de metal.

Apenas habían pasado unos cuantos segundos cuando sus brazos y sus piernas comenzaron a temblar. Buscó alguna forma de moverse, pero apenas retirara una extremidad, perdería el equilibrio.

Los músculos comenzaron a arder.

La gente en la calle le gritaba cosas, como que intentara tal o cual cosa, pero ella sabía que era imposible. Las sirenas de los bomberos ni siquiera sonaban aún y Berenice había desaparecido.

Volvió a mirar hacia abajo. Unos chicos habían acercado un contenedor de basura. Una señora trajo un acolchado de su casa y lo metió dentro. Más gente, que hasta entonces eran simples espectadores, repitieron las mismas acciones.

De repente, había un montón de algodón.

– ¡Ya sacamos todo lo duro! – gritó uno de los jóvenes, señalando el contenedor de basura. – ¡Soltate!

No tenía otra opción.

Se soltó.

Vio sus brazos y su pelo suspenderse en el aire mientras el edificio le enseñaba un cielo gris y frío. No estaba segura de si iba a caer dentro del contenedor. Tal vez saltó con demasiada fuerza, un poco a la derecha o a la izquierda. Además, cayó con mucha velocidad. Aun si entrara dentro...

De repente escuchó un estruendo, sintió un terrible dolor en todo el cuerpo, y se desvaneció cuando la negrura se hundió en su conciencia.

## MIRANDA

Habían pasado 7 minutos en los que Berenice y Reminis no llegaron. El auto de Fernis estaba listo, estacionado al lado de la motocicleta de Miranda, ambos bajo la sombra de un árbol en la plaza de estacionamiento.

– No puedo irme sin comprobar que estén bien – expresó Fernis, preocupado, cuando se sentó en el volante.

– Este era el plan. Debés confiar en Berenice.

Fernis chistó de ironía.

– Es exactamente por ello que creo que deberíamos ir a ver.

Miranda cerró el baúl.

– Está bien. Iré a ver.



En ese entonces escucharon varios gritos provenientes del otro lado de la manzana.

– Te lo dije – advirtió Fenris. Su preocupación iba en aumento.

– Tranquilo.

Miranda ajustó su riñonera y salió al trote en dirección al departamento.

Se encontró con una multitud nerviosa. Vio justo el momento en que Reminis saltó al vacío y su corazón se paralizó.

*Acaba de saltar un séptimo piso, pensó. Si no está muerta, se rompió la cadera, las piernas y el cráneo. Sus pulmones colapsaron atravesados por las costillas y su respiración se convierte en este momento en esputos de sangre.*

Se abrió entre la multitud, agitada y nerviosa ella también. Había pasado mucho tiempo desde que su corazón se rompía de aquella forma, en que la

ansiedad y el miedo se agolpaban en su garganta, y la causa de todo ello no era su mente, sino, el afecto por otra persona.

Otra persona que perdía.

Cuando llegó a primera fila vio el contenedor y los acolchados. Se detuvo y observó.

Un muchacho se acercó y le habló a Reminis. Sólo entonces, al interpretar su expresión, avanzó unos pasos y la vio.

Estaba viva.

Se arrimó al tumulto de acolchados y plástico en que se había convertido aquello. Se agachó y le tomó la mano.

– ¿Qué le pasa? – le preguntó el muchacho a ella.

– Está bien. Pero será mejor que no la toquen hasta que lleguen los paramédicos.

– Abre los ojos pero no responde.

– Está en shock. Será mejor que todo el mundo se aleje algunos pasos.

Todos retrocedieron. Miranda no lo sabía pero la mayoría de aquellas personas ya la conocían, y le brindaban un temeroso respeto.

Cuando la ambulancia se fue, el corazón de Miranda volvió a cerrarse, y sólo entonces se percató de la ausencia de Berenice.

Alzó la vista, hacia el séptimo piso.

*Los sicarios llegaron antes de que ellas pudieran bajar. Salieron por la ventana del baño, caminaron por la cornisa, con el objetivo de alcanzar las escaleras de emergencia. Pero Reminis resbaló. Berenice debió haber podido bajar. ¿Por qué no está acá?*

Miró alrededor. La mayoría de los vecinos se quedaron hablando. Los que estaban de paso, continuaron su camino.

Se dirigió a los pies de las escaleras de emergencia. Quedaban en un asqueroso corredor entre tres edificios. Hacía poco una cañería se había roto y el

suelo se llenó de barro y mierda. Se acercó lo suficiente para observar las huellas. Eran de unas zapatillas pequeñas. Debían ser de Berenice. Iban en dirección contraria a la calle.

Miranda se adentró al pasadizo sin salida.

Había una pequeña ventana con vidrios rotos. *Tuvo que haberse metido allí. ¿La estaban persiguiendo?*

Se puso en cuclillas y observó el interior. Era el estacionamiento del edificio de al lado.

Se quedó un buen rato observando el interior, hasta que sus ojos se adaptaron lo suficiente, y entonces llegó a identificar el rostro de Berenice.

Miranda le hizo una señal. Y Berenice le respondió.

Había alguien allí dentro y la estaba buscando.

Miranda entonces percibió un movimiento por el rabillo del ojo. La figura de un hombre en la entrada al pasadizo. La figura se fue acercando, y cuando hizo 5 o 6 pasos, Miranda saltó por la ventana.

Cayó y rodó sobre el frío cemento. Enseguida se dio cuenta que a su izquierda, a dos metros y medio de distancia, había un hombre levantando una pistola.

Miranda desenfundó rápidamente la suya, pero aún con su reflejo de agente de la COEM, no le dio el tiempo, y el hombre disparó.

El disparo silbó cerca suyo. Al segundo intento del hombre, Miranda gatilló. La bala le dio en el algún lugar porque escuchó su quejido, pero éste siguió disparando.

Miranda se refugió detrás de un pilar. Sintió un ardor en la tibia pero fue ofuscada por la adrenalina.

Se preparó para contraatacar, cuando vio que Berenice echó a correr por el estacionamiento.

– ¡Berenice! – le gritó, alarmada.

*¿Qué estupidez está haciendo?*

Entonces escuchó que una puerta estaba por abrirse desde el rincón donde ella se refugiaba. Miranda se

dio cuenta que estaba aturdida, así que echó a correr también. No podía pelear sin sus sentidos.

El hombre que le había disparado estaba en el suelo, quejándose, el arma se le había caído de la mano y parecía no encontrarla en la oscuridad.

Alcanzó a la suboficial en la rampa del estacionamiento. Estaba agitada y asustada.

– ¡Están por todos lados!

– Tranquila. ¿Ves esos arbustos de allí? Nos ocultaremos ahí 30 segundos. Luego correremos a mi motocicleta. ¿Entendido?

– Abandoné a Reminis.

– Ella está bien. De camino al hospital.

– ¿Y si la secuestran?

– No lo harán. Nosotras ya hemos llamado la atención. ¿Tenéis tu pistola?

Berenice asintió.

Miranda recuperó el oído. Miró a su espalda y pudo percibir que alguien se acercaba a 20 metros de distancia.

– ¡Ahora!

Subieron por la rampa a toda prisa. Un vehículo que bajaba les tocó bocina.

– ¡Qué carajos hacen! – gritó el conductor.

Alcanzaron la superficie y se ocultaron entre los arbustos. Escucharon que el vehículo volvió a tocar bocina unas tres o cuatro veces.

Miranda no perdió tiempo y sacó su celular.

– Le diré a Fernis que busque a Reminis en el hospital, ¿ok?

Berenice asintió.

Escribió el mensaje, guardó el celular y respiró.

– A partir de este momento, no hagas preguntas.

– ¿Qué?

– Vamos.

Se incorporó. Berenice la siguió. Corrieron por la vereda, eludiendo a los peatones.

– ¿Cuántos nos persiguen? – Preguntó Berenice.

Miranda no le respondió.

Doblaron en la esquina y saltaron un muro. A Berenice le costó treparse.

– Te tengo. – Miranda la agarró y tiró hacia atrás. Berenice se dio de bruces contra el suelo.

– ¡Carajo!

En su mente, le dio gracia escucharla maldecir, pero ni de cerca lo expresó.

Doblaron por un pasadizo y alcanzaron la siguiente calle. En frente, la plaza de estacionamiento.

Al alcanzar la motocicleta, Miranda no perdió ni un solo segundo en abrir la baulera.

– ¿Qué es esto? – Preguntó extrañada Berenice al ver todo lo que cargaba.

Miranda sacó un pasamontaña.

– Ponetela – le ordenó.



Berenice vaciló, pero se lo puso.

Luego le pasó el casco.

– ¿Y para vos?

– No te preocupes – le dijo Miranda con tranquilidad, antes de tomar la máscara de Yaymena y colocársela.

– ¿Miranda...? – expresó Berenice, como si de repente la viera desaparecer frente a sus ojos.

## **CAPÍTULO 10** ‡

### REMINIS

– ¿Hey, me escuchás? – un rostro juvenil y masculino apareció frente a ella. – ¿Podés moverte?  
– Estaba lleno de frazadas, casi la tapaban. – Sí, está viva.

– ¿Podéis levantarte?

Algo se había roto en su cuerpo, o tal vez estaba muerta, no lo sabía. Sólo podía mover los ojos.

– Algo le sucede...

– No la toques. Esperad a que lleguen los paramédicos.

Los paramédicos. El hospital. Miranda...

Cerró los ojos. Los acolchados estaban cómodos.

*Conocí a Miranda cuando tenía 8 años, luego de que mi madre terminara con su novio y me cambiara de escuela. Hasta entonces, la vida entera me era indiferente. Prefería jugar sin la compañía de nadie. De hecho, prefería quedarme completamente callada cuando había alguien cerca, así evitaba que se estropearan mis fantasías. Miranda era igual, y el día en que nos sentamos en el mismo banco, recuerdo haber sentido que podía ser mi amiga. Desafortunadamente, los idiotas de mis compañeros se fijaron - en el sentido literal de la palabra- conmigo, y la escuela se volvió un infierno desde entonces. Miranda tuvo siempre esa rara capacidad de ser imperturbable. Era pálida y de pelo azabache. A todos les daba miedo y con razón. En cambio, yo... era un niño, gordo y tímido. A ojos de nuestros compañeros, había conseguido una*

*novia fantasma. Luego tuve la errática idea de aparentar ser más extrovertida, y fingir que me era repulsiva. Me dejé el pelo largo, comencé a hablar más alto, aunque me saliera más agudo, y un día me pinté los labios. Esa fue la primera golpiza que recibí.*

*Aunque el hecho de que no viniera de mi madre fue extraño, la rabia que me poseyó fue la misma. Intenté estrangular a uno de mis agresores, que era la mitad de mi tamaño. Me expulsaron. Pero minutos antes de mi partida, mientras esperaba en el hall de la entrada, Miranda Crosborten apareció. Y esa... Fue la primera vez que me miró a los ojos.*

*– Fuiste muy valiente – me dijo.*

*Yo me secaba las lágrimas. – Gracias.*

*Se quedó a mi lado, a compartir con ojos tristes la misma losa de cerámica.*

*– ¿Cuál es tu nombre? – me preguntó entonces.*

*– Joaquín – le murmuré.*

*– No – exclamó casi con desesperación. Sus manos estaban aferradas a mi brazo. – Tu nombre real. No el que tontos ancianos avejentados y cobardes escriben en un papel.*

*Mi ojos brillaron frente aquel rostro redondito de porcelana, me latió muy rápido el corazón; me quedé roja de los nervios, sin que se me ocurriera nada que decir. Se quedó esperando mi respuesta pero yo, que tartamudeé como de costumbre, no paraba de temblar. Mi madre apareció entonces y mi nueva amiga huyó con sensatez. Me llamaron a la dirección por el nombre de Joaquín Van Derhart, pero yo, enfurecida, repliqué:*

*– ¡Reminis! ¡Mi nombre es Reminis!*

Una luz cegadora le hizo abrir los ojos.

– ¿Hola? ¿Me escucháis?

Era un paramédico. Jugó con esa linterna sobre sus ojos unos instantes.

– Está consciente. – declaró. – ¿Podés moverte?

– No se ha movido ni un ápice – comentó el jóven de hoy. – Debe haber quedado parapléjica.

El paramédico le lanzó una mirada al muchacho que claramente decía “déjame hacer mi trabajo, imbécil”.

Pero dijo – El oficial tomará tus declaraciones. Alejaros de aquí.

Volvió sobre Reminis. Seguía tan rígida como hacía unos instantes.

El hombre hizo una señal y una compañera se le sumó. Tocarón las extremidades de Reminis e hicieron cosas que ella no prestó atención.

– Escucha, mujer.

Reminis movió la cabeza y sonrió.

– Te sacaremos de aquí y te subiremos a una camilla. ¿Entendido?

Reminis no reaccionó.

*Mujer...*

Cuando la levantaron, el dolor volvió. Cerró los ojos y regresó al cuaderno de su mente.

*Un par de años más tarde, sucedió la pandemia del virus W. Sé que fueron años oscuros, de crisis como nunca antes el mundo capitalista ha vivido. Pero, honestamente, yo estaba en otra sintonía. A los 13 años, iba a poder acceder al servicio de hormonización. Mi abuela estaba tan emocionada como yo, aunque el resto de mi familia la intentase disuadir. Sin embargo, apenas llevaba 6 meses en el proceso, en el año 2020 cuando el ministerio de salud de Jaiva cerró el programa debido al colapso. Para cuando en 2025 las cosas comenzaron a estar mejor, finalmente pude comenzar mi transición, pero entonces ya tenía 18 años y mi opinión sobre el mundo...*

*había cambiado.*

*Había pasado la adolescencia encerrada con mi padre y mi abuela. Depresiva, ansiosa, llena de*

*incertidumbre. Ya había estado investigando acerca de lo que era ser trans, en todas sus variantes. Pero me resultaba extraño que no conociese a ninguna mujer trans, como yo, en Jaiva. Lo que sucedía, claro, en mi conciencia asfixiada de pubertad y en contexto de pandémico apocalipsis, era una constante nube de arcoíris y descubrimiento personal, aislado y mudo de la sociedad. La cruel, cosificante y subestimada dañina sociedad.*

*Mi padre no me permitía “transvestirme” fuera de casa. Mi madre había muerto y, según él, el virus ya era suficiente problema para los demás.*

*– ¿Yo soy un maldito problema? – por supuesto, me enojaba.*

*Pero él respondía sin mirarme a los ojos:*

*– No, Joaquín. Pero tenés que entender cómo es la gente.*

*Crecí pensando que ocultando mi verdadera identidad me protegía, pero lo protegía a él. Y al*



*hacerlo, alimentaba aquel veneno por el cual también protegía a la sociedad. Me llevó tiempo sospechar que era imposible proteger a quien no reconoce siquiera tu existencia, y extremadamente peligroso, imitar a quien está dispuesto a lastimar. Me acostumbré tanto a encarnar el papel de Joaquín, que el día que un amigo me confesó que era gay, me le reí. Le dije que estaba bien, pero yo no lo era.*

*– Estaba seguro de que eras queer. – Me señaló decepcionado.*

*Me reí diciéndole que*

*– Sólo porque bromee con que me gustaría haber sido mujer, no significa que lo sea.*

*A lo que apuntó que*

*– Siempre te enojás cuando alguno de nuestros amigos dice eso mismo. No sé, solés tener expresiones femeninas, a veces incluso en los pronombres.*

*Me reí y le espeté:*

*– ¿Y qué tiene? Decís eso porque sos gay.*

*– Los demás también lo dicen.*

*– ¡Deben ser gay también!*

*Cuando sonrió, lo empujé y le dije que no me volviera a hablar. Sin embargo, cuando estaba yéndome, agregué, casi como si hubiera encontrado una solución:*

*– Tengo novia, y me gustan las mujeres. Imbécil.*

*Eso lo convenció el resto de su vida. Hombres...*

*De hecho, el día que recuperé la conciencia de mi identidad, fue cuando estuve con una mujer llamada Helena. Precisamente, en el hotel de Mario. Era el cumpleaños de uno de mis amigos y, aquel día me enteré, que las prostitutas de las que siempre todos los varones hablaban, eran mujeres trans, y yo era la única que no lo sabía.*

*Aquella noche aprendí todo. Sobre los hombres. Sobre las mujeres. Sobre el dinero. Sobre la sociedad.*

*Helena fue gentil conmigo. Yo estaba sencillamente impresionada. Era hermosa, con su voz profusa, su mandíbula, su nuez de garganta, sus pechos duros de silicona, sus manos grandes pero delicadas. Entendía todo, podía sentirme en ella, y mientras la penetraba estaba segura de que estaba por fin asimilando mi masculinidad. Me descubrí llorando y quebrandome sobre ella. Me abrazó y me dijo, no lo olvidaré jamás:*

*– Oh, pequeña criatura, has hecho un gran trabajo, pero esta travesti reconoce a otra travesti cuando la ve.*

*Hablamos durante una hora. Más bien, ella habló y yo escuché. Cada palabra que salía de su boca resonaba en mi alma como una melodía hermosa pero dolorosa. Yo no podía expresar nada más que*

*síes y noes. Al desperdirmos, me dio la dirección de su casa, haciéndole prometer que iría a visitarla.*

*A la semana siguiente, fui a ver a la endocrinóloga clandestina que Helena me había recomendado. Me hicieron unos análisis de sangre, y al mes siguiente, había comenzado a recibir las hormonas.*

*Me oculté por completo del mundo físico, de mis amigos, mis compañeros, incluso el resto de mi familia; convencida de que para el 2025 podría presentarme al mundo como una mujer entera. Pero en abril, cuando cumplía un año, mi frustración fue tan grande que intenté quitarme la vida con una botella de vidrio. Como mi terror a los filos fue más fuerte que mi sufrimiento, abandoné la tragedia y fui a visitar a Helena. Sentía que ella podía darme una solución a porque mis tetas no habían crecido, porque mi rostro aún no era lo suficientemente femenino; porque aún era tan delgada y velluda. La frustración se convirtió en incredulidad al*

*enterarme que Helena había muerto a causa del virus W. No había recibido la cura por su “condición” de transexual.*

*Después de ello, mi padre intentó obligarme a renunciar a, en pocas palabras, ser una mujer. Comenzamos a pelear y terminé abandonando mi casa. Necesitaba continuar estudiando, necesitaba un lugar donde dormir. Y, al final, supe que había un sólo lugar para mí. El hotel de Mario.*

La estaban por subir a la ambulancia, como a una muerta, cuando por fin dio una gran bocanada de aire, se quitó la asfixia que cubría su mente y se sentó de un sólo movimiento. Algo dolió como la mierda.

Todos quedaron honestamente sorprendidos.

– ¡Tranquila! – dijo el paramédico.

– Tengo que irme – declaró ella.

– Tenéis algunas costillas rotas. Te llevaremos al hospital. Acostate, querida. Tranquila.

Ella miró a su alrededor. Vio a gente grabando con el celular, otros le lanzaron palabras de aliento o de éxito. Por un momento, les quiso gritar: “vosotros, que se burlaron de mí, que me expusieron en internet, que hablaron durante meses, me hicieron memes, me convirtieron en una paria”. Pero luego vio el contenedor lleno de acolchados justo al lado del edificio y se dio cuenta que no eran ellos. O tal vez sí. Pero esta vez, la ayudaron, le dieron fuerza, la apoyaron, la protegieron. Porque los sicarios de la mafia no se atrevieron a irrumpir en la multitud.

Entonces pensó en quiénes eran los malos y quiénes los buenos. Pero tuvo una mejor idea. Mejor, pensar en cuando uno es bueno y cuando es malo.

– Mirad a toda esta gente – le dijo al paramédico, que la hizo acostarse de nuevo. – ¿Vos ayudás a quién sea, verdad? – le preguntó.

– Sí – respondió él.

La subieron a la ambulancia.

- ¿Y si es un asesino con una pierna rota?
- Es mi trabajo. Es el Dios juzgar lo demás.
- Dios – murmuró Reminis. – ¿Me conocéis?
- Sí – volvió a responder él.
- ¿Creés que Dios me juzgó por ser prostituta, por ser trans? ¿Por eso me hicieron todo eso?
- No – contestó él sin perturbarse. – Los juzgó a ellos.

## BERENICE

¿Miranda era Yaymena?

Su mente se abombó de preguntas. Pero no tuvo tiempo de procesar ninguna porque el sonido que hizo la motocicleta al encenderse le hizo olvidar por completo que Miranda era quien estaba montada sobre ella. La potencia de ese vehículo le hizo sentir temblores en el cuerpo. La pintura negra era tan oscura que era difícil notar lo grande que era, pues en las noticias siempre parecía mucho más pequeña.

– ¡Berenice! – le gritó Miranda.

Berenice olvidó sus pensamientos. Pisó el pedal posterior y saltó a la motocicleta.

Tres sujetos aparecieron en la puerta de la plaza de estacionamiento.



Lucían amenazantes, pero en cuanto la moto rugió entre el juego de luces y sombras, y vieron la figura puntiaguda de aquella que asesinó a 3 de los suyos, se quedaron paralizados en la entrada de la plaza.

Miranda aceleró. Berenice se aferró a ella, asustada.

– ¡No, Miranda! – espetó. Estaba segura de que iban a disparar.

En un par de latidos de corazón, la moto estaba delante de ellos. Escuchó que los sujetos maldijeron y se tiraron a un costado.

¿Realmente Miranda iba a arrollarlos?

Salieron a la calle, y entonces sí intentaron disparar.

Un coche cruzó por la derecha, algunas balas golpearon en las puertas, otras se perdieron en el aire, pero en cuanto el vehículo aceleró, la motocicleta ya no estaba a la vista, y los sicarios quedaron estupefactos ante la desaparición de Yaymena.

Miranda estaba completamente loca. Sus maniobras eran temerarias e impredecibles, pero de alguna manera, todos y cada uno de sus movimientos parecían encajar perfectamente en el tráfico. Si alguien les perseguía, incluso la policía, sería muy difícil mantenerle ritmo.

Para cuando alcanzaron la avenida de la costa atlántica, todos esos giros y vueltas terminaron. Berenice sentía náuseas.

Se dio cuenta que estaba fuertemente aferrada a su cintura. Intentó soltarse, pero aun manteniéndose en el carril, se estaban moviendo a 120 kilómetros por hora.

Llegando a las colinas, redujo la velocidad.

– ¡Miranda! ¡Miranda! – le gritaba, pero aquella parecía no oírle. O la ignoraba, como en todo el viaje. Adelante, había un corte en dos de los carriles. Patrulleros de la policía de Jaiva. El tráfico se comprimió.

Se vieron atrapadas en el embotellamiento.

– ¿Y ahora qué hacemos? ¡Miranda, contestame!

Dos oficiales se acercaban a pie. Eran las siete de la noche y casi todos los vehículos a su alrededor reconocían a la justiciera. Le sacaban fotos y le gritaban cosas. Berenice estaba al borde del pánico.

– Tranquila. Mantenete aferrada.

– ¿Qué?

Miranda volvió a acelerar, colándose en los estrechos espacios entre vehículos, cruzó a los carriles contrarios, y, cuando los patrulleros se acercaron, aceleró en contramano.

La velocidad aumentó drásticamente, los vehículos que venían de frente se cansaron de hacer sonar las bocinas, y ni siquiera los patrulleros que venían de frente pudieron detenerla.

Entonces, a 500 metros, con las colinas a su derecha, Berenice llegó a ver que desplegaron una

red de pinchos sobre el carril. Y aún así, Miranda no se detuvo.

– ¡Miranda! ¡Detenete!

200 metros. El perímetro estaba repleto de oficiales. Entonces Miranda giró hacia la derecha, justo donde sobre la barrera de la avenida había una pequeña rampa de madera. Saltaron por ella.

Suspendidas en el aire, Berenice rezó a Dios y pidió perdón por haberse subido a esa maldita motocicleta. Pensó en lo último que había hecho con Fernis, en el desayuno, en la noche que hicieron el amor, y en los últimos mensajes que Zyra le envió.

Aterrizaron a duras penas. Sintió un fuerte dolor en la cintura y en las rodillas. Algunos plásticos de la moto se partieron, y la suspensión estuvo a punto de ceder. Pero la motocicleta continuó su camino.

En ese pequeño fragmento de tiempo alcanzó a entender que había saltado a las vías del metro. Un

tramo de 50 metros que salía al exterior, para luego adentrarse bajo las rocas de las colinas.

Permaneció tranquila, aunque adolorida por el traqueteo de las vías. Hasta que se percató de que, en efecto, estaban en las vías del tren. Y algún zumbido, un rumor, una luz, le advertía que una de las máquinas se acercaba.

– Hey, tranquila – dijo Miranda después de tanto tiempo de silencio. – Ya llegamos.

Eso la tranquilizó, increíblemente.

Pero entonces, en mitad de la oscuridad del túnel, por detrás, se acercaba una luz.

Las vías comenzaron a temblar.

– ¡Miranda! – gritó Berenice! – ¡Acelera!

Pero Miranda mantenía la marcha apacible. ¿Qué diablos le pasaba a esa mujer?

El tren se acercaba. La luz se hacía más y más grande.

– ¡Miranda, vamos a morir!

Sonó la bocina gruesa y honda que le vibró en los pulmones. Ella clavó sus uñas en la panza de Miranda y cerró los ojos.

Entonces la moto dobló a la derecha, el farol iluminó una pequeña abertura. Salieron de las vías y entraron en una cueva.

Sintió el viento en su nuca cuando el tren pasó a tan sólo un metro detrás de ellas.

Miranda por fin detuvo la marcha.

– ¿Estás bien? – le preguntó.

Berenice estaba llorando.

– Decidme por favor que se acabó – le respondió mientras se fregaba en su espalda.

– Sí. Se acabó.

Berenice levantó la cabeza. Estaban en un túnel en el que apenas cabía la motocicleta.

– ¿Y esto a dónde lleva?

Miranda se quitó la máscara. Sin decir nada, aceleró, pero con lentitud.

Unos 15 metros más adelante, terminaron en un lugar oscuro, pero el aire era fresco.

Miranda apagó la motocicleta y la ayudó a bajarse de ella.

En cuanto tocó el suelo, vomitó.

– Lo siento – se disculpó la suboficial.

– No te preocupes, sólo es roca.

Berenice se incorporó, mareada, confundida, temerosa, y una decena de adjetivos más.

– ¿Dónde estamos?

Se acababa de dar cuenta que no veía nada, más que una débil luz que colgaba en la cercanía.

– Dame la mano – dijo Miranda con tacto. – Estarás bien.

Caminaron juntas hacia la débil luz que parpadeaba a más de 7 metros de altura. Berenice visualizó una pared cuando quedaron justo debajo del foco, y en ella, un interruptor industrial, de esos antiguos, de hierro ya desgastado.

Miranda lo subió con fuerza.

Escuchó un gran espectáculo de electricidad en algún lugar sobre su cabeza. Un piso superior se iluminó, y en consecuencia, descubrió unas escaleras metálicas a pocos metros del interruptor.

Miranda entonces le soltó la mano.

– Berenice – le habló con el tono formal al que solía dirigirse a su hermano. – Lo que vas a ver allá arriba te revolverá la cabeza. Pero necesito que primero te sientes, te relajes, y luego charlaremos.

– Ya tengo la cabeza revuelta ahora. Por favor, Miranda... Es que... ¿Vos eras todo el tiempo...?

Miranda la abandonó. La vio subir las escaleras tranquilamente y se preguntó si esa mujer era de verdad humana.



## **CAPÍTULO 11** ‡

### REMINIS

Abrió los ojos y se encontró con una pared blanca a dos metros frente suyo.

– Otra vez en el hospital – se dijo a sí misma.

– Pero esta vez con más suerte – le respondió una voz masculina a su derecha.

– Hola, Fernis – lo descubrió sentado a un lado de la ventana.

– ¿Es mi sensación o estoy en la misma habitación que la otra vez?

Fernis sacudió la cabeza. Estaba masticando algo.

– Esto no es terapia intensiva.

Reminis se comprobó a sí misma.

– Sólo tuviste traumatismos. Nada roto. Nada desgarrado.

Reminis frunció el ceño. *¿Eso fue un chiste?*

– Me alegro que estés bien, Rem.

– Sí, no creí que iba a sobrevivir. ¿Miranda? ¿Bere? ¿Están bien?

Fernis sonrió.

– Berenice está super alterada. Me está odiando por haberle ocultado la verdad. Pero sí, está bien. Y en cuanto a Miranda... Es difícil adivinar su estado de ánimo, sobre todo desde que llegó a los departamentos y nos convirtió en cómplices de su fuga. Quiero decir, no negaré que ayudaba a Yaymena. Pero descubrir que era mi jodida hermana...

– ¿Nunca lo sospechaste?

– No.

Reminis hizo una mueca.

– No entiendo muy bien. Vos la ayudabas con todo eso de la radio policial y el gps y no sé qué más.

– Logística – aclaró Fernis.

– Eso. Pero, ¿siempre fue un contacto virtual? ¿Lo hacías todo desde tu computadora?

Fernis se rascó los ojos y el brazo con nerviosismo.

– Yaymena contaba con un gran equipo informático. Tecnologías que nunca había visto en mi vida. He trabajado un par de veces en su guarida, cuando las operaciones requerían mayor complejidad. El hardware de mi notebook no soportaba semejante manejo de información, sabés.

– ¿Dijiste guarida?

– Sí, como un jodido superhéroe. Y vaya, Rem, eso fue una locura.

– ¿Y ella no estaba presente?

Fernis se puso a pensar.

– En una ocasión, sí.

Reminis casi se rió.

– ¿Y no te diste cuenta que era Miranda? Por todos los dioses. Su estatura, su pelo, su tez.

Fernis no se rió.

– Parece estúpido, pero vos, cuando la viste por primera vez, ¿qué sentiste?

Reminis se quedó en silencio. Luego, la pesadumbre invadió su semblante.

– No la vi. Sentí que la muerte había llegado a por mí. Pero entonces fue a por ellos. Creí... que era la mismísima Muerte, sí. Cuando comenzó a atacarlos, no sentí júbilo, ni placer. Seguía sintiendo el terror y el dolor que ellos me provocaron. Podía percibir como ahora ellos también lo compartían conmigo. Y... Cuando Yaymena por fin me vio, sentí que ella... también sintió terror y dolor. Creo que en ese momento, aun sin conocer a la persona detrás de la máscara, noté que algo cobró vida. Algo que había estado oculto dentro de sí... Como si se liberara del

montaje de ese traje, y se transformara, en lo que verdaderamente quería representar.

– Wow – expresó Fernis, tras procesar las palabras de Reminis. – Eso fue... profundo y valiente, Rem. Que hayas podido hablar de ese momento.

– Sí... Supongo que caer desde un séptimo piso me abrió la cabeza. – dijo con ironía.

– Chica cómica. – Fernis miró la ventana. – Miranda estuvo perdida 5 años en quién sabe dónde. Vivió lo peor de la pandemia. Su adolescencia fue sobrevivir. Nunca hablamos de ello y dudo que lo haya hablado con alguien. Pero sea lo que sea que le haya sucedido, debe haber sido como estar en el infierno.

– Lo sé – asintió Reminis—. Empatizamos rápido. Tampoco me habló de ello. Pero ese infierno que lleva con ella, lo ha podido transformar en otra cosa. Para mí, que me he dedicado a ser una puta todos estos años, el que ella haya alcanzado el rango de élite en la policía es sencillamente...

No terminó la frase. Recordó que a Miranda no le gustaba que hablaran de eso.

– Espeluznante – completó Fernis, inopinado.

Reminis lo quedó mirando. Ahora que lo pensaba, esa palabra encajaba mejor.

Fernis se levantó de la silla y se dirigió al baño.

– Escuchame, Rem – dijo de camino. Reminis sabía que se venía un discurso. Tal cual hacía Miranda. – Sé que te agrada mi hermana. Que tienen una conexión rara y especial. Seguro creés que sus lados oscuros son similares y eso las hizo acercarse. Pero debes tener en cuenta que Miranda no es ni la tercera parte de lo que creés que es. Ahora, con lo de Yaymena, esa parte ha estado oculta, canalizada, lo que sea. Pero es cuestión de tiempo para que conozcas... su otra parte. Su verdadera otra parte.

– ¿Te referís a Uliana?

Fernis abrió mucho los ojos.

– Ya, veo que eso de dormir en la misma cama ha funcionado bastante bien.

Reminis entrecerró los ojos.

– Me estoy meando – farfulló Fernis entrando al baño de la sala. – Por cierto, en una hora te darán el alta.

## MIRANDA

– ¿Qué es este lugar? – preguntó Berenice desde la punta de las escaleras. Su asombro parecía haberla clavado en el lugar.

Miranda no le respondió. No le era de su agrado explicar algo que es evidente. Entendía que la pobre Berenice estaba shockeada por la persecución pero consideraba que ser reservada era mejor que ser condescendiente.

Se acercó rápidamente al panel de control. Había cinco monitores que mostraban imágenes de diferentes cámaras de seguridad. Tres de ellas vigilaban la manzana sobre la que se encontraba aquella guarida. Una estaba ubicada dentro de una casa típica de Guera. La última apuntaba al túnel por el cual ellas habían ingresado, las vías del tren.



– ¿De quién es esa casa? – preguntó Berenice luego de dar unos pasos. – ¿Estás espionando a alguien?

Miranda se tomó su tiempo para responder. Estaba activando el audio y cambiando los controles de seguridad.

– Esa casa está encima justo de nosotras.

– ¿Y es tuya? ¿Todo esto es tuyo?

– No soy millonaria, Berenice.

La suboficial observó las cabinas con los trajes, el estante de armas, la cocina, la ducha, las computadoras y el aire acondicionado.

– Des...

Miranda la ignoró.

La escuchó dar rodeos por el lugar. Sabía que no se atrevería a tocar nada, y que pronto comenzaría a hacerles preguntas pero había algo más urgente que saldar las dudas de esa alma atemorizada.

Se movió a la sala de computadoras y se sentó frente a una de ellas. Abrió un cajón debajo del escritorio y tomó un celular. Había muchos de ellos.

Justo iba a llamar a Fernis cuando Berenice dijo:

– Ya me comuniqué con Fer – contó con tono inocente—. Están de camino.

Miranda se dio vuelta y la comió con la mirada.

– Destruí ese celular. Ahora.

– ¿Qué? Es mi celular.

– Exactamente por eso.

La suboficial lucía consternada.

– Es Fernis... Están de camino – repitió. – Están sanos y a salvo y sólo te importa que nos rastreen, ¿de mi celular?

Miranda entonces se levantó, y eso la hizo retroceder dos pasos.

– Es un hecho que nos rastrearán. Rompé tu celular.

– Pero...

– Estaba a punto de explicarle a Fernis lo que tiene que hacer.

– ¿Y por qué no me lo explicás a mí?

– Porque lo que necesito es que te sientes, te quedes callada y me dejes hacer las cosas que tengo que hacer, sin hacer estupideces.

Berenice titubeó.

– Eso... Es muy cruel. ¿Me creés tonta solo porque vengo de un pueblo?

– ¿Qué?

– Merezco explicaciones. Y sabés, no voy a romper este celular, que me costó tanto comprarlo, sólo por tu mente conspiranoica.

Miranda se le acercó y la acorraló contra la pared. Berenice se encogió con una expresión terrible en el rostro.

– No merecés explicaciones, Berenice. Estás acá porque sos la novia de mi hermano. Me importa un cuerno tus preocupaciones materialistas, tus

inseguridades pueblerinas, y mucho menos, darte explicaciones de lo que está pasando, porque si no has sido capaz de averiguarlo ya, entonces al salir allá fuera, estarás muerta. Sí, es cruel. Y lamento que hayas quedado dentro de esto. Eso no es mi responsabilidad. Es la de Fernis. A él pedile lo que necesites. No a mí.

Vio que las manos de la chica temblaban. Se alejó y regresó a la sala de computadoras.

– Recuerdo lo que me dijiste en el ascensor – le gritó Berenice entonces. – Que no eras tan severa como tu hermano te pintaba. ¿Sabés qué? No sólo sos severa, lo peor, es que sos egoísta y arrogante. Nos metiste a todos en tus problemas, y tus problemas parecen ser el centro del mundo. ¡Todos tenemos problemas! Ahora entiendo a Zyra. La abandonaste, ¿y acaso tenés idea por lo que está pasando? ¿Si siquiera está viva? Porque en lo que a mí respecta, está presa con esa maldita cosa siniestra en la casa de ese... tal Sapo,

y no tengo noticias de ella desde hace casi un mes. ¿Lo sabías? ¿Te importa acaso? ¿Sabías cuánto te admiraba? La abandonaste, y ahora se está muriendo con esas drogas, haciéndose responsable de algo de lo que nadie puede hacerse responsable.

Miranda permanecía impertérrita. Aunque por dentro un millón de imágenes revolvían su mente. Sintió una jaqueca y se dio cuenta que estaba a punto de disociar. Recordó que no tomó la dosis del oftarmol. Abrió un cajón, tomó uno de una tableta y lo tragó.

– ¿No vas a decir nada? – le reclamó Berenice.

Miranda alzó la vista.

– Date una ducha – le dijo sin fuerzas.

Pudo ver toda la impotencia cargando de sangre su semblante hasta que lo soltó por la boca.

– Sos tan siniestra como ese maldito cofre – le dijo, y se fue al baño.

El oftarmol aún no hacía efecto, y las piernas le comenzaban a pesar toneladas. Un pitido apareció en su oído izquierdo, y luego fue hacia el derecho, y luego regresó al izquierdo, y Miranda comenzó a sentir lo que sentía siempre; que las palabras agolpaban la primera capa de su mente, la silente, la inmóvil, la de una chica fría y egoísta. Entonces el temor de una grieta la hizo contraer las manos, y caminar nerviosa hacia la escotilla superior. Se sintió sofocada, aunque sabía que no había aire en el exterior que calmase su agonía. Pero, como siempre, lo intentaría.

Salió a una casa, pero no era la casa que esperaba que fuera. Era una casa blanca, amplia, con verdes campos detrás y un bosque de eucaliptos delante. Escuchaba el ruido de trabajadores en el aserradero, dentro del bosque. Era una casa bonita, una casa blanca, pero... Ella no debía estar allí.

Ocho sombras se acercaban silenciosamente.

– No... – susurró. – Vete. Vete de aquí. ¡VETE! – se gritó a sí misma, y entonces apareció fuera de la casa. En los verdes campos. Pero ya no eran verdes. Estaban amarillos, achicharrados, musgosos, con charcos de agua por doquier, y en esos charcos, vio reflejado un cielo verde, cargado, bajo, tan bajo y cargado que pronto descargaría una lluvia. Y esa lluvia era destructiva, despiadada, mal formadora de mentes, degeneradora de carnes.

Miranda intentó caminar, pero cayó al suelo.

– ¡Felix! – gritó la niña en la que habitaba aquella pesadilla. – ¡Volvé!

La niña vio su reflejo en el charco, justo antes de que la primera gota de lluvia cayera en él.

– Ayudadme – susurró la niña.

Miranda sabía que no debía hablar. Pero la niña estaba aterrada.

– Te ayudaré – le respondió.

Y entonces todo oscureció. Excepto sus ojos. Violetas, relampagueantes, eternos.

La primera capa se rompió.

Obtuvo su preciada conciencia en el mundo interno.

Los campos de trigo estaban tan quietos como el sol en el cielo. Una gran acacia, roja como la de la casa Crosborten, se pintaba en lo alto de una colina, un horizonte difuso al que nunca le interesó mirar, y a sus espaldas, el bosque de eucaliptos infinitos, que a veces cambiaban de posición en los puntos cardinales. Lo que jamás cambiaba, era la casa blanca. Esa casa blanca. Plantada allí, siempre a la distancia, separada por una valla y un campo achicharrado y fangoso.

Se sentó en uno de los sillones de mimbre, como en los que se sentaba junto a Natalia, en los que jugaba con Zyra, en los que veía a Julia tejer y a su abuela hablarle con marcado acento jaivense.

– Ven conmigo – llamó.



No recibió respuesta.

Se quedó en silencio, a la espera, resistiendo la poderosa corriente de eso que llamaba el viento psíquico: una sustancia volátil y veloz que contenía sentimientos, emociones, impulsos, instintos, en suma, todo lo que haría perder el control de ese estado de conciencia en su mundo interno. Al menos eso creía.

– ¡Sé que estás acá! Puedo sentir...

Antes de que terminara de hablar, la sintió a sus espaldas. El sol se eclipsó y todo quedó cubierto por tonos violetas, como los ojos de ellas, relampagueantes y eternos.

Miranda no se atrevió a moverse.

– Yo... Creo que he estado dentro de la casa.

La otra no dijo nada.

– Y eso... no debería ser posible.

– ¿Por qué? – habló por fin. Su voz era similar a la suya, pero más profunda, más oscura, y más... antigua.

– Sellamos esa entrada. Yo estoy fuera de la casa. No tengo acceso ni quiero tenerlo. ¿Verdad?

Sintió algo caliente chorreando entre sus piernas. Al bajar la mirada, vio sangre fluyendo desde su vagina hacia sus talones.

– ¿Q-Qué está pasando Uliana? ¿Qué es esto?

Sintió que su gemela temblaba, se contorsionaba. Se dio cuenta que estaba sintiendo dolor.

Quería ayudarla, pero no debía moverse, no podía verle a la cara.

– Uliana... ¿Qué pasa? ¿Qué sentís? ¡Hablame!

En sus muñecas aparecieron fuertes marcas de opresión, sus manos se pusieron moradas, aparecieron cortes en su cuerpo y el color de su piel comenzó a cambiar. Luego, la carne comenzó a

desaparecer, hasta que bajo su piel malherida y albina vio casi todos los huesos de su cuerpo.

Y sin embargo, no sentía nada.

– Uliana – la llamó, pero apenas percibió su respiración. – ¿Qué es esto?

Entonces la puerta de la casa blanca se abrió.

– No...

Miranda se intentó levantar para ir a cerrarla, sus huesos se quebraron y cayó al suelo. Se aferró a la tierra con sus exiguas fuerzas para quitar la cabeza del suelo. Apenas pudiendo respirar, vio a Uliana pasar por su lado, de camino a la casa blanca. Vestía de negro, como siempre, con su pelo blanco como las nubes, y portaba la espada de la que siempre habló, en la espalda. La espada destructora de demonios.

Y ocho de ellos estaban saliendo de la casa.

– ¡Uliana! – farfulló. – ¡Comparte tu dolor conmigo! ¡Uliana, contadme! Quiero recordarlo todo. Necesito conocerme, necesitamos volver.

Entonces ella se detuvo, dio media vuelta y la miró a los ojos. Estaban inyectados de sangre, y su expresión de dolor y sufrimiento apenas era visible, aunque Miranda era capaz de suponer el nivel extremo al que estaba siendo sometida.

– Vos – le dijo con la voz quebrada. Ya no profunda, ya no relampagueante. – No podés superar siquiera el presente, ¿y queréis que te entregue el pasado?

– ¿De qué hablás? Juntas, seríamos más fuerte. Ya no quiero que seamos dos.

– ¿Dos? – Dijo Uliana con ironía. – ¿Creéis que somos dos?

A Miranda se le congelaron los huesos. Sus ojos, amarillos e infectados, se quedaron inmóviles.

Uliana señaló a las ocho sombras que se acercaban. Desenfundó la espada.

– Todos somos vos. Vos sois todo esto.

– Yo... ¿Soy un monstruo?

– Esa decisión es tuya.

El eclipse entonces terminó.

Miranda pestañeó y se encontró sentada sobre un sillón viejo y verde, en la pequeña casa de Guera que utilizaba de fachada para ocultar la guarida.

Vio entrar a Fernis y Reminis por la puerta trasera.

Suspiró.

El oftarmol ya había hecho efecto.

## **CAPÍTULO 12** ‡

### REMINIS

Reminis y Fernis habían llegado a la casa que se les había indicado. Era un rancho de ladrillos con techo de madera y chapa, como la mayoría de las casas de Guera. Aunque podía notarse desde el exterior algo sospechoso, al menos para Reminis. Como que los vidrios de las ventanas estuvieran polarizados o los revoques de los ladrillos tuvieran agujeros regulares a lo largo y ancho de las paredes. Pero estaba tan bien amontonada con las demás casas que era difícil distinguirla si no se sabía ya de antemano que,

debajo de esa casa, habitaba la morada de la infame Yaymena.

Fernis estacionó el auto en la casa de un vecino que ya lo estaba esperando, y aunque no lo conocía, lo trató con familiaridad. El vehículo quedó resguardado y oculto, y Reminis y Fernis bajaron y por fin respiraron con alivio.

– Al fin llegamos – expresó el hermano de Miranda. Le habían temblado las manos durante todo el viaje.

– Tranquilo perrito – le palmeó el hombro el vecino.

– Ya están seguros acá. Le echó una mirada a Reminis que le hizo sentir incómoda. – ¿Vos sos Reminis?

Algo le subió a la garganta. Estuvo a punto de gritar.

– Lo siento señorita – se apresuró a disculparse el hombre. – No quiero ofenderla. Sólo que... Baf, ya metí la pata.

Reminis sentía que le hervía la cara.

– Soy hombre, y los hombres somos tontos. Sólo quiero decirle que siento mucho lo que le ha pasado. Es usted una mujer bellísima, no permita que le digan lo contrario.

– Gracias – respondió ella, algo confundida. – Vois... No importa. Vámonos, Fernis.

Al llegar a la casa se detuvieron delante de la puerta principal. Fernis se mostró suspicaz.

– ¿Qué pasa? – Preguntó Reminis.

Fernis posó una mano a un palmo del metal de la puerta.

– Creo que está electrificada.

Reminis le copió el movimiento. No sintió nada.

– Des, no siento nada. ¿Golpeamos las manos?

– ¿Quieres intentar tomar el picaporte? – bufoneó Fernis.

– Ja. Ojalá hubieses tenido esa seguridad para decirle algo a aquel viejo.



– ¿Qué? Ni que fueras mi novia.

– Vaya idiota, Fernis.

Reminis se alejó de él y echó una mirada por el pasillo lateral. Caminó por allí mientras escuchaba el palabrerío de programador que había estado escuchando desde que le dieron el alta.

– En fin – dijo Fernis, cuando llegaron al final del pasillo y vieron escondida la puerta trasera–, no es mi deber rectificar el mal comportamiento de otro hombre sólo porque compartamos género. El hombre claramente tuvo pensamientos obscenos al ver tu vídeo pero creo que te descosificó al ver tu expresión. Tu mirada quemó su morbo.

– Callate, Fernis. Por favor...

– Lo siento.

Reminis se propuso abrir la puerta.

– ¡Esperá! – se alarmó Fernis. – Quizás está electrificada también.

La mano de Reminis sujetaba con firmeza el picaporte. Miró a Fernis.

– Ves... Al igual que el viejo, hablaste con tibieza y condescendencia, para al final pedir disculpas. Distintos cerebros, misma conclusión.

Fernis no dijo nada, aunque se le veía con ganas de conseguir tener la razón.

Reminis abrió la puerta.

El interior era más grande de lo que esperaban. Era una sala única. Había una mesada, un juego de sillas, una mesa, una heladera y un sillón verde. Allí, Miranda estaba sentada, con los ojos cerrados, algo agitada.

Ambos entraron y al cerrar la puerta, Reminis se dio cuenta que todos esos agujeros en las paredes marcaban una red de luces y sombras por el cual podía apreciarse hasta el más ínfimo movimiento de polvo. Una celosía.

Dieron dos pasos y Miranda ya estaba despierta.

– ¿Están bien? – les preguntó. Reminis sintió en su voz algo muy extraño, pero no quiso alarmarse.

– Sí, ¿vos? – preguntó Fernis. – ¿Qué hacías ahí?

Miranda se levantó, con algo de dificultad. Suspiró a la pregunta de Fernis.

Se hizo a un lado y pateó el sillón con fuerza. Demostró una escotilla.

– Será mejor que bajes y hables con tu novia.

Fernis frunció el ceño.

– ¿La tenías encerrada? ¿Estás loca? ¿Ella está bien?

Miranda le clavó los ojos.

– Está intacta, si a eso te referís.

Fernis caminó a la escotilla e intentó abrirla, pero no pudo.

– ¡Maldita sea, Miranda! – le gritó. – ¿Podrías ser más compasiva?

Miranda se acercó, en calma, se agachó, giró la manija y abrió la escotilla.

– Sí, hermano.

Fernis sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Luego bajó por las escaleras.

Miranda volvió a cerrar la escotilla. Se incorporó y sólo recién miró a Reminis.

Se quedaron mirando sin decir nada.

Hasta que Miranda se acercó y la abrazó.

Reminis tardó unos instantes en comprender esa acción.

– Estás viva – le dijo con la voz temblorosa.

– Eso ya lo suponías, Mir – le respondió ella, envolviéndola ahora sí con sus brazos. – No quiero hacerte preguntas. Pero...

– No quiero perderte, Reminis – interrumpió Miranda de forma inesperada—. No quiero perderte como perdí a mis padres, a mi familia, a mis amigos. No quiero decepcionarte como decepcioné a Zyra, ni que me desprecies como Fernis y Berenice. Quédate conmigo, te lo suplico.

Reminis sentía que el cuerpo de Miranda temblaba. No la escuchaba llorar, pero su voz y su respiración eran diferentes, muy diferentes a las que solía tener.

– No me perderás, Mir... – le respondió Reminis, sorprendida. – Vos... ¿Sos Miranda? – le preguntó después de pensarlo mucho.

Entonces aquella la soltó y caminó hasta la cocina. Bajó la cabeza hacia la bacha y tuvo reflejos de vómito.

Reminis tenía ganas de llorar. Pero se mantuvo firme y fue a ayudarla.

Antes de tocarla, Miranda se dió la vuelta y le pidió distancia.

– Lo siento, Rem. – Su voz y su mirada cambiaron de nuevo. La miró como se ató el pelo y se refrescó la cara.

– No era yo.

– Sí. Fue como medio evidente.

– Reminis...

– No te preocupes, Mir. Ya me habías advertido sobre esto. Sólo que... Es la primera vez que lo presencio... de manera tan clara.

– También yo – respondió Miranda. – Necesito aire fresco. ¿Me acompañás? – Miró por la ventana. – Te mostraré algo que seguro te gustará.

Reminis sonrió con debilidad.

– Vamos.

Camaron por un angosto pasillo entre los ranchos, ya bajo las sombras. Era un recorrido turbio y resbaladizo. A veces tenía que pisar piedras o chapas para no hundirse en el lodo de cañerías rotas. Sin embargo, apenas llegaron a la primera cuadra, Miranda le sujetó la mano, y eso borró todas y cada una de sus inseguridades. Su mano, aunque estaba fría, le dio calor y protección. Nunca vio a alguien caminar con tanta seguridad junto a ella, mientras le tomaba de la mano. La mirada de los vecinos,

muchos de ellos sorprendidos, de repente se esfumaron en la indiferencia. Reminis se dio cuenta que esa mujer jamás iba a dejar de sorprenderla. Y le sorprendía cómo en tan sólo un mes la conocía, o al menos, un pedazo de ella. Cómo con ese pedazo podía deducir aquello que no conocía, y cómo aunque no acertara, lo nuevo que descubría, la seguía cautivando, casi como si se estuviera enamorando.

La palabra resonó con fuerza en su mente, pero para cuando quiso pensar en ello, ya habían llegado a la cima de la colina de Guera. Una plaza donde un único árbol seco reunía a una docena de niños jugando. En sus ramas colgaban fotografías de gente perdida o muerta a manos de la mafia o de la policía. En aquel claro sólo había dos edificios. Una capilla y un comedor al noreste. Al noroeste, había una plataforma de madera, con barandillas y un cartel de advertencia escrito con tiza. A su lado, había una

gran roca, a la que sólo se podía acceder trepando por las barandillas.

Miranda por fin le soltó la mano a Reminis. Ésta aprovechó para observar las fotos colgadas en el árbol, sin acercarse al juego de los niños.

Luego se acercó a la plataforma. Miranda ya estaba arriba de la gran roca.

– Ven, te ayudo a subir.

Reminis pisó sobre las maderas y se sujetó de las manos de su compañera. Dio un saltito y fue impulsada arriba de la roca, que estaba tibia y no había viento. Era extraño.

Se sentó a su lado y contempló en silencio el paisaje con ella. Justo debajo cruzaba las vías del tren nacional, que se perdía tras una curva en un profundo bosque verde, y era raro ver un bosque perenne en aquel invierno y en aquella ciudad, donde casi todos los árboles morían en la estación y las calles se llenaban de hojas secas y muertas. Aunque



más impresionante era ver un horizonte sin edificios, pues después de aquel bosque seguían amplios campos que sólo eran recortados por cercas casi invisibles y una o dos rutas que escapaban de Jaiva. Más allá de eso, había un cielo. Uno tan amplio que no le alcanzaban los pulmones a Reminis para abarcarlo con una bocanada, y un sol que caía rápidamente como un fuego anaranjado, luego rosado, y finalmente rojo, rojo como la sangre, rojo como el pelo de esa mujer que hacía ya mucho tiempo no estaba tan lejos de la gran ciudad.

Entonces llegó el crepúsculo.

– Gracias. – Rompió el silencio. – Fue hermoso.

Miranda le ofreció una pequeña sonrisa.

– Los momentos hermosos siempre duran pocos.

Enseguida Miranda pareció haberse dado cuenta de su comentario y sacudió la cabeza, avergonzada.

– Perdón. Soy terrible en esto.

– Tranquila. No sientas presión. – Se acomodó un poco para estar en un ángulo más cercano. – Tenés que dejar salir tus pensamientos. Escucharlos. Nunca voy a juzgarte.

– Todo es un juicio.

– Me refiero a...

– Sí, lo sé. Y ves, lo hice de nuevo.

Miranda echó un pesado suspiro, miró al cielo y luego juntó las manos en el cruce de sus piernas. Sólo entonces Reminis se dio cuenta que Miranda parecía acostumbrada a sentarse con esas posiciones de meditación. Ella en cambio tenía las piernas estiradas y las manos escondidas entre sus muslos, con la espalda encorvada.

– Está bien –dijo Miranda–. Diré lo que pienso.

Reminis aguardó.

Miranda iba a hablar, pero ninguna palabra salió de su boca. Habían pasado tres segundos en los que

luchó por decir una palabra, hasta que agachó la cabeza, y su semblante se desarmó.

– Lo siento... No puedo.

– Está bien – le respondió Reminis, posando una mano en su hombro. – Empezaré yo.

Miranda la miró con la mirada vidriosa y había en su rostro un gesto de admiración.

– Estoy pensando en esas personas que cuelgan de aquel árbol. Digo, sus fotos. Y... me hizo pensar en la injusticia. En la enorme ciudad que tenemos a nuestras espaldas, en todo lo que sucede. Y... ¿Vos creés en Dios? ¿En alguno?

– No. ¿Y vos?

– Hmm. No en uno como creador, quiero decir, un ser superior que creó todo lo que existe. Porque estamos hablando de una cuestión de ética, ¿verdad? Sí creo en un dios juzgador. – Lo masculló mejor. – No es que crea como tal. Sino, pienso, algo o alguien

debe tener la razón, el dictamen, no sé, sobre la vida y la muerte.

– Alguien que decide quien vive y quien muere.

– Exacto.

Miranda miró el horizonte.

– ¿Qué pensás vos? – Le preguntó Reminis. Se giró un poco más, y envolvió sus brazos en el brazo izquierdo de Miranda.

– ¿De verdad querés saber qué pienso sobre eso?

– Claro que sí.

Miranda contempló el bosque frente a ellas.

– Me he vuelto loca pensándolo. No hay una razón lógica para que exista un ser que sea juez de la vida y la muerte. No tiene sentido. ¿Quién juzga a ese ser? ¿Con qué criterio lo hace? ¿Por qué él y no otro? En cualquier concepto de Dios como ser superior a todos nosotros, ya sea nuestro creador como en las religiones monoteístas, o sean entidades que regulan la existencia, como en el elisenismo, no hay

parcialidad alguna, no hay principios justos, por qué ni siquiera podemos concebir la idea de una justicia absolutamente objetiva.

– ¿Y si fuera aleatorio?

Miranda lucía sorprendida. A Reminis le agradó esa reacción. Sabía que Miranda no tenía muchas personas con las cuales mantener una conversación así. Tal vez fue una prostituta, pero no era tonta.

– O lo resolviera un ente no vivo. ¿Una máquina? ¿Una ecuación? ¿Un algoritmo? – Prosiguió. Se acomodó un mechón de la frente antes de aclarar. – Fernis me ha estado enseñando a programar. Es un mundo fascinante. Me está haciendo cambiar la forma de pensar. Y lo amo. Amo poder tener estas conversaciones... Lo siento, aún me cuesta mantener la concentración. Bueno, decía que...

Miranda de repente soltó una lágrima.

Reminis vaciló, pero luego acarició su mejilla para recoger la lágrima, y dejar que posara su cabeza en ella.

– Oh, bebé.

Pero Miranda se desligó de todo cariño. Se enderezó y volvió a mirar el horizonte.

– No hay piedad alguna en todo esto, Rem. No importa cuál sea la respuesta correcta. No creo que la haya. El mundo es una continua guerra de poder. Incluso si tenemos todas las razones justas para actuar, para impartir justicia, nos convertimos siempre en eso que en primer lugar, cometió el crimen. Podés decidir qué es justo y que no, pero no actuar. Si actúas, ya no existe la justicia.

Reminis no sabía si abrazarla o alejarse.

– Vos actuaste, y lo hiciste bien.

Miranda hizo un gesto entre el dolor y la culpa.

– Me he convertido en un monstruo, en pos de la justicia. Una que no existe. He asesinado, he luchado

contra cosas que no eran enteramente malas, porque ese es el problema, Reminis. Nada es absolutamente bueno o malo. Por lo tanto, no puedes aplicar acciones absolutamente buenas o malas. Y el quitarle la vida a una persona, es una de ellas.

Miranda estaba muy angustiada, pero se estaba esforzando en no llorar. Era una mujer implacable.

– Creés que todas las vidas son iguales, ¿verdad?

Miranda la miró.

– Sí.

– Des, no lo son.

– ¿Y cómo juzgás eso?

Reminis entonces se impuso sobre ella.

– Porque esas personas que asesinaste me violaron, me torturaron, e iban a asesinarme. Viví una puta pesadilla, antes, entonces y después. Ese maldito video me viralizó y me sentí un pedazo de carne que vino al mundo sólo para sentir dolor, vergüenza y rabia. Si vos no actuabas, yo estaría muerta. ¿Y creés

de verdad que eso no es justo? ¿Hubiese sido justo que me dieran un tiro en la cabeza luego de cogerme hasta desgarrarme mientras imploraba por mi vida y mi integridad? Vos me cambiaste Miranda. Mirame, estoy acá, sintiéndome fuerte a tu lado, inteligente, libre, y aún siento vergüenza, ira y dolor, pero es por tu presencia, por tus acciones, por tu continua lucha, que yo lucho contra todo eso, y veo esas fotos colgadas en el árbol y pienso que debe haber más Mirandas Crosborten en el mundo. Porque este mundo está podrido y debe cambiar, o colapsará.

>>Y continuaré. Me da por las tetas la justicia imparcial y objetiva, o un ser superior divino que ponga las reglas. Se trata de vos y yo. ¿No sentís en tu corazón algo hermoso y caliente? Da igual todo lo demás, Miranda. Vos me salvaste, y yo estoy acá, ahora. Y el mundo puede irse al carajo. Me importa lo que palpita acá dentro. Eso es vida. Y expulsó a la muerte. ¿De qué sirven tantas reglas y tanta



búsqueda si en el camino no compartimos algo lindo con otra persona? ¿Me das tu mano? – Miranda le dio la mano. – ¿Lo sentís? Es calor. Como el sol que nos calentaba hace unos minutos.

– Pero el sol ya se ha ido. – dijo Miranda.

– Volverá mañana – replicó Reminis.

Miranda sonrió. Desarmó la posición en la que se encontraba y se arrimó a su compañera.

– Gracias.

Reminis la envolvió con sus brazos. Sus rostros ahora estaban muy cerca. Podía sentir la respiración de Miranda.

– No me importa que tengamos que ocultarnos – declaró Reminis—. No necesito saber ya qué demonios sucede con todo esto. Yo te seguiré, a donde vayas.

– ¿Por qué?

Reminis la miró con intensidad. Miró sus labios. Miranda pendía de ella, y un montón de emociones pasaron por su panza.

Acercó sus labios a los suyos. Los observó, la deseó, y entonces...

Sonó la muñequera de Miranda.

Se despegaron y Miranda se irguió.

– Me está llamando Fernis.

La miró a ella, como si buscara aprobación para responder o rechazar.

Reminis asintió.

Miranda se puso la cucaracha en el oído y luego aceptó la llamada en la muñequera.

– Hey, ¿qué pasa?

Reminis quedó a la expectativa de la llamada, intentando adivinar las expresiones de Miranda. Ella no estaba hablando. Algo serio sucedía. O tal vez sólo seguía enfadado con ella.

– Voy enseguida. No te vayas. – Dijo por fin. Cortó la comunicación.

– ¿Qué sucede? – preguntó Reminis, intrigada.

La expresión y la postura de Miranda se endurecieron de nuevo, y Reminis se sintió triste, o decepcionada, o ansiosa, por la interrupción. Pero luego se deshizo de sus caprichos y también tomó distancia.

– Berenice desapareció. Debemos irnos ya.

## **CAPÍTULO 13** ‡

### MIRANDA

Al entrar a la casa se encontraron la escotilla siendo violentamente azotada. A Miranda le pareció curioso que Fernis no haya descubierto la otra salida.

– ¡Basta! – le gritó Miranda cuando movieron el sillón. – Ya estamos acá.

Desbloqueó la escotilla y la abrió. Fernis estaba acomodado en el hueco de la escalera, nervioso. Alzó la mirada y se ennegueció.

– Bajate, por mil demonios – le ordenó su hermana.

Miranda bajó primero, dos escalones y se soltó. Quería ahorrar tiempo para que Reminis bloqueara la escotilla y bajara hasta el último escalón.

Fernis estaba en mitad del salón principal.

– ¿Me dejaste encerrado? ¿De verdad me dejaste encerrado?

Miranda fue directamente hacia la sala de computación.

– No, no, no... No me vas a ignorar con esa actitud esta vez, Mirancita.

La agarró por los hombros y la hizo detenerse.

Miranda estuvo a punto de aplicarle una llave a su hermano, pero justo Reminis llegó al ambiente y su reflejo se bloqueó.

– Decime que hiciste. – Le ordenó.

– Aconsejarle que se fuera a bañar.

Fernis tensó las mandíbulas. Estaba furioso.

– ¿Justo ahora te volvés chistosa? ¿Es una puta broma?

Miranda se quitó las manos de encima.

– Decime. ¿Qué sucedió cuando bajaste?

– Ella estaba en el baño, sí. Pero no quería hablar conmigo. Estaba furiosa. La dejé bañarse y yo me senté acá.

– ¿Y luego?

– Cuando me levanté, ya no estaba.

– Y decime, hermanito. Si ella salió, ¿por dónde lo hizo si la escotilla estaba bloqueada?

Fernis se quedó vacilando hasta que entendió su sarcasmo.

– ¡Maldita sea! – Se dio la vuelta y pateó una silla. – ¿Dónde está?

– ¿Qué cosa?

– ¡MIRANDA! – se le lanzó encima.

Reminis entonces intervino.

– ¡Hey! ¿Qué carajo? ¡Cálmate! Estás fuera de quicio.

– Reminis. ¿Cómo estarías si fuera Miranda la que está desaparecida? Ah, no, cierto. Es Miranda Crosborten.

Se dio la vuelta y fue a una de las computadoras.

Miranda entonces fue al panel de control. Fernis fue tras ella.

– Pudiste darme la clave de acceso. Podría haberla rastreado y evitar...

– ¿Qué se escapara? – lo interrumpió Reminis. – Fernis, estaba con vos en el mismo lugar. ¿Cómo no te diste cuenta que se fue por la otra entrada? ¿No escuchaste ningún ruido? No es justo que le echés la culpa a Miranda. Si no fuera por ella, estaríamos todos muertos.

– Si no fuera por ella, no estaríamos involucrados en todo eso.

Caminó nervioso por el salón hasta que vio una segunda escotilla hacia un piso inferior.

– No – Se corrigió. – Fuiste vos la que nos involucraste a todos en esto.

Fue en ese momento que Miranda se le apareció delante como un rayo y lo lanzó al suelo. Antes de que hiciera cualquier cosa, dobló su brazo y puso el suyo bajo su antebrazo. Apretó su garganta.

– Escuchame muy bien, Fernis – le habló Miranda con un tono amenazante, mas no violento. – Repetí de nuevo eso y te juro que te arranco los huevos. Ahora. Con respecto a la responsabilidad. Será mejor que te calmes, te concentres y trabajemos juntos para encontrar a Berenice.

– Desgraciada – gruñó Fernis bajo el dominio de su hermana.

– Fernis – le habló con menos severidad. – No dejes que tu miedo encoja tu conciencia. El miedo es para ampliarla. Si de verdad te arrepentís de aquel día ayudarme a cuidar a Reminis, entonces subí por esa escotilla y vete a la mierda. Entonces serás



responsable sólo de vos. Si por el contrario, aún queda algo de inteligencia, astucia y perseverancia en mi hermano, te sentarás, recuperarás el aire y te explicaré, otra vez, qué es lo que está pasando. ¿Vale? Ahora, te soltaré.

Lo liberó y se incorporó de un movimiento. Se acomodó el pelo, que se lo había soltado antes, y miró a Reminis.

– Entrá al sistema. La clave es tu nombre y la fecha de nacimiento de Zyra.

Reminis asintió y fue a la computadora central.

Fernis se sentó, tosió y se masajeó el brazo izquierdo hasta que se recompuso. Se refregó la cara y entonces suspiró.

Miranda estaba de pie frente a él.

– Sé que me despreciás en este momento, Fernis. Pero si te daba acceso al sistema antes de que yo llegara, ibas a internet. ¿Verdad?

– Sí. ¿Cuál es el problema? Todo ese sistema debe estar conectado por una red vpn. Se supone que todo esto es secreto, y la seguridad estaba fortalecida. Yo nunca pude acceder... Antes de que supiera que eras Yaymena.

Miranda asintió.

– Lo que no sabés es que todo esto es propiedad del Estado de Jaiva.

Fernis se quedó perplejo.

– Sabía que no era tu presupuesto. Pero, ¿del gobierno? No me digas que...

– Sí. Yaymena fue un proyecto del departamento de Seguridad. Muchas veces intentaron infiltrar un agente en la Sociedad de los Justicieros, y a pesar de los escasos éxitos, no obtuvieron mucha información. No había diferencia con el Sindicato Obrero o los Partidos Feministas. Sólo que actuaban por fuera de la ley. Se dieron cuenta que crear un vigilante que estuviera en contra de los justicieros les arruinaría la

popularidad, y llamaría finalmente la atención de las mafias. Para ello, necesitaban a alguien excepcional, alguien dispuesto a sacrificarlo todo. Todo por el bien de la nación. Yo era la única capaz de hacerlo.

– Todo fue una mentira...

– No – respondió Miranda con un tono lúgubre. – Poco a poco fui dándome cuenta que la corrupción alcanzaba incluso a mis propios jefes. Que el poder de la mafia paraguaya era demasiado grande. Y... – Cerró los ojos por un momento – Yaymena había cobrado vida. Era todo lo que una vez deseé. Representaba los principios por los cuales juré ante la bandera proteger. Era el único poder de las fuerzas de seguridad capaz de aplicar un cambio. Me di cuenta que podía utilizar la oscuridad de mi corazón para el bien. Y entonces entendí a la Sociedad de los Justicieros. A la gente de las villas. A Zyra.

– Si me lo hubieses compartido, hermana. Podría haberte ayudado desde acá. Si sabía que eras vos, iba

a anticipar que tarde o temprano, perderías el control y el Estado te desenmascararía. Podría haber reforzado la seguridad, los secretos. El Estado y el Pueblo jamás podrán estar unidos en Jaiva.

– Así parece.

Le tendió la mano y Fernis la aceptó. Se incorporó y ambos se quedaron mirando.

– No podemos luchar solos, Mir.

– Oigan – interrumpió Reminis. – Fer, vení, creo que tengo algo. Miren. Las cámaras de seguridad. Bere se llevó su teléfono. Su GPS está activado.

– Rastrealo. Dame, yo me encargo.

Miranda se quedó mirándolos como trabajaban en equipo, iban de una computadora al panel de control. Lo estaban haciendo muy bien, pero aún no sabían lo peor.

– Está en Ubicuy. ¿Qué carajo? – farfulló Fernis.

– Ay, no – exclamó Reminis.

– ¿Qué? ¿Conocés ese lugar? ¿Qué es?

– Es la casa de un dealer. Al que frecuentaba Zyra – explicó Reminis.

– Chicos – dijo Miranda.

– ¿Creés que Zyra esté allí? No puede ser. Según Julia, Zyra se había ido a pasar unas semanas a lo de su amiga.

– Des, yo también pensaba eso. Ella misma me lo dijo. He estado hablando con ella por celular.

– Chicos – repitió Miranda.

Ambos se dieron vuelta.

– Vos hablaste con Bere – recordó Reminis. – ¿Qué te dijo ella?

Miranda se sintió terrible.

– Que Zyra mintió. Está en ese lugar desde que te llevamos al hospital, Rem. Debía cuidar del cofre.

– Recuerdo algo que tenía tapado y atado, sí – dijo Fernis. – ¿Y qué onda ese cofre?

– No importa el cofre – declaró Miranda. – Sino quienes los van a ir a buscar.

Reminis abrió mucho los ojos.

– Los justicieros... Los justicieros querían el cofre.

De repente todos los sistemas se bloquearon. Los monitores quedaron en azul y los parlantes emitieron ruido blanco. Las luces se apagaron y se activaron las de emergencia, que eran rojas y alarmantes.

– ¿Qué pasó? – se asustó Reminis.

– El departamento nos descubrió. Nos quitaron el acceso. Sin embargo, mientras estemos en Guera, estaremos seguros. Fuera de aquí, nos perseguirá la policía.

– ¿La policía? ¿Somos fugitivos?

– Sólo yo.

– No te dejaremos sola. – Expresó Reminis.

– ¡Hay que ir por Bere y Zyra ahora! – espetó Fernis.

– Ubicuy es territorio del katupyry. Vayan y vuelvan tan rápido como puedan. Yo me prepararé.

– ¿Para qué? – preguntó Fernis.

– Para lo peor.

## **CAPÍTULO 14** ‡

### BERENICE

No era la primera vez que rescataba a Zyra de la casa del Sapo, aunque nadie lo sabía.

En su corto periodo como policía de jaiva, sólo una vez tuvo que meterse en Ubicuy. No había comprendido de que se trataba el viaje porque, como le había predicado su sargento Jacques Godrard: “Nadie entra a Ubicuy”. Pero aquel día lluvioso ella y su conductor, el oficial Rodriguez, entraron a Ubicuy por orden de su superior. Condujeron tensos por las calles resbaladizas, y cuanto más subían por la colina, más transpiraban los dos. Juraron que los perros y los jovencitos que le persiguieron todo el

viaje podían oler su miedo. Resulta que se detuvieron delante un barranco. Tenían que cruzar por un tablón, escalar entre raíces y piedras por una zona empinada, y meterse por debajo de una reja cortada a la primera casa que aparecía allá arriba.

Tenían que decidir cuál de los dos subiría.

– ¿Piedra, papel o tijera? – dijo con voz temblorosa, el oficial Rodríguez.

Y en el resultado, perdió ella.

Apenas bajarse del patrullero, vio que se le acercaban los jovencitos. Eso la impulsó a cruzar el barranco. Se dijo que no debía temer. Tenía su pistola y su placa. Aunque se mintiera, pensarlo le daba un poco de fuerza.

Trepó la ladera con patetismo, y los jovencitos se echaban carcajadas. No escuchaba muy bien por la lluvia, pero oía que le gritaban algo así como “Dale gorda, que te caes”, o “hey cerda, el chiquero de chanchos está por allá”. Y cada vez que se hundía en



el barro o se resbalaba, las risas aumentaban. Pensó en que durante su entrenamiento en el campo, aferrarse a las raíces o golpearse contra las rocas para no caer a un barranco de 10 metros hubiese sido un acto de valor o heroísmo, un signo de fuerza, voluntad. Ahora que lo vivía, era humillante. No porque deseara la gloria y el valor de un soldado, sino porque estaba segura que aquello era un mandato de sus superiores para burlarse de ella. El juego de “curtir a los nuevos”. Pero justo cuando estaba en lo más alto cambió de opinión. Pensó que tal vez estuviera el mismísimo Godrard, de pie, y le tendiera la mano.

– Bien hecho, Osvaldo. Bien hecho.

Y que incluso los jóvenes que le gritaban eran parte de la prueba.

Sin embargo, cuando subió, se arrastró por debajo de la reja y golpeó la puerta trasera de la casa, salió un hombre, con el torso desnudo, tez trigueña, la visera

del gorro tan baja que no le prestó atención al rostro lleno de cicatrices de balas y puñaladas. Los pantalones colgaban de sus huesudas caderas. Ni siquiera la miró, ni le dijo nada. Sólo le tendió una bolsa, con tres cajas dentro. Berenice sintió tanto miedo que no se atrevió a decir nada. Pero mientras agarraba la bolsa, echó un ligero vistazo al interior. Un pasillo largo, música, gente tirada, como dormida, y algunas mujeres que pasaban de un lado a otro. Risas, voces, y alguien que gritó: “Dale, Sapo, jio puta”.

El hombre entonces la miró amenazante.

– ¿Qué hacés?

A Berenice le temblaron las piernas.

– Nada, nada. Gracias – dijo, y se dio la vuelta.

El hombre se quedó vigilando, hasta que Berenice se agachó y pasó la reja. Y entonces, muy difuso por la lluvia, le pareció escuchar la voz de Zyra. Pero sintió

que si volvía a girar siquiera la cabeza, ella no iba a regresar a su casa.

Tal vez por la adrenalina y las ganas de irse ya de aquel lugar, bajó con más ligereza. Los jóvenes ya no estaban, y Rodriguez en el vehículo le hacía señas para que se apurara. Pasó el tablón y entró al patrullero empapada.

Rodriguez lucía más preocupado que ella.

– ¿Qué?

Encendió el coche. Berenice echó un vistazo al interior de la bolsa.

– ¿Cajas de bombones? Están muy pesadas. ¿No nos hicieron hacer esto por bombones, verdad?

Rodriguez no le respondió. Dio una vuelta, derrapó en el barro y casi cayeron por el barranco.

– ¡Tranquilo, Rodriguez! Ya pasó lo peor.

– No, Osvaldo. Espanté a los pendejos esos. Mirá a tu derecha.

Venían dos hombres a paso amenazantes, algo cojos, pero con las manos escondidas dentro de los buzos.

– Nos van a balear.

Berenice entonces cogió su pistola.

– ¿Qué hacés? Guardá eso.

– Entonces arrancá ya.

Se fueron, y por suerte, Berenice recordaba el camino de regreso.

Esa no fue la única vez que tuvo que hacerlo. Y con el tiempo, comenzaron a saludarla, aunque jamás dejaron de burlarse. Suponía que vieron que no representaba ningún peligro, que no sabía en qué estaba metida, y en lo que respectaba a su yo del 2033, estaban en lo cierto.

Luego llegó el día en que confirmó que Zyra frecuentaba aquel lugar. Y el día que fue a buscarla, ya no como poli, sino como civil. Pero dio igual, ya la registraban. La metieron adentro, la arrastraron e intentaron amaniatarla. Entonces Zyra, que por

suerte estaba presente, se hizo con la pistola y exclamó furiosa y drogada.

– ¡Retroceded mil pasos o los mato a todos, lo juro por mi madre! ¡Malditos hijos de la gran sardina, volved a tocadla y les arrancaré los ojos, a todos y cada uno de vosotros!

Desde entonces, Berenice era una invitada. Y aunque la mayoría la despreciaban. Ninguno se atrevió a contrariar a Zyra.

Así que ahí estaba Berenice, frente a la puerta de la casa del dealer de Ubicuy. Sin armas, sin uniforme, y con la intrepidez de ser una cómplice de Yaymena. Ya daba por asegurado que no tenía trabajo. Ni casa. Ni amigos. Sólo le interesaba una cosa en ese momento. Salvar a su pequeña Zy.

Apenas entró al interior una muchacha que fumaba un cigarrillo sobre la ventana se le acercó, exhalando nervios y humo.

– Por fin viniste, milica parrillera – la saludó tan dulcemente. – Ya no sabemos qué hacer con ella. Vení.

La guió al baño. Entre el Sapo y otra chica sostenían a Zyra, que estaba despatarrada en el piso, vomitando sobre el inodoro. Berenice quiso entrar, pero el espacio era muy pequeño.

– ¡Zyra! Dios mío.

– No – le sujetó el brazo la chica del cigarrillo. – Esperala en la pieza. Y ahí te vas a quedar.

– No me digas que hacer, quiero ayudarla.

La muchacha entonces la zamarreó y la puso contra la pared, lejos del baño.

– Ya la hemos ayudado con todo. Ya hicimos todo. Ya le dijimos todo. La muy hija de perra no cede. Está completamente destruida. Pero no podemos echarla, el Sapo no quiere. No sé qué mierda le pasa con esa negra drogadicta, pero hay algo que volvió a este lugar muy turbio. Y no gorda, no me refiero a los

drogadictos y a las pulgas. Todos estamos viendo sombras. Las cosas se mueven solas. Tenemos pesadillas. Ya van dos que se pegaron un tiro. Y estoy segura que es todo culpa de esa negra, eso que trajo. ¡Nadie sabe donde lo escondió! y eso que lo buscamos por todas partes.

Berenice tragó saliva.

– ¿Y ella cómo está?

– Drogada y consumida, ¿cómo más va a estar? Ya no come, y apenas se mantiene despierta. No entiendo como no se murió todavía.

Berenice se sintió descompuesta. Fue al baño a ver a Zyra, pero la chica la volvió a sujetar, esta vez por los pelos, y la arrastró hasta una pieza. El olor a cigarrillo y a otra cosa dulzona era fuertísimo. La chica la soltó y la empujó.

– ¡Qué te pasa! – le gritó Berenice. – ¡Queréis te dispare, idiota!

Enseguida Berenice se dio cuenta que eso lo dijo ella. Salió de su boca, de su cuerpo.

– ¡Ya, dale! – le replicó la otra. – Ya sé que no trajiste tu pistolita. ¿Querés un cuchillo y jugamos, tarada?

Berenice retrocedió unos pasos y miró alrededor. Respiraba hondo pero sentía una creciente ansiedad. Dejó que las lágrimas salieran de sus ojos, y tan pronto pudo comenzó a rezar.

– Señor, dame la fuerza para resistir a la oscuridad. Enséñame la luz y no me dejes caer en la tentación. Por favor, señor, sólo un poco de luz sería suficiente. La muchacha la quedó mirando.

– ¿Qué carajos? ¿Lo sentís entonces? ¿Sentís esa presencia? ¿No somos unos drogadictos locos?

Berenice sacudió la cabeza.

– No. Ya he sentido esto antes. Es... Ese cofre que porta Zy. Hay maldad. Y ese olor... Es el olor del diablo.



– ¡Callate, idiota! Me estás asustando. – Se sacudió la muchacha. Salió de la habitación. – Buscá el puto cofre, y llevate a tu negra y a... eso.

Se fue, visiblemente atemorizada.

Berenice observó de nuevo la pieza. Estaba repleta de manchas de humedad. Las sábanas manchadas, las almohadas rajadas. El suelo era una alfombra de colillas de cigarrillos, pedazos de bolsas pequeñas, envases de cervezas y toda variedad de insectos que aparecían y desaparecían, incluso en las paredes, en el techo, y entre las sillas.

La mesa redonda en el centro de la pieza estaba llena de cera, papeles y sangre. Berenice sospechó que intentaron hacer algún ritual o quizás un exorcismo, pero sólo empeoraron las cosas. El olor de aquel lugar era desagradable. Y cada segundo que Berenice permanecía allí, crecía más su descompostura.

Se dio cuenta que había una ventana cerrada. Le dio golpes con un martillo que encontró hasta que la

abrió. El aire del exterior ayudó un poco a ventilar el aire, pero la luz provocó que, de alguna manera, muchas cosas comenzaran a vibrar, o eso le parecía. Comenzó a sentir una enorme presión en el pecho. Algo le sujetó los tobillos. Comenzó a subir. Intentó moverse pero estaba paralizada. Rezó mientras eso trepidaba por su cuerpo.

– Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Haz tu...

Todo se puso negro.

Se movió, chocó unas latas. Se dio cuenta que estaba consciente, pero no podía ver nada.

– Berenice – le susurró una voz fantasmagórica. – Tú tienes que ayudarme.

– ¡Dejadme en paz! – gritó, pero apenas pudo levantar la voz.

– Ayúdame, Berenice. Sácame de aquí.

– ¡Nunca! Jamás ayudaría a un demonio. A un agente del diablo. No me convencerás. Puedo sentir tu maldad.

Sintió una brizna que la envolvía, como una serpiente, era caliente, y... reconfortante.

– Tú no me conoces, Berenice. ¿Qué sabe el cordero sobre los designios de Dios? Yo no busco la destrucción. Soy Aquella Que Desea La Libertad. Como Lilith.

– No... No me seducirás con mentiras. Lilith era una pecadora. Creó monstruos.

– El humano es también un monstruo. Te aferras a los dogmas porque tienes miedo. Pero no debes temerme. Pues eso que sientes no es el mal, es miedo y dolor. Es todo lo que existe. El bien y el mal son cadenas con las que habéis sido adoctrinados, y bajo esas mentiras, habéis erigido una montaña hambrienta, aberrante, insaciable llamada Hoferos. Y

todos los otros dioses, incluido, ese en el que crees. Todos, iguales.

– Tus palabras son cálidas pero no vas a convencerme. Me he preparado toda mi vida para enfrentarme al mal, para seguir el camino del bien, ¡no podrás conmigo, Esker’lamet!

Algo cambió en la presencia que la envolvía cuando pronunció el nombre.

– Pronuciad su nombre y el demonio se debilitará. Pero no funciona conmigo, Berenice. ¿Sabes por qué? Porque no soy como los demás. Quiero ayudar a Zyra. Liberarla de las cadenas que la atormentan. Debes creerme, humana. Dejame ayudarla o el Señor de la Guerra, Aquel que se alimenta de la violencia y la destrucción, la hará su sierva, como a todos sus hijos.

Berenice se sintió débil. Quería defenderse con palabras, pero ninguna de ellas salían de su boca,

como si hubiese olvidado la lengua que dominaba, o el cuerpo que habitaba, o el lugar en el que estaba.

Sintió una brizna refrescante. Volvió a recuperar la visión. La presencia la liberó y se escabulló a las sombras debajo de la cama.

Zyra apareció en la puerta de la habitación, sosteniéndose de las paredes.

– Vámonos. – dijo la jovencita. – Ya sé a dónde. Vámonos ya. ¿Qué mirás, Bere? ¿Me estás escuchando, carajo?

No podía creer que esa fuera la misma Zyra. El buzo rojo que siempre usaba, ya irreconocible, además de roto, parecía quedarle 3 tallas más grande. Sus manos eran las manos de un cadáver, y su rostro, ojeroso, con ojos amarillentos y cansados. Ya casi no tenía mejillas, y sus labios ya no tenían color.

Berenice comenzó a temblar, dio unos pasos titubeantes, y luego se largó a llorar, agarrándose la cabeza.

– ¿Qué está pasando?

## ZYRA

Zyra estaba atada a una camilla. La ambulancia hacía sonar su estridente sirena. Berenice estaba sentada en un rincón, abrazando su mochila. Ni siquiera quiso comprobar si el cofre estaba dentro cuando Zyra le indicó dónde estaba escondido.

El paramédico que la analizaba tenía un semblante inexpresivo.

Ya no podía comprender muy bien el desarrollo de las cosas. Los días, las semanas y los años eran algo difuso, a lo que ya no atendía. Todo era como un líquido que pasaba frente a sus ojos, cuya diferencia era el color y la forma que tomaba, y un único sonido que cambiaba de frecuencia. Pero había una conciencia que se aferraba de manera inamovible a una idea, a su trabajo, su promesa, su sacrificio. El cofre.

Se sintió aliviada de tenerla a Berenice a su lado. Tener un cuerpo funcional que efectúe las acciones que ella ya no podía ejecutar. Sabía que era la única capaz de entender lo que ello significaba. Que era la indicada, la única en quien podía confiar.

Sintió que por fin podía cerrar los ojos y descansar.

Cuando volvió a abrirlos, estaba en brazos del paramédico. Huían. Delante de ellos, Berenice con la mochila.

Era una calle muy estrecha y empinada. Las casitas de colores de La Blanca se veían frente a sus ojos, luego del cruce del río. Pero a su izquierda se movía robusto y monocromático el barrio industrial, el viejo, el olvidado, el rincón de hierros y cemento hundidos en recovecos oscuros y con olor a mar.

Se detuvieron frente a algo. Escuchó que Berenice comenzó a golpear una puerta, o una ventana. Giró la cabeza. No entendía lo que decían. Alcanzó a ver la



ambulancia. Estaba en la esquina, cuesta arriba, estrellada contra un poste. Había un cuerpo en el suelo, cubierto de un manchón rojo que salpicaba al vehículo. Tres autos rodeaban el cruce. Y dos sujetos se acercaban a ellos, encorvados y a paso firme.

– Maldita sea, abrite – entendió que gritó Berenice.

– Entrá por la ventana – le respondió el paramédico.

Se escuchó ruido de vidrios.

– Agarrala.

De pronto el hombre la acercó al umbral de la ventana. Pasó de los brazos fuertes del paramédico a los pequeños y regordetes de Berenice. Ambas se cayeron hacia atrás. Zyra sintió que escupió algo por la boca.

Se quedó inmóvil, de cara viendo al exterior, cuando vio los sesos del paramédico salir volando luego de un estruendo. Berenice gritó. Luego la sujetó por los hombros y la arrastró hacia el interior. Mascullaba cosas pero no podía entenderle.

El interior era polvoriento y herrumbroso.

Berenice tropezó. Zyra se dio la cabeza contra el suelo.

Escuchó que gimoteaba. Se puso delante de ella.

– Lo siento, Zy. No puedo cargarte. Es mi culpa. Lo siento mucho.

Se escucharon ruidos en el exterior del edificio.

– Dios mío. Van a entrar. Te voy a defender, Zy. Te voy a esconder. – La vio moverse hurgando entre los agujeros de la pared. – Si tuviera mi pistola – llegó a entenderle.

– Pero si apenas sabes disparar – sonó una voz que le resultó conocida.

Berenice se echó hacia adelante y cubrió a Zyra con su cuerpo.

– Tranquila, chica. Soy colega de Zyra.

– ¿Quién sos?

La voz rió.

– Por favor. Gira la cabeza de esa pobre chica para que pueda verificarme.

Berenice vaciló.

– Hacelo – murmuró Zy. Le resultó extraña su propia voz. No la recordaba.

Berenice giró a Zyra.

– Te ves terrible – dijo el otro.

Lucía tan sofisticado y comedido como la primera vez que lo vio. Le pareció también extraño que lo recordara.

– Filomoris. Ayudanos.

– Sé lo que debo hacer, princesa. Descansen. Yo me encargo.

– De qué está hablando. Quién es... – alcanzó a escuchar a Berenice, nerviosa, antes de que se quedara dormida contra la pared.

Zyra llegó a girar la cabeza antes de dormirse también.

Soñó con una voz. Era su padre, Eduardo. La llamaba. Se vio en la habitación de un hotel con Reminis, ambas reían. Pero Reminis entonces lloró y le dijo que debían terminar allí. Luego, un viejo irrumpió en la puerta y ella apareció en la costa, en las rocas debajo del muelle. Fifi se dio la vuelta y le dijo: “No morirás sin ser reina, pero recuerda la noche en que los bastones caigan bajo la oscuridad.” Se levantó y la llevó a caminar por la playa. Fifi se convirtió en Berenice y le señaló una escena delante de ellas. Era el patio de la casa de sus padres, cuando ella tenía 6 años. Jugaba junto a Miranda y sus hermanos. Estaban disfrazados de superhéroes y competían por la mejor presentación. Pero siempre terminaban batallando y dándose algún que otro golpe, y los grandes le separaban. Entonces el sol cayó, y Zyra estaba en la cama junto a Miranda. Ella le leía cuentos hasta que se dormía.

Le preguntó si de grandes podrían ser superheroínas de verdad. Y Miranda le dijo que sí. Le preguntó entonces si iban a ser aliadas. Y Miranda también le respondió, que sí.

Entonces el cielo se puso verde, y Zyra estaba en un avión, febril y adormecida en los brazos de Julia. Vieron los rayos y la lluvia desde el cielo, cuando llegaron a Jaiva.

Después se quedó en la ventana de su casa, esperando el regreso de todos los demás.

Ni siquiera Miranda había regresado.

Desde entonces una voz quería hablar con ella. La voz de una mujer. Pero otra, la de un hombre, se lo impedía.

Filomoris la tocó.

– Yo te diré lo que te quiso decir esa voz, princesa.

– Decidme.

*La noche en que los buitres quieran abrir el huevo, tú se lo robarás.*

*Esa noche, al ángel conocerás.*

*La noche en que las águilas quieran encontrar el huevo, tú se lo negarás.*

*Esa noche, al cordero conocerás.*

Entonces recordó el sueño en la isla de las torres, la ceremonia de los justicieros, la tormenta, el monstruo, y la horda enardecida, dispuesta a matarla.

– Filomoris...

– Dime, princesa.

– Ellos están viniendo, ¿verdad?

– Sí, princesa.

– Des, despertadme, sardina.

Despertó dándose cuenta, tras mucho tiempo desde la última vez que había sido consciente de sí misma, que estaba muriendo.

Era de noche. Estaba apoyada sobre un pilar. Berenice lloraba frente a ella, sentada sobre el cofre.

– No... Tiene que haber otra forma – murmuraba Berenice.

Filomoris estaba en una esquina, de piernas cruzadas.

– Lo siento, muñeca. Sólo mírala. Déjala que muera con valentía.

– No voy a dejarla. Llévala a un hospital. Yo me quedaré con el cofre.

– Ya discutimos eso – suspiró Filomoris. – Zyra, ¿me ayudas?

Zyra miró a Berenice.

– El cofre no puede caer en manos de los justicieros, Bere. Ya lo sabés.

– ¡No voy a dejarte morir!

– No voy a morir – sonrió. – Soy una almeisán, ¿lo olvidaste?

Berenice le tomó las manos.

– Por favor, Zy. Ya suficiente luchaste. Vamos a casa. Quemaremos el cofre. Lo aplastaremos. Lo

lanzaremos al mar. Tiene que haber una forma.  
Siempre la hay.

Filomoris comenzó a ponerse nervioso.

– Ya se están acercando – cantó.

– Vete, Berenice.

– No. No lo voy a hacer.

– Filomoris. Hacela dormir.

– ¿En contra de su voluntad?

– Bere – le quiso explicar Zyra – Si dejás que Filomoris te duerma, y te lleve a otro lugar, la voluntad del cofre no sabrá donde está, porque vos no lo vas a saber. En este momento, sos su portadora. Y mientras lo seas, intentará hacerte volver a mí.

Berenice sacudió la cabeza.

– Zyra... No me hagas esto.

– Si me dejan intervenir – señaló Filomoris – No creo que el destino deje que esta muchacha, incluso en el estado que está, muera. Me preocuparía más



por ti, señorita Berenice, que por la princesa Zyra Crosborten.

– Confío en vos, Bere.

– Lo sé, pequeña.

Se alejó un poco.

– Todo saldrá bien – dijo, asintiendo.

Entonces Filomoris chasqueó los dedos y Berenice perdió la conciencia.

– Ya era hora. Con su permiso, princesa, me llevaré esto – tomó a Berenice con un brazo – y esto – el cofre con el otro.

Cuando el justiciero estaba saliendo de la habitación, Zyra se dio cuenta de que Filomoris medía más de dos metros. Y entonces, pese al estado de gravedad en el que reposaba sobre el pilar, entendió.

– Vos no sos humano. Ni el comediante que fingías ser.

Filomoris giró la cabeza lentamente.

No dijo nada, y se fue.

## **CAPÍTULO 15** ‡

### RODREGIC

Aunque tuviera la pinta, Rodregic no era veterano de guerra. Había trabajado como repartidor hasta el año 2025, cuando se encontró la cura al virus. En aquel tiempo, su trabajo era bien valorado. Las calles estaban desiertas y cada vivienda a la que arribaba, se encontraba con una familia invadida por la incertidumbre y el terror. Incluso los días de lluvia, salía con su moto a cumplir con su trabajo, y de ahí que luego se enfermara y quedara con el cerebro lleno de llagas.

Había sido un muchacho de ideales simples pero convincentes. Lealtad, honor y justicia. Luego de sobrevivir al virus W y a la locura de la pandemia, se metió en la política sindical. Se sintió traicionado por el Estado, y entonces escogió el camino de los justicieros.

No fue buen luchador ni buen padre. Dejó hijos por aquí y por allá, y llegó a asesinar a varios policías y sicarios de la mafia. Con el tiempo, su honor se fue desgranando, pero el compromiso con la sociedad de los justicieros penetró tanto en su corazón que, aun sin ser un buen justiciero, se convirtió en un buen líder. Al final sólo se quedó con la lealtad, y a ella se aferró, e hizo aferrar a todos los suyos. Su familia estaba debajo de las calles de la ciudad azul.

Y esa muchacha que le había robado el cofre, nunca fue parte de ella. Cierta tiempo pensó que era una de sus hijas no reconocidas, por la forma en que insistía y hablaba. Nunca lo reconoció, pero ella le agradaba,

era en parte todo lo que él hubiese querido ser a su edad, tanto que sintió deseos por esa adolescente. Pensó que ella sentía lo mismo por él. Cuando lo rechazó, le cerró todas las puertas.

Ahora hacía abrir una de ellas a patadas, en el último piso de un edificio en el barrio abandonado de la zona industrial. Había sido fácil encontrarla. Había sangre en la entrada y una ambulancia estrellada en la esquina.

Al encontrarla, pensó que ya estaba muerta.

Se acercó, junto a sus dos guardias.

Zyra levantó la mirada.

– Todavía hablo – dijo sonriendo. Sus labios resquebrajados sangraron.

Rodregic quedó perplejo ante lo que veía.

– Mirate como quedaste. – La examinó. – Espero que no me hayas robado para venderlo. Hmm. ¿Y con esa plata consumiste hasta quedar así?

Vio que ella intentó reírse.

Se acercó y se puso de cuclillas

– ¿Dónde está el cofre?

Zyra miró hacia afuera. Un ventanal dejaba entrar la luz de la ciudad.

– No te lo diré. – dijo con la voz aguada. – A menos que me des un cigarro.

Rodregic resopló. Luego se echó una risa.

Zyra lo quedó mirando, seria. Y entonces Rodregic, sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo.

– Zyra, Zyra... Sos realmente una pendeja curiosa... Tan pero tan consumida, que vende un cigarrillo – tomó uno y se lo puso en la boca – por un cofre lleno de riquezas. Podríamos habernos evitado esto, ¿no crees? – Le acercó un mechero.

Zyra aspiró. La punta del cigarrillo se encendió. Luego levantó una mano y lo sujetó entre sus dedos. A Rodregic le sorprendía que aún pudiera hacer eso. Se quedó esperando la respuesta, pero ella sólo fumaba, y lo miraba con condescendencia.

Después de un rato, se dio cuenta que le había tomado el pelo.

Le quitó el cigarrillo con una palmada. La mano de Zyra terminó de nuevo en el piso.

– Tan adicta que arriesgás tu vida por un puto cigarrillo.

– No sabés cómo lo necesitaba, Rodregic.

Él se incorporó y fue a pisar el cigarrillo. Luego desenfundó una pistola de su cinturón. Esa pistola blanca que siempre Zyra veía en su escritorio.

– Te creíste astuta, siempre. Fanfarroneando entre mis justicieros. Haciendo la escena. Creyendote superior a los demás. – Caminaba de un lado a otro.

– Y te he dado el honor de hacerlo una última vez. – Puso una sonrisa sesgada.

Zyra mostró los dientes. Estaban amarillos y medios podridos.

– Sí, claro que sí, Rodregic.

Rodregic se sintió frustrado.

– ¡Perra insolente! – le apuntó con el arma. –  
¿Dónde está el cofre?

Zyra miró la punta del cañón. Lo observó, a Rodregic le temblaba la mano. Sudaba. Sus guardias se miraban entre ellos.

– ¿Sabés cuál es la diferencia entre vos y yo? – dijo Zyra.

– Ya no más chistes. Voy a darte un tiro en tanto no me digas...

– Que reconozco mis adicciones. No como vos – le interrumpió Zyra.

– ¿Te atrevés a compararte conmigo, zorra falopera?

– Te has vuelto adicto a ese cofre, Rodregic. Te ha atrapado, como a todos sus portadores. Lo necesitás, porque ansiás su poder. Su maldad se ha apoderado de tu cerebro. Y querés más. Más de él.

Rodregic sintió calambres en el estómago. Desbloqueó el martillo de la pistola.

– Ni siquiera te das cuenta – continuó Zyra. – Y eso, te hace aún más débil.

– Voy a matarte si no me decís dónde está – la amenazó.

Zyra hizo silencio un momento. Bajó la cabeza. Parecía que se había muerto. Pero luego levantó la mirada.

– Pudrite, malnacido.

Rodregic ajustó el gatillo. Iba a disparar, cuando una voz sonó desde la oscuridad.

– Creí que los justicieros no usaban armas de fuego.

Era una voz femenina, profunda, argentina.

Rodregic y sus colegas buscaron con desesperación el origen de la voz.

– ¿Quién dijo eso?

– Matarás a una adolescente, consumida, demacrada, tirada en el piso, por la avaricia. Por la propiedad de algo que ni siquiera sabéis si existe. Sois patéticos.



Uno de los guardias pareció identificar la voz, porque se estremeció de tal modo que retrocedió hasta la puerta.

El otro buscaba por todos los rincones, detrás de cada pilar y cada pared derrumbada.

– Suena... Suena por todos lados – decía el hombre a cada paso.

Rodregic se dio cuenta de que ése estaba por huir.

– ¿La reconocéis? ¿Quién es?

– Es... Es... Yaymena – dijo.

– Pero no la veo por ningún lado. – Decía el otro, revisando incluso hasta en el techo.

– Es una ilusión – se refregó el rostro Rodregic. – Una de estas jodidas maldiciones. La miró a Zyra. – ¡Vos! ¿La escuchás? ¿La ves?

Zyra lo miró con la cabeza ladeada.

– Está delante tuyo, Rodregic. ¿No la ves?

– Seguí con tus bromas. Se acabaron tus bromas.

Levantó la pistola y...

De repente la mano que empuñaba la pistola estalló. Pedazos de dedos volaron por todas partes. La pistola cayó al suelo, a los pies de Zyra.

Rodregic lanzó un alarido espantoso.

– ¡Maldita, hija de... Aghhh!

Los guardias se desesperaron a su alrededor. No sabían qué hacer.

– ¿Dónde está? – gritaba Rodregic – ¡No la veo!

– No está acá, Rodregic. Mirá tu mano. Te dispararon.

– ¿Qué?

Miraron por el ventanal. Y entonces vieron la figura de Yaymena en el techo de un edificio, como a 400 metros.

– Maldita sea – gritaba Rodregic, mientras torrentes de sangre fluían por su muñeca. – Alertad a todos. ¡Que la atrapen!

– No será necesario – volvió a escucharse su voz en la habitación. – Yo iré a por vosotros.

>> Hoy se termina la sociedad de los justicieros.

## MIRANDA

Dos horas antes...

Fernis y Reminis ya habían abandonado el bunker en busca de Berenice y Zyra. Justo entonces, la muñequera de Miranda sonó. Atendió por auricular.

– Hola, amiga. – Era la voz de Edgardo Montañana.

– Sé que estás enojada conmigo. Lo que sucedió en la oficina...

– Ya no importa, Edgardo. – respondió ella.

– Sí... Ya no importa...

Su voz sonaba cansina.

– ¿Qué sucede?

– Des. Los cuervos han venido a robarse la comida, amiga mía.

– Ya voy.

– No... No lo hagas.

– Edgardo.

– Escuchame, queda poco tiempo. Estoy con mi mujer y mis hijos. Giovanna está a salvo, en vuestra sede. Ya nos hemos despedido. Estamos felices. Hemos disfrutado. Y yo he disfrutado mi vida. Gracias, Miranda. Vos nos diste esa oportunidad, y vaya la aprovechamos. Ahora es tiempo de decir adiós.

Miranda sintió que se le encogía el pecho.

– Ya no hay tiempo de justicia, amiga. Te pediría que no te enfades. Pero sabés qué. Hacelo. Te envié la nueva clave a uno de los celulares, en el cajón del escritorio. Tiene 2 horas de acceso al sistema. Aprovechalos.

Miranda caminó lentamente hacia el cajón. Lo abrió. Ahí estaba un celular, con un SMS nuevo.

– Sacá a Yaymena a dar una vuelta, amiga. Haz que valga la pena.

Se escuchó un estruendo en el auricular. La voz de niños gritando.

Miranda cerró los ojos.

– Gracias... Amigo.

– Hasta la próxima vida – se despidió Edgardo.

La comunicación se cortó.

Miranda encendió el sistema otra vez. Aún sin Fernis, ella sabía manejar las herramientas de inteligencia que poseía la computadora. Rastreó la señal del celular de Berenice. Activó la voz y escuchó la conversación que estaba teniendo con Zyra.

Entendió lo que estaba sucediendo.

Luego, la señal de Berenice comenzó a moverse.

Supo que Zyra había quedado en aquel edificio.

Llamó a Reminis. Le compartió la ubicación de Berenice.

– Id por ella. Estoy segura que terminará en algún rincón de Pax, pero no puedo predecirlo. Manteneros

alerta a la actualización de movimiento. No sé quién la está transportando. Sólo que... no está consciente, así que no intentéis llamarla. Sólo alertarán a la inteligencia federal. ¿Yo? Iré a por Zyra.

Cortó su comunicación y entonces suspiró. Dio la vuelta y fue a otra sala. – Es hora de despertar a Yaymena, una última vez.

Se acercó a una de las tres cápsulas. Contenía un traje más blindado que los anteriores. El material principal era kevlar y no algodón. Una malla negra y elástica. En los codos, hombros, manos y rodillas tenía almohadillas.

Luego de colocarse el traje base, comenzó a colocar los accesorios. Hombreras, puños, y antebrazos con un recubrimiento de bolas de acero. En las caderas y la entrepierna había un refuerzo de algodón. Sus pechos estaban también protegidos por una placa delgada pero impenetrable hasta balas de calibre .32.

Su muñequera la tiró al piso y la destruyó. Se colocó otro par de ellas, de nueva generación, llamadas DiMac, que funcionaban también como armas electromagnéticas. Eran más robustas y pesadas, debido a que dentro de ellas también se enrollaba un cable. Con él, podía conectar la pistola de gancho a sus muñequeras. O usarlas como látigos.

En la cadera se colocó un nuevo cinturón, también innovador. Granadas de humo, de luz y de perdigones. Dardos, que podía colocar en las DiMac para utilizar como proyectiles. En su muslo portaba un cuchillo de doble filo y dos navajas autodirigibles a un objetivo.

Las nuevas botas no tenían tanta plataforma. Eran más planas, con ventosas en las plantas y pinchos en las puntas de los pies. Los tobillos también poseían un prototipo de DiMac, pero con la función de generar descargas eléctricas generadas por la energía cinética de las ventosas.



Por último, su máscara. Era rígida, de metal. Cubría su nariz, la mitad frontal de su cabeza, y la mandíbula. Tenía un pequeño visor en los ojos para cubrir sus ojos y leer información provenientes de las DiMac. Ahora, los ojos de Yaymena eran rojos. Rojos de verdad.

Detrás de las dos puntas que aparentaban ser cuernos, su pelo estaba libre, ondulado hasta por debajo de los hombros. Sin embargo no estaba desprotegido. Desde la parte trasera del cuello se colocó una malla que le llegaba hasta el occipital. El parietal era la única parte expuesta.

Miranda vio a Yaymena en el espejo. Se pintó los labios y se cubrió el resto de piel con una crema anti flamígera. Luego roció su pelo con el mismo elemento.

– Ojalá nunca más vuelva a verte – le dijo a su reflejo.

Tomó la capa del traje correspondiente. Era de un material que ni ella conocía. Lo que era seguro es que estaba blindada, a pesar de su ligereza y flexibilidad. Y qué, activada con la energía de las tobilleras, la haría planear.

Estaba lista. Cargó la pistola de gancho en su cinturón y abandonó la sala.

Vio en la computadora que el edificio dónde estaba Zyra se había llenado de justicieros. Escuchó la voz de Rodregic.

Miranda regresó a la sala y tomó un rifle de francotirador.

– Es hora de poner mano dura a ese bastardo.

Apagó las luces y descendió al subsuelo. Ató el enorme arma de fuego a un lado de la motocicleta y se subió.

– Vamos, pequeña. Una última vuelta.

El valle de pastos amarillentos se puso verde. No porque llegara la primavera, sino porque se inundó, y el cielo de enorme luna se tornaba magenta ante el advenimiento de un cielo verde radiactivo.

Había una roca. En ella reposaba, cruzada de piernas, Uliana.

Vio la figura de un monstruo acuático que se acercaba.

– Hmm.

La criatura asomó la cabeza. Tenía la cabeza de una gran loba negra. Sus ojos rojos rutilaban en la ira, pero se apagaron en cuanto vio a la mujer de pelo blanco.

– Yaymena. Suena más fuerte que nunca los aullidos en el agua, hoy.

Aquella se puso de pie. Mitad humana, mitad loba, pero no tenía pelaje, sino escamas, y en su espalda, una corona de tentáculos ágiles y afilados.

– Pues... Miranda parece más dispuesta que nunca a darme el total control, hoy.

Uliana frunció el ceño.

– Se dice que podéis ver el futuro, bruja. ¿es eso cierto?

Uliana miró a la luna.

– Y de vos se dice que te comportáis como un animal salvaje, capaz de descuartizar a un ejército.

Yaymena sonrió.

– Hmm.

Uliana puso la espada sobre su regazo. La acarició.

– Puedo decirte algo del futuro, dichosa Yaymena, sobre lo que sucederá si lo que se dice de vos es cierto.

– Te escucho.

– La Casa Blanca caerá. Y los siete se liberarán de sus cadenas, tal como lo hiciste vos. Así como tú, a ellos les remueve también la venganza. Y venganza, es el sentimiento más noble de los que existen en sus

raídos corazones. Miranda te quitará del medio, Yaymena. Sois a la única que puede controlar.

– ¿Controlar? – se quejó la loba.

– Lo siento. Con quien puede negociar.

Yaymena se río de manera siniestra.

– Sabrás entonces si lo que se dice de mí es cierto, bruja.

– Así es – asintió con laconismo Uliana. – Y espero no tenerlo. Por el bien del mundo.

– ¿Nuestro mundo?

Esta vez, fue Uliana la que sonrió. Y fue más siniestra que la loba acuática bajo sus pies.

– El de todos, loba.

A 400 metros de un edificio abandonado en la zona este de la ciudad, rodeado de otros edificios en ruinas o depósitos llenos de sal marina y olor a pescado, estaba Miranda, en la terraza de un hotel de poca monta. Acababa de lograr el mejor tiro a larga

distancia de su vida. Renato Alcatraz estaría orgulloso de ella.

Podía escuchar a Rodregic aullar de dolor por el auricular. Podía escuchar a todos los justicieros que cargaban con un celular en aquel edificio. Eran al menos 10. La mayoría, novatos e iniciados. Pero, según había comprendido, una furgoneta con Kira Mara, El Silbido y otros veteranos estaban de camino.

Se incorporó, escondió el rifle detrás de la cornisa y sin más dilaciones, saltó por el edificio, descendiendo en rapel. Guardó la pistola de gancho y miró la calle frente a ella. Las luces anaranjadas resguardaban una calle de adoquines. Lo había estado pensando. El plan de entrar por las sombras y cazar uno por uno acababa de ser descartado del todo. Escuchaba a Zyra quejarse. Rodregic la estaba arrastrando. La iba a bajar a los golpes y subirla a un auto.

Optó por el plan de Yaymena. El imprudente, salvaje y ruidoso plan de Yaymena.

Caminó unos pasos hasta ver su motocicleta, ansiosa en la oscuridad. La encendió y aceleró por la calle. Derecho al edificio objetivo.

La moto rugió a los 200 metros. Le lanzaron piedras. Rompieron el farol. Algunas golpearon en sus piernas. Se encogió bajo el visor del vehículo.

100 metros. Varios justicieros salieron de sus escondites para intentar detenerla con ganchos y cuerdas. Sólo uno se enganchó a la suspensión. Miranda aceleró aún más. El justiciero fue arrastrado. Su mano se le había enredado en la cuerda.

50 metros. Habían reforzado un gran portón que era la entrada a la fábrica.

25 metros. Miranda saltó de la motocicleta y desplegó la capa. Vio al justiciero enganchado de su motocicleta pasar por debajo de sus pies. Y mientras

descendía al suelo como un gran ave negra, la motocicleta impactó contra el portón, rompiendo las trabas, destrozando hasta los muros que lo sostenían. La moto dio un giro furioso, se volteó y dio vueltas enredada en la cuerda, hasta que fue a aplastar el auto en el que Rodregic estaba por subir. El justiciero maniatado había perdido la mano.

Miranda entonces caminó hasta la entrada. Rodregic la vio. Sus dos guardias arrastraban a Zyra, pero al verla se detuvieron.

– ¡No te metas en esto, Yaymena! – le gritó Rodregic, pálido y encorvado sobre su muñón envuelto en una tela empapada de sangre.

Había muchos viéndola desde las ventanas. Detrás suyo, y a sus flancos.

Miranda dio dos pasos al frente.

Apareció un sujeto con un bate desde la izquierda del muro. Unos pasos después, otro con un hacha lo siguió por la derecha.



Miranda dio un salto hacia atrás, el batazo zumbó en el aire y pegó en el suelo. Miranda lo pisó, y luego le lanzó un puñetazo a la cara en el flacucho rostro del justiciero. El muchacho cayó hacia atrás como un saco.

De inmediato Miranda giró sobre sí misma y dio un salto a la izquierda. El hachazo del otro justiciero fue tonto y mal logrado. Miranda quedó en su flanco y para cuando el hacha volvió a subir, el justiciero perdió el equilibrio tras un golpecito en la rodilla. Miranda simplemente le pegó en el oído con la palma abierta.

– ¡Atacadla! – Gritó Rodregic entonces.

Miranda se quedó esperando. Cinco justicieros la rodearon, pero ninguno se atrevía a dar el primer paso. Sus dos compañeros en el suelo ya no volverían a levantarse. Uno lloraba mientras escupía sangre por la nariz y la boca. El otro estaba inconsciente.

Rodregic se escondió dentro del edificio, junto con sus guardias.

*Muy bien. Tomaré la iniciativa.*

Activó sus muñequeras, que comenzaron a girar muy rápido. Dos cables salieron desenrollados cuando la justiciera cruzó sus manos y luego lanzó un sacudón horizontal hacia afuera. Los cables latigaron a los cinco jóvenes, que apenas escucharon el cable eléctrico zumbear en el aire.

De inmediato, enrolló de nuevo los cables, dio tres pasos hacia delante y saltó contra el más robusto de los cinco. Le dio un rodillazo en el pecho y lo derribó. Estando sobre él le dio un puñetazo. Luego rodó hacia delante y esquivó la puñalada de otra justiciera. La desarmó de un golpe y le dio una patada que la hizo agarrarse el vientre. El resto del semicírculo habían quedado atontados por el electroshock. Miranda entró corriendo al edificio.

En ese momento llegó el vehículo con Kira Mara y El Silbido. Miranda se dio prisa y comenzó a perseguir a Rodregic.

Se acercó a las escaleras.

– ¡Vete! – le gritó. Le disparó desde arriba.

Miranda se puso a cubierto.

Luego saltó por un hueco y trepó al primer piso. Rodregic iba por el final del pasillo. Miranda echó a correr. Rodregic disparó tres veces. Dos balas pegaron en el suelo, la tercera rebotó en el casco de Miranda.

Corrió hasta el final del pasillo y dobló, cuando uno de los guardias se lanzó sobre ella y la derribó.

Estando encima, comenzó a golpearla con ímpetu.

Miranda se defendió cubriéndose con sus antebrazos, fueron más de seis puñetazos contra las protecciones de acero, hasta los nudillos del hombre quedaron pulverizados y se detuvo lleno de frustración.

– ¡Maldita perra! – le gritó, e intentó sacar un cuchillo de su cinturón.

Miranda entonces se lo quitó de encima con una patada en la nunca y una llave para destrabar. Se incorporó y antes de recibir la puñalada, lo electrocutó con su DiMac.

Se apresuró a subir al segundo piso. Al subir por las escaleras rompió un pedazo de caño de la barandilla. El segundo guardia la recibió. Intentó hacer lo mismo que su compañero, pero Miranda lo barrió de un único golpe con el caño. El sonido metálico contra su cráneo resonó con eco en el edificio. El hombre siguió su camino, atontado, para luego despatarrarse en el piso.

Continuó al tercer piso.

Miranda recibió un tiro por la espalda.

Rodó por el suelo. Sufrió otro en el hombro. Se cubrió con su capa.

Rodregic la acribilló a balazos, hasta que el cartucho se le vació.

Escuchó que le gritó algo inteligible.

Ella se incorporó. Los casquillos rebotaron en el suelo cuando se sacudió la capa.

– ¿Dónde está la chica? – le preguntó mientras se acercaba caminando hacia él.

Rodregic deliraba, a punto de perder la conciencia.

– La maté.

Se cayó al suelo.

– ¡Por qué te metiste en esto! – ¡Mis chicos... Te van a hacer papilla, verás!

Miranda lo ignoró y pasó por el umbral de una puerta. Zyra estaba tirada en el suelo, cerca de donde había estado inicialmente. Estaba boca abajo, inmóvil.

Miranda quedó paralizada por un instante.

– ¿Zyra?

No le respondía.

Se acercó lentamente.

Se puso en cuclillas y le dio la vuelta.

Zyra estaba inconsciente. Un reguero de sangre y bilis salía por su boca. Su cuerpo entre sus brazos se sentía como una pluma.

– Zyra...

La cargó y miró a su alrededor. Escuchaba que un grupo estaba subiendo por las escaleras. La voz de Kira Mara alentando a los suyos se oía desde el patio. Un bullicio de aliento moral estalló luego.

Maldita sea.

Miranda dejó de nuevo a Zyra en el suelo. Tomó una jeringa de su cinturón. Lo inyectó en el pecho de Zyra.

Ésta dio una bocanada inmediata. Se aferró con uñas a sus hombros.

– ¡Mierda! – farfulló.

La observó.

– ¿Vos? Pensé que era un sueño.

– Escuchadme.

– ¿Yaymena vino a salvarme? Ja, ja. No me lo creo, wao.

Se escucharon gritos de amenaza subiendo por las escaleras.

– ¿Podéis caminar?

Zyra dejó de reírse. Con ayuda suya, se puso de pie.

– ¿Qué hago?

– Ves ese lugar oscuro allí. Son los baños. Ocultate allí. Hasta que termine.

– ¿Hasta que termines? ¿Muerta?

– Voy a sacarte de este lugar. Es importante que no salgas de allí. No importa que tanto fuego o humo veas. No salgas.

– ¿Vas a luchar contra todos esos?

– Sí.

Zyra hizo un mohín.

Echó a renguear hacia los baños. En el umbral de la puerta se dio la vuelta y la observó.

– ¿No sos la idiota de mi prima, verdad?

Yaymena, que había estado preparándose, la miró.

Es momento. De ceder. Toma mi corazón, Yaymena.

– No. – Dijo. Su voz sonaba ligeramente diferente. –

No lo soy.



## **CAPÍTULO 16** ‡

### MIRANDA

Yaymena permaneció de pie en el lugar exacto donde Zyra agonizaba una hora atrás. Frente a ella, más allá del umbral de la entrada, se organizaron siete justicieros enmascarados con el motivo del Silbido. Un antejo con una pluma y ropajes abultados. Todos portaban bastones en una mano, y una especie de granada en la otra.

– Ya no tenéis cómo escapar – sonó una voz masculina por detrás de todos ellos. Le abrieron paso y el justiciero líder apareció. Tenía una versión más prolija y profesional que sus discípulos. – No

comprendo por qué proteges a ese cadáver andante. Muchos de los nuestros te respetan, Yaymena. Pero aún así, pelearán, si decides bajar por estas escaleras. – Eso me lleva a pensar – respondió Yaymena, poniendo sus rojos ojos sobre él. – Que vos y esos pobres muchachos no lo hacen.

El Silbido escupió.

– No.

Yaymena sonrió.

El justiciero gritó, sacó una granada de su bolsillo y se la lanzó.

Yaymena dio un paso hacia delante y le dio una palmada en el aire con precisión, hacia el ventanal.

Hubo una explosión que levantó polvo en la habitación.

El Silbido se quedó mudo.

Luego, silbó.

– Aún así, no es para respetar – se le escuchó.

Se dio la vuelta y volvió a hundirse detrás de los justicieros.

– Matenla.

Todos agarraron las bombas.

Yaymena se inclinó hacia delante. Hizo un rápido movimiento desde su cinturón.

– ¡Lancen! – gritó uno. Entonces algo cayó entre sus pies.

Una explosión blanca dejó a todos enceguecidos. Hubo quejas, y luego gritos de advertencia.

– ¡No veo!

Yaymena pasó corriendo entre la muchedumbre, cuando comenzaron las explosiones. Se cubrió con la capa y se deslizó por el suelo hasta quedar a unos metros detrás.

Al incorporarse recibió un porrazo del Silbido. Estaba cubierto de pinchos. Yaymena hizo una mueca de dolor, pero no dejó de moverse y evitó los siguientes ataques.

El Silbido le dio una patada que la tumbó contra la pared.

– ¿Te creés muy buena, no? – jadeó.

Blandió la porra sobre su cabeza.

Yaymena puso sus dos brazos en cruz. Dio un grito y rechazó el golpe. La porra rebotó y le pegó al justiciero en el cráneo.

Aún sangrando, el justiciero volvió a arremeter contra ella.

Yaymena rugió.

Acortó la distancia con el arma, poniéndose cuerpo a cuerpo al justiciero, lo abrazó, giraron, y luego enredó sus piernas con las suyas. Ambos cayeron al suelo. Rodaron.

– Lo soy – murmuró ella en su oído.

Cuando llegaron al borde de la escalera, Yaymena se desenredó y lo empujó con la inercia de los giros.

El Silbido salió volando al vacío.

Se escuchó un estruendo duro y un gran grito de dolor cuando llegó a la planta baja.

Yaymena se quedó en el suelo un momento para recuperar el aliento.

Vio que los siete justicieros del principio estaban todos muertos o heridos por las explosiones.

De repente sintió un movimiento a su espalda.

Se incorporó con un giro.

Un látigo le envolvió el brazo izquierdo. La tiró hacia delante. Yaymena se dio de bruces contra el suelo.

Otra justiciera apareció a su espalda, también con un látigo.

Agarró el látigo que la envolvía y lo utilizó para levantarse. Pero el otro látigo se envolvió sobre su cuello.

– La tenemos – gritaron las dos justicieras.

Una tercera estaba trepando por los escombros. Tenía una escopeta entre sus brazos.

Yaymena se aferró al látigo que envolvía su cuello. La mantenían tensa, pero ya de pie, hizo girar sus muñequeras.

Su brazo izquierdo comenzaba a adormecerse, y su respiración se hacía más exigua.

Vio la escopeta a 15 metros de distancia.

Liberó la energía de las DiMac. Una descarga eléctrica alcanzó a las dos justicieras, que quedaron pegadas a la corriente hasta que el voltaje las hizo saltar hacia atrás. Yaymena intentó liberarse rápidamente de las tiras del látigo.

– ¡Morid! – gritó la justiciera de la escopeta.

Yaymena no llegó a cubrirse.

Sonó una descarga.

Sintió un poderoso golpe en su pecho que le hizo quedarse sin aire. Fue lanzada hacia atrás, chocó con las barandillas oxidadas de las escaleras, que se rompieron con su peso, y cayó al vacío.

Pasaron dos segundos antes de que choque contra algo, que se fracturó bajo su peso y volvió a caer.

Otros dos segundos.

Sintió el concreto, duro y frío.

Luchó por respirar.

Abrió los ojos. Vio el techo del edificio en lo alto. Había caído a la planta baja. Maldijo en sus pensamientos.

Examinó su cuerpo. Aún no sentía del todo sus piernas y sus brazos.

Levantó la cabeza con dificultad. Había perdido la protección de la mandíbula, sentía la sangre brotar de sus labios. El cuello le ardía. Aún tenía el traje en el pecho, pero estaba lleno de jirones de algodón y kevlar. En su cintura, había un rasguño en el que el traje se había roto. Se veía el corte, la sangre y su piel.

Algo le llamó la atención por la izquierda.

Había dos sujetos que se acercaban. Uno tenía una porra. Otra, un machete.

– Mierda – farfulló con un esputo de sangre que escupió mientras se esforzaba por incorporarse.

– Está viva – anunció la del machete.

Se acercó blandiendo el arma.

Aún sin incorporarse del todo, Yaymena le lanzó una navaja, que penetró directamente en el ojo de la mujer.

Su compañero se quedó impactado. En ese instante Yaymena se le acercó. Le pegó en el nervio del brazo. La porra cayó. Yaymena se abrazó al hombre y lo puso delante de ella.

Justo entonces aparecieron cinco justicieros.

– ¡Soltadlo! – le gritaron.

La mujer del machete convulsionaba en el suelo.

– ¡Soltadlo perra! – le repitieron.



Yaymena tomó una granada de perdigones y la puso en el cuello de la camisa del hombre. La activó. y luego lo empujó de una patada.

Sus compañeros lo recibieron.

– ¡Acabad...! – llegó a gritar la justiciera.

Una explosión en el frente de la fila los mandó a todos hacia atrás.

Yaymena juntó la porra del suelo y se la lanzó por la cabeza a la única justiciera que no había recibido ningún impacto. La muchacha se pegó contra la pared y fue a parar al suelo junto a su equipo.

Se tomó un momento para examinar sus heridas.

– Estáis peleando sucio.

Yaymena miró hacia el patio. Kira Mara esperaba, tranquila. A sus pies, estaba Rodregic inconsciente.

– Vosotros comenzaste – le respondió Yaymena–. Mis puños todavía están esperando.

Kira Mara miró hacia arriba.

– Es cierto. El Silbido no es el más honesto para pelear. Pero ya te habéis cargado a todos sus siervos.

– Que... curiosa elección de palabras, vigilante.

Kira Mara acarició la funda de su katana.

Yaymena se terminó de incorporar. Tronó su espalda. El dolor estaba cerca de regresar a su cuerpo. Si iba a continuar, debía hacerlo ahora.

Apenas dio un paso al frente. Cuatro justicieros con el motivo de Kira aparecieron a sus flancos. Lucían tan fríos y profesionales como su maestra.

– Escuchad estas palabras, Yaymena, porque serán las últimas que saldrán de mi boca. – El flequillo de la justiciera se movió en el viento del exterior. – Una vez crucéis este umbral, ya no habrá vuelta atrás. Cruzaremos armas. Y será la última, para ti o para mí. Pero si queréis que tu protegida tenga una oportunidad de salir de aquí, deberás eliminar a todos los que aún quedan allá arriba.

Yaymena aguzó su oído. Los podía escuchar, con cierto ruido, pero era cierto.

Hizo un mohín.

Se dio la vuelta y fue rengueando hasta las escaleras.

– Aquí te esperaré, Yaymena – la saludó la otra.

Hubo un movimiento en su mente. Se aferró a la barandilla.

*Dejadme a mí. No más muertes.*

*O matas o te mueres, mujer.*

Miranda subió al primer piso. Recibió un golpe en la espalda. Luego otro en el hombro. Tres sujetos salieron de su emboscada. Se cubrió de los golpes restantes. Ningún arma era perforante, pero los golpes eran duros y pesados.

Esperó el error. Una mala pisada.

Sucedió.

Miranda le pisó el pie y le dio un cabezazo. Le agarró el brazo derecho, se protegió con su cuerpo. Lo empujó contra el segundo sujeto. Se despejó el

espacio para recibir al tercero, que se detuvo al verla preparada. Miranda avanzó endiabladamente rápido y antes de que pueda levantar la porra, le dio un perfecto puñetazo en la quijada.

Los otros se estaban recomponiendo. Miranda hizo una carrera y los pateó cerca del pie de las escaleras.

Tropezaron y cayeron por ellas.

Se apresuró a subir al segundo piso, cuando entre los escalones algo le atrapó el pie. Un justiciero con máscara de pájaro y un garfio en la mano se lanzó sobre ella. Miranda fue forcejeando por el suelo hasta alcanzar los pies de las escaleras. Quiso desengancharse pero aquel se movía demasiado rápido. Alcanzó a darle una patada y ambos tropezaron por las escaleras inferiores.

Otra vez en la planta baja. Los cuerpos allí se iban acumulando. Los que seguían con vida, agonizaban o habían renunciado a pelear por la gravedad de sus heridas, o de su temor.

Vio al Silbido aparecer con un cuchillo.

– Mierda.

Le dio un puntapié con la pierna al muchacho del garfio. El golpe fue extremadamente duro, tanto que Miranda sintió repulsión por ese impulso. Dientes y sangre salpicaron su cuerpo, cuando en el aire, el Silbido se abalanzó para apuñalarla.

Miranda cruzó los brazos. Pujaron a fuerza bruta. El filo del cuchillo estaba a unos centímetros del pecho de ella.

A él se le caía la baba. Su rostro estaba hinchado de venas. En sus ojos oscuros se veía los efectos de alguna droga. La razón por la cual seguía vivo.

Ese hombre no se iba a detener. Miranda quiso girar las DiMac, pero estaban trabadas por el cuerpo de su contrincante.

Comenzaba a perder fuerza.

Él le gritó como una bestia.

Sintió un leve desequilibrio en su fuerza. Miranda empujó, alejó el filo unos centímetros y se movió. El hombre rugió.

El acero penetró entre el hombro izquierdo y el pecho de Miranda. Sintió una explosión de dolor en su carne y sus huesos.

Lanzó un alarido agudo.

El hombre intentó quitar el cuchillo, pero Miranda se lo impidió.

Él le dio un cabezazo. Se le rompió la nariz. Aún así, volvió a golpearla. La sangre comenzó a derramarse sobre su ceño y entonces Miranda se dio cuenta que los visores de los ojos ya estaban partidos.

Al tercer cabezazo el Silbido hundió más el cuchillo.

Miranda gritó. El odio irradió en su puño, le soltó una mano y le dio un puñetazo en la garganta. Luego otro en el oído. Luego otro en el ojo, pero el sujeto seguía empedernido con el cuchillo.

Un hálito de lucidez en la locura del dolor le hizo recordar que sus DiMac estaban liberadas. Entonces lo electrocutó.

Pasaron 3 segundos antes de que pudiera quitárselo de encima.

El Silbido finalmente se desplomó en el suelo. Su rostro había quedado irreconocible.

Apenas pudo levantarse, Miranda volvió a subir por las escaleras.

Llegó al segundo piso con el cuchillo hundido en su cuerpo.

Esquivó un hacha voladora que se clavó en la pared.

Eran tres, y parecían inyectados en el mismo estado de frenesí que su líder.

Miranda se concentró en contrarrestar esa ira con precisión.

El sujeto del hacha voladora fue corriendo hacia ella. A la izquierda, el segundo le lanzó un pedazo de concreto. Y a la derecha, un machetazo.

Dio una zancada hacia delante, bloqueó el machetazo con la protección del antebrazo, que lanzó chispas. El bloque de concreto reventó detrás suyo, y por delante el hombre del hacha la atrapó por la cintura, la levantó en el aire y la derribó. Pero sus piernas chocaron contra los escombros y se le escapó. Miranda se dio contra las barandillas, que se doblaron.

Al intentar levantarse, el sujeto la atrapó por los pies. El del machete fue a arremeter de nuevo.

Miranda entonces sacó la pistola de gancho y disparó hacia la ventana del tercer piso.

Salió eyectada con el hombre aferrada a sus pies. Rompieron la barandilla. El hombre cayó al vacío y Miranda subió hasta la ventana, a la que por muy poco logró sostenerse.

En el tercer piso vio que cuatro justicieros habían encontrado a Zyra. La tenían en la sala final.



Miranda saltó al suelo. Guardó su pistola. Se quitó el cuchillo, con un gemido de dolor. Su brazo apenas tenía movilidad.

– ¡HEY! – exclamó hacia ellos.

Los cuatro se dieron vuelta. Zyra estaba inmóvil y semi desnuda en el piso.

Algo en Miranda volvió a resquebrajarse.

Por la escaleras subían los dos hombres furiosos del segundo piso.

Yaymena se lanzó a la carrera contra los cuatro justicieros que rodeaban a Zyra. Dos de ellos tenían armas de fuego, y le dispararon varias veces. Pero Yaymena no se detuvo. Los otros dos blandían garrotes de acero.

Una de las pistolas se silenció cuando el cuchillo ensangrentado que tenía Miranda fue a parar a su pecho.

Lanzó un grito de furia. Pisó la pared y saltó.

La capa se desplegó y por un instante se convirtió en una gran sombra.

Pateó al unísono a los dos hombres de los garrotes.

El otro justiciero de la pistola vació el cargador y retrocedió para recargar, pero Miranda lo atacó.

– ¡Esperad! – chilló.

Le dio un puñetazo en la cara, otro en el estómago y después un codazo en el omóplato que le rompió la clavícula.

Se dio vuelta. Uno de los que pateó se había levantado y le dio un garrotazo. Miranda rechazó el golpe con su antebrazo derecho y le devolvió el golpe. Luego giró, se agachó y lanzó su última daga a uno de los dos berserkers del segundo piso. Luego giró, volviéndose sobre su contrincante más cercano. Su compañero se estaba levantando, así que hizo su máximo esfuerzo y barrió con patadas a ambos, hasta que con la inercia fue a parar contra la pared.

Tomó un respiro. Ya casi no sentía su brazo izquierdo.

El último del garrote fue a atacarla. Miranda sacó su pistola de gancho y simplemente lo atravesó con ella.

El último berserker del segundo piso la embistió por la izquierda. Miranda llegó a sacar el cuchillo de su forro. Llovieron puñetazos. Miranda se cubrió haciéndose una bolita. Cada golpe sobre su hombro era una explosión de rayos en su mente.

El hombre gritaba por cada golpe que le daba.

Ella soportó hasta que sólo sintió un ruido blanco.

*Yo soy Yaymena. Soy la jodida Yaymena.*

De repente, el hombre se alejó y la agarró por la capa.

En ese momento, Yaymena se la desprendió. Él se cayó de espaldas. Yaymena entonces giró sobre sí misma y se le prendió como una garrapata hasta que pudo levantar el cuchillo y clavárselo en la garganta.

Se levantó del suelo, exaltada, aturdida, malherida.

Miró a su alrededor. Ya no había adversarios.

– ¡¿Estos son todos?! – gritó.

Escuchó un grito desde el segundo piso.

– ¡Yo! – exclamó uno como un oso.

Apareció por las escaleras el tercer berserker, el que había aventado por el aire con la pistola de gancho. Tenía una pierna rota, pero mantenía el mismo estado de frenesí.

– ¡Vamos, pelead! – le gritó.

Yaymena caminó hacia él.

– ¡Ahhhhh! – espetó él golpeándose el pecho. Fue saltando a su encuentro.

Cuando estuvieron cuerpo a cuerpo. Yaymena le dio tres rápidas puñaladas antes de que éste la tocara. Una en los tendones del brazo izquierdo, otra en el derecho y la última en las cuerdas vocales. Él la agarró por el cuello, pero ya no salió voz de su boca, y sus dedos no pudieron apretarla.

Yaymena lo quedó mirando, firme y segura.

Lo agarró por las muñecas, se las dobló, y cuando éste quedó de rodillas, le golpeó en la sien con el mango del cuchillo.

Cuando el cuerpo de ese hombre tocó el suelo, Yaymena volvió a desaparecer.

Miranda dio pasos torpes hasta encontrar la pared. Jadeaba, a su cuerpo le estaban sucediendo muchas cosas. Pero lo que más le sorprendía era su brazo izquierdo.

– ¿Cómo...? ¿Cómo pudiste usarlo? – le preguntó a Yaymena en voz alta.

De repente había mucho silencio.

Caminó agarrándose de las paredes. Cruzó el umbral de la puerta, por encima del montículo de cuerpos que había dejado. Al inicio y al final. En el último tramo se resbaló con la sangre y cayó de rodillas al suelo.

Soltó un gemido cuando tuvo que apoyarse con su brazo derecho.

Se arrastró hasta Zyra.

Ésta tenía los ojos abiertos.

Algo en Miranda se descomprimió.

– Estás viva – suspiró.

Ella sólo la miraba.

Miranda se puso de rodillas, pero perdió fuerza y terminó sentada contra el pilar. Respiraba con dificultad.

– Sos Miranda – dijo entonces Zyra.

Se dio cuenta que había perdido por completo la máscara. Sólo quedaba su traje interior y algunas almohadillas. Su cinturón estaba vacío. El cuchillo y la pistola de gancho estaban allá delante, aún hundidas en sus víctimas. Lo único que quedaba eran las protecciones de sus puños, sus pies y sus antebrazos. Aunque el derecho parecía a punto de fracturarse. Y en cuanto al color.

– Estás bañada en sangre – le dijo Zyra. – No te ves nada bien, prima.

Miranda sonrió. Fue extraño.

Apoyó la cabeza en el pilar.

– He estado peor – dijo con voz ronca.

Zyra guardó silencio.

Miranda entonces agachó la cabeza y la miró. Literalmente estaba echada contra el pilar, como un cadáver. Su piel, sus ojos, su ritmo cardíaco...

– Zyra – habló Miranda con preocupación. – Tu corazón no está latiendo.

Los labios resecos y sin color de Zyra se desplegaron un poco. Supuso que era un intento de sonrisa.

– Es que estoy muerta, Mir.

– Pero...

– O más bien. Soy un zombie. ¿Conocés de esos, verdad?

Miranda frunció el ceño. Se acababa de dar cuenta que la voz de Zyra no salía de manera natural. Aunque no terminaba de comprender cómo se estaban comunicando.

*No. No estoy delirando. No está en mi mente. Puedo afirmarlo con absoluta certeza. Lo que estoy percibiendo, es externo.*

Yaymena asintió.

Uliana también.

El resto también.

Entonces una figura muy alta apareció desde una esquina. O tal vez ya estaba ahí. Portaba una máscara.

– Filomoris. Bueno, le robó su identidad.

– Sí, reconozco a Filomoris. Pero medía 1,77. No dos metros y medio.

– Vaya – dijo Filomoris. – Sacas buenos cálculos para estar al borde de la muerte.

– Me falta mucho para estar al borde la muerte.

Filomoris se miró las uñas.

– Sí... lo sé.

Zyra se aclaró la garganta. En cierto sentido.



– Oh, claro. El tiempo apremia en una situación como esta, y sé que eres una mujer de pocos detalles, así que iré directo al grano.

– En realidad no sabéis cuánto y qué sé de todo esto.

– Afirmó Miranda.

*Uliana, silencio.*

Filomoris lució sorprendido.

– Es cierto. Ese es el verdadero motivo.

– Miranda, a Zyra la está manteniendo viva Hoferos, el Dios de la Guerra. Él espera que el cofre vuelva a ella, y así regenerarse y volver a... la vida. Pero esta muchachita no quiere aceptar el cofre. He allí el disparador de todo este... alboroto – dijo mirando el montón de cadáveres frente a ellos.

– ¿Por qué Hoferos la mantiene en ese terrible estado, entonces?

– Porque ahora siente que lo he traicionado y quiere darme esta estúpida condena. Aunque estoy segura

que mantiene una pequeña esperanza de que cambie de opinión.

– Hmm.

Filomoris dio unos pasos y se sentó sobre dos cuerpos apilados. Eso lo hacía ver aún más largo de lo que era.

– El punto es que la princesa Zyra se enteró que Esker’lamet no tiene ninguna intención de seguir los planes del dios. Lo utilizó para acercarse a ella. El ser más fuerte de este mundo. Al menos, que Esker’lamet conozca.

Zyra hizo algo parecido a una risa.

– Es muy loco. ¿No, Mir? Un demonio inclinándose ante un dios, tramando su propio plan para, cuando obtenga más poder que él, derrocarlo y ser la ama del infierno. Bueno, no sé si eso existe. Del mundo, digamos. Y por supuesto, mi estúpido no-padre no conoce ese plan. ¿Y sabés por qué?

– Él puede ocultar pensamientos de una entidad a otra entidad, puede crear ilusiones y cambiar la forma en que perciben los humanos. Como ahora, creando una burbuja psíquica en la que mantenemos esta conversación.

Tanto Filomoris como Zyra quedaron en silencio.

– ¿Qué? – bramó Zyra.

Filomoris se acercó un poco más a Miranda. Parecía examinarla. Luego, se echó hacia atrás.

– Tú... Tú... Tú no has dicho eso.

– Parece que no eres el único Guarda que anda en Jaiva – dedujo Zyra. – Que raro Miranda, siempre queriendo ser especial.

– No seas infantil. Decidnos qué podemos hacer, Filomoris.

– Pues... – Aún parecía impresionado. – Ahora que te veo de más cerca, con lo perturbada que está tu mente. Creo que ambas son bastante compatibles para jugar una buena carta. Hmm.

– Ya, decilo, tonto. – El cadáver de Zyra parecía bastante nervioso.

Primero, necesito un cuchillo.

El Guarda se levantó como un anciano. Caminó entre los cadáveres y tomó el cuchillo de Miranda. También le trajo su pistola de gancho, cuál tuvo que limpiar un poco de entrañas.

– Bien – dijo cuando se acercó. – Zyra. He encontrado una forma de destruir el cofre.

– ¿De verdad?

– Sí. Esta mujer no lo sabe o me lo puede ocultar muy bien, pero sin dudas no es... de la misma especie.

De alguna manera, Miranda sintió que Zyra suspiró.

– Sí, medio me lo he sospechado siempre. Su cuerpo nunca fue normal. ¿Pero decís que es una almeisán?

– Hmm, no. No hay ningún dios en su sangre. Es otra cosa. Una cosa antigua y críptica. No puedo dar afirmaciones ahora mismo, debería investigar. Pero

sí algo sé es que si eso es lo que creo que es, es algo que Esker'lamet odia.

– Vaya, te pusiste verborrágico. ¡Miranda se está desangrando, idiota!

Filomoris espabiló y de un sopetón tomó las manos de las dos. Miranda no lo sintió, pues era la izquierda.

– Zyra. Deberás pedirle a Esker'lamet que te dé vida. Pero vincularás tu sangre con la de Miranda. Compartirás Esker'lamet con ella, pero no serás aún de ella. Hoferos se enterará de los planes de Esker'lamet a través de Miranda. Pero él ya no podrá quitarte lo que te dio, porque entonces, debería atravesar primero por esta mujer.

– ¿Y por qué no lo haría? – preguntó Miranda.

– Si mis verborrágicas vaticinaciones son ciertas, no querrá hacerlo, Miranda Crosborten.

– No entiendo – interrumpió Zyra. – ¿Me estás pidiendo que al final me entregué al pinche demonio?

– Estarás haciendo un pacto no con uno, sino con dos demonios, princesa.

– ¿Qué?

La visión de Miranda comenzaba a nublarse.

– ¡Apresurate, Filomoris! – espetó Zyra.

– ¿Aceptáis ambas?

– ¡Hacelo ya! – gritó Zyra.

Miranda movió lentamente su cabeza.

– Sí.

Le hizo un tajo en la palma de la mano izquierda a Miranda, y en la palma derecha a Zyra.

– Llámala, princesa. Llama a Esker'lamet.

Zyra cerró los ojos.

Filomoris unió las manos de las dos mujeres. Miranda no sintió nada en un principio. Pero entonces vio que el cuerpo de Zyra comenzaba a

recomponerse a un nivel irreal. Su carne, su color, sus ojos, y al mismo tiempo, a través de la herida en la mano, Miranda sintió que algo entraba en ella. Sintió un ardor en todo su cuerpo, chilló, y sintió que Zyra comenzó a chillar también cuando volvió recuperó sus cuerdas vocales.

Era un dolor insoportable, sufrimiento, ira, poder, sed, vida, guerra, venganza, olvido, vacío, oscuridad. Sintió que tocó lo más profundo de Zyra y ella lo suyo, pero sin conocimiento. Como si sus almas se atravesaran, o más bien, como si un pedazo de cada una fuera a parar al cuerpo de la otra. Y hubo muchos choques, mucho ruido, muchas visiones que no podían entender.

Por un momento, sintieron que eran dos almas en un solo ser.

## ZYRA

Y al final estaba viva. Se detuvo un momento para sentir la sangre volver a correr por sus venas, el tacto del viento sobre su piel, los colores grises y azulados del ambiente, contrastado con ese rojo imborrable que se esparcía de un montículo de cosas que aún no caía en cuenta qué era, y dejaba un reguero hasta una persona a su lado.

Se le ocurrió un chiste, pero algo en ella había cambiado. Sentía... miedo. Como si una paloma temiera perder su nido, o que su cuerpo se volviera a poner frío otra vez, y sólo se redujera a ser un cerebro con pulsos eléctricos mantenidos por una entidad exterior, poderosa y muy pero que muy difícil de explicar científicamente. Era como si... ahora supiera lo que significaba estar viva.



Mientras se levantaba del suelo, y sus manos se afirmaban sobre pedacitos de escombros y casquillos de balas, recordó el día en que estaba en la playa, y sentía la arena en sus pies. Las gaviotas planeaban a su alrededor y el agua del mar le mojaba hasta los tobillos. Recordó el viento purificador, y las caminatas con su madre por el muelle. Recordó los dulces besos de Reminis en la cama, y el calor de sus abrazos. Las carcajadas y los chistes tan tontos que se decían con FiFi, a quien en realidad sí consideraba una amiga.

Recordó cuánto extrañaba a Miranda. Acababa de luchar contra toda la sociedad justiciera, sólo... por ella.

Se incorporó con cierto vahído. Observó la escena a su alrededor.

No pudo decir nada cuando vio la cantidad de cuerpos en la entrada de la sala. Tanta sangre, carne, rostros de dolor que aún seguían con vida.

– Eso... Eso es la guerra – le habló Miranda, con la voz ronca.

Zyra miró a su derecha. Aún estaba echada sobre el pilar. Le espantó el estado en el que se encontraba.

Se llevó una mano a la boca.

Luego buscó a Filomoris.

– Hey.

No lo veía por ningún lado.

Se agachó sobre su prima.

– ¿Por qué no te has regenerado como yo?

Miranda levantó su brazo izquierdo.

– La curación se detuvo justo en mi hombro. Luego se cortó.

– ¿Por qué?

– Mi sistema inmunológico no lo toleró. Creo. Creo que ahora tengo un tumor en lugar de una herida.

Zyra le miró el lugar donde tenía un hoyo. Ahora tenía un bulto.

– No estoy entendiendo bien.

– No importa. Ayúdame a levantarme.

Zyra puso sus manos debajo de los hombros de su prima y la levantó de un movimiento.

Luego la ayudó a sostenerse sobre ella.

– Es cierto, Zy – murmuró Miranda. – Tenés fuerza.

– Ja, ja. Sí. – Cambió su sonrisa por un suspiro. – Pero nunca he sabido utilizarla.

– Vamos a la ventana.

La llevó hasta allí.

– Podrías entrenarme, Mir. ¿Te imaginás mi fuerza con tu destreza?

Miranda sonrió adolorida.

– Eso sería algo bueno de ver.

Miranda se apoyó sobre el umbral de la ventana. El viento sopló sobre ambas.

Zyra la observó mejor. Se dio cuenta de lo peor.

– No te estás muriendo... ¿verdad?

Miranda cerró los ojos.

Ahora que la miraba de más cerca, notó las venas violetas que avanzaban por su cuello. Su piel estaba pálida, y el pelo estaba perdiendo color.

A Zyra le dio un calambre en la panza.

– ¡Te he envenenado! Filomoris nos mintió.

– Era imposible que pudiera predecir lo que sucedería.

– Es un Guarda. Y un mentiroso. ¿Conocés a los Guardas? ¿La orden de los Guardas?

– Algo, sí. Pero nada ni nadie podrá saber nunca el futuro, Zyra. La realidad es demasiado compleja para que incluso un ser como Filomoris pueda predecir un resultado.

– Estás mintiendo. – Le salió una risa inesperada. – Wao, Mir, aún seguís siendo la misma.

La justiciera sonrió.

– Vos sabías que esto pasaría.

– Sí... Y él también.

– ¿Por qué lo hizo? – Se quejó Zyra. – Maldito bufón...

Miranda apoyó ambas piernas y se enderezó.

– Porque vos sos más importante, Zy.

Eso le llegó al corazón.

– Mir... No te atrevas a morirte. Ahora que te he perdonado. ¡Me debés un entrenamiento! Además... Si lo hacés, Esker'lamet se apoderará de mí.

Miranda ajustó las tiras de las protecciones de los antebrazos. Pudo escuchar un respingo de dolor ahogado.

– He intentado... – se ajustó la del otro brazo. Hubo un mohín de dolor en su rostro. – morir muchas veces, prima. Y nunca lo he conseguido.

Sacó su pistola de gancho del cinturón.

– ¿Qué vas a hacer? No vas a bajar con eso, ¿verdad?

Miranda disparó a la cornisa encima de ellas. El arpón se enganchó a unas vigas.

– Mirá a tu alrededor, Zyra. ¿Ves todos esos vehículos apagados, silenciosos y escondidos alrededor de la manzana? ¿No escuchás el silencio de los depredadores esperando que abandonemos el edificio? Y allá abajo.

Miraron al patio. Kira Mara y sus discípulas permanecían estoicas alrededor del portón de entrada. Kira las estaba mirando.

– ¿Vas a pelear contra ella?

– Sí. No te dejarán ir.

– Yo... – Iba a decir que podía derrotarla, que nadie podía matarla, pero ahora sentía la fragilidad de la vida, y la incompetencia de su fuerza. – Maldita sea, Miranda. Quiero pelear también.

– No es hoy.

Zyra se sintió frustrada.

– ¡Joderos, Kira Mara! ¡Yo te admiraba! – le gritó desde el ventanal.

– Haceme un favor, Zy. – tosió Miranda. Su puño se llenó de sangre. – ¿Me alcanzás la capa?

Zyra fue a buscarla. Estaba sucia y resbaladiza por los fluidos. La sacudió tanto como pudo y se la alcanzó a su prima.

– Ponemela. Mis hombreras tienen un encastre.

Zyra examinó sus hombreras. Ya no estaban allí.

– Ehhh.

Miranda suspiró.

Zyra no quiso decepcionar a su prima, así que tomó las dos puntas de la capa y se la ató alrededor del cuello.

– Gracias. – El tono de Miranda fue agradable.

– Mir... – Iba a decirle una cosa. Pero al final vio a Kira y recordó qué fueron ellos quienes quisieron asesinarla. Los que deseaban el cofre. – Dale una paliza.

Zyra se hizo un paso al costado.

– ¿Ves aquel auto gris? – le murmuró Miranda, mientras cambiaba el cable enganchado a sus muñequeras. – El que está a 45 grados de nuestra posición. Debajo del árbol y a la izquierda del kiosco.

– Sí – murmuró ella también. – Es el auto de Fernis.

– Reminis está allí. Seguro con Fernis y Berenice. Debés llegar allí e irlos tan lejos como podáis.

Zyra suspiró.

– Está bien. – De pronto recordó el plan de Filomoris. Se envalentonó. – ¡Miranda! Ahora podemos ir a buscar a Berenice. Ya no importa que el cofre esté conmigo. Lo destruirás.

– Sí... – dijo Miranda con cierto derrotismo. – Todo terminará pronto, Zyra.

Ella le dio la mano derecha. Cuando ambas manos heridas estuvieron en contacto otra vez, sintieron de nuevo la conexión.

– Nos vemos luego, Mir.



Miranda se dio la vuelta y saltó al vacío. Su capa flameó y el cable comenzó a desenrollarse con un sonido aceitoso y metálico.

## MIRANDA

Tocó el suelo y creó una onda de arena a su alrededor. La capa hizo un gran arco oscuro antes de desatarse y caer al suelo.

A 50 pasos estaba Kira Mara, con la katana desenfundada.

– Ya se demostró tu fuerza, Miranda Crosborten. – dijo la justiciera con voz clara. – Ahora se demostrará tu honor.

Miranda tuvo que dar unas pisadas para acomodar su postura. Estaba débil.

– ¿Por qué pensás que hago esto por honor, justiciera?

– Fuiste la mejor agente de la Compañía de Operaciones Especiales. No creo que todas tus medallas hayan sido obra del despotismo y la

vanidad. Valor, honor, fuerza, voluntad. Palabras que distinguían a la sargento Miranda Crosborten.

– Una admiradora.

– Yo no rechazaba a las fuerzas de seguridad nacional, como el resto de los justicieros. Gracias a vos, mi esperanza en el Estado reapareció luego de años de oscuridad y rebelión. Pero. Cuando te convertiste en Yaymena. Te corrompiste. Te convertiste en la mano oscura de Jaiva.

– Vosotros también asesinaste, robasteis y generaste caos en la ciudad. Vosotros sois la razón de mi existencia.

Kira Mara hizo silencio. Luego asintió.

– Tenéis razón. El Estado y la Sociedad te crearon. Pero no fuiste lo mejor de ambos. Fuiste lo peor. – La justiciera dio un paso hacia delante y bajó la katana con odio. El arma silbó en el aire. – Porque no hay nada peor, Miranda, que la violencia avalada por el Estado, cuyo propósito debía ser proteger y traer la

paz en un mundo de lobos. No hay nada peor – espetó – que la voz de la razón y las leyes, genere terror. Que gobierne la guerra. Que el conquistador les haga creer a sus esclavos, que ellos son los culpables.

La señaló con el arma.

– Y vos, sois eso.

Echó a la carrera.

Miranda se puso de costado y levantó sus brazos. Fue extremadamente rápido. El filo de la katana cortó el aire. Miranda alcanzó a cubrirse con el antebrazo y desviar la trayectoria del ataque. Ambas pisaron fuerte en la arena.

Kira Mara tomó distancia y bajó la katana.

Un tajo ascendente. Miranda llegó por poco a bloquearlo. Saltaron chispas.

Intentó atacarla con el puño derecho, pero Kira Mara saltó hacia atrás. Se le fue de alcance. Un error.

La katana se movió horizontal como un rayo plateado. Cortó su muslo. Miranda alcanzó a cambiar de pie de apoyo y retroceder.

Otro ataque horizontal. Un revés.

Miranda giró en el sentido del ataque y bloqueó el filo. Pero Kira Mara giró sobre sí misma y la atacó con el arma sobre su espalda.

El filo entró unos centímetros en la espalda de Miranda.

Saltó hacia adelante. Rodó, esperando que Kira Mara corriera atrás ella para atacarla. Pero se quedó en su lugar.

Cuando Miranda se incorporó, la justiciera puso la katana a la altura de su hombro.

Miranda contenía el dolor de sus heridas.

– ¿Necesitas un arma? – le preguntó la justiciera. –

Mis chicas te prestarán las tuyas si lo deseáis.

Maldita perra. La justiciera sabía que no sabía manipular un arma tan larga como una katana.

- No, gracias.
  - Tened en cuenta – pareció leerle los pensamientos.
  - Que si utilizáis esas muñequeras, romperás las reglas. Mis chicas no dudarán en atacarte.
  - ¿Las reglas?
  - Es mi privilegio, Yaymena.
- Miranda apretó los puños.
- Vete al carajo.

Miranda se lanzó a la carrera. Confió en que esta vez iba a poder leer sus movimientos. A dos metros frenó de golpe. Sus pies levantaron tierra y arena hacia delante, que fue atravesada por la espada de Kira Mara. Miranda la vio y a riesgo de quedarse sin mano, contraatacó con su muñequera derecha. El filo se clavó en la DiMac tan profundo que quedó incrustado cuando Miranda cambió el ángulo de su muñeca. Entonces avanzó un paso y le dio un zurdazo a la justiciera.

Pese al impacto, y a la fractura de su nariz, Kira Mara no soltó la katana. Se torció y dio un rodeo para intentar sacar el filo de su muñeca. Miranda aprovechó eso.

Bajó la mano. Kira Mara quedó expuesta.

Miranda rugió con su garganta y le dio una patada detrás del codo izquierdo a la justiciera.

Kira Mara apretó la quijada cuando las puntas de la bota de Miranda sacudieron su brazo.

Soltó el arma y retrocedió.

Se sujetó el brazo izquierdo, que colgaba sin fuerza, mientras retrocedía. Parecía confundida.

Miranda quedó atenta a las demás justicieras, que estaban a punto de atacar.

– ¡Alto! – gritó Kira. – Fue un golpe justo.

– Utilizó la muñequera. – arguyó una de las discípulas.

– Ella sabía a qué me refería. – La miró. Su nariz sangraba – Vos decidís cómo continúa esto.

Miranda lo pensó unos instantes. Miró al ventanal del tercer piso del edificio, detrás suyo. Zyra ya no estaba allí.

Y Kira Mara también lo notó.

– No podrá escapar – comentó.

Miranda perdió fuerzas por un instante. Se apoyó en la tierra con la mano mala. El corte ya se había cerrado con una costra blanca que contrarrestaba con el color del guante. El tajo había sido limpio, pero lo más impresionante es que había atravesado la tela de la mano sin problemas. Eso le dio una idea a Miranda.

El cuchillo.

Se incorporó con un tambaleo. Se quitó la DiMac derecha, que se rompió en dos partes. El cable enrollado cayó al suelo como las entrañas de un robot.

Sintió la presencia de Filomoris cruzar detrás suyo.

Mi cuchillo.



Luego tomó la katana, era tan liviana como su cuchillo. La tiró a los pies de Kira Mara.

Aquella la miró con aprobación.

– Queda algo de honor en vos – le dijo.

Tomó el arma con la otra mano.

– Desafortunadamente, Miranda. Esta es mi mano diestra.

Miranda intentó girar el hombro izquierdo mientras sonreía. El bulto donde había sido perforado le respondió con un dolor mordaz.

– Sois... tan hipócrita – le gritó a la justiciera.

Miró por el rabillo del ojo. Vio el filo plateado de su cuchillo semi hundido en la arena.

– No utilices palabras con liviandad, Miranda.

– Jamás lo hago – respondió ella. Caminó reagueando hasta donde el cuchillo. Con un resuello, se inclinó para juntarlo. Observó su rostro en el filo plateado y limpio. Los mechones de su frente estaban apelmazados con la sangre ya seca de la cara. Su ojo

derecho estaba hinchado. Tenía un corte superficial en la mejilla y varios impactos de esquirlas en los pómulos y en el mentón.

Se dio la vuelta y salió del montículo de arena.

– Buena suerte – la despidió Kira Mara, mirando el cuchillo.

Miranda no dijo nada.

La katana bajó, en un ángulo diagonal. La justiciera se inclinó levemente hacia adelante. Y se lanzó a la carrera, con el brazo derecho colgando.

Miranda inspiró, aunque ya estaba agotada. La esperó, como siempre esperó la muerte. Aquella que nunca llegaba.

En el último instante, Miranda cambió de mano. Tomó el cuchillo con la derecha. Kira Mara estaba a 4 pasos. Al tercero, la katana subió invisible por el aire frío de la noche.

Miranda giró hacia la izquierda. Puso su muñeca delante de su cuello mientras se echó hacia atrás.

Sintió un ardor en la cadera, luego un chispazo que raspó la DiMac izquierda, y finalmente el filo que ascendió por su mentón, su mejilla y su ceja.

Miranda cayó de espaldas sobre la arena.

El filo de la katana brilló con regueros de sangre por encima de ella. Kira Mara dio vuelta el arma con un movimiento e invirtió el filo, colocándolo hacia abajo. El golpe de gracia.

Kira Mara bajó la hoja directo hacia su pecho.

Miranda sujetó la punta con ambas manos. Apretó. La sangre brotó de sus manos. Kira Mara pujó, pero Miranda no cedió.

– Es inútil, Miranda... – expresó, para cuando el filo del cuchillo plateado que Miranda había lanzado al aire justo antes del ataque, descendió y entró en la espalda de Kira Mara – Escupió sangre por la boca. La expresión de sorpresa se impregnó en la retina de Miranda.

Soltó la katana y dio pasos torpes hacia un costado. Miranda sabía que el filo se había clavado por completo. Penetrando sus pulmones y quizás llegando al corazón.

La justiciera se quedó de pie, ahogándose en su propia sangre. Parecía un sistema innato, la de no caer.

Miranda lanzó la katana a un lado. Y descansó en la arena. Se quedó mirando el cielo, hasta que escuchó cómo el cuerpo de su contrincante se desplomó en el suelo.

La respiración de Miranda se ralentizó.

No se veía una sola estrella en el cielo.

Escuchó que las compañeras de Kira Mara se le acercaron.

– Habéis ganado de manera justa.

Miranda bajó la cabeza. Quitaron el cuchillo del cuerpo de su maestra, lo arrojaron al lado de ella, con cierto desprecio. Luego levantaron el cuerpo y se lo

llevaron. Las escuchó salir por el portón, y perderse en la noche.

Sintió paz.

Sus ojos se cerraron con tranquilidad, y abrazó ese sentimiento analgésico. Dejó de sentir su cuerpo.

– Ya has combatido suficiente, muchacha.

– Te ganaste un lugar en el cielo. O en el infierno.

– Pero primero, te sacaremos de este cementerio.

Vos... sólo... relajate.

Sintió calor debajo de su cuerpo. Se elevó en el aire.

Sentía que flotaba.

Escuchó una tos.

Entonces abrió los ojos. Y los vio.

Lourdes Sáa. Teodoro Montes. Jaime Séneca.

Lourdes se acercó a su rostro. La estaban moviendo.

– Supongo que el café tendrá que esperar, eh, sargento. – Le sonrió.

Miranda volvió a cerrar los ojos.

Le agradó sentir que aún tenía compañeros.

De repente estaba dentro del convoy. El mar de oscuridad en sus retinas se volvió blanco.

– No te preocupes, sargento. – Sentía como examinaban sus heridas. – Estás bien jodida. Pero no creo que mueras. – Era la voz de Giovanna Taris.

– Al menos está de una pieza. Una pieza bien fea. – La voz de Renato Alcatraz.

– Callaros – ordenó el capitán Montes. – Vos ponete a manejar. Hay que sacarla de este lugar. Vosotros dos, poneos en posición. Las malditas cucarachas nos perseguirán. – Y en cuanto a vos – lo escuchó cerca de su cara. – Sé que te morís por hablar, pero te ahorraré el trabajo. Nos hemos encontrado con tu amiga, Reminis. Están en un lugar seguro, junto con la jefa.

– Y también su prima, capitán. – Escuchó a Giovanna.

– Ah, sí. – dijo Montes. – Deberías darle las gracias la señorita Van Derhart cuando la veas. Ella me convenció de la extracción. Incluso contradiciendo a la directora Algamasa.

*Voy a darle más que un agradecimiento, capitán. Mucho más.*

– También tenemos la ubicación de tu hermano – agregó Giovanna. – No quiso abandonar a su novia, pero están bien ocultos.

Miranda ya no escuchó más nada porque perdió la consciencia.

## **CAPÍTULO 17** ‡

### ZYRA

Zyra se miraba las manos. Sus dedos estaban rellenos. Era curioso como las palmas de sus manos siempre tuvieron ese color pálido, como en todos los negros. El tajo diagonal que atravesaba su mano derecha ya había cicatrizado, aunque de una forma extraña. Estaba morado, pero no como moretón sino como una amatista, o la obsidiana en los videojuegos. Estaba sentada en una barra, con los pies colgando. Los movía relajados, pero sobre todo con cierta alegría. Se sentía bien. Hacía tanto tiempo que no se sentía así. Limpia, sana, juguetona.



– Parecés una nena chiquita que descubrió que tiene manos – le dijo Reminis, que estaba entrando al comedor. Traía café y un plato con sandwich.

Zyra le sonrió. Le aceptó el café y le dio un gran sorbo. Tenía leche.

– Hmm – saboreó. – Que rico.

Reminis se sentó en una de las butacas. Puso el plato al lado de Zyra.

– También deberías comer.

– Por su pollo – habló con un bigote color dulce de leche. Reminis lanzó una risilla, y eso a Zyra la hizo poner carita china. Se limpió y agarró un sandwich. Le dio un verdadero mordisco.

– Por diosss – habló con la boca llena. – Todo está tan delicioso. – Quiero ser coemista para venir a este restaurante todos los días.

– Tienen mucha comida los coemistas – alentó Reminis con gracia. – Ser soldado debe ser un gran desgaste de energía.

– Ni modo.

Pasaron unos segundos en silencio, masticando y bebiendo. Miraban las puertas dobles del otro lado del comedor. Tenían dos cuadrados vidriados al que, luego de un zaguán, le llegaba la luz de la calle. La textura distorsionaba la luz, pero se notaba cuando un vehículo pasaba o alguien se acercaba. Luego había un gran ventanal que dejaba entrar un resplandor anaranjado, que parecía provenir del cielo.

Zyra notó que Reminis la estaba mirando.

Ella hizo un gesto con la boca llena.

– Gmm. Ya sé que me vas a decir. – Tragó. – ‘hey Zy, había escuchado que te estabas muriendo. Que las drogas te consumieron hasta lo que no tenés.’ Y te diré, es cierto. Pero ya me curé.

Reminis apoyó un codo sobre la mesada y juntó las manos. Tenía una expresión suspicaz y detectivesca.

– Sé que es lo que siempre decía. – Se río. – Pero esta vez es cierto. – Le mostró el corte de la mano.

– No comprendo qué significa.

Zyra la miró de pies a cabeza. Su sonrisa se borró por un instante.

– Vaya, Rem. Qué cambiada estás. Modo seria. Te parecés hasta a mi prima.

– Sólo quiero saber si estás bien. No nos hemos visto en mucho tiempo. Pasaron cosas poco graciosas, Zy.

Reminis se acomodó en la butaca.

– Igual, está súper que aún conserves tu personalidad. Eso me alegra. Lo noto genuino.

Zyra jugó con el borde del pan que había quedado en el plato.

– Sí... – Suspiró. – Cosas poco graciosas. Como cuando me dejaste diciéndome que aún era inmadura. Que nuestra relación era algo que estaba mal. Que no podías darme lo que necesitaba.

– Zyra...

– No, está bien. Tenías razón. Recién ahora lo veo. Era una pinche adolescente. Todavía lo soy, claro. Ahm... Pero podrías haberme dicho la verdad, Rem.

– La miró a los ojos. – Que te prostituías para poder vivir. Una doble vida. Como los justicieros. Pero sabés qué sí me da un poco de... enojo. Que cuando sucedió eso. El estúpido enfermo de Hernán Guillet pasó en auto con sus amigos, ¿lo recordás?

– Por supuesto que sí.

– Te gritaron prostituta.

– Fue una palabra mucho peor.

– Sí, bueno, no recuerdo, iba muy peda. Pero, yo te defendí. Y actué como bravucona porque no sabía que... eso era cierto. ¿Te acordás? ¿Cuando decían que eran clientes tuyos? ¿Que te habían cogido? ¿Que yo andaba con una puta que media Jaiva se había montado?

A Reminis se le pusieron los ojos vidriosos.

– Lo siento, Zyra. Me daba vergüenza contártelo.

– ¿No era yo la inmadura?

Reminis hizo un gesto de confusión.

– ¿Y qué pasó después, Rem? En serio – se quedó mirando las zapatillas que llevaba puesta. Eran de Reminis y le quedaban grandes. – Está medio confuso lo que sucedió en el medio.

Reminis suspiró.

– Le tiraste una piedra al auto. Ellos se detuvieron. Bajaron y hubo una pelea. Te dije que corriéramos. Pero querías pelear. Te dieron una golpiza. Y a mí... No importa.

Zyra se sobresaltó.

– ¿Ellos... ellos te violaron?

– No. Sólo, me manosearon y me amenazaron. Alcancé a correr hasta la estación de servicio. Pero Hernán te metió dentro del coche. Cuando volví con la gente de seguridad de la estación, todos echaron a correr.

– ¿Por qué no lo recuerdo?

Reminis se extrañó.

– Sí lo recordabas. Hablamos de esto el día en que fuiste a visitarme al hospital, con Fernis y Berenice, ¿te acordás?

Zyra estaba confundida. Su cerebro no mostraba señales de enseñarle esa información.

– Recuerdo ese día, sí. Algo... borroso... Pero no recuerdo que hayamos hablado de eso, Rem. ¿Estás segura?

Reminis asintió.

– Entonces... – Zyra empezó a sentir algo extraño en la cabeza. La cicatriz en la mano empezó a picarle. Se la frotó contra el pantalón pijama, que era de Reminis también. – ¿Qué pasó después?

– Tal vez no debería decírtelo. Si no lo recordás es porque...

– Callate, Rem. No me hagas psicología. No tengo ningún recuerdo reprimido. Te dije que ya estoy mejor. Tal vez tenga que ver con... Que se yo... Sólo

contame. Te lo exijo como heredera del reino de Bosno.

Reminis levantó una ceja.

– Je, je. Lo siento, ese Filomoris me lo dice todo el tiempo. No importa. Porfis, Rem.

– Está bien, está bien.

Reminis bajó de la banqueta y se acercó a las heladeras que tenían detrás de la barra para tomar una lata de cerveza.

Zyra escuchó el clic al destaparla.

– No seas dramática – se quejó Zyra.

– Sólo estoy... buscando las mejores palabras – se defendió Reminis mientras daba un rodeo a la barra. Caminó hasta llegar a la posición anterior, pero se quedó de pie. Sirvió la cerveza en un vaso.

– Te encontramos en el auto de Hernán. Semi desnuda. Te había golpeado con algo en la cabeza. Tenías sangre. Estabas inconsciente.

Zyra frunció el ceño.

– ¿Me violó?

Notó que Reminis se perturbó con el uso tan liviano del término.

– Él... – Dio un trago de cerveza. – Tenías semen en el pecho y en la panza. Tu corpiño estaba roto. Pero conservabas los pantalones.

– Mis buenos pantalones.

Reminis la quedó mirando.

– Entonces odio a Hernán Guillet. No lo siento ahora. No puedo sentir odio. Es raro, ¿no?

– El día en que hablamos en el hospital. Luego de lo que me hicieron. Sentías mucho más que odio, Zy. Y yo también, pero estaba demasiado débil como para acompañarte en el sentimiento. Me juraste que te ibas a vengar de los tres. Tróbulos. Tomás. Y sobre todo, de Hernán. Que la mafia iba a caer bajo las llamas de la justicia.

– Woa.

Reminis le dio un gran trago a la cerveza.



Vieron las luces de la policía pasar por la calle. Rayos de azul y rojos se dispararon por todo el comedor. Recién entonces Zyra se dio cuenta que estaban a oscuras. Sólo las luces de las heladeras iluminaban el lugar. Juraba haber creído que todo estaba encendido.

– Ahh – comentó Reminis—. También había algo más – recordó.

Zyra vio que Reminis se enderezaba y se desprendía dos botones del pantalón sastrero. Le enseñó la parte superior de su pelvis, muy cerca de la cadera derecha. La adolescente primero le prestó atención a la tanga celeste semi transparente y al vello púbico afeitado que contenía debajo. Pero luego vio la marca que recorría su piel en forma diagonal. Era una cicatriz con gran relieve, sin marcas de puntos y de color rojo escarlata.

– Cuando te encontré en el auto de Hernán, luego de que el muy cobarde huyera – repitió aquella–, mi

primera reacción fue abrazarte y sacarte de ahí. Sentí un gran dolor en este lugar – enseñó su marca en la pelvis. – Me separé, te examiné y encontré que tenías un vidrio clavado allí. Un cristal de la ventanilla, seguro. No importa. La cuestión es que en ese momento murmuraste algo...

– ¿Algo cómo qué?

– No lo sé. No lo entendí. Pero segundos más tardes, ambas gritamos, y... vi tus recuerdos, aunque ya no los recuerdo, y sentí... como si fuera vos. No sé como explicarlo bien.

Zyra enseguida saltó de la barra, se bajó el pantalón y se miró la pelvis. Sintió un escalofrío al ver la misma marca, en el lado opuesto al de Reminis. Era una cicatriz con gran relieve, sin marcas de puntos y de color... rojo escarlata.

– Oh por todos los dioses, Rem – exclamó casi sin aire. – Invoqué... La invoqué y te até a vos... ¡Todo tiene puto sentido ahora!

– ¿De qué sardinas estás hablando?

Zyra se estremeció.

– Rem... ¿Estaba muerta, verdad?

– ¿Qué?

– Cuando me encontraste, ¿tenía pulso?

– No te tomé el pulso. Estaba muy nerviosa y desesperada. Vos... Vos no reaccionabas cuando te sacudí.

– Empiezo a recordar... – murmuró Zyra. – Él me estaba estrangulando. Mientras se hacía una paja sobre mí. – Pero... Es como un sueño. Yo hablaba, decía muchas cosas. Pero... ninguna de ellas salía de mi boca. ¡Maldita sea! Fue como hoy.

– ¿Cómo hoy? ¿Cuando Miranda fue a buscarte?

Zyra asintió. Caminó sobre las baldosas blanquinegras del comedor, con la mirada perdida en el vacío.

– Hoy... estaba como muerta. Huesos y piel. Consumida. Mir... Mir me dijo que mi corazón ya no

latía. Mi padre me mantenía entre la vida y la muerte.

– ¿Tu padre?

– El cabrón, el de mi sangre, el puto Dios de la Guerra.

Reminis apoyó el vaso en la barra. Su expresión de perplejidad la asombró. Ella esperaba más bien un “Qué tonterías decís Zy, ya hemos hablado de esto cuando salíamos”.

– Zyra – le dijo con seriedad. – He tenido muchos sueños con eso. Un elefante, guerra, y vos, ardiendo en llamas. Tus gritos de ira y dolor. Y... un cofre. He escuchado voces. Y-yo siempre pensé que eran trastornos míos, jamás le había encontrado sentido. ¿Por qué ahora siento que...?

– No son de tu mente sino del mundo – completó Zyra. – Es porque lo son. Hoferos es real. El cofre es real. Esker’lamet es real.

– Esker’lamet – farfulló aquella. Retrocedió unos pasos. – Ese es el nombre que he escuchado.

Zyra se acercó a Reminis y le tomó las manos.

– ¡Pero no hay nada que temer! – le habló con demasiado optimismo. – Me salvaste la vida, Rem. El pacto de aquel día, es lo que hizo que yo haya podido resistir todo este tiempo. Lo que me hizo mantenerme consciente del mal que representa. Gracias a eso, pude proteger el cofre de todos.

Reminis se quedó en silencio unos momentos.

– ¿Y dónde está ahora el cofre, Zyra? – habló con la voz apagada.

Zyra escuchó que llegó gente al complejo.

– Berenice lo está cuidando. Escondida. Nadie debía encontrarla.

Reminis pestañeó muy rápido.

– ¿Por qué se lo diste a ella? – susurró. Había algo en su voz que no supo distinguir. ¿Deseo? ¿Rencor? ¿Decepción?

Zyra se dio cuenta que incluso ella podía caer bajo la corrupción del cofre. Que incluso hasta en esas palabras, ya estaba gestada la tentación.

Así que fue muy seria al respecto.

– Porque ella es la única capaz de resistir a su voz.

– Berenice – canturreó Reminis–. Tan llena de bondad e inocencia... La heroína inepta cuya única habilidad es ser tan noble que el mal no puede poseerla.

Zyra le soltó las manos a Reminis y retrocedió.

– Decime que no dijiste eso. Vos no sos así, Rem.

La mujer bajó la cabeza. Sus ondas rojas cubrieron su rostro.

– Claro que dije eso – dijo con tristeza. Levantó de nuevo la mirada. – Porque me han hecho cosas aberrantes. Y no me importa si es un dios, un demonio o un puto cofre el causante. Me han destrozado las personas, de carne y hueso, como vos y como yo. He tenido que chuparles el pito tanto a

intelectuales como a ignorantes de la villa, a viejos y a adolescentes, y todos ellos, sin importar que tan nobles, buenos, inteligentes o astutos fueran, estaban gobernados por las mismas leyes que todos nosotros. Porque todos tenemos la misma sangre. Y los mismos impulsos que los animales salvajes. Esto no es un puto juego, Zyra. Y puedo sentir en mí, cuando me tocaste la mano con esa cicatriz, la maldad, la impunidad, el odio. Pero soy consciente de ello. Me hago responsable de lo que siento. Acepto la oscuridad. Porque si no lo hago, y juego a ser bondadosa, noble y heroína. Terminaré siendo destrozada otra vez.

Zyra estaba lagrimeando.

– Has cambiado... – gimoteó.

– Claro que sí.

– Ya no sos la persona que amaba.

– Zyra... Sos una chiquilla. Y perdón que esa palabra no te guste. Pero haber estado con vos solo fue un...

momento de fantasía, donde podía simular poder vivir locas aventuras y encuentros como esos adolescentes de la alta sociedad con jacuzzi y terrazas donde drogarse y escuchar música tech sin la preocupación de lo que van a comer mañana. Y lo lamento tanto. Porque te hice creer que lo nuestro iba a funcionar. Que yo podía seguir tu ritmo. Que podía salir impune de todas las tonterías que hacíamos. Pero sabés qué, Zyra. Yo soy humana. Y he pagado las consecuencias. Si me matan, me muero. Si me violan, jamás vuelvo a repararme. Y si no me cuido, me enfermo. No hay magia para mí. No hay salvaciones divinas.

Zyra pateó una banqueta en un ataque de ira.

– ¡Vete al diablo!

Luego se echó a llorar.

– Tenés razón – admitió.

Reminis se acercó y la abrazó.



- Sonás tan parecida a Miranda. Y yo la había perdonado.
- Por eso la odiabas. Porque siempre dijo las cosas que no querías escuchar.
- No quiero odiarla otra vez. Ni te odio a vos. Siempre te querré, Rem. A pesar de que... yo no sea la indicada.
- Ella tampoco te odia. Dio la vida por vos. Se arrepiente de haber sido tan dura con vos, Zy. Es difícil a veces decidir entre ser honesta y lastimar, o mentir y cuidar.
- Lo sé – gimió Zy. Se hundió en el pecho de Reminis y se quedó llorando unos minutos.
- Remi. ¿Vos me amaste?
- Te quise mucho.
- ¿Y ahora?
- Te sigo queriendo, Zy. Siempre serás importante para mí. Pero... no en la forma en que esperás que sea.

– Sí... Lo suponía.

Zyra se despegó del pecho de ella. Se secó las lágrimas. Se quedó mirando el collar que colgaba de su cuello. Su hermoso y blanco cuello. El que había besado tantas veces.

– Y... – Se quedó pensando. – ¿Estás enamorada de alguien más?

Reminis se quedó callada.

Recordó que vivió un mes en la casa de Miranda. Recordó qué habló de ella como si la conociera un montón. Su corazón se encogió.

– ¿Te enamoraste de Miranda? – le preguntó con fatalismo.

Reminis sólo la miraba. Sus ojos también estaban lacrimosos.

– Respondecme, por favor. ¿Te enamoraste de Miranda?

– Yo... Creo que...

Entonces abrieron las puertas.

Analía Algamasa se presentó en el comedor.

– Llegaron. Miranda está viva.

Reminis se bajó de la banqueta y fue tras Analía con apremio.

Zyra sintió que eso respondía su pregunta. Y tuvo muchas, muchas ganas de llorar.

## RENATO

Renato Alcatraz era el más joven del pelotón sexto de la COEM (Compañía de Operaciones Especiales de Marsenia). Un joven excepcional con la puntería. El único que superaba a Miranda Crosborten. Su rol como francotirador en el pelotón sexto era el más codiciado por todos los francotiradores de la COEM. La sinergia con Miranda siempre había sido emocionante y efectiva. Algo que a los superiores les agradaba.

Pero además de ello, Renato y Miranda compartían otra cosa. Sus padres también habían sido compañeros. Natalia Crosborten e Hidalgo Alcatraz. Abogados del Juzgado Federal de la jurisdicción de Jaiva. Su padre tuvo una muerte trágica en el año 2019, cuando un camión lo quitó de la carretera en una noche lluviosa, de camino a Villa Calvento, un

pueblo sin renombre en donde sus hijos lo esperaban. Renato recordaba que su madre le había dicho en el velorio que no se arrepentía de negarle la custodia de sus hijos. Que su padre estaba loco, ferviente creyente en las místicas elisénicas. Que el destino que le tocó, estaba segura, se lo había buscado él en propósito de algo mucho más loco que él.

Poco tiempo más tarde, tuvo una excursión escolar de fin de año. De visita al Congreso Nacional, se encontró con la abogada. Natalia estaba con dos niños.

– Hola, pequeño – lo había saludado la abogada –. Estos son mis hijos. Miranda y Fernis.

El padre de Renato siempre le hablaba de esa mujer. Casi como si estuviera enamorado. Sabía por él que Miranda era adoptada. Pero el parecido entre ambas era increíble. Recordaba haberle preguntado si el

otro niño también era adoptado o si ahora podía tener hijos.

Natalia había quedado mirándole con una expresión de perplejidad. Luego, sonrió, le dio una palmadita en la cabeza y le dijo:

– Hoy mismo estamos tramitando sus papeles.

– Su madre murió la semana pasada – había dicho Miranda, que se había colado por las piernas de su madre.

– ¡Miranda!

– Y tu padre le dio a Nat un libro bien que bien raro. Mostrale, ma.

Natalia se había puesto roja como un tomate.

– Miranda, por todos los cielos. Ya, vámonos. Fue un gusto verte, Renato. Tu padre siempre hablaba de vos.

Se estaban dando la vuelta cuando Renato las detuvo.

– El Mayestredum – exclamó Renato, con cierta ira.

Natalia se quedó viéndolo unos instantes.

– Él te dio su Mayestredum, ¿verdad? – había repetido Renato.

Pudo ver como a la mujer le habían temblado las piernas. Volteó con lentitud y se le acercó. Se puso en cuclillas. Miranda la siguió.

– Tal vez debía ser para vos. ¿Querés que te lo mandé por encomienda? Yo... no comprendí por qué me lo dio.

– No – respondió él con claridad. – Si te lo dio, es porque es para vos. Papá... Era raro, pero muchas veces acertó con cosas. Me dijo que se lo había dado un primo suyo, el día anterior a que murió ahogado en el mar.

– Tu padre se lo dio a Nat el día anterior al accidente.

– ¡Miranda! No seas insensible.

– Sí, ya lo suponía – dijo alicaído Renato—. Bueno. Me voy, antes de que la señorita comience a buscarme.

– Hey – lo llamó Miranda, escabulléndose de los brazos y los monólogos de su madre. Le habló en voz baja para que nadie escuchara. – ¿Qué significa que le haya dado el libro a Nat?

Renato le vio los ojos a Miranda. Su rostro blancuzco. Su pelo azabache.

– No sé, es un libro para locos. Cuando tu mamá esté loca, lo va a entender.

Miranda frunció el ceño.

– La madre de Fernis estaba loca – señaló a su nuevo hermano. Natalia acababa de ser intervenida por algunos de sus colegas, así que no pudo evitar cortar esa conversación. – Fer, vení.

El niño, que era unos años más chico que ellos dos, se acercó. Era muy tímido y miraba el suelo.

– Fernis, o no qué tu madre decía que el mundo se iba a volver loco.

Fernis asintió sin levantar la mirada.

Miranda entonces hizo chasquear sus dedos.



– ¿Y si el Mayestredum es para todo el mundo?

Renato se encogió de hombros. La que parecía loca era ella.

– En fin – suspiró Miranda–. Mi pésame por tu padre. ¿Cómo era tu nombre?

– Renato.

Ella le extendió la mano.

– Miranda.

Renato le dio la mano. Ella lo sacudió con energía, y después se fue corriendo. Natalia interrumpió a su colega y fue tras ella.

Fernis, que se había quedado plantado con Renato, levantó débilmente la mirada.

– Mi pésame para vos, también – le dijo Renato con tacto.

Le extendió la mano. El niño dudó en levantarla.

– Tu hermana es rara.

– Ella tiene una enfermedad.

– ¿Cómo?

– A veces es como un sol. Y otras es como una luna.  
Una luna nueva.

– ¿Qué clase de enfermedad es esa?

Fernis se encogió de hombros.

– Su cuerpo se enferma o muy rápido, o se cura muy rápido. Y le cambia el color del pelo, o de los ojos...  
O...

Nunca terminó la frase, porque Miranda lo agarró por el brazo y se lo llevó, como si llevara un perrito.

Renato comprendió a qué se refería con esa enfermedad un septenio más tarde, cuando entró a la policía federal bajo un programa de inclusión fomentada por un organismo mundial post pandémico, el IHARP. No la reconocía excepto por el nombre. Estaba escuálida, trastornada y anémica.

Nadie en el sexto pelotón creía que una muchachita que había estado perdida cinco años en la selva tucumana durante el gran diluvio que fue la pandemia del virus W, conseguiría soportar el

entrenamiento más básico en la policía. Muchos le tenían pena. Otros se burlaban. Había un dicho.

“Nadie sobrevivía al virus W. Si no te morías, te volvías loco. Y si en el más improbable de los casos, no te volvías loco, ya nada más en el mundo te importaría, más que sobrevivir.”

Miranda fue ese caso improbable. Su único sentido activo, el de sobrevivir en su mente, el de sobrevivir en su cuerpo, la llevó a combatir día tras día. Y para cuando Renato Alcatraz dominó el rifle y el equipo estaba más o menos armado, Miranda Crosborten fue reclutada para la Compañía de Élite. Aún recuerda cómo el capitán Montes y Lourdes se reían del anuncio.

El día de la presentación, todo el pelotón, la directora Analía, el jefe de la policía e incluso el gobernador de Jaiva, se quedaron en absoluto silencio cuando vieron las cosas que Miranda podía hacer. Y no como una salvaje, ni como una loca, ni como una

sobreviviente. Sino como una verdadera luchadora, empapada por la gracia de los dioses de la pelea. Una cobra, un águila, un elefante, un búho.

Una loba.

Renato recordó ese día lo que Fernis le había dicho. A veces como un sol. A veces como luna. Ahora Miranda parecía un eclipse. A veces de sol, a veces de luna.

La base de la COEM estaba desértica. Sólo el sexto pelotón, que se había levantado con la voz de la insurrección cuando Analía Algamasa declaró públicamente que ellos no se rendirían ante la corrupción, habitaba el complejo. Estaba ubicado en el barrio federal, que había pasado de ser el barrio más seguro a ser el más peligroso luego de que un confederado árabe intentara estallar una bomba en la casa de gobierno. Contaban con todo lo necesario para alojar a las 3 personas más buscadas de Jaiva.

Sistemas de seguridad, ventanas blindadas, comedor, cocina, baños, oficinas, sala de informática, un gimnasio, vestuarios, piletas climatizadas, una armería y una sala de enfermería. En ella estaban Renato y Giovanna Taris. El resto del pelotón habían ido a comer algo.

Analía Algamasa entró a la sala en ese momento con las otras dos mujeres.

Miranda estaba entubada en una camilla y dormía. Los médicos estaban entrenados para ser rápidos. Extraer balas, cocer, entablar huesos, hospitalizar y revivir a los soldados en cuestión de minutos.

Renato y su compañera Giovanna también tenían certificación de paramédicos. Los doctores del complejo le dijeron que su accionar en el camino fue lo que le salvó la vida a la ex sargento, pero Renato estaba convencido de que esa mujer de todos modos no iba a morir.

– Directora – saludó Renato con un gesto marcial.

– ¿Tuvieron dificultades en el camino, Alcatraz?

– No, directora. – Miró a Giovanna. – Disturbios e incendios, pero nada ni nadie intervino en nuestro viaje.

– ¿Disturbios e incendios?

Detrás de Algamasa se había colado la mujer pelirroja, que parecía que todo el pelotón conocía excepto él. Pero la que acababa de hablar era una chica que no estaba cuando ellos partieron. Era negra y más joven. Tanto Giovanna como él se miraron mutuamente cuando la adolescente entró, poniéndose a la par de la directora.

– Ah, ella es Zyra – la presentó, con clara incomodidad. A Analía no le agradaba en absoluto la falta de autoridad. – Es la prima menor de Crosborten.

– ¿Por qué está acá? – preguntó Giovanna con suspicacia.

La directora miró a la chica, que parecía no darse cuenta de la insubordinación o no le importaba. Fue a sentarse a la silla más cercana y se metió un chicle en la boca.

– Dice haber estado en el lugar del ataque junto con Crosborten.

– Imposible. El lugar estaba completamente atestado de... – Renato no completó la frase.

– Llegó pocos minutos después de vuestra partida. Ella... Entró por la puerta trasera.

Giovanna lanzó una risilla.

– Sí. Tenemos varios registros de violación a la propiedad privada en sus antecedentes. Es una diabilla. No me extraña que se haya colado en las instalaciones.

– No es gracioso – le respondió la directora. – Se supone que tenemos un sistema de seguridad.

– El sistema está roto, directora Algamasa – le replicó Giovanna. Nunca la había escuchado levantar

el tono de esa forma. – Estamos solos. La policía federal está colapsando.

– Además – agregó la pelirroja, que se acercó a la camilla donde reposaba Miranda. – Yo le abrí la puerta.

– ¿Con orden de quién? – Insistía Analía en imponer su autoridad.

Reminis le tomó la mano a Miranda. Su mirada era la de una mujer en luto.

– No la encontré en todo el edificio, señora directora. Y no me iba a quedar esperando que le dieran un tiro en la calle. – La miró, su expresión cambió, como cambiaba la de Miranda cuando se enojaba. – ¿Estáis al tanto de que es por ella la guerra que se está desatando allá afuera?

– ¿Guerra? – Se exaltó la joven de rulos.

Renato despachó a los médicos de la sala y cerró la puerta. Sentía que estaba a punto de generarse un tornado en esa sala.



Analía Algamasa se río.

– Señorita Reminis – le habló con condescendencia.

A Renato no le gustaba cuando hacía eso. – Soy la Directora en Jefe de la Compañía de Operaciones Especiales de Marsenia de la jurisdicción de Jaiva. Tengo la fuerza más organizada y profesional de toda la nación. Trabajé 30 años en esta institución. He visto muchos conflictos políticos y sociales, he derrocado a la mafia de la confederación árabe, he lidiado con la mafia paraguaya y la sociedad de los justicieros desde que estoy a cargo de la compañía. La esmer'katet sólo ha sido un pequeño estorbo en nuestro trabajo. No hay cofres ni profecías sobre maldiciones en esta guerra. Te recuerdo que todas nuestras vidas se pusieron en riesgo el día en que Yaymena decidió salvarte la vida.

– ¿Estáis sugiriendo que tendría que haberme dejado morir?

– Todos mis soldados conocen las reglas. Tienen bien en claro cuál es el propósito de nuestra compañía. No es el problema que te haya salvado la vida, a ver si comprendéis. Renato. – Lo señaló. – Decidle cuál fue el problema.

Renato vaciló. No creía que supiera la respuesta, pero abrió la boca y habló.

– El problema fue que Miranda sacrificara su trabajo por esa vida. En la balanza de la justicia, se jugó la vida de una prostituta contra el proyecto Yaymena, cuya existencia era la línea que mantenía separada a la mafia de las fuerzas federales. La policía de Jaiva, ya acorralada por el katupyry, conocía la identidad de Yaymena.

– ¿De qué demonios están hablando? – se entrometió la adolescente, Zyra.

– Sacá a esta niña de acá, por favor, Giovanna.

La compañera de Renato se acercó a ella.

– No, quiero saber qué es todo eso qué están hablando.

Giovanna tomó del brazo a Zyra y la obligó a levantarse.

– Vamos, niña. No te compliques.

– No. Yo soy parte de esto. ¡Exijo saber de qué se trata!

– ¿Pero quién diablos se cree esta chiquilla? – Se quejó Analía. Claramente estaba irritada. O asustada.

– ¡Rem! – chilló, cuando Giovanna le abrió la puerta hacia el pasillo. – No te dejes menospreciar por esta vieja burócrata.

Giovanna le dio un revés a Zyra.

La adolescente quedó consternada ante el golpe. Vio que su labio sangró. Miró a la agente, luego a la directora, y luego a Reminis.

– No, Zyra – dijo la mujer de cabellos rojos. La tristeza en su voz estremeció a Renato. – Tienen razón. Había un pacto tácito entre la policía y la

mafia. Mientras Jaiva creyera que Yaymena fuera parte de la Sociedad de los justicieros, y no se entrometiera en los asuntos del katupyry, habría paz. Desviaban la culpa de los crímenes hacia los musulmanes y a los justicieros. Yo tenía que morir, porque me había enterado de la verdad. Y Yaymena... no debía interferir.

La mujer miró a la directora con orgullo.

– Una prostituta se quedó con la manzana de oro en la mano. Eso fue lo que les dio bronca, ¿no?

– Vos arruinaste a mi mejor agente – le criticó con desprecio.

– No – interrumpió Renato. Se arrepintió de abrir la boca cuando la mirada de Algamasa recayó sobre él. Ya era tarde. Procedió a decir lo que realmente pensaba:

– Vosotros la arruinaron. Miranda se volvió más humana cuando comenzó a cuidar de esta mujer. Sonreía. Hablaba. Tenía esperanzas. Era como el sol.

Y le queréis echar la culpa al día en que Yaymena atacó a esos sicarios para salvar a una prostituta. Pero la culpa la tuvieron vosotros el día en que la intentaron persuadir de volver a ser luna. Volver a ser fría, oscura, a ponerse una máscara otra vez. A jugar a ser vuestro avatar.

– Renato... – Murmuró Giovanna, con asombro.

La directora se puso frente al francotirador. En su mirada vio el fuego del odio y el agua del miedo.

– Todas nuestras familias, nuestras vidas, nuestro honor, nuestros principios... ¡Perderlo por... por una travesti salida de la nada! ¿Te parece justo, Alcatraz?

Renato no se atrevió a responder. Permaneció rígido, sosteniendo la mirada con un gesto de sumisión.

– Lo haría una y mil veces más – sonó entonces una voz ronca.

Todos voltearon. Miranda había abierto los ojos. Renato notó que levantó la mano que Reminis había estado sosteniendo.

– ¿Por qué? – le preguntó la directora, tan sorprendida de su despertar como de sus palabras.

– Porque era lo justo. Y la amo.

Hubo un gran silencio en la sala. Vio que Reminis comenzó a llorar mientras Miranda la contemplaba. Le pareció una escena tan maravillosa, que él mismo tuvo ganas de llorar.

La directora sacudía la cabeza, casi arrancándose los pelos, abandonó la sala furiosa. Giovanna fue detrás de ella.

Cuando sólo quedaron Zyra y él, Renato notó que la adolescente también había quedado impresionada. Pero no había expresiones de alegría o esperanzas en ella. Casi que pudo ver como se le rompió el corazón. Renato se acercó a ella.

– ¿Querés conocer a los demás, Zyra? – le dijo, interponiéndose en su campo visual.

Zyra levantó la cabeza. Renato era muy alto. La chica tenía los ojos vidriosos. Estaba a punto de llorar.

Simplemente asintió, cerró los ojos y abandonó la sala.

Renato volteó para ver a las amantes una última vez. Éstas también se habían percatado de la reacción de Zyra.

– No dejes que abandone el edificio – le solicitó Reminis. – Por favor.

Renato asintió y las dejó a solas.

## ZYRA

Entró al baño de mujeres temblando. Se apoyó sobre la mesada marmolada y se quedó mirando en el espejo. Su rostro estaba hinchado. Quería explotar.

– Filomoris... ¿estás por ahí?

No hubo respuestas.

– Seguro vos también me traicionarás. Todos. Unos mentirosos.

Apretó los ojos bien fuertes. Esa sensación, volvía a ella, y le recordaba al humo del cigarrillo, al sabor amargo de la coca, a la acidez del quinto whisky. A los cuartos oscuros y el griterío de gente sin principios. Principios, esa palabra usó esa vieja. Es una bruja. Y todos ellos... No. Miranda. Es buena. Y Reminis. Me fue sincera.

Pero. ¿Delante de mí? ¿Así, tan brusco? ¿No pensaban decirmelo? ¿Recién me entero de todas



estas cosas? ¿Acuerdos entre la mafia y la policía? Los justicieros al final eran unos pobres diablos. Y ese maldito hijo de puta de Hernán y su hermano, son los príncipes de esta ciudad. Capaces de hacer cualquier cosa sin sufrir las consecuencias. ¿Qué opción queda? ¿Miranda no luchará más? ¿Y todos nos quedaremos de brazos cruzados?

Sus manos temblaban mucho.

No escucho su voz. Ya no escucho la voz de Esker'lamet. Ni a Hoferos. Sólo a mí misma. Y me siento... tan sola. Abandonada.

En ese momento alguien más entró a los baños. Era una del pelotón. Tenía una camiseta blanca, grandes hombros. Un pantalón cargo y un peinado afro y cobrizo. Le vio una gran cicatriz cruzandole la nariz, y alrededor una lluvia de pecas. Pasó por detrás suyo.

– Hey – la saludó

Zyra intentó decir algo pero se quedó aferrada al lavado.

La mujer entró a uno de los cubículos. Escuchó como orinó. Se limpió. Y luego salió, tan relajada que Zyra no dejó de mirarla. La mujer se lavó las manos, se examinó las ojeras.

– Fue un día largo y agotador – comentó.

Zyra entonces reaccionó. Se lavó rápidamente las manos y se mojó la cara para limpiar sus lágrimas.

– Woa – dijo la mujer. – Qué cicatriz tenés en la mano.

Zyra la ocultó mientras se secaba.

– Tranquila. Todos tenemos, y más de una. Soy Lourdes, por las dudas. Sargento del sexto pelotón del país de Jaiva. – Luego hizo un gesto gracioso. Eso hizo sonreír a Zyra. Le recordó sus bromas.

– Sí, un país que está a punto de volar por los aires, je. – La mujer se secaba las manos. – Hey, ¿no tenéis hambre? Estamos en el comedor.

– Ya comí.

– También hay cervezas. – Le guiñó un ojo.

Zyra sonrió con timidez.

– Vamos, seguime.

La mujer se fue y Zyra caminó detrás de ella.

En el comedor se encontró con el resto de los soldados. Aunque faltaban algunos. Lourdes hizo las presentaciones y los agentes del sexto pelotón la saludaron con euforia, pero enseguida dejaron de darle importancia. Sobre la barra había varios tipos de ensaladas, bifés, sandwichs, pizza, bebidas rehidratantes y hasta bandejas con frutas cortadas. Contando a Lourdes, eran tres, y sólo entre ellos se estaban devorando todo.

En lo alto de la pared, al final de la barra, había un televisor que Zyra y Reminis no pudieron encender. Ahora estaba transmitiendo anuncios de shampoos y pasta dental, pero Zyra notó que era el canal de las noticias. Le intrigaba saber qué estaba sucediendo allá afuera, aunque los noticieros siempre mostraban solo lo peor. Pero por la forma en que hablaban los

agentes de la COEM, aún riendo y mezclando temas sin sentidos, sentía que las cosas estaban tan peor como siempre los noticieros habían deseado.

– Hey, niña – le dijo Renato – Servite, sin vergüenza.

– ¿Y vos creés que tiene un brazo elástico? – le lanzó Lourdes, mientras se sentaba y se llevaba un gran bocado de pizza a la boca. – ¿Qué puede alargar 5 metros sus dedos? Ya, tonto, sirvele en un plato. Como un caballero.

– Hmm – masticó Giovanna Tavis. – No me sorprendería, teniente. Alguien que haya sobrevivido a la pelea de hoy y estar así, sin un solo rasguño... Yo tiro que algo de magia tiene.

– ¿Y qué? – enfatizó Lourdes. – Superpoderosa o inmortal, la niña tiene que ser tratada como una princesa. Es nuestra invitada, carajo.

Giovanna hizo un gesto con el dedo.

– Razón tiene, teniente. – Señaló a Zyra con un dedo.

– Decidme, princesa, ¿que desea degustar en esta maravillosa noche?

– Voy a comer solo esta porción de pizza – respondió con timidez. – Ya he comido hoy. Gracias.

Giovanna hizo un ademán francés, demás exagerado.

– Che, ¿y dónde carajo están Teodoro y Jaime? –

Preguntó la teniente. – Este lugar está tan silencioso que me perturba. Y no he escuchado a ninguno de esos dos trogloditas desde hace más de 3 horas.

– Discutiendo con la directora en las oficinas, tal vez.

– dijo Renato. Ese muchacho le caía bien. La forma en que había defendido a Reminis le pareció épico.

– La directora debe estar en el techo con una ametralladora y gritando ¡viva la patria!

Zyra no pudo evitar reírse. Lourdes le guiñó un ojo.

– Y en cuanto a los otros... El fin del mundo les puso cachondo y están cogiéndose salvajemente sobre un escritorio.

Renato rió sacudiendo la cabeza.

– Declarándose amor eterno.

Lourdes echó una gran carcajada.

– ‘He esperado este momento tantos años, capitán’.

Renato se paró y se acercó a las heladeras.

– ‘Gruñeme, Jaime. Gruñeme como tus perros’ – agregó.

Zyra no paraba de ocultar su risa con sus manos.

Volaron botellas de cerveza por el aire. Todas hábilmente atrapadas.

El francotirador miró a Zyra.

– ¿Qué edad tenés, princesa?

Zyra comenzaba a sentir cierta extrañeza con que todo el mundo ahora la llamase princesa.

– 17 – respondió ella.

– Hmm – negó con la cabeza el agente. – No le damos alcohol a menores de edad.

– Tendríamos que arrestarte – asintió Lourdes.

Zyra por fin venció la timidez y apoyó los codos sobre la barra. Puso su cabeza en sus manos e hizo un chasqueó con la lengua.

– Qué pena. Igual nunca bebí alcohol.

Lourdes hizo una expresión de sorpresa. Se miraron con Renato y luego rieron.

– ¡Sí que es una diablilla mentirosa!

Renato le lanzó una cerveza. Zyra la atrapó y la miró.

– ¿Cómo sabías que me gusta la IPA, señor Alcatraz?

– Sabemos todo de vos – dijo de repente Giovanna Taris, que no se había movido de su lugar. Su tono fue frío y distante.

Zyra se enderezó y dejó la cerveza sobre la barra.

– Eh, ¿qué te pasa a vos? – indagó Lourdes. – ¿No ves qué estamos festejando? ¿Creés que la niña es tonta? Ya sabe que sabemos sobre ella y nosotros ya sabemos que ella sabe de nosotros. ¿A qué carajo vino ese comentario?

– Sí, Gio – se sentó Renato de nuevo, a unos metros de ella. – Estás rara.

– Siempre fui así. No estorben.

– Gran mentira – replicó Renato. – Defendiste esos ideales descabellados y transfobicos de Analía. Vos jamás harías eso. ¿Qué pasó?

Zyra escuchó que Lourdes suspiró. Destapó su cerveza con los dientes. Le hizo un gesto a Zyra. Zyra la imitó. Eso hizo sonreír a Lourdes. Luego ambas se quedaron escuchando en silencio y bebiendo la conversación del otro lado de la barra.

– No pasó nada, Renato. Es nuestra superior. Somos agentes de la COEM.

– Decime algo que no sepa.

– No me conoces una mierda.

– Bueno, no tengo pruebas pero tampoco dudas. – Destapó su cerveza. – ¿No era Giovanna Taris la humanista del equipo? Es más – agregó, y miró a Lourdes. – ¿No era Giovanna Taris la que siempre



cirircaba nuestros chistes sobre la homosexualidad y el racismo, o me falla la memoria, teniente?

– Tu memoria está perfecta, sargento.

Renato bebió un trago.

– Des, bien. ¿Entonces, quién es esta mujer idéntica a mi compañera de pelotón?

Giovanna Taris levantó la mirada. Hasta Zyra pudo notar que era turbia.

– Una mujer cansada de toda esta mierda. Dejé todo por este trabajo. Abandoné a mi familia, mi hogar. Hice lo que tenía que hacer y aprendí lo que tuve que aprender. Necesitabais una ingeniera en sistemas. La tuvieron. Necesitabais una enfermera. La tuvieron. Necesitabais una soldado. La tuvieron. Dejé todo por esto. Para que al final, arriesguemos todo por tres personas que, a fin de cuentas, fueron las que causaron todo esto.

– Una de esas personas era nuestra compañera, y tu sargento – espetó Lourdes.

– Esa ya no era nuestra compañera. Ya no era nuestra responsabilidad.

– ¡¿Dónde está tu puto honor, carajo?!

– ¡A eso me refiero! – gritó Giovanna. Su tono era bastante agudo. Pero acababa de clavar un cuchillo en la madera de la barra. – ¿Dónde estuvo su honor a la hora de decidir ir a darse una paliza con los justicieros? ¿Al exponernos a todos frente a la mafia? Ya cuántos de nuestros directivos han muerto por ella. ¿Quién reactivó el sistema del bunker para que Miranda usará el traje otra vez? ¡Mi padre, el jefe de Inteligencia, cuyo cadáver aún está en el sótano de mi casa! ¡Mi padre murió para darle el gusto a Miranda de ir a darse puñetazos por la ciudad! Mis hermanos, mi madre. Ellos murieron para darles una oportunidad. ¿Y qué hizo Miranda Crosborten con esa oportunidad? ¿Ir a por el katupyry y aniquilarlo? ¿Salvar a las personas que les dieron esa tecnología? ¿Regresar con nosotros para defender el barrio

federal, para proteger a nuestros gobernantes? – Quitó el filo de la mesa y señaló a Zyra con él. – No. Fue a salvar a su prima que ya estaba muerta, que permaneció un mes destruyendo su cuerpo y su mente con todas las drogas que nosotros hemos combatido con los honorables y ya muertos hombres de narcotráfico. Porque sí, teniente, todos ellos fueron masacrados hace una hora, también junto a sus familias. – Soltó una risa siniestra. – ¿Y qué tuve que hacer yo frente a todo eso? Aceptar la orden del capitán. Como siempre lo he hecho. Tuve que coser sus heridas, restablecer su insulina, extirpar sus típicos tumores.

La mirada de Giovanna parecía vibrar en lágrimas de tristeza y rencor.

Por unos instantes, sólo se escucharon los anuncios de la televisión.

Giovanna tiró el cuchillo en la barra, tomó su botella y se bajó de la butaca.

– Con permiso, iré a acostarme. Tal vez mañana la princesa haga magia y restaure nuestro país.

La agente pasó por detrás de Lourdes y luego dobló en la esquina, hacia el pasillo que conducía a los vestuarios, la armería y los dormitorios. Zyra sintió un escalofrío cuando Giovanna pasó por detrás. Entonces sin levantar la mirada habló en voz alta.

– ¿Cómo sabías que yo estaba muerta?

La agente se detuvo en el pasillo.

– ¿Cómo sabías que yo ya estaba muerta cuando Miranda fue a rescatarme? – le repitió la pregunta.

Giovanna Taris se quedó parada, sin voltear.

Lourdes entonces se enderezó y se cruzó de brazos.

– Respondele la pregunta, cabo.

La agente sólo giró su cabeza, habló por encima de su hombro.

– Sólo fue una forma de decir.

Y siguió su camino.

Zyra enseguida miró a la teniente con aire de preocupación.

– Teniente...

– No te preocupes linda – Lourdes le tomó la mano. Por alguna razón, no se sintió incómoda. – Es probable que intente ahogarte con la almohada cuando nos acostemos. Pero yo me quedaré con vos. ¿Dormiremos juntas, sí?

Zyra asintió con dudas.

– No sé si pueda dormir.

– Bueno, es una forma de decir – parodió Renato del otro lado. – Yo también las abandonaré. Iré a buscar a los otros dos y luego me daré una ducha. ¿Necesitáis algo?

Lourdes miró a Zyra, que se había quedado absorta mirando el rubor anaranjado que entraba por la ventana del otro lado del comedor.

– Necesitamos acolchados y almohadas. Nos tiraremos a ver esa hermosa pintura viviente. ¿Te parece, linda?

– Sí. No quiero ir a los dormitorios.

Renato rió.

– Sabia decisión Zyra.

Lourdes se incorporó.

– Yo me encargo Renato. Ve a hacer lo tuyo.

El muchacho asintió.

Unos segundos después, Zyra estaba sola en el comedor. Miró hacia el ala de enfermería. Se acercó para ver si seguían allí.

Ambas estaban dormidas. Reminis se había quedado sentada al lado de la camilla, apoyando su cabeza en la almohada de Miranda. Aún seguían de la mano. Se veían bien juntas. Pero era demasiado pronto para aceptarlo. Quitó la vista de allí y regresó al comedor. Lourdes ya estaba en el alféizar interno del ventanal. Era un espacio bastante cómodo para dos personas.

Una plataforma de madera y un recubrimiento acolchado y forrado en cuero rojo. Lourdes miraba hacia afuera mientras fumaba un cigarrillo. Tenía una almohada en la espalda. Los acolchados estaban en el suelo.

Zyra se acercó lentamente. Al llegar, quedó asombrada por la vista.

– Sí – dijo la teniente – es espectacular.

Abrió las piernas y puso una almohada sobre su vientre.

– Podés acostarte sobre mí. Sino tenés la otra punta, pero tendrás que oler mis pies.

– Diiu.

Lourdes sonrió.

Zyra se incorporó al espacio y se recostó sobre ella. Era cómoda, y estaba calentita.

– ¿Desde cuándo está así?

Lourdes dio una pitada al cigarrillo antes de hablar.

– Hoy fue el estallido. Pero los enfrentamientos comenzaron desde el día en que Reminis salió en televisión. Con el pasar de las semanas, la policía de la ciudad comenzó a reprimir con más dureza. Hubo una muerte. Un obrero, que no pertenecía a ninguna de las organizaciones. Recibió un tiro por accidente mientras trabajaba. Desde entonces no fue una lucha de justicieros, feministas y sindicalistas. El pueblo comenzó a rebelarse. La candidatura de Tróbulos del Valle no se veía afectada, a pesar de que públicamente se sabía que sus hijos eran unos criminales. Se enteraron que la policía también estaba involucrada. Fueron tomando las intendencias del Norte, del oeste y días atrás, lucharon por la del este.

– ¿Sin armas?

– Un pueblo enfurecido no necesita pólvora ni calibres de fuego para pelear. La ira colectiva es el arma más efectiva. Jaiva siempre fue símbolo de la



lucha y la justicia. La gente lleva la revolución en su sangre. Y sin ejército, no puede haber golpe de Estado. Sólo un golpe del pueblo.

– Vaya. Una revolución comunista. Nunca creí que sucedería tan rápido.

– Es gracias a vosotras, Zyra. Giovanna tiene razones para estar enojada. Se perdieron vidas injustamente. Pero nuestros superiores se pasaron toda su vida con el culo en un sillón. Dando órdenes, planeando cosas, dirigiendo. Su vida se puso en peligro ahora. Pero para los agentes de campo, para los oficiales, los que deben salir a reprimir, y para nosotros, los soldados federales... nuestras vidas estuvieron en peligro siempre. El mismo sentimiento de patriotismo que impulsa a esta gente a quemar edificios y rebelarse ante las autoridades corruptas, es el mismo que nos metieron a nosotros. Sentir que nuestro cuerpo es un arma, que lo hacemos por el bien común, que nos entregamos por una buena causa. Por la patria.

– Siempre pensé eso. Y me llamaban loca.

Lourdes rió.

– ¿Y qué pasará cuando logren entrar al barrio federal?

– Hmm. Esa es la mejor parte. ¿Querés un pucho?

Lourdes le señaló el paquete. Estaba al lado de un cenicero, sobre la madera. Zyra tomó uno.

– Cuando entren – continuó luego de pasarle el encendedor–, saquearán todos los edificios. Romperán. Gritarán. Sacarán a los que se refugiaron en ellos.

– Creí que habían huído ya.

– Sí, pero a esos los mataron en sus casas. Excepto los que lograron salir de la ciudad.

– ¿Tienen bloqueadas las autopistas?

– Hey, ya sabés como funciona.

– La escuela. Historia.

– Ya me lo suponía. No eras la drogadicta sin futuro, Zyra. Eras aplicada, hasta que tuviste el infortunio de cruzarte con los hijos de Tróbulos. ¿Verdad?

– Fue así, tal cual. Me arruinaron la vida. Igual también está la otra parte. Demonios, dioses, profecías, como dijo la vieja.

Lourdes exhaló con un gesto de admiración.

– Sos muy inteligente, maldita sea. Bueno, pero no me cuentes sobre eso. Yo no fui a la escuela, y soy una simple soldado.

– Vale.

– ¿Vale?

– Perdón. Miraba muchos shows venezolanos.

– ¿Las terroríficas historias de Druss?

– Síii.

– Esto no es un top – parodió Lourdes.

Zyra se revolcó de la risa. Luego se detuvo. Se dio cuenta que acababa de frotarse por la entrepierna de la mujer.

– Por todos los dioses. Todo es una locura. La teniente del sexto pelotón de la COEM de Jaiva viendo Druss.

– Ya, bueno, tampoco todos somos robots.

Quedaron unos momentos en silencio. Dieron unas pitadas y volvieron a reposar la mirada sobre las piras de fuego a tres cuerdas, detrás del muro del barrio.

– Hablando de robots... – dijo Lourdes. – ¿Querés seguir escuchando la historia?

– Sí, por favor. Saquearán, y arrestarán a los funcionarios cobardes – predijo Zyra.

– ¿Arrestarlos? Les darán una paliza. O quizás los aten. O quizás los maten. Eso es impredecible. Depende del autocontrol de la masa colectiva.

– ¿Ya han matado a alguien?

– Incendiaron varias comisarías de la policía de la ciudad. La única en pie es la sede principal, en el centro. Allí está Alberto Ramos, el pez gordo, amigo

de Tróbulos, atrincherados con sus oficiales. Habrán muerto algunos, sí, pero nada de colgarlos o arrancarles la tripas.

– Quizás aún tengan control.

– Quizás.

– ¿Y a vosotros? ¿Qué harán cuando lleguen acá?

Lourdes se quedó un momento en silencio.

– Analía espera que la saquemos en un convoy, por un camino de tierra justo detrás del barrio. Es un atajo hacia la autopista del sur que pocos conocen. Por supuesto que una caravana nos va a estar esperando en la salida, o quizás una emboscada en el bosque. Pero no tienen el armamento necesario para detener nuestro monstruo de vehículo.

– No sonás a que vas a hacerle caso.

– Des... Somos una institución federal. No importa que caiga el gobierno de Jaiva. Podríamos mantener nuestro trabajo en Limoux, que es a donde planea escapar Analía. Pero. Es inútil.

– ¿Por qué?

Lourdes le señaló la casa de Gobierno, justo a la derecha del ventanal. La veían de costado. La bandera de Jaiva flameaba furiosa en su cúspide.

– Cuando el pueblo tome la casa de Gobierno y hagan lo que vayan a hacer...

– Esperá. Tengo una pregunta. ¿El gobernador sigue ahí dentro?

– Ja, ja. El gobernador ya se escapó en helicóptero, linda. Ese edificio está vacío. Bueno, excepto por los viejos de la vieja escuela que se opusieron a huir. Y los pobres trabajadores de limpieza, conserjes y guardias de seguridad.

– Bien. Continúa. ¿Qué pasará cuando el pueblo cree un nuevo Estado?

Lourdes volvió a reírse.

– Eso no llegará a suceder, Zyra. ¿Sabías que mañana iban a ser las elecciones?

– ¿En serio? – se sorprendió Zyra. Realmente había perdido la noción del tiempo. – O sea Tróbulos iba a asumir.

– Exacto. Así que debe estar furioso, porque no esperaba esta revuelta. Su gobierno no verá la luz.

– Pero... tal como lo pintás, todos están metidos en la mafia. La ciudad ya le pertenece. Mandó a matar a todo el mundo.

– ¿Y matará a todos los ciudadanos?

– Ah, claro. Sin ejército, no se puede imponer una dictadura. Él necesitaba que las cosas se mantuvieran como estaban.

– ¿Sabés quién tiene un ejército?

Zyra negó con la cabeza.

– Jan Makor. Y no de humanos. Sino de robots.

–¿What?

– Es la otra cara de la nación. El orden, el progreso, la tecnología. Hendra está prosperando desde que el régimen tecnocrático de Makor la gobierna. Quilmes

está siendo reconstruida. Y según las leyes nacionales, su ejército, al no ser humano, no infringe la ley. No asesina, ni impone una dictadura como las de antes. Es un nuevo orden. Jaiva muere y Makor la revivirá. Pero para ello, borraré todo lo viejo. Este pueblo furioso lo aceptará, porque acabará con la mafia paraguaya. Pero en cuanto sus vidas cambien, sus hogares, sus ideales, su patria muera en pos del progreso, habrá otra guerra.

Zyra se quedó pensando.

– No matará al pueblo, ni les quitará sus hogares. Dejará la ciudad a un lado, y construirá otra mejor. Los obligará a elegir, entre quedarse en la oscuridad y el hambre, o mudarse y vivir bajo sus reglas y sus edificios.

Lourdes dio la última pitada al cigarrillo y aplastó la colilla en el cenicero. Ese silencio le dio la razón.

– Una puta distopía.



## **CAPÍTULO 18** ‡

### REMINIS

Miró su celular. Eran las ocho de la mañana. Se había quedado dormida un buen rato. Se sorprendió cuando vio que Miranda no estaba en la camilla. La escuchaba lavarse en el pequeño baño de la habitación.

Se levantó de la reposera. Tenía contracturas por todos lados. Pero había una emoción permanente en su panza que le daba una gran paz. Recordaba las palabras de Miranda y le daban ganas de saltar encima de ella.

Echó un vistazo al baño.

– Hola – dijo con un tono dulce. – ¿Necesitás ayuda?

– No, gracias.

Miranda tenía el torso semi desnudo. Había una gran venda que le recorría el hombro derecho hasta la cadera izquierda. Estaban empapadas en sangre seca.

– Debería llamar a los enfermos. Cambiar esas vendas.

Miranda tomó una tijera del botiquín.

– No. Sólo ayudame a cortarlo.

Reminis entró al baño. Tomó la tijera y se puso a cortar las capas de tela. Miranda no podía levantar bien su brazo izquierdo. Al terminar, quedó boquiabierta.

– La del hombro tiene un aspecto raro, Mir.

– Sí, lo veo – suspiró a través del espejo. – Pero es demasiado para una noche.

Reminis le examinó el resto del cuerpo. Estaba en ropa interior. Sintió calor y vergüenza al ver tanto de su piel.

– Todo lo demás está cicatrizando bien.

Se quedó analizando su cuerpo, más de la cuenta. Al levantar la mirada, se encontró con el reflejo de Miranda sonriéndole.

Reminis se ruborizó.

– Perdón... Es que... Es la primera vez que veo en tiempo real eso de lo que tanto hablaban. Es inhumana la regeneración. Vi una vez el corte de una katana. Un cliente. Luego de una semana, se veía bastante distinto a esto. Igual, tampoco es que te curás y ya está, ¿no? Puedo notar que lo que cicatriza rápido son los tejidos externos. Estás llena de hematomas y marcas raras. No es bueno si tenés algo dentro. Por eso casi no tenés cicatrices, de las normales ¿no? Perdón estoy nerviosa y tengo tantas preguntas...

– Sólo aceptaré una. – dijo aquella. Se había sentido como cortante, pero había un rasgo de dulzura también.

Reminis pensó.

– Lo que dijiste anoche. ¿Es cierto?

La que se ruborizó esta vez fue Miranda.

– Yo... estaba delirando por la fiebre. Pensé que ibas a preguntarme eso. Qué siento cuando se activa mi sistema inmunológico. Des, siento mucho dolor. Fiebre. Y. Pesadillas.

Reminis tragó saliva.

– Que feo – dijo, desilusionada.

– Pero anoche... no tuve pesadillas.

Se dio la vuelta y de repente estaban muy cerca.

Reminis sintió su aroma. Le aumentó la temperatura.

Su respiración cambió. Miranda miraba sus labios. Y de una forma indiscreta.

Reminis apoyó sus manos en la cintura de Miranda.

Le pareció tan pequeña y suave. Miranda parecía no poder evitar mirar sus labios, aunque ocasionalmente la mirara a los ojos.

– ¿Puedo besarte? – le preguntó.

– Sí – dijo Reminis casi en un siseo. – Por favor.

Miranda tomó su cara con delicadeza. Era unos cinco centímetros más alta, así que acercó su cara. Sintió su respiración.

Ardió en deseos, esperando el momento. Porque, al contrario de lo que pensaba la gente, ellas jamás se habían besado. Habían dormido juntas, abrazadas, habían compartido masajes, caricias, charlas, llantos. Pero lo que ambas pensaban era el nacimiento de una amistad, más bien era... eso. Y ahora, por fin, se sellaría, y se acabarían esas incertidumbres.

Pero Miranda de repente se quedó inmóvil. Luego se alejó un poco. *Oh, se arrepintió.*

– ¿Qué pasa? – le preguntó para terminar con la ilusión.

– Hay una discusión en el comedor.

Ella no oía nada.

– Mierda – dijo de repente. – Rápido, ayudame a vestirme.

## MIRANDA

Le costaba caminar. El corte de Kira Mara que raspó su cadera y su cara habían sido más profundo de lo notado. Sentía débil los huesos y los músculos. Ese dolor había desaparecido cuando Reminis se le acercó. Pero cuando escuchó la voz de Zyra, alarmada, su organismo la inyectó en adrenalina y supo que luego de eso, el dolor sería más fuerte.

Salió a la sala de enfermería y luego, las puertas se abrieron de un golpe.

Zyra apareció agitada y se abalanzó sobre ella.

– ¡Miranda, tu compañera quiere matarme!

Miranda la agarró por las manos, para que no tocara su cuerpo.

Reminis salió del baño y se les unió.

– ¿Qué? ¿Quién? Zy, estás sudando.

Zyra se veía muy nerviosa.

Miranda se preguntó si estaría sufriendo los síntomas de la abstinencia.

– Está discutiendo con Renato. ¡Hay que ayudarlo, rápido!

Fueron guiadas por Zyra hasta el comedor.

Miranda se adelantó cuando los vio a los dos en medio de la sala.

– ¿Has perdido completamente la cabeza, Giovanna?

– le gritaba Renato.

– ¡Ella es un demonio! ¡No lo véis porque os ha cegado! ¡Todo se ha ido al diablo desde que ella...!

– ¿Qué demonios sucede acá? – espetó Miranda. El solo hecho de alzar la voz le hizo resentir las costillas. Su camisa blanca y su pantalón azul estaban arrugadas. Giovanna observó su apariencia. E hizo una mueca.

– ¡He aquí una prueba! ¡Mirala, Renato! De seguro estuvo toda la noche revolcándose con su amante,

mientras los demás nos preocupamos por el futuro de Jaiva.

– ¿De qué estás hablando? – le preguntó a Renato.

Zyra entonces gritó desde la esquina. Estaba protegida por Reminis.

– ¡Me quiso matar!

– ¡Callate, demonio! – le replicó Giovanna.

– Es cierto.

– Explicaros con claridad, no entiendo un carajo y no tengo fuerzas para imponer ninguna clase de autoridad.

– No podés imponer autoridad, ya no sos parte de este pelotón – dijo Giovanna.

Sus ojos estaban distintos, enrojecidos. Su rostro estaba lívido, tenía grandes ojeras y por alguna razón tenía la maya de natación debajo del uniforme de la COEM. Su pelo aún estaba húmedo. No había dormido. Estuvo en las piletas. Luego, ¿se uniformó?



Analía tuvo que dar alguna misión. Renato también está uniformado.

Zyra se desligó de Reminis y corrió hacia Miranda. Giovanna giró entonces y Miranda pudo ver que estaba armada con una pistola en el cinturón. Eso la puso alerta. Se puso delante de Zyra.

– Yo estaba descansando con Lourdes ahí – su prima señaló el alféizar de la ventana – cuando empezamos a escuchar gritos y estruendos.

– El barrio está cayendo – explicó Renato. – Llamé a Giovanna para reforzar la seguridad de las puertas.

– Lourdes se fue corriendo a la armería – continuó Zyra. – Escuché que se había puesto a discutir con alguien. Y luego se pusieron a pelear, en los baños.

– ¿Dónde está la directora? – preguntó Miranda? – ¿Y el resto del pelotón?

Renato sacudió la cabeza.

– No encontré ni al capitán ni a Séneca anoche. Tampoco a la directora. Se han ido.

– Están en una importante misión – aclaró Giovanna.

Miranda frunció el ceño.

– ¿Qué misión? – preguntó.

Giovanna miró a Zyra. Ésta se escondió detrás de su prima.

– Miranda... Está poseída por el cofre. Estoy segura.

– Han pasado cosas extrañas durante toda la noche – agregó Renato. – Y Giovanna no está actuando normal. Ya te has dado cuenta de eso, Miranda.

– Sí, lo noto.

– Vosotros sois los ciegos. La culpa es de esa mocosa.

– La señaló, y cuando lo hizo, tenía la pistola en la mano.

– ¡Baja esa maldita arma! – le gritó Miranda.

Giovanna no pestañeaba. Luego hizo una expresión de dolor, y luego lagrimeó.

– Ya todo está perdido, sargento...

– De qué estás hablando, Giovanna. Decime, ¿dónde están Analía y el resto del pelotón?

Renato se fue acercando lentamente a la cabo, mientras Miranda continuaba hablando.

– Ya te lo dije. En una misión. La única esperanza para salvarnos. Hemos perdido. Todo. ¡Vos mataste a mi padre! – le apuntó a Miranda.

Miranda levantó los brazos.

– Tranquila...

Giovanna bajó el arma, pero aún la sostenía sobre su regazo.

– ¿Y el capitán? ¿Jaime? ¿Lourdes?

Giovanna sacudió la cabeza. Sufría de espasmos esporádicos.

– Montes y Séneca, ayudando a la directora en su misión.

Renato estaba a cinco pasos de Giovanna.

– ¿Y Lourdes?

Giovanna bajó la mirada.

– Ella quiso arruinar esta misión. La encerré en el congelador. Quiso golpearme.

Renato se abalanzó sobre Giovanna. Sonó un disparo que golpeó el techo. Miranda cubrió a Zyra.

Reminis pasó corriendo por la derecha.

– ¡Voy a buscar a Lourdes! – gritó.

Miranda asintió.

Sonó otro disparo.

Miranda comprobó a Zyra.

– ¿Estás herida?

– No, pero ayudá a Renato Mir. Esker’lamet le da más fuerza a sus poseedores.

Miranda volteó y fue a ayudar a Renato, cuando Giovanna le dio una patada en la cara al francotirador. Soltó la pistola y huyó, antes de que Miranda la alcanzara.

– Mierda... – farfulló. Apenas pudo caminar. Se acercó a su compañero.

– ¿Estás bien?

Renato se sostenía la nariz.

– Sí, nariz rota. No me disparó.

– ¿Podés levantarte? Zyra, ayudame.

– Estoy bien, estoy bien. Niña, ¿sabés dónde está el botiquín?

Zyra asintió. Echó a correr hacia la enfermería.

Miranda miró hacia el pasillo.

– Debería ir a ayudar a Reminis. ¿A dónde creés que fue Giovanna?

– No tengo idea, sargento. Ya no es la misma.

La sangre fluía por su boca.

Zyra regresó con un botiquín de primeros auxilios.

Miranda se puso manos a la obra.

– ¿De qué misión estaría hablando? ¿Vosotros pensabas huir hacia el sur, verdad?

Renato asintió.

De repente Zyra se echó para atrás. Su mirada se perdió en el vacío.

Miranda le tomó la mano. Sus marcas en las palmas tomaron contacto.

Escuchó lo que Zyra acababa de pensar.

– Es cierto...

– ¿Qué cosa?

Miranda se sintió muy agitada.

– Vosotros, cuando me rescataste... Me dijistéis que habían hallado a Berenice Osvaldo. ¿Es eso cierto?

– Sí, claro. Reminis también nos había dado su ubicación.

– Es imposible – bramó Zyra. – Reminis no sabía la ubicación de Berenice. Nadie lo sabía.

– ¿Y cómo la halló Fernis? – se preguntó Miranda. – El sistema se apagó luego de que yo abandoné la cueva. Edgardo se aseguró de que se borrarán todos los datos antes de su muerte.

En ese momento, Reminis regresó con Lourdes a rastras. Estaba pálida.

Zyra fue a socorrerla.

– Le traeré una manta – escuchó decir a Reminis –, ayudame a sentarla, Zyra.

– Estoy bien – dijo tiritando la teniente.

Miranda volvió su mirada sobre Renato.

– Sólo hay una persona que pudo haber salvado los datos y accedido al sistema más que el propio jefe de Inteligencia.

– Su hija – dilucidó el francotirador. – Pero no comprendo, sargento. ¿Cuál es la importancia de todo eso? Habíamos hallado a la señorita Oslvado y tu hermano, sanos y a salvo.

– ¿Y a dónde los llevaron?

– Los quisimos traer acá. Cómo te dijimos. Pero se negaron. No obstante, aparecieron aquí más tarde.

– Me dijisteis que no habían venido.

– No lo recuerdo.

– Fue... Giovanna – recordó Miranda.

– El equipo estaba separado antes de realizar tu extracción. Puede que...

– ¿Y el cofre?

– ¿Qué cofre?

Miranda se incorporó.

– No hallamos ningún cofre cuando hicimos la operación, sargento – dijo Renato.

Zyra entonces se acercó. Y vio en su rostro en el mismo miedo que sentía ella en ese momento.

– Zyra... ¿Es posible que el cofre sea invisible?

– Sí. Si el portador lo desea. Por eso, yo siempre lo tapaba, para no olvidar el peligro que implica que un mal invisible se olvide en las sombras.

– Entonces... el cofre estuvo acá. ¿No le dijiste eso a Berenice?

– Claro que sí. Pero era obvio que Berenice no iba a mostrarles el cofre a ellos.

Miranda giró hacia Renato.

– ¿Y qué pasó con ellos? ¿Con Berenice y Fernis?

– Entonces te fuimos a rescatar a vos, Miranda – dijo Lourdes, desde el alfeizar de la ventana. Detrás suyo,



la vista de un barrio lleno de manifestantes, edificios incendiados y saqueos. Todos los edificios estaban siendo invadidos. Volaban papeles y botellas. El cielo estaba especialmente oscuro, como si negara a la ciudad azul sentir la calidez del sol.

– Sólo se quedó Analía – dedujo Miranda. – ¿Y no se dieron cuenta que al regresar ni mi hermano ni Berenice ya no estaban?

Pudo notar el sentimiento de vergüenza y culpa en la expresión de Renato. Su nariz estaba hinchada. Ya había dejado de sangrar.

– No, Miranda. Nadie lo notó – dijo Lourdes, también con culpa en su voz.

– El cofre– explicó Zyra. – El cofre sedujo a la vieja. Como lo ha hecho con todos. Pero Berenice negó mostrárselo. Eso significa que ella nunca fue corrompida. Que persistió incluso en esa situación. El cofre dejó su remanencia en este lugar. Todos

hemos estado bajo su influencia. Ha mostrado... qué tan vulnerables somos a los sentimientos de maldad.

Todos se miraron entre sí.

– Lo siento, Zyra– dijo Reminis. – Por lo que dije anoche.

– Está bien, Rem. No demostraste maldad. Demostraste dolor. Y honestidad. Tal vez bronca. Son detonantes para la maldad. Pero el amor que sentiste fue más fuerte.

– ¿Qué hay de mí? – preguntó Lourdes. – ¿Qué notaste en mí?

– Honor. Miedo. Tu forma de describir la guerra, y todo lo que me contaste, también habla de tu dolor, de tus traumas como soldado. Pero también ganó el cariño que tuviste por mí.

– Me recordaste a mi hija – le explicó la teniente, sonriendo.

Zyra luego miró a Renato.

– Vos sos una buena persona. Defensor de la humanidad. No tenés maldad alguna. Defendiste a Reminis, desobedeciste las leyes marciales. Tu corazón es noble. Yo creo que te parecés a Berenice. Por último la miró a ella. Vio su escepticismo en el rostro.

– Vos no sos influenciable por el cofre. Afortunadamente.

El silencio que hicieron el resto fue acuerdo del mismo pensamiento.

– ¿Será peor que el cofre? – bromeó Lourdes.

Zyra sacudió la cabeza.

– Según Filomoris... Es la antítesis del cofre.

– O sea que es el bien – pensó Renato.

– No – replicó Miranda. – No hay bien ni mal. El mal no puede poseerme porque ya existe en mí. En otro aspecto, en otra forma. Pero el origen del mal del cofre es como el trastorno que padezco. Como las experiencias que me forjaron. Como las decisiones

que tomé. Nadie acá sobrevivió a la influencia del cofre por sus bondades, noblezas o amor. El cofre encontró al más débil. Pero no manipula, tal como pensás, Zyra. Sólo... despierta, lo que ya existe dentro. No creo que el mal sea una entidad externa. Nosotros la hemos creado.

– Puedo entenderte, Mir. Porque estuvimos conectadas. Pero sabés, la has visto. Una vida existe dentro de ese cofre, algo aterrador y malvado. ¿No creés que sea el mal encarnado?

Miranda dudó.

– Toda vida intenta sobrevivir. Y una vida dañada – Miranda se tocó el pecho – lo hará a cualquier costo.

– Estoy segura que tu vida fue mucho peor que la muchacha que viene ahí – dijo Lourdes, con su habitual humor.

Giovanna se estaba acercando por el pasillo.

– El dolor no es medible – respondió Miranda – caminó lentamente hacia la izquierda, a la par de Renato.

– La fortaleza para trabajarlo, sí – finalizó Lourdes, que también había avanzado unos pasos hasta ponerse delante de Zyra y Reminis.

Giovanna tenía una pistola calibre .32

Hubo un gran silencio en el amplio comedor. Un silencio tejido por la tensión y el peligro.

– Giovanna – dijo Miranda con calma, utilizando su mano derecha para hacerle un gesto de paz –. Bajá el arma.

– Sabés que no lo haré.

– ¿Por qué?

Giovanna miraba a Zyra, luego la miraba a ella, y luego miraba a Lourdes, cuando le parecía que la teniente iba a moverse.

– Escuché de lo que hablaban. ¿Saben dónde está el cofre? Ella – la señaló a Zyra con el arma. Lourdes la

cubrió por completo con su cuerpo. – Ella sabe dónde está. Decímelo.

– ¿Por qué te interesa el cofre, Giovanna? – le preguntó Miranda.

Giovanna la miró, sin dejar de apuntarle a la teniente, sin girar la cabeza.

– Es mi trabajo. La directora quiere saber.

– ¿Por qué creés que la directora quiere el cofre?

– Es mi jefa. Es nuestra jefa. Y vosotros, sois todos unos traidores.

– Escuchá tus palabras, Giovanna – dijo desde el fondo Reminis, que se adelantó y se puso a un lado de Lourdes.

A Miranda se llenó la panza de nervios. *Reminis, retrocedé por mil demonios.*

Giovanna la miró.

– No me queda nada. Nada de mi vida. Sólo seguir siendo una agente de la COEM.

– ¿No querés llorar? ¿Volver el tiempo atrás? ¿Que las cosas sean diferentes?

Miranda estaba llenándose de estrés. ¿Qué intentaba hacer Reminis?

Giovanna apretó los labios y su cabeza comenzó a temblar. Sus ojos hinchados comenzaron a lagrimear.

– Claro que quiero.

– Entonces... – dijo Reminis, bajando los brazos – no repitas lo mismo que harían los demás. No busques venganza. No seas solo un agente de la COEM. Vos elegís.

– ¿Yo elijo? – repitió Giovanna. – Giró el arma hacia Miranda. – Des, elijo que te mueras, asesina.

Escuchó que Renato se abalanzó sobre la barra para tomar un cuchillo, pero ella se quedó quieta, sin cubrirse, aceptando el destino sobre lo que sucediera en el próximo instante.

Pero Lourdes enseñó una pistola, las reglamentarias 9mm. Miranda entendió entonces que Reminis había estado distraendo a Giovanna, para pasarle por detrás la pistola a la teniente. La habría ido a buscar cuando fue a por ella.

Giovanna se asustó y reaccionó al movimiento de la teniente. Reminis se lanzó al suelo, Lourdes levantó la pistola y apuntó. Pero Giovanna disparó.

Zyra y Reminis lanzaron un grito.

Antes de que vuelva a disparar, Renato le lanzó un cuchillo, que le dio en el brazo derecho.

Giovanna entonces giró hacia ellos.

Renato agarró a Miranda por el brazo y ambos se ocultaron detrás de la barra, mientras llovían disparos y astillas de madera.

Miranda vio desde el suelo una pistola sujeta en la cara de abajo de la barra.

– Renato – le señaló. – Yo no puedo disparar.

Escuchaban que Giovanna se quejaba de dolor.



Se asomaron.

Lourdes estaba en el suelo, agarrándose el vientre. Zyra la abrazaba, pero Reminis intentaba sacarla de encima.

Giovanna se estaba sacando el cuchillo del brazo mientras chillaba de dolor.

– ¡Ya basta! – gritaba Zyra. – ¡Yo no sé dónde está el cofre!

Giovanna levantó de nuevo la pistola. Renato saltó y le disparó en la pierna.

Giovanna gritó, se agarró de la banqueta de la barra, que se cayó, y ella cayó encima de ella.

Miranda entonces corrió por el comedor, agarró a Zyra y junto a Reminis la refugiaron en el zaguán.

Zyra lloraba e intentaba escaparse, pero la sostenían con firmeza.

– Zyra, no podemos hacer nada – le dijo Reminis.

– ¡Claro que sí! – ¡Mir!

Miranda sacudió la cabeza.

– Estoy desarmada y no tengo fuerzas, Zy. Tranquila. Ya está por terminar.

Miranda asomó la vista por el borde de la puerta.

Giovanna lloraba.

La teniente estaba en el suelo. Estaban teniendo una conversación, pero no alcanzaba a escuchar por los gritos de Renato, que insistía en que Giovanna soltara el arma.

Renato se fue acercando lentamente, mientras Lourdes se incorporaba. Y cuando estaba a un solo par de pasos, Zyra se escurrió y salió corriendo hacia Lourdes.

Miranda intentó levantarse, pero su cadera le hizo tropezar.

Giovanna le apuntó a Zyra. Lourdes corrió y se interpuso delante de ella. El disparo le voló la tapa de los sesos. Renato entonces remató a Giovanna de un disparo limpio.

El cuerpo de la teniente cayó pesado al suelo y Zyra se quedó inmóvil en mitad del comedor, paralizada. Miró hacia abajo, con los ojos abiertos como platos, y al ver a la mujer a sus pies, lanzó un grito de horror. Retrocedió, temblando y sollozando.

Llegó a tocar la pared del fondo, y se dejó caer mientras sus manos se aferraban a su cara, a su sollozo, y mientras gritaba y se resguardaba entre sus piernas, Miranda sintió una pena terrible. Porque en el fondo, sin demonios ni cofres, su prima aún era un alma inocente, pura, que jamás había vivido... eso.

Mientras Reminis fue abrazarla, e intentaba contenerla y tranquilizarla, Miranda se quedó de pie observando el suelo. Luego miró a Renato, que estaba tan consternado pero firme como ella. Se había apoyado en la barra.

Miranda se le acercó.

Escuchó que Reminis consiguió llevar a Zyra a enfermería.

– Acabo de asesinar a mi compañera – expresó Renato apesadumbrado.

Miranda no dijo nada.

– Ya no era tu compañera – le dijo después. – Ninguno de nosotros somos lo que éramos.

Se quedaron en silencio unos instantes, hasta que Miranda notó que la luz del ambiente se tornó más oscura. El francotirador también lo notó. Ambos miraron hacia la derecha.

– ¿Qué es eso? – susurró Renato.

Una sombra se arrastraba por el suelo, desde el cuerpo de Giovanna. pasó por sus pies, Miranda sintió una náusea terrible. Renato vomitó. La sombra continuó su camino, hasta el final de la barra, trepó por la pared y se esfumó en el televisor.

Ambos se irguieron cuando el televisor se encendió por sí solo.

No era un canal de noticias, ni anuncios, ni ninguna transmisión oficial. Era un simple vídeo, una grabación de un celular.

Las puertas de la enfermería se abrieron de golpe. Zyra salió pálida.

– Esa es la voz de Hernán Guillet – dijo con firmeza. Reminis salió detrás de ella.

– Y ese es su rostro – agregó ella.

En la grabación se le veía en primer plano. Su boca parecía manchada de sangre, sus brackets brillaban con el flash del celular. El lugar era oscuro. Podía verse las partículas de polvo cruzando por el lente.

Miranda no podía entender lo que estaba diciendo. Parecían balbuceos inteligibles y gritos secos que seguían a siseos y ojos que quedaban en blanco una y otra vez. Se reía cada cinco segundos.

– No puede ser... – gimió Zyra. – Reminis. Reminis decime que esto es una ilusión.

– Acaba... Acaba de nombrar a Berenice. ‘La gorda policía’. – interpretó Reminis.

Miranda vio que ambas se acercaron con pasos temblorosos.

– La ventana – indicó Renato. – Esa ventana es...

No terminó la frase porque sonó un grito. Miranda lo identificó con claridad... y terror. Era la voz de Fernis.

– No comprendo lo que está diciendo – dijo Renato.

– Yo sí. – murmuró Reminis. Estaba llorando.

Pero fue Zyra la que recitó.

– ‘Ella me obligó, ella me obligó. Todas me obligan. Pero nadie quiere besarme. Ch-yo soy bueno. ¡Ja, ja, ja! Mi hermano me está buscando, siempre quieren... encontrarme. Yo. Soy. Libre.’

Zyra se acercó aún más al televisor. Sus manos estaban temblando.

– Ese hijo de puta... – farfulló Reminis. – No puede ser. Está con Bere. ¿La escuchan?

– Sí – asintió Miranda. – Los tiene a ambos.

– Ese lugar es en Lyriatiz.

– Sí. Son las torres. – concluyó Renato.

Miranda vio a Zyra retroceder.

– El sueño... – La miró. – Las Torres. La muerte de los justicieros. La tormenta. El monstruo. El fuego.

El televisor hizo un cortocircuito y explotó. Luego, se fue la electricidad. Las puertas se desbloquearon. La luz de emergencia se encendió. Un rojo bermellón que dejó a todos bañados en un ambiente de temor y silencio.

## **CAPÍTULO 19** ‡

ZYRA

Las Torres. La guerra. El monstruo. El sueño. Sentía una extraña calma, una que no podía controlar. Su mente parecía vacía. Desprovista de emociones. Las luces rojas le recordaban al infierno, a las nubes que había visto aquel día en el avión de regreso a Jaiva. Le recordaba a los ojos de Hoferos, al traje de Aratas, a la sangre que bañaba el piso, ahora de color negro, como los ojos de todos los demás.

– ¿Cuánto tardarán en darse cuenta que el sistema de seguridad se apagó? – preguntó Renato.  
Escucharon estruendos.



- Creo que ya se dieron cuenta – respondió Miranda.
- ¿Las armas están cargadas en el convoy?
- Se llevaron el convoy. Pero está el camión.
- ¿Podés manejarlo?

Renato asintió.

Enseguida se movieron. Renato le sujetó la mano. Miranda hizo lo mismo con Reminis.

- Tranquila, estás en shock. – le dijo el agente cuando iban por los pasillos.

En rojo, todo parecía un laberinto. Las sombras parecían siniestras. Sentía que en cada rincón había una voz susurrando. Cuando veía algo negro fuera de lugar, pensaba que era sangre.

*El infierno. Así será el infierno.*

Las voces crecieron y las llamadas más allá del mar crecieron en su mente.

Zyra apretó mucho las manos y luego comenzó a contorsionarse. La voz de Hoferos gritaba, en ese

idioma filoso y seco. Sintió que todo se rompió y perdió el equilibrio.

Renato la sujetó.

– Está convulsionando – llegó a escuchar que dijo. – Adelantaros.

El campo visual de Zyra se hizo un remolino de rojos y negros.

*¡Tú! ¡Pensabas traicionarme! ¿Crees que ese demonio va a poder vencerme si te unes a él? ¿Crees que va a dejarte elegir? Te manipulará, te hará suya, te convertirá en su esclava. Se suponía que tú la controlarías a ella, que tú serías mi hija, la princesa de la guerra... Pero ya veo, eres débil, y terminarás, igual que todos esos inmundos humanos. No. Tú no eres humana, Zyra. O impones nuestro propósito tú. O lo haré yo.*

La marea en su mente se calmó. Estaba de costado, en el suelo, sobre una alfombra.

Renato mientras cargaba un montón de cosas. Las paredes estaban llenas de armas y utilería bélica. – ¿Te sentís mejor?

– Sí – murmuró ella. – ¿Qué estás haciendo?

Cargó tres cajas con manija.

– Preparándonos. Ya llevé las armas. Esto nos va a ayudar. Granadas. ¿Puedes cargar algunas?

– Sí, claro.

– El resto ya está en el camión. Ve. Ah, esperá. Dejame ponerte esto.

Era un chaleco antibalas. Primero le colocó una campera. Luego le abrochó el chaleco. También le puso un casco.

– Ahora sí. Ve al camión. Salí por esa puerta y bajá por una rampa hacia la izquierda. Verás el garage.

– ¿Qué harás vos?

Se escuchaban ruidos en el interior del complejo.

– Asegurarme de que nadie más use estas armas. Vamos. Corré.

Zyra cargó dos de las cajas y salió por la puerta. Bajó por la rampa tal como le indicó Renato, y luego vio una puerta abierta. El garage era inmenso. Había varios vehículos, pero uno de ellos tenía las luces encendidas.

Bajó por unas escaleras industriales y caminó sin prisa hacia el camión. Era cuadrado, con ruedas del tamaño de su cuerpo, con una carrocería negra y robusta. Se veía impenetrable. Las puertas estaban abiertas. Reminis agarró las cajas y luego la ayudó a subir.

– ¿Estás bien? – la tomó por la cara.

– Sí.

En ese momento sonó una explosión. Ambas se sobresaltaron.

– ¿Qué demonios fue eso? – exclamó Reminis.

Vio a Renato aparecer por las escaleras, con un estuche en el hombro y la última de las cajas en la mano.

Renato subió ambas cosas en la parte trasera del camión. Reminis intentó levantar el estuche pero era demasiado pesado.

– Sólo dejalo en el piso. Retrocedan. Cerraré las puertas.

Ambas retrocedieron. Al cerrarse las puertas, se sellaron por completo, y el ruido del exterior desapareció.

Era como un bunker móvil. Había bastante espacio. Ranuras en las paredes y ganchos. Se sentó en la butaca. Miraba a Reminis guardar las cajas en un espacio estrecho donde parecían encajar. Luego se abrió una pequeña puerta de la parte delantera. Era Miranda. No dijo nada ni hizo ninguna expresión. Pero sabía que por dentro debía estar sintiendo tantas cosas como ella.

– Hay que apurarnos – dijo Zyra. – Y atrapar a ese malnacido.

– Lo haremos.

Miranda dejó el estuche por debajo de las butacas. Luego colgó dos rifles automáticos en los ganchos. Zyra notó que se había puesto el uniforme de la COEM, al igual que Renato. Tenía una pistola en el cinturón y un gran cuchillo en una faja de la pierna.

– Tomen. Nos comunicaremos con esto. – Eran pequeños auriculares. – Pasan el dedo por la oreja y mantienen abierto el canal. O presionan la cucaracha, hablan, y luego lo sueltan. ¿Comprendido?

– No nos hables como a soldados. – Se quejó Reminis. – Sí, se entendió.

Miranda regresó adelante, cerró la puerta. Y el camión arrancó.

## REMINIS

Estaba enfadada con Miranda. No podía luchar en la condición en la que estaba. Le imploró que no vuelva a ponerse el uniforme. Esa mujer siempre arriesgaba su vida, todos los malditos días. Pero también estaba preocupada por lo que fuera a pasarle a Fernis y Berenice. Estaba enfadada con todo. No había policía a quien llamar. Todo se caía a pedazos, y lo supo cuando salieron al exterior. A pesar de la orden de los agentes, ella se acercó a la puerta delantera y miró hacia la cabina. A través de la ventana veía una ciudad en llamas. Cientos de personas apedrearon el camión, hasta lanzaron bombas molotov. Por fortuna, no le hizo ni un rasguño. Vio como la casa de gobierno estaba siendo invadida, antes de que el camión rompiera por completo con el portón de la

salida del barrio federal y luego tomase velocidad sobre la avenida de la costa.

Vio por un instante el faro de Jaiva. Era el único espacio inmaculado. Frío y clarividente. Libre de humo, de fuego, de guerra.

Los negocios también habían sido saqueados. Algunos de ellos estaban en llamas, o completamente destruidos. Decenas de vehículos accidentados, volcados. Patrulleros carbonizados. Un camión de bomberos en llamas. A veces la autopista se ahogaba en una nube de humo. Barrieron varias veces trincheras de madera, neumáticos y escombros. No podía creer que era la misma ciudad en la que había vivido toda su vida.

Miró al conductor y a su compañera. Ambos lucían inexpresivos. Como si se hubieran preparado para eso. ¿Incluso para esto?

Volteó para mirar a Zyra. La pobre seguía en shock. La muerte de Lourdes la había dejado mal. Todos



habían tenido que procesar muchas cosas. Pero ella... era solo una niña. Y todos le echaban la culpa. Ese maldito cofre. *Sea real o no lo que contiene, ya ha ocasionado todo un desastre.*

Volvió a mirar al frente. Miranda giró la cabeza por sobre su hombro.

– ¿Está todo bien? – le habló por cucaracha.

– Sí – le respondió ella.

Se dio cuenta que estaba enfadada porque, una vez que se había enamorado, el fin del mundo había llegado.

## **CAPÍTULO 20** ‡

### MIRANDA

Estaban llegando a Lyriatiz. Comenzaron a aparecer cuerpos a los costados de la calle. Algunos eran oficiales de policía. Otros, civiles.

– La marea subirá dentro de 15 minutos – anunció Miranda.

Se desviaron de la avenida por el camino que llevaba a la isla de las torres.

– Renato. Ve más despacio.

– ¿Por qué?

– Poné las luces altas – le sugirió.

Cuando el conductor lo hizo, vio junto a ella el montón de cadáveres al costado del camino. Muchos de ellos estaban entre los árboles de hojas secas que custodiaban el pequeño camino de tierra.

Luego el camino hizo un pequeño descenso y llegaron al puente. Las tres torres se alzaban adelante en la oscuridad. Aquella isla había sido un signo de poder y solemnidad en los tiempos del imperio. Construcciones históricas, emblemáticas, que luego de la invasión europea, comenzaron a ser símbolos de mitos y crímenes atroces. Y ahora estaban encontrándose ante ambos.

Renato detuvo la marcha.

– ¿Qué...?

Miranda tragó saliva.

Delante, sobre el puente, había esparcido a lo largo y ancho al menos 20 cadáveres. Incluso debajo, por el fango de la marea baja, había muchos más. El agua comenzaba a cubrirlos, y se teñía de rojo.

Miranda cerró la ventanilla de la puerta. Reminis se quejó por el canal. Pero Miranda la ignoró. No iba a permitir que viera eso.

– Avanzá – le ordenó Miranda al conductor.

El cabo vaciló.

– No hay otra opción, Renato.

– No entiendo. ¿Qué pasó acá?

Miranda vio el cielo por un momento, detrás de las torres, una masa enorme y plana, gris y densa, tan densa que no dejaba entrar la luz de la mañana, y dejaba a toda la ciudad bajo un alba sepulcral. Y eso si es que existía la mañana. Porque por momentos le parecía ver la luna salir y ocultarse entre las nubes. No quería prestarle mucha atención. No era un buen momento para dar rienda suelta al delirio.

– El cofre – dijo. – Debe estar acá.

Renato aceleró.

El camión comenzó a traquetear en el puente. Escucharon como reventaban algunos cuerpos, otros,

apilados, soportaban el peso de la rueda y los hacían saltar. La sangre llegó a salpicar las ventanas.

– Carajo... – murmuró Renato. – Esto es demasiado.

– Sí... – asintió Miranda. – Tranquilo. Ya termina.

Chocaron una barricada. Y luego tocaron la isla. Al avanzar por otro pequeño camino de bosque, continuaron viendo y aplastando cuerpos, hasta que por fin salieron al claro de tierra. Renato entonces pudo maniobrar para evadir más aplastamientos, pues los cadáveres seguían apareciendo en el suelo, aunque con menos intensidad.

Vieron dos patrulleros vacíos, tres coches civiles y una motocicleta volcada contra la pared de la primera torre, a la izquierda. Debajo de ella parecía estar su conductor. Miranda entonces pudo notar el agujero de bala en la cabeza de aquel hombre. Y su peor hipótesis cobró mayor peso.

– Mierda... – dijo entre dientes. – Renato. Creo que están acá.

Renato detuvo el camión a 15 metros del centro de la isla. Miranda lo miró. Él frunció el ceño y luego apretó los dientes.

– Sí... Estuve pensando lo mismo.

Abrieron la puerta hacia la parte trasera. Reminis los miró con expectación. Zyra permanecía en el mismo estado de mutismo. Cargaron sus rifles y colocaron granadas en el cinturón.

– ¿Qué sucede? – preguntó Reminis.

Ninguno de los dos respondió.

– No me ignores. Decime qué está pasando, maldición.

Miranda se colocó la cinta del rifle. Su hombro izquierdo la mordió con dolor.

– Tienen que quedarse adentro. Es muy peligroso afuera.

– ¿Por qué?

– Teodoro Montes y Jaime Séneca están acá – se sinceró Renato. Miranda apretó los ojos.

– ¿Con la directora?

– El cofre está acá – dijo Zyra, tras un largo rato de silencio. – Lo están buscando.

– Y asesinaron a todo el que entró a la isla – agregó Miranda. – Si salen, les darán un tiro.

– ¿Y cómo se supone que busquemos a Fernis y Berenice?

Miranda hizo un silencio de aprobación.

– Comprobaremos el terreno – indicó Renato. – Luego veremos cómo proceder.

Abrieron una puerta de atrás. Saltaron del camión e inmediatamente se colocaron en posición. Miranda sintió un vahído momentáneo, pero prosiguió. Dieron un rodeo por el camión. No había señales por el lado de las torres.

Se colocaron en la parte delantera.

– ¡Cuidado! – alertó Reminis por cucaracha. – El bosque.

Miranda agarró a Renato y se agacharon. Los disparos golpearon el frente del vehículo.

Renato se asomó y disparó. Miranda entonces caminó hacia la parte trasera del camión y observó.

– Veo a Jaime. Está detrás del patrullero. 13 horas.

– Yo... – farfulló Renato mientras intercambia disparos – aún no puedo determinar la posición del capitán.

Hubo un momento de silencio.

Renato ejecutó tres tiros.

– El capitán está detrás del muro. 7 horas.

Miranda resopló.

– Nos tienen justo donde querían.

– Será un intercambio largo – agregó Renato.

Ambos se arrodillaron y ajustaron sus puntos de apoyo.

Miranda vio moverse a Jaime hacia la parte trasera del patrullero. Disparó hacia las ventanas, con efecto de salpicarlo de cristales. Escuchó un quejido. Luego,



el agente se asomó y respondió con una rafaga. Miranda se puso a cubierto. Las balas repiquetearon en las puertas traseras del camión y en la tierra. Miranda esperó un segundo y volvió a aparecer. Disparó en dirección horizontal desde el baúl hasta el capó. Otra vez acertó. Jaime asomó con dificultad por la parte delantera y respondió.

Miranda volvió a cubrirse. Recibió un disparo a centímetros del pie. Vaya, estuve lenta.

Miró a su compañero.

– Jaime saldrá pronto – le informó. – Intentaré neutralizarlo de forma no letal.

Renato gruñó. Lo vio descargar una ráfaga demasiado larga. Luego maldecir.

– El capitán se me está escapando. Intenta alcanzar la Torre Menor. Obtener nuestro flanco izquierdo.

Miranda gruñó también.

– Apresuraré a Jaime, entonces.

Giró la boca del rifle, jaló una correa y preparó una granada. La cargó.

Se asomó y disparó al patrullero. El proyectil viajó con una estela de humo e impactó en el interior del vehículo, que estalló en fuego y chispas.

Miranda se incorporó y avanzó de su posición. Mientras Jaime corría hacia el muro, lo acribilló a disparos. Le dio unos cuantos, pero el dolor de su hombro no le permitió culminar su ataque. Se detuvo, abrió la puerta trasera del camión y saltó adentro.

– Carajo – farfulló, con una mueca de dolor. – Renato, ¿ves a Jaime? Corrió a las 10 horas.

– Sí. Está herido, pero ya está a cubierto detrás del muro. Buen trabajo, sargento.

De pronto hubo escuchó una fuerte descarga en el frente del camión. Miranda saltó de nuevo al exterior y giró por la derecha.

No veía a Renato. Acababan de lanzar la misma granada al camión. No resultó más que en un sacudón, pero su compañero estaba muy cerca del impacto.

– ¡Renato! – lo llamó.

Lo vio levantar una mano, detrás de un montículo de escombros a 5 metros del camión. Estaba cubierto de tierra.

– Estoy bien. Por poco. Poneros a cubierto. El capitán está frente a nosotros. Miranda se agachó por el borde.

– Tengo una buena posición desde acá – anunció Renato. – Vigilá el otro flanco.

Miranda fue a la otra esquina del camión.

Hubo silencio durante largos segundos.

El viento cambió de dirección entonces. El viento del norte le trajo un sonido primero confuso, pero luego lo pudo identificar. Un grito, lejano, ahogado.

Zyra saltó del camión.

– ¡Es Fernis! – alertó. – Debe estar en la Torre Media.

Antes de que Miranda pudiera sujetarla, Zyra se lanzó a la carrera en dirección a la torre.

– ¡Por mil demonios, Zyra!

Miranda entonces giró hacia sus 7 horas, hacia el semi muro y la Torre Menor. Abrió fuego a discreción para protegerla.

Sintió que Reminis también saltó del camión y fue detrás.

Renato abrió fuego también.

Fueron momentos eternos, en los que su respiración se agitó de sobremanera. Hasta que por el canal, Reminis habló.

– Estamos dentro.

Miranda se cubrió y dejó el arma sobre el suelo del camión. Necesitaba aire.

– No volváis... – dijo con dificultad por cucaracha. – a hacer eso.

– Mantengan el canal abierto – sugirió Renato.

– Okey – se escuchó un golpe luego de la respuesta de Reminis.

– ¿Qué fue eso? – se preocupó Miranda.

– Tranquila. Rompimos algo. – Hubo una pausa. Escuchaba sus pasos. – ¡Fernis, estamos en la Torre! ¡Grita otra vez para que podamos encontrarte!

De repente comenzaron los disparos desde el frente del camión.

Miranda agarró el rifle y se colocó en posición.

Esto estará difícil.

Lanzó una granada a un metro delante de la Torre Menor. Un montón de tierra y piedras salieron volando por el aire. En ese momento, Renato pudo salir de su posición y regresar al camión.

– Gracias, compañera.

Ambos descansaron un momento en la parte trasera del camión.

– ¿Qué plan sugerís?

Miranda vio los faros de un vehículo que estaba descendiendo de la autopista, introduciéndose en la isla.

Suspiró.

– Ahí viene nuestra directora, seguro – bromeó Renato.

– Tengo un plan – respondió Miranda, oliendo el aire. El cielo comenzaba a rugir. El viento se hacía cada vez más intenso, cambiando otra vez de dirección. Esta vez escuchó la voz de Hernán Guillet.

– Puede que muramos hoy. ¿Estás listo, Alcatraz?

– Siempre.

## REMINIS

El interior de la Torre Media era tan siniestra como lo era por fuera. Las paredes habían sido vandalizadas con grafitis obscenos y la mueblería del salón parecía haberse convertido en un lugar de encuentro para fiestas turbias y consumo de drogas. El suelo estaba lleno de jeringas, botellas rotas, ropa interior y condones usados. Sin embargo, más adelante, tras una pared media derruida, se encontraron con el centro de la torre circular. Era un espacio amplio, seco y herrumbroso. Había pequeñas ventanas a lo alto y largo de la pared por la cual entraba el viento. Su aullido era siniestro, y el golpe de las olas contra las rocas hacía sacudir el suelo. Había una pequeña escalera en espiral que recorría la pared, hasta el cielo raso, a unos 20 metros de altura, pero la oscuridad no permitía ver nada.

Escucharon el grito de Fernis. Provenía desde abajo.

– Por ahí – señaló Zyra. La continuación de la escalera descendía al subsuelo.

Reminis sintió un escalofrío al acercarse. Podía sentir la fuerza del mar muy cerca.

– Está demasiado oscuro – se quejó Reminis mientras pisaban los escalones de piedra con cuidado. – Ah, esperá – sujetó a Zyra por el hombro. Al mirarla, notó que su semblante comenzaba a recuperar vida. Pero esa vida estaba invadida por un temor invisible. Suponía que podía percibir cosas que ella no. Tal vez la voz de Esker’lamet o la de Hoferos. A esa altura, estaba bien claro que ambas entidades existían, en el mundo o en su mente. Daba igual, en cuanto a mantenerla a salvo se trataba.

– Nuestros cascos. Tienen una linterna. Vení. – lo encendió con un botón.



En ese momento escuchó una fuerte explosión por la cucaracha que saturó su oído. – ¡Mierda! Voy a apagar el canal. Me estoy aturdiendo.

– Podés apagar la entrada pero mantener la salida de audio – le explicó rápidamente Renato. Tan rápidamente que apenas entendió.

Zyra entonces se acercó a la oreja de Reminis y tocó algo. Reminis dejó de escuchar.

– A ver, donde tocaste – observó su oreja.

– Yo no lo tengo encendido. Ya vamos, Reminis. Fernis puede estar muy grave.

Al girarse y alumbrar el descenso, ambas se quedaron quietas.

Había agua en el fondo.

– Es... Es el nivel del mar – susurró Reminis. – Odio el mar.

Zyra fue primera.

Al tocar el suelo, el agua les llegó a las rodillas. Estaba helada.

Avanzaron con dificultad. El suelo estaba lleno de objetos.

– ¡Ya vamos Fernis! – gritó Zyra.

El camino iba curvandose, pero se mantenía al mismo nivel. Era un pasadizo escalofriante. Las paredes de piedras estaban llenas de moho y cangrejos. A Reminis le parecía que a veces se movían cosas entre sus piernas.

– ¡Lo veo! – gritó Zyra. Echó a trotar entre el agua. Reminis notó que ahora le alcanzaba la cintura. Aún así, siguió a Zyra.

El pasadizo terminaba en una pared plana, con tres tres fierros que sobresalían de la pared. Fernis estaba atado por manos y pies allí. A Reminis se le estremeció el alma. Era la misma posición en la que la habían maniatado a ella.

*Esto es obra de los hijos de Tróbulos, sin duda. Malditos sean.*

Zyra se abalanzó sobre Fernis.

– ¿Estás bien? Fernis, Fernis – lo cacheteó.

El muchacho reaccionó. Se quedó cegado por las luces. Balbuceó algo inteligible. Reminis no perdió tiempo y desenvainó un pequeño cuchillo de su pantalón. Se agachó, media sumergida, y buscó con la mano la atadura en los tobillos. Comenzó a cortar. Fue más difícil de lo que esperaba. El agua comenzó a moverse.

– ¿Qué demon...?

De repente fueron sacudidas por una gran oleada de agua que las golpeó por el costado. Fernis reaccionó y gritó.

Reminis agradeció haber tenido el casco. El sacudón le hizo golpearse la cabeza contra la pared. Miró a su izquierda.

– ¿Por dónde entra el agua? – farfulló agitada.

Vio entonces que la pared externa tenía agujeros. Se acercó a uno de ellos. Lo que vio la aterrorizó.

El mar.

– ¡Zyra! – espetó, preocupada – Estamos al nivel del mar. Y la marea está subiendo. Tenemos que apresurar...

Otra oleada de agua.

Esta vez tragó agua. Tosió y escupió. El sabor salado le quemó la garganta.

Vio la luz de Zyra debajo del agua.

– ¡Reminis...! – habló Fernis con la voz ronca. Sus labios estaban secos y amarillos por el agua marina. Su rostro también tenía un aspecto amarillentos. – ¿De verdad son ustedes?

Reminis se acercó. El agua le llegaba a las costillas.

– Sí, Fer. Somos nosotras.

De repente Fernis pudo liberar las piernas. Zyra emergió, agitada.

– Zyra, perdí mi cuchillo.

– Yo sigo.

Se estiró hacia el brazo derecho y comenzó a cortar la cuerda.

Reminis escuchaba venir otra ola. Se aferró a la muñeca de Fernis y buscó una forma de romper el bloque al que estaba sujeto.

– Bere... – balbuceó Fernis... – Ella gritaba... La podía escuchar... ¿Dónde está?

Ninguna le respondió.

Reminis se sumergió y agarró una roca del suelo. Divisó el clavo al que estaba anclado la cuerda y comenzó a darle golpes.

– Zyra, sujetate. ¡Viene otra ola!

Ambas se sujetaron de los clavos.

El agua entró con fuerza. Los tres se sacudieron. Reminis perdió la roca y de todas formas terminó contra la pared contraria. El farol de su casco se rompió y quedó a oscuras.

– Carajo...

Dio vueltas, hasta ver el brazo derecho de Fernis, iluminado por Zyra. Había logrado resistir el oleaje. Estaba muy concentrada en su trabajo. Continuó

cortando, pero el filo no era serruchado. Lanzó un grito y arrancó con la mano la última tira.

El brazo de Fernis cayó al agua.

– Ya – alentó Reminis –. Sólo queda una tira.

– Bere... – murmuró con desdicha. – ¿Dónde está?

De repente escucharon un estruendo metálico, que reverberó por algún lugar hasta llegar por encima de sus cabezas. Ambas mujeres buscaron el origen del sonido. Zyra alzó la cabeza, descubriendo un túnel, a dos metros de altura. No había forma de alcanzarlo, excepto trepando.

Zyra le pasó el cuchillo a Reminis.

– Seguí vos – le ordenó, dándole el cuchillo.

Antes de que Reminis pudiera decir algo, Zyra pisó los ladrillos y se colgó de la abertura. Se metió en la boca del túnel y se quedó allí, escuchando.

– Zyra, no veo nada. – Aquella la ignoró. Así que empuñó bien fuerte el cuchillo y se puso a cortar la última atadura. Fernis caía encima de ella, por lo que

era un doble esfuerzo para la mujer. Escuchó otra ola. Incrustó los pies en la pared derecha y agarró al muchacho con una mano.

– ¡Resistí, Fernis!

El agua golpeó con fuerza, los sacudió. Reminis sintió un intenso dolor en las rodillas. El agua ahora estaba en su pecho. Buscó en la oscuridad la mano de Fernis, que parecía haberse desmayado otra vez.

No gastó energías en hablarle. Quería terminar con eso ya, antes de terminar ahogados en aquel lugar oscuro.

Se escucharon explosiones provenientes desde arriba. Los disparos sonaban apenas como ruidos lejanos.

Reminis terminó de cortar la última tira y el cuerpo de Fernis se le vino encima. Perdió el equilibrio y quedó debajo del agua. En la desesperación, consiguió afirmarse sobre sus piernas y emergió de

nuevo. Sacó a Fenris del agua, que pareció recobrar la conciencia con una gran bocada de aire.

– ¡Zyra, vamos!

Vio que su silueta se movió.

– Tomá, agarralo.

Le lanzó el casco. Reminis pateó hasta alcanzarlo. Apoyó a Fenris sobre la pared y se desabrochó el que llevaba puesto.

– Listo – anunció una vez abrochado el nuevo. Alzó la cabeza y alumbró a Zyra. – ¿Qué hacés, Zy? ¡Volvé! Zyra se dio la vuelta.

– Escucho a Bere... Debe estar en la otra torre. Escucho su llanto. Me está llamando.

– Des, salgamos a la superficie y vayamos a buscarla. Pero salgamos de este lugar, ¡ahora!

El oleaje irrumpió en el pasadizo. Reminis se dio de bruces contra la pared, perdió a Fenris y de repente perdió la noción del equilibrio. Le pareció dar vueltas



sobre sí misma, hasta que sintió el suelto y saltó. Se aferró a los ladrillos. Ya no daba pie.

– ¡Zyra! ¡Fernis!

Zyra ya no estaba en la boca del túnel. Buscó a Fernis.

– ¿Dónde están? Carajo...

Iluminó hacia abajo pero la tierra y los escombros perturbaban la claridad del agua.

– ¡Fernis!

De pronto lo vio, aferrado a la pared, unos metros más adelante.

– Resistí. Ya voy.

Al soltarse de la pared e intentar nadar, se hundió. Pataleó con más fuerza para poder emerger, pero apenas sí llegó a sacar la cabeza fuera del agua por un instante antes de volver a hundirse. Sintió ardor en los pulmones, pero luchó contra la desesperación y buscó de nuevo la pared. Trepó y dio una bocanada de aire. Su garganta estaba seca, tosió unas cuantas

veces hasta poder escupir un poco de lo que había tragado.

*Maldición, el chaleco* se dio cuenta entonces. Se suponía que era liviano, pero estaba cargado con cartuchos y otras cosas a las que no había atendido antes.

– Fernis, ¿ves la salida? – quiso gritarle – pero no salió nada más que un ronquido acompañado de un esputo de sangre y dolor.

*No pienso ahogarme, no quiero morir en el mar. Puto mar.*

Se embargó continuó en la titánica tarea de ir quitando todo lo que tenía el chaleco, con una sola mano, mientras luchaba por mantenerse aferrada a los ladrillos. Fue liberándose de varias cosas, hasta que encontró los abrojos del chaleco y con la rabia entrometida en su ansiedad, los arrancó de un tirón.

*Vamos, muchacha, tranquila.*

Tomó aire y se soltó de la pared. Debajo del agua volvió a hundirse. La luz de la linterna se apagó. Esperó a tocar fondo, entonces se terminó de quitar el chaleco, y aún en la completa oscuridad, se impulsó hacia arriba.

Volvió a sentir el aire. Comenzó a dar brazadas y patalear como rana, hasta entrar en contacto con un Fernis que se había quedado tieso, prendido a los agujeros de la pared externa.

Le pasó la mano por la cintura y lo empujó. No podía hablarle, pero esperaba que entendiera lo que debía hacer. Que pudiera...

Para fortuna de ambos, Fernis comenzó a nadar con ella, con torpeza y ceguera, sin noción de cuanto avanzaban ni cuánto faltaba. Pero el estar juntos, desde lo profundo de los corazones humanos, les reconfortaba en aquella situación.

Reminis visualizó las escaleras. Un rubor grisáceo menos oscuro que aquel pasadizo infernal. Pataleó

con más fuerza. Y cuando ya estaban a poco de él, el oleaje irrumpió de nuevo.

El casco se partió a la mitad cuando se golpeó contra una parte metálica, tal vez una viga de la estructura, y Fernis aplastandola contra ella. El casco se partió en dos.

De alguna manera, Fernis se hizo hacia delante y vio su silueta ya fuera del agua. Le tendió la mano y la ayudó a alcanzar las escaleras. El espacio que quedaba contra el techo era de apenas unos 10 centímetros. Reminis pudo sentir su respiración mientras era atraída hacia la salida.

Finalmente sintió los escalones y salió del agua.

Ambos se arrastraron por las escaleras. Sentía que su cuerpo pesaba toneladas, y la sal del agua parecía que iba a terminar por desintegrar su garganta.

Se tomaron un minuto para recuperar el aliento. Al sentir el agua en sus pies tras una nueva ola, reaccionaron y se movieron.

Se incorporaron con dificultad, apoyándose el uno hacia el otro. Reminis lo fue guiando por el salón. Los impactos de agua habían tapado sus oídos, no obstante, se detuvo al notar el viento que entraba por las ventanas de la torre. Un viento que envolvía la torre y descendía con fuerza hasta el suelo. Sintió a Fernis tiritar.

Lo sujetó del pecho y le hizo avanzar.

De repente un relámpago.

Aceleró los pasos con las últimas fuerzas que tenía, hasta que por fin consiguieron alcanzar la salida de la maldita torre.

Le sorprendió que el camión ahora estuviera a sólo un metro de la salida de la torre. Miranda los vio, sujetó a Fernis y lo lanzó arriba del camión. Luego la ayudó a subir a ella.

Se preguntó qué tan mal estaban las cosas. Porque la mortandad de la mujer en su rostro era visible.

Reminis se echó sobre el suelo mientras recibía una cantimplora con agua dulce.

Fernis se arrastró hacia Miranda, que vigilaba los movimientos desde la puerta del camión. Las puertas estaban en mal estado. Una de ellas estaba a punto de desarmarse.

– ¿Dónde está...?

Miranda le echó un vistazo a su hermano.

– Hidratate, Fernis. Y quedate quieto.

– ¿Dónde está...? – repitió Fernis, carraspeando.

– Zyra fue a buscarla – le respondió Reminis en su lugar. – Tranquilo.

Una explosión sacudió el camión. Fernis rodó por el suelo hasta golpearse contra las butacas.

– Mierda – farfulló Miranda, cuando una de las puertas traseras se desprendió. – Agarrense bien.

Corrió hasta la cabina. Llovieron disparos que golpeaban la carrocería con insistencia. Miranda intentó poner en marcha el vehículo, pero otro

cohete golpeó el lado lateral. Una pequeña llamarada de fuego entró al interior cuando se hizo una abertura.

Reminis vio otro cohete pasar, pero desde el centro de la plaza en dirección al frente. Hubo un estallido.

Miranda abrió la puerta del conductor.

– Tenemos que salir de acá, ahora – dijo Miranda.

Agarró a Fernis. Reminis ayudó a incorporarlo. La cabina no se encontraba en mejor estado.

– Bajaos – les ordenó, haciendo un espacio y abriendo fuego desde la ventanilla derecha.

Reminis saltó a la tierra, Fernis cayó encima de ella.

Maldijo por dentro. *Despabila Fernis, carajo.*

Vieron a Renato 15 metros más adelante, cerca del monolito, detrás de un montículo de escombros. Les hizo una seña para que corrieran hacia él.

– ¡Ve Reminis! Yo lo llevaré – le gritó Miranda.

Reminis echó a correr sin alzar la cabeza demasiado.

Se tropezó varias veces, pero alcanzó el objetivo y se

dejó caer en un hueco que encontró detrás de un pedazo de pared. Sintió alivio al estar acostada sobre la tierra. Estaba agotada.

Pero su paz fue interrumpida cuando Renato, a un metro suyo, comenzó a disparar. Reminis se cubrió los oídos. Quería que todo eso terminara ya.

Cuando cesó, Miranda llegó al lugar, dejó caer a su hermano en el suelo y se colocó cerca de Renato.

Ambos cambiaron el cargador, e iniciaron de nuevo el tiroteo.

– ¡Carajo!

Podía sentir los casquillos caer cerca suyo, algunos encima de ella.

*Esto ya es demasiado. ¿Qué está sucediendo?*

Las armas se callaron otra vez.

Reminis recordó la cucaracha en su oído. Quiso contactar a Zyra. Pero se encontró con que ya no había cucaracha en su oído. *La perdí allá abajo, claro.*



Se quedó tirada mirando el nubarrón. Parecía que comenzaba a adquirir la forma de un vórtice. Los truenos retumbaban en el cielo y en la tierra, y el viento le llenaba la cara de tierra húmeda.

Escuchó las olas romper contra las rocas de la isla, y entonces se dio cuenta que había pasado un tiempo más largo sin ese ruido lato ni explosiones de cohetes. Giró la cabeza. Vio que ambos soldados estaban mirando algo, y sus armas reposaban sobre la piedra.

– Alto el fuego – escuchó desde lejos.

Se incorporó y se asomó para echar un vistazo. Se quedó petrificada al verlo.

Tres hombres arrastraban a Hernán Guillet hacia un convoy. El vehículo estaba estacionado en la entrada, a 10 metros al norte de la Torre Media. Había otros dos agentes de la COEM, que debían ser Montes y Séneca, detrás de un semi muro casi destrozado, muy ajustados en sus coberturas. Pero en el medio, de pie

y con la ropa impoluta, sin un grano de tierra ni heridas, estaba la nefasta directora Analía Algamasa.

– ¡Alto el fuego! – repitió. – ¡Es una orden!

Si Reminis fuera Miranda, le daría un tiro en la cabeza sin pensarlo. Pero ambos agentes se quedaron inmóviles.

Renato fue el primero en responder.

– ¡Has perdido la cabeza, directora! ¿Nos intentan matar y ahora pedís clemencia?

Escuchó que uno de los otros agentes le respondió.

– ¡Vosotros dos siempre creyéndose muy superiores!

¡Un poco más y le volaremos los sesos, perros!

– ¡Basta! – gritó la directora. – Sargento Crosborten.

Ordenad a tus seguidores que bajen las armas y acercate para parlamentar.

– Ya no soy sargento – le respondió ella.

– ¿Qué hacés usando todas nuestras cosas, entonces, bastarda? – le gritó uno de los otros agentes.

– No importa nada de eso – se irritó Analía –. ¡Sólo quiero hablar, mierda, carajo! ¡Bajad las armas!

Miranda miró a su compañero.

– No dejes de apuntar a la directora.

– ¿Y Hernán? – coló sus palabras Reminis. – ¡Lo están refugiendo en ese convoy! ¡Estoy segura que con su hermano le hicieron daño a Bere y a Fernis! Mirá a tu hermano, Miranda.

La mujer se tomó un momento para encontrarse con sus pensamientos.

Luego se incorporó. Soltó el arma, salió de los escombros y se puso de pie.

– Si me disparás – aclaró mientras caminaba con las manos en alto. – Renato te matará, Analía.

Dio tres pasos y se detuvo.

– Ya sabemos cómo es esto – gritaron los otros soldados.

Reminis se negaba a ver un posible futuro cercano donde la maten delante de sus ojos, como Lourdes

delante de Zyra. Estaba a punto de cometer una estupidez consciente: salir de la cobertura y abrazar a su amada, pero justo entonces, vio bajar del convoy a la persona menos pensada, menos esperada, menos soportable para su mente y su alma.

El katupyry.

Reminis abrió muchos los ojos. Sintió de repente el frío, y el dolor en su cuerpo, y los golpes contra la pared, y la sal marina. Sintió sus enormes manos tocándola, envolviéndola como una serpiente a su presa, y el placer confundido con el miedo, la asfixia que la hacía mojar y también le hacía temer, y su enorme complexión, su aroma a oso, su voz amable, su sonrisa, su aroma a alcohol. Y los gritos suyos, distantes de su conciencia, que caía en la desesperación y el terror, mientras era azotada y humillada por la prole de aquel monstruo.

El monstruo.

## MIRANDA & ZYRA

El katupyry caminó con su andar tan seguro y pesado como cualquier mafioso que se siente en la cima del poder. Tantas veces lo persiguió, lo investigó, lo espío, que su aparición en aquel lugar no la tomó por sorpresa. De hecho, su entrada en escena, su caminata hasta Analía, ponerse a su par, anunciar una alianza, terminó por cerrar el último misterio que Yaymena como detective, y Miranda como agente de las Operaciones Especiales Federales, nunca había podido resolver. ¿Por qué el personaje con más poder de la ciudad jamás había perseguido el cofre? ¿Por qué pretendía ser gobernador de un país que se caía a pedazos? Sus estrategias siempre habían parecido ser un simple juego de compra y extorsión. La policía de la Ciudad. La Confederación Árabe. El narcotráfico. Las donaciones de Oftarmol a

los centros de salud. Y aunque el hostigamiento de la Esmer'katet había supuesto un problema para él, jamás se molestó en exterminarlos. Ahora que lo pensaba. Nunca fue detrás de las entidades que buscaban el cofre. Los Justicieros. La COEM. ¿Y ese montón de cadáveres en la entrada de la isla? ¿Eran civiles que también anhelaban el cofre?

– No pienses mucho, chica prodigiosa – la interrumpió de repente la voz grave y cantarina del hombre.

Miranda sintió un poco de incomodidad. Se había quedado perdida en sus pensamientos. De pie en medio de la isla, siendo apuntada por dos soldados de élite, con la directora a 7 metros frente suyo y el katupyry, sonriendo, complacido.

– Es cierto lo que dicen. Parece que no sientes miedo al peligro.

– El cofre – exigió Analía. – ¿Dónde está?

El katupyry chistó. Le puso una mano en el hombro a la mujer, que de repente perdió total autoridad.

– Déjame hablar a mí – le aconsejó con cierto tono amenazante. – Es la primera vez que ella y yo nos vemos cara a cara. Sin máscaras. Sin armas. Sin violencia. ¿Verdad?

– Sí – respondió ella, inexpresiva.

– Deberíamos aprovechar estos valiosos segundos, Miranda.

– Jefe – le gritaron desde el convoy. – Ya lo tenemos asegurado.

El katupyry suspiró.

– Parece que las interrupciones son inevitables.

Apenas dijo eso, Miranda recibió una señal de Zyra por el canal de audio. Apretó la cucaracha y habló.

– ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Escuchó el ruido del viento en la entrada de Zyra. Luego un portazo. Y silencio.

– Tengo a Berenice – dijo entonces.

– Gracias a Dios – dijo Renato. – ¿Estás en la Torre Mayor?

– Sí.

A Miranda no le tranquilizó ni un ápice. La conexión que había tenido con las marcas había sido lo suficientemente fuerte como para diferenciar el tono de Zyra en shock por la muerte de Lourdes, y el tono de Zyra desprovista de completa esperanza. No quiso pensar lo peor, pero...

– Dime, Miranda – le volvió a hablar el katupyry. – ¿Ya has resuelto el caso?

Miranda intentó ver más allá de las gafas que llevaba puestas. Quería verles los ojos. Quería examinar su alma. Pero aquel bufón salomónico tenía las cartas bien jugadas.

– Tengo una pregunta – anunció.

– Por favor, hazla.

Miranda escuchó de nuevo a Zyra y Renato en el canal. Apagó su cucaracha.



– ¿Deseás el cofre?

Tróbulos lanzó una risa.

– No. No lo necesito. Yo... tengo algo mucho más poderoso.

Miranda analizó sus palabras. Vio que tanto él como Analía giraron su cabeza hacia otra dirección. Hacia la Torre Mayor. Zyra acababa de salir con Berenice.

En ese momento, del convoy bajaron otros dos sujetos. Pero no eran sicarios, ni guardaespaldas. Eran monjes de la Esmer'katet.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

– Sí, Miranda. Yo tengo al Dios de la Guerra conmigo. – Le dio una palmadita a la directora, que parecía no haber escuchado al katupyry, o ya lo sabía, o estaba tan estupefacta como ella. – Ahora, señora Algamasa, puede tomar su cofre y hacer lo que le plazca.

Los dos monjes de la Esmer'katet escoltaron al katupyry hacia el convoy. El vehículo se puso en

marcha, dio una vuelta y fue, aplastando cuerpos, hasta perderse entre el bosque.

*La marea ya debe estar tapando el puente. No escaparán.*

El grito de Fernis la puso en alerta.

– ¡No te muevas! – le ordenó analía.

Se giró de todas formas.

Recibió un disparo en el pecho que la tumbó. Al mismo tiempo, Renato disparó también. Alcanzó a ver el impacto en la cabeza de Jaime Séneca antes de desplomarse sobre la tierra.

– ¡Berenice! – escuchó el grito ronco y desesperante de su hermano.

Movió la cabeza, y entonces lo vio todo.

Zyra traía en brazos a Berenice. Sus brazos colgaban, inertes, al igual que sus piernas, y un gran cuchillo sobresalía de su torso. A medida que Zyra se acercaba, un rastro de sangre iba regando la tierra negra y húmeda.

Escuchó gritar a Renato. Decirles a los demás que no salgan de la cobertura. Pero Fernis salió de todos modos. Fue corriendo, tropezando, resbalando, y cayendo, hasta que terminó gateando. Zyra depositó el cuerpo frente al monolito. Fernis se aferró a su amada. Los gritos que profirió atravesaron el alma de Miranda como alfileres. Jamás había oído gritar de esa manera a su hermano, estallidos lacrimosos que lastimaban su garganta. De repente su visión se puso acuosa. Pestañeó y entendió que estaba llorando. Las lágrimas de su ojo izquierdo se derramaron por su pómulo, hasta tocar la tierra. La de su ojo derecho bajaron por su nariz y rozaron su bozo, que acariciaron su labio superior hasta llegar al mentón, y luego saltar al suelo, como si ella saltara desde un acantilado.

Alzó la mirada, hacia la cobertura de escombros, y vio a Reminis, que la estaba mirando. Lloraba también.

Saltó los escombros y corrió hacia ella. No hubo ningún disparo. El capitán, aún seducido por la oscuridad de lo que sea, siempre se quiso demasiado para perder su vida por dispararle a una mujer.

Reminis se tiró sobre ella. Tomó su cabeza.

– No vas a morirme. No voy a dejarte. ¿Me escuchaste?

La examinó. De repente comenzó a desprenderle el chaleco. Miranda se sintió liberada de una gran opresión y pudo volver a respirar. Pero al hacerlo, escupió sangre. Reminis gimió del susto.

– ¿No vas a morir, verdad?

– No. Tranquila. Sólo. Son heridas. Superficiales.

Miró de nuevo hacia el monolito. Reminis la abrazó.

– Bere está muerta – le susurró. – Ese monstruo la mató.

– No saques. Conclusiones. Precipitadas.

Sentía que algo se desvanecía de ella. Pero Reminis la movía.

– No te duermas. Y no. Está muerta, Miranda. Está muerta. Y yo... Si hubiésemos actuado con más prisa. Si hubiésemos...

Se largó a llorar sobre ella. Y fue un llanto largo y tendido.

Volvió a mirar a su hermano. Que estaba vivo. Y él era la razón por la cuál su amada estaba muerta. Sabía cómo se sentía eso. Y por cada grito que salía de sus pulmones, y cada sacudida que le daba al cuerpo de Zyra, con la incredulidad y la esperanza de revivirla, Miranda sentía una horrible sensación en su cuerpo. La de sentir que todo ya lo había vivido. Que todas las tragedias son parte de una, y todas las muertes siempre se vuelven a repetir, y las lágrimas llueven igual que las gotas de las nubes, que nada cambia, cambió ni cambiará jamás. Que todos ellos, estaban atrapados en un ciclo, como el mundo está atrapado en la misma materia, y las civilizaciones nacen, conquistan y mueren, como las flores, como

las canciones, como las madres, como los hijos, como las novias, como las cuñadas.

Y allí entre esa amalgama de experiencias y sensaciones, vivían las ideas eternas mas cambiantes, de que los eventos se pueden predecir porque siempre se repiten, pero no se pueden evitar porque nadie puede detenerse, pararse en la esquina del cosmo, en el vacío, y ver desde allí la cosa única que desata todo lo demás, que arrasa como la marea, y es un devenir más rápido que las acciones, como la luz a la materia. Pero aún más extraño, más amalgamado que el mundo y sus eventos, son los sentimientos. Ya no parecía tratarse de una cuestión de lógica y causalidad. Esas cosas que habitaban en los humanos, el odio, el dolor, la tristeza, la venganza, la justicia. ¿Acaso existían entidades desprovistas de ello? ¿Acaso los humanos eran sujetos de experimentos? ¿Agentes del caos? Por qué la vida puede existir desprovista de sentimientos, pero el ser

humano, el experimentar la vida, es estar condenado a sentir. ¿Acaso serían ellos, los más débiles, los más influenciados por la avaricia, el poder, la vanidad, la lujuria, el amor, la justicia, la pena y el dolor, los más poderosos agentes de la vida?

Tantos años en guerra consigo misma. Tantos años sobreviviendo a los tumores de su cuerpo, a los conflictos sociales, al sentido de su vida. A la búsqueda de algo que no existía. Que ahora, al verla a la pequeña y adorable Zyra, de pie al lado del cadáver su persona más querida, con el semblante inexpresivo, la mirada perdida en las ideas, tal como ella en ese preciso instante, seguro se estaría haciendo las mismas preguntas, pero sin la comprensión, sin el tiempo de descanso entre un disparo y otro, entre una mordida y otra, entre una tormenta y otra. Podía saber lo que iba a suceder a continuación.

*Y tal vez nos merezcamos eso. Quizás ella me dé la respuesta. Pues ya me he cansado de buscar. De pelear. Sólo. Hazlo. Zyra.*

– Lo haré – escuchó que dijo.

Abrió bien los ojos cuando vio a Filomoris de pie, a la derecha del monolito. Bajo las sombras de la tormenta, lucía perturbador y cansado. El monolito en realidad no estaba entero. Solo quedaba su plataforma, más o menos chata. Sobre él estaba el cofre. Y allí había estado todo ese tiempo.

– Le he dicho a Filomoris que te quite la ilusión – le explicó Zyra, con una voz fría y sin ánimos. – Sé que vos me vas a entender, Miranda. Ahora yo te entiendo. Por qué te has comportado de ese modo, todos estos años. El porqué te alejaste de mí. Esperaba de vos, lo que encontré en Berenice. Sufrí tanto tu distancia. Necesitaba alguien que me enseñara el camino. Y siempre pensé que serías vos.



Cuando éramos pequeñas, el futuro parecía tan claro, ¿no creés?

– Sí – le respondió.

– Vos creías en el destino. En las Heliames, las aves que vuelan al revés. Creías que – dijo con un tic nervioso, que desapareció en la siguiente palabra – ciertas personas atraen a ciertas aves, y que con ciertas acciones a algunas de ellas, les podemos dar de comer.

Zyra miró a Filomoris.

– Él, por ejemplo, podría haber evitado todo esto.

– Princesa, hice lo que me pediste.

– Callate, mentiroso. ¿Un ser tan antiguo y poderoso como vos, se dedicó a hacer exclusiva y únicamente lo que yo le ordené?

– ¿Me dirás que tu cerebro no posee la capacidad de la deducción? – agregó Miranda. Su habla psíquica era tan fuerte como la de Zyra, aunque ambas tuvieran el cuerpo catatónico. – ¿Que no fuiste capaz

de percibir el peligro? ¿Te quedaste al lado de Berenice cuando la violaron y la mataron? ¿No pudiste siquiera crear una ilusión? ¿O irnos a buscar?

Filomoris la miró. Percibía asombro en sus ocultos ojos.

– Empujas a la princesa hacia el abismo. ¿Por qué?

– ¡Somos humanas! Entiende la rabia y el dolor – expresó Zyra–. Además, ella siempre estará conmigo.

– No – susurró Filomoris. – Cuando aceptes el cofre. Estarás sola.

Y tú lo sabes.

Señaló a Miranda.

– ¿Sois consciente, Filomoris? – le preguntó Miranda.

– Eso creo.

– Entonces respondé las preguntas que te hicimos – apuró Zyra.

El Guarda entonces se puso de cuclillas con tranquilidad, agarró un poco de tierra del suelo y se incorporó de nuevo. La esparció al aire de tormenta. A pocos metros, la tierra que lanzó se envolvió en pequeñas llamas violetas hasta desintegrarse en átomos.

Ninguna de las dos dijo nada.

– Hay ignorancia en nuestras mentes– indicó él – como estrellas en el espacio exterior. Sí. Incluso para mí. Soy un agente enviado por alguien a quien no recuerdo, con habilidades que, aunque les parezcan extraordinarias, son limitadas. Tengo un propósito claro y anunciado: proteger el cofre, cuyas razones me son ajenas y las consecuencias del éxito o el fracaso, me resultan ambiguas, vagas, y por tanto, indiferentes. No soy quien esperaba que fuera, ni seré quien niegue mis errores a criterio de sus juicios humanos.

– Careces de la capacidad de deducción o te encanta ser verborrágico – le dijo Miranda.

– Y mentiroso– agregó Zyra. – Ya no importa. Ahora quiero que rompas la burbuja y te mostréis ante todos.

Filomoris observó a Zyra. Luego a Miranda.

– ¿Estás de acuerdo con lo que hará la princesa? – le preguntó, con desdicha. – Es posible que la fórmula que les di para liberarse de la maldición, sea obsoleta.

– De todas formas, no hay nada que la haga retroceder... – respondió Miranda.

El Guarda hizo un ademán y de repente Miranda sintió su cuerpo en el suelo. Reminis continuaba a su lado.

– El cofre. El cofre. ¡El cofre! – festejaba Analía. Cruzó por al lado de ella, pero enseguida frenó, en seco, al ver a la criatura erguirse al lado de supreciado, oscuro y ya reclamado cofre.

– ¿Q-qué... qué es eso?

Retrocedió con pasos torpes, hasta que chocó con las piernas de Miranda y cayó al suelo.

La miró a ella. A Reminis. Y luego a Zyra.

– ¿Qué es todo esto? ¿De dónde salió? ¿Qué está pasando?

Volteó para ver al capitán, que había salido del escondite con la misma expresión de perplejidad.

Fernis continuaba inmiscuido con el cadáver de su novia, hasta que por asomo vio el cofre, a medio metro de ellos, y se quedó mirándolo. Su expresión de tristeza cambió a furia. Se abalanzó sobre el cofre y le dio un puñetazo. Y luego otro. Y otro. Y otro.

El rostro de Zyra se salpicó de sangre cuando su primo comenzó a romperse los dedos, pero no se movió, no se inmutó, no dijo nada.

Fue Reminis la que fue a buscarlo, lo sujetó por la cintura y lo alejó de aquella cosa. Fernis pataleó y dio codazos, hasta que logró liberarse del yugo de su

opresora. Reminis se agarró la cara, lanzando una maldición.

Zyra dio un paso adelante y lo agarró por el cuello cuando Fernis fue a arremeter otra vez contra el cofre. Lo mantuvo preso, lo levantó unos centímetros en el aire, a pesar de ser mucho más alto que ella. Fernis luchó por liberarse, pero el cuerpo de Zyra no se perturbaba, excepto por su pelo que volaba al viento.

– ¿Querés ver lo que es la rabia y el dolor, Fer? ¿Querés que la sangre de tu amada cobre vida? ¿Qué se haga justicia en esta putrefacta ciudad? ¿Querés sentirlo? ¿Querés ver el infierno? ¡Este es el infierno! Lo empujó hacia atrás. Cayó unos centímetros delante de Miranda, que poco a poco se estaba incorporando.

Zyra se quedó parada delante de todos.

– Levantad el cofre Filomoris.

Filomoris levantó el cofre. Con sus brazos extendidos por encima de su cabeza, el objeto quedó a unos 3 metros de altura.

Zyra comenzó a recitar unas palabras, primero en un susurro, luego en voz alta, hasta que finalmente profirió un grito.

– Itzi mau axt'themidam lot i pegz.

>> Ufzu nail aha btuxu'met.

>> Azh ka'ledet uggzu nail krecj i dennemen pco.

>> Xatira deus'pre Esker. Nail met pco esker.

>> Azh pegz... Azh uggzu...

>> AZH PEGZ UHGZU DAM'KES ESKER'LAMET.

*DAM'KES*

*DAM'KES*

*ESKER'LAMET*

La manija del cofre giró, sus dos guardas se destrabaron, y con fuerza o más bien desesperación, su tapa se levantó.

Al principio no pareció suceder nada, pero entonces Miranda notó que el viento se fue deteniendo, las nubes comenzaron a adquirir una forma de espiral perfecta, que descendía, y los rayos cayeron silenciosos en el mar, y luego uno, dos y tres. Cada uno en cada una de las torres. Y de las torres salieron cuervos, y un enjambre de langostas, y una oleada de palomas rojas, y todas volaron hacia el remolino que descendía desde las nubes, y vieron como comenzaban a explotar, y entonces cuando la punta del remolino entró en el cofre, se tragó todo el cielo, y el polvo, y la sangre, y las nubes y los rayos.

Las partículas de la tierra comenzaron a flotar unos centímetros, y el pelo de todos se quedó flotando. Rápidamente, Miranda tomó a Fernis y a Reminis del brazo y retrocedieron hasta la posición de la



Torre Media, más allá del muro derruido y los vehículos destrozados y los cadáveres aplastados.

Analía y el capitán se quedaron dónde estaban.

Renato los vio, y entendió también, y echó a correr; y mientras lo hacía, Zyra se elevó en el aire, y del cofre salió un filamento fino y carmesí, que envolvió el cuello de Zyra, y luego otros filamentos la envolvieron por las muñecas, y otro por los tobillos. Y en esa posición, Zyra gritó.

Todo en el área cayó con la fuerza de una pisada titánica. El cuerpo de Berenice estalló, y el de Analía, y el del capitán Montes fueron aplastados como moscas; y las torres se derrumbaron y el camión y los vehículos se redujeron a una masa chata hundida en la negra tierra. Renato llegó por poco a salir del área con un salto.

Toda la sangre del lugar fue rápidamente absorbida por Zyra, que se convirtió en una sustancia que envolvió su cuerpo, y el metal y la piedra e incluso los

huesos, la envolvieron y se compactaron, y tan pronto el cofre se desintegró y se unió a ella, Zyra ya no estaba más. Sólo su figura, su cabellera anaranjada como el fuego esparcida en un abanico, y fragmentos de hueso y metal sobresaliendo de sus brazos y sus piernas, como espinas o escamas, y una gran nube de vapor carmesí que se fue densificando hasta pegarse a su piel, y el cielo a su alrededor era oscuro y terrible, y la hizo elevarse aún más.

Sus ojos eran blancos y lisos, y su boca un pintalabios negro que se transformaba intermitentemente en una gran quijada lleno de dientes afilados. La sangre chorreaba de su cuerpo como la capa de una justiciera, pero antes de llegar al suelo, giraba como un centro magnético y regresaba a su cabeza, dónde una corona de cuernos se tejía con furia y dolor.

– Yo... – exclamó desde el cielo – soy los ojos de la venganza, la cazadora carmesí, la sangre

envenenada, reina del Inframundo, y Lilith. Soy El ángel de la muerte. Yo... soy Esker'lamet.

Hubo un destello de fuego en el cielo en el cual se envolvió Esker'lamet, y ese rubor se expandió rápidamente hacia la ciudad. Se podían oír los gritos de agonía y locura como fantasmas del pasado mientras la tormenta de fuego aplastaba y absorbía siguiendo un patrón de espiral por el mar, por el norte de la isla, y luego por el barrio de Lyriariz. Siglos de muertes, de asesinatos, de suicidios, de tragedias y sufrimiento, se encarnaron en el aire huracanado mientras los atravesaba a Miranda y sus amigos, que se aferraban a la tierra. Oyeron a cientos de miles de personas, oyeron el tiempo del odio y el dolor, cruzar sobre ellos como un viento físico, y por poco estuvo Renato de sacar la pistola y darse un tiro para no escuchar. Miranda estaba dispuesta a hacer lo mismo.

Pero con el paso de las horas el viento calmó, y la tormenta de fuego se fue muy lejos, al centro de la ciudad.

Tras eso, solo quedó una llovizna y el golpe del oleaje contra la isla.

Se incorporó y miró a su alrededor. Todos excepto ella habían quedado inconscientes. Se volvió a acostar, miró un cielo donde pocas estrellas brillaban, pero estrellas al fin, y así entonces se dió el lujo de llorar en silencio.

Parecía que ya era de noche otra vez.

Unos minutos más tarde notó que la isla se estaba hundiendo y se puso de pie. El oleaje había cesado, pero gran parte de la estructura del subsuelo había colapsado, y grandes pedazos de tierra comenzaban a desprenderse y hundirse en el agua. Volteó para mirar el camino hacia la ciudad. Incluso los cuerpos

de la salida estaban siendo arrastrados por el agua. Los árboles del bosquecillo eran los únicos que seguían manteniéndose de pie.

De allí salió un monje de la esmer'katet. Su túnica había adoptado un tinte amarronado producto del fango.

A unos pasos de Miranda se bajó la capucha.

Aún con la cabeza rala y los tatuajes en su cara, lo reconoció.

Miranda quiso reírse, pero no pudo.

– Que buen giro de los acontecimientos, escurridizo. Te atrapé, te di una oportunidad, y ahora venís a acabar con nosotros.

El monje sacudió la cabeza.

– Yo te doy una oportunidad ahora.

– ¿Por orden del líder de la secta? ¿El katupyry?

– No. Es mi decisión. Actuar por la justicia, y no por el gobierno, la policía, el hambre y todas esas cosas. Sería un zombie nada más.

Miranda se sintió conmovida hasta los huesos, un instante en el que se le aflojaron las piernas y volvió a tocar la tierra con sus manos.

Otro monje salió del bosquecillo. Era ligeramente parecido al escurridizo.

– Tenemos un bote. Déjanos cargar a tus amigos – solicitó.

Miranda asintió, agarrándose el pecho. Miraba el suelo, que poco a poco comenzó a humedecerse más y más, hasta que el agua cubrió sus manos. Los síntomas de la disociación comenzaban a aumentar drásticamente.

– Vamos – le habló el otro monje.

Se dio cuenta que estaba sola. El escurridizo estaba encima de un bote, a unos 10 metros de ellos. El bote era lo suficientemente robusto como para soportar las condiciones.

– ¿Dónde se han ido?

– Ya están en el bote. Tomaros un descanso.

Miranda se dio cuenta que el monje la miraba fijamente a los ojos.

– Deja que la esperanza camine por ti, Miranda.

– ¿Esperanza? – repitió ella, justo antes de sufrir un colapso cerebral. Sintió como perdía el control de su mente, pero no en conflicto. No era la desgarradora mordida de Yaymena, ni la críptica aparición de Uliana. Era una sensación reconfortante, una luz que la llamaba a arrojarse en sus brazos, bajo un cielo azul vibrante, y un campo de flores como las que le gustaban a su madre. Era, *Esperanza*.

## **CAPÍTULO 21** ‡

### REMINIS

Estaba prendida de la cornisa. En la esquina de la pared estaba Berenice.

– ¡No te vayas! – le suplicaba – ¡No te vayas!

– Pero Remi. Estaré con Miranda luego.

– Entonces... – jadeaba mientras se les resbalaban los dedos. – No huyas del bunker.

– ¿Y quién salvará a Zyra?

– No te vayas...

Reminis se cayó del edificio. Esta vez no hubo un container acolchonado que la recibiera. Era la dura superficie del mar.

Pataleó en la oscuridad, en búsqueda de la luz, mientras oía los incesantes e insoportables gritos de



Fernis. Y mientras se ahogaba, entre la voz hilarante y aterrorizada de él, de su cadera, allí donde se tejía la cicatriz, escuchaba con un tono maligno, áspero e hipnotizante las palabras que Zyra recitó para abrir el cofre.

Se le grabaron a fuego en su mente. Sintió que jamás se las iba a poder olvidar.

Al abrir los ojos se encontró con un cielo celeste y brillante. Se atrapó susurrando: *Esker'lamet*. Se quiso sentar con prisa para despertar del sueño y de las palabras.

– Tranquila.

Estaba sobre el regazo de Miranda. Tenía el rostro sucio y los pelos duros. Aún tenía el uniforme puesto. Se miró a sí misma. Ella también seguía sucia, salpicada de tierra y sangre.

– ¿Dónde estamos?

Era un claro de pastos verdes. Frente a ellas había un lago bastante grande, y un bote en la orilla. Vio a la

derecha, entre los troncos de los árboles, casi tocando el lago, la playa, y más allá el mar.

– ¿Es el lago azul?

Miranda asintió.

Reminis se sentó y la examinó.

– ¿Estás bien? Estabas herida. – Le miró el pecho.

– Estoy bien.

Reminis la miró fijamente. Las últimas imágenes antes de desmayarse estallaron en su mente.

– ¿Qué...?

La abrazó y se aferró a ella.

– Dios mío... Creí que íbamos a morir. Que ibas a morir. ¿Qué fue eso? ¿Qué fue todo eso? Decime que fue un sueño.

Dejó salir su llanto.

– No. No fue un sueño.

– ¿Y los demás? Recuerdo que corrimos.

– Los demás están bien.

Se despegó de ella.

– ¿Qué hacemos acá? ¿Cómo llegamos?

– En ese bote. Escapamos. Y. Estaba esperando que despertaras.

– ¿Qué haremos ahora?

Miranda la tomó de la cara. La acarició.

– Bañarnos. Comer. Descansar.

– ¿Se acabó? ¿Berenice está muerta y Zyra se fue con Esker’lamet?

Miranda asintió cerrando los ojos con lentitud.

Reminis miró en dirección a la ciudad. Allí las nubes seguían formadas, y podía verse las piras de humo elevarse detrás del profundo bosque de arces y pinos.

Volvió su mirada hacia Miranda.

*No sé si volveré a tener la oportunidad.*

Se atrevió y le dio un suave y pequeño beso.

Miranda no la rechazó.

– Me alegra que estés viva – le dijo ella tras despegar sus labios.

– A mí también.

Miranda se puso de pie y le tendió la mano.

– Vamos.

Reminis aceptó su ayuda y se incorporó. Se sorprendió cuando Miranda se puso a caminar sin soltarla. ¿Estoy realmente viva?

Se adentraron en el bosque en dirección al sur, por un sendero marcado por pisadas. Reminis se sentía adormecida por ese momento. Siempre había querido salir de la ciudad. Siempre había deseado tener a alguien a su lado, que le tomara de la mano y la guiara por un sendero dentro del bosque, bajo un cielo despejado. El canto de las aves pronunciaban su viaje, le pareció ver a un pequeño ciervo dar saltos entre unos troncos caídos. Un tordo negro se posó en una rama a pocos metros de su avance. La observó.

Ese pájaro le transmitió una sensación diferente, que la arrancó de su fantasía.

– ¿Vamos a una cabaña?

– No. A una capilla.

– ¿Qué capilla?

– De la Esmer'katet.

Reminis se detuvo de golpe.

– ¿Qué?

Miranda se dio vuelta.

– Tranquila. Está vacía. Los monjes se han ido.

– Pero volverán.

– Será mejor que te explique cuando lleguemos.

Reminis adoptó una mueca de temor.

– Por favor, Miranda. Decime que sos la verdadera vos.

Miranda le enseñó las palmas de sus manos. Tenía la cicatriz color obsidiana en su palma izquierda.

– Quiero otra prueba.

Miranda entonces la agarró por la cintura y la besó. Fue un beso largo, con sabor a hierro, pero no de las cosas que se oxidan, sino de la sangre. Y aunque le fuera algo turbio pensarlo, sabía que ese era el sabor de su sangre. Y su forma de besar fue mejor de lo que

había imaginado. Sin desesperación, pero con pasión; con carne, pero sin lengua; con ternura, pero con fluidez.

Sintió que era todo lo que necesitaba por el resto de la eternidad. Un amor sempiterno.

Lastima que sus labios se separaron.

– Tenemos que seguir. Primero hay que limpiarnos, preciosa Reminis.

Luego de unos cinco minutos llegaron a la capilla. El aspecto era tal y como lo esperaba. Tétrico, gótico y abandonado. Pero ver a Renato sentado en un tronco, bebiendo de una botella, y a su lado un monje desprovisto de su túnica superior, la tranquilizó un poco.

Se acercaron a ellos.

El monje se puso de pie.

– Reminis. Es un placer conocerte. – Hizo un ademán con las manos que nunca había visto de los

monjes de la esmer'katet. Notó que en su cuello tenía un collar de dientes, y aunque tenía la cabeza rala y los tatuajes de la secta, tenía en dos de sus dedos anillos con el símbolo de una leona. – Mi nombre es Urumey – se presentó luego de esperar que lo examinara.

– Creo que ya has adivinado – señaló Miranda.

– Sí. Es de la ma'shemek – vaticinó Reminis-. Un seguidor de Shayria.

El monje asintió.

– Un sobreviviente. El último, me temo.

Reminis echó un vistazo al edificio.

– Es el último lugar donde deberías estar.

Urumey lanzó una risa débil.

– Es una historia larga e interesante. Creo que primero, ambas desean asearse y comer.

Le enseñó el camino con un brazo.

Reminis miró a Renato antes de seguir a Miranda y Urumey. El hombre no dijo una palabra. Bebía una

infusión y miraba con ojos inexpresivos la leña delante de él. Había un hacha tirada a su lado.

– No estoy poseído. Tranquila – le habló sin interés.

Reminis se hubiese reído en otra ocasión. Pero estaba tan aletargada y cansada que, se dio la vuelta y le siguió el paso a Miranda y al monje.

Caminaron por un costado del edificio, hasta llegar al contrafrente de la capilla. No era menos tétrica que el frente. De hecho, el aserradero y el molino que se alzaban del otro lado de un sauce mostraban un jardín sombrío y sin vegetación.

– Disculpen que les haga dar esta vuelta. La puerta principal permanece cerrada. Y sí, no es un jardín muy alegre.

Reminis la vio particularmente perturbada a Miranda por el aserradero.

– Pero les aseguro que están a salvo aquí.

Miranda volvió en sí. Volvió a sujetarle la mano a Reminis.



– Dicen que el mejor lugar para esconderte de tu adversario es justo en su casa, ¿no? – comentó aquella. Recién entonces Reminis se percató de la energía optimista que poseía su amada. Era extraño. El monje hizo un gesto juvenil con las manos.

– Un dicho bastante turbio, Miranda, dadas las circunstancias. Pero sí. Vengan. Es por aquí.

Caminaron por un camino de piedras. Gran parte de la pared a su derecha era un ventanal de vitrales. No podía apreciarlo con claridad debido a la cercanía, pero veía dos fuentes de luz en el interior, débiles y anaranjadas.

Luego subieron por unas escalinatas y entraron por una puerta de madera.

Una cocina, pequeña pero acogedora. Una mesada, una alacena, una cocina y frente, una pequeña mesita con dos sillas. En la otra esquina había una salamandra. Reminis se detuvo a sentir los olores.

Condimentos y semillas. Nada de sangre o carne. Era inesperado.

– Por aquí, por favor.

Atravesaron una pequeña puerta y subieron dos escalones.

– Este es el dormitorio.

Era una habitación larga con literas. Diez en total. En una de ellas, en la cama inferior, estaba Fernis, profundamente dormido.

El monje no avanzó más.

– Tu compañero tomó la decisión de sedarlo – le explicó a Miranda. – Dijo que no soportaba más sus gritos.

– Estoy de acuerdo. Pero debe comer en algún momento.

El monje asintió.

– Allí está el baño – les señaló el final de la habitación. Una puerta. – Ya hay agua caliente. Ya les llevamos todo lo necesario. Pero si necesitáis algo

más, por favor, no dudéis en llamarme a mí o a mi hermano. – Se estaba por ir, hasta que volteó. – Ah, casi lo olvido. Si están con el periodo, me temo que no tenemos ningún producto para ayudarlas. Excepto... ¿unos retazos de telas, quizás? Las mujeres de la esmer'katet no tienen el periodo.

– No te preocupéis – le respondió Miranda. – Ninguna de las dos tiene ‘el periodo’.

– Hmm. Qué bien. Buen momento del mes, so.

Ninguna de las dos aclaró nada, y el monje tuvo que irse, con la intriga y sus preguntas.

– Las esperamos para la cena.

Hizo una reverencia y abandonó las piezas, cerrando la puerta tras sí.

El cuarto de baño era realmente estrecho, con un techo tan alto como la capilla. Reminis tenía la idea de que iban a bañarse juntas, pero no cabían en la ducha. Había un pequeño ventiluz redondo en lo alto

de la pared. Una estante con un velar al lado de un pequeño y antiguo espejo, ya manchado y sucio, que secundaba a un lavamanos de porcelana ensamblado en un tocador de madera. A pocos centímetros, del lado derecho, tenían un inodoro, por suerte bastante moderno en comparación al resto de la estructura, y a la izquierda, la cortina de la ducha.

– Duchate vos primera – le sugirió Miranda, mientras abría el tocador y sacaba las toallas. Luego se hizo a un lado y se quedó de pie, entre el lavamanos y el inodoro.

Reminis examinó la ducha. Luego comenzó a desnudarse. Sólo entonces se dio cuenta del mal estado de la ropa, y de la suciedad que cargaba. Vio que Miranda había cerrado los ojos.

– Oh, lo siento – se disculpó. – No te pregunté si...

– No importa.

Reminis entró a la ducha. Giró la manivela. El agua estaba exactamente a la temperatura que le gustaba.

Cerró los ojos y comenzó a lavarse con serenidad. No era la primera vez que se bañaba con Miranda en el baño. Cuando le había dado hospedaje, durante aquel terrible mes, Reminis no podía bañarse, ni dormir, ni permanecer en el living sola. Miranda siempre la acompañaba, y se quedaba allí, sentada en el inodoro mientras se duchaba, o Reminis cocinaba en el departamento de Fernis hasta que Miranda regresaba, y cenaban juntas. Incluso con la medicación que le habían recetado, tenía que sentir el calor de su abrazo para poder dormir toda la noche, y cuando Miranda tenía los turnos nocturnos, Berenice y Fernis le tiraban un colchón junto a su cama matrimonial. Y Berenice le sostenía la mano hasta que Reminis se dormía.

Se miró la mano debajo de la lluvia de la ducha. *Berenice. Ella. Ya no está. Pero aún puedo sentir su presencia, como si no hubiera pasado. Aún puedo sentir el aroma de sus tartas, y las tardes con Fernis*

*enseñándome a programar. Puedo sentir el frío del amanecer, abrir los ojos, y ver el rostro de esa mujer llamada Miranda, tan fría, tan bella, endurecida pero suave, desconocida pero... sintiendo en su presencia, el calor de un alma que abraza, que entiende, que acompaña. Hemos hablado tan poco, y al mismo tiempo, entendido tanto, la una de la otra. Cada cosa nueva que descubro de ella, no me sorprende. Y cada cosa que le cuento, ya lo sabe. ¿Por qué? No. Es tonto preguntarme eso. Zyra y yo también empatizábamos de forma similar. La experiencia que habíamos vivido con Henrán, nos había unido. Aunque, más allá de eso, siempre debíamos hablarlo todo para poder entendernos. Y aún así. No coincidíamos. Yo... disfrutaba su compañía, su juventud, su alegría, su esperanza, su energía luchadora. Creo que deseaba de ella la adolescencia que yo no pude tener. Zyra era lo que yo no pude*

*ser. Y esperaba de mí alguien que la sostuviera, le enseñara, la acompañara a crecer. Pero. Yo no era esa persona. Nunca lo fui. No te fui suficiente, pequeña Zy. Te oculté muchas cosas, y jamás creí todas esas ideas descabelladas... que resultaron ser ciertas.*

*Lo siento, Zyra.*

*Lo siento, Bere.*

*Lo siento, Fernis.*

*Todos han perdido, excepto por mí. He ganado un gran amor, una nueva oportunidad. Y vosotros, lo perdieron todo.*

*Yo empecé esto.*

*Debo terminarlo.*

## MIRANDA

Entró en la ducha, giró la manivela y se lavó sin vueltas. Ya estaba lista, pero Reminis aún se estaba vistiendo del otro lado. No quería que viera cómo estaba su cuerpo. Se quedó mirando el escape de agua en el suelo.

La tierra y la sangre seca ya habían escapado, pero las tiras de piel y los piolines de las coseduras se habían atorado junto con pedacitos de carne y pelo que se habían acumulado en su hombro izquierdo, y mechones de pelo que siempre perdía. Ya tenía las uñas largas, y las cicatrices de la primera pelea, cuando había salvado a Reminis, ya no existían. Pero las últimas, aunque ya habían cicatrizado en su mayoría, tenían un aspecto extraño, encapsuladas en una costra que luego caería como piel seca. Incluso, cualquier fragmento de cristal o material anómalo



que considerara su cuerpo, siempre salía expulsado en forma de coágulo. Esas solían tardar más.

Miranda se estaba preguntando qué sucedería con la cicatriz de la mano. Estaba intacta. Sabía muy bien que la psique afectaba a la materia, y viceversa. ¿Pero cómo una psique externa podía afectar su materia? ¿Cómo podía haber una conexión material por un canal psíquico? Tal como hacía Filomoris. Y si pensaba en Esker'lamet y el cofre...

– ¿Puedo preguntarte algo? – la interrumpió Reminis, afortunadamente.

– Sí, claro.

Miranda cerró la ducha. Reminis le alcanzó la toalla introduciendo su mano por encima de la cortina, que no superaba los dos metros. Miranda la tomó y comenzó a secarse.

– Cuando el monje. Urumey. Nos preguntó sobre nuestro periodo... Fue gracioso, sí. Pero sé que tu

respuesta no se refirió al ‘no estoy menstruando ahora’. Sino al ‘no menstrúo’.

Miranda se sorprendió de la forma en que formuló la no-pregunta. Aún así fue gentil.

– El oftarmol corta la menstruación – le mintió. Parcialmente.

– ¿Cada cuánto tenés que tomarlo?

– Cada quince días.

– Vaya. No conocía ese efecto.

Miranda sintió pena. No. Se merecía una mejor respuesta.

Se envolvió con la toalla y corrió la cortina de la ducha.

Reminis ya estaba cambiada.

– ¿No nos vamos a morir de frío con esto?

Tenía puesto un remerón gris. El corpiño de tela que le habían dejado no era de su talla. Era demasiado pequeño. El remerón apenas le llegaba a cubrir las

caderas. Al parecer las mujeres de la esmer'katet eran de una textura única.

– Creo que en el dormitorio hay una túnica pero, igual, es invierno, carajo.

– El oftarmol no corta la menstruación – se sinceró Miranda. – Afecta el ciclo hormonal, sí, pero en dosis reguladas, tu ciclo se restituye. Pero. Mis dosis son muy altas.

– He visto los envases. 5 miligramos, ¿verdad?

– 20 – respondió Miranda.

Reminis quedó boquiabierta.

– Eso... ¿No es peligroso?

– Sí. Terminaré estéril para cuando cumpla los 28. Y con problemas neurológicos a los 35. Pero no puedo sobrevivir sin el oftarmol.

Miranda salió de la ducha y pisó la alfombra.

– No entiendo muy bien. – Se quedó pensando Reminis. – ¿Tu cuerpo se regenera de heridas profundas en cuestión de semanas y es inmune a

muchísimas enfermedades, pero necesitás oír tamol para no enfermarte con el virus W?

Miranda debió haber hecho una expresión rara, porque Reminis se vio preocupada. Se acercó y la tomó de la mano.

– ¿Qué pasa? – le preguntó.

Miranda tragó saliva.

– No son por los efectos del virus. Es para mí... transtorno mental. El virus quebró mi mente, y nunca pudo recuperarse. Hay en mí... muchas emociones e ideas, con diferentes rostros, cuerpos, y, a veces, yo no soy solo yo.

Tuvo miedo de cómo fuera a reaccionar Reminis.

– Linda... – le dijo. Y eso la hizo llorar.

La abrazó con suavidad. Y Miranda sintió que era como un bebé.

Recordó de repente el rostro de su madre biológica. Ernestina, jugando con ella, enseñándole a caminar. Y luego vio el rostro de Julia, y a su lado a sus

primos, todos abrochados en el asiento trasero. Zyra lloraba. Y Ayrton también. Lihuen y Miranda se reían, porque eran los más grandes. Y luego recordó una discusión con Natalia, diciéndole que jamás querría ser adulta si tenía que ser como ella. Y luego... Luego recordó un atardecer como un tigre muriendo de furia, sentada en un tronco junto a ella. Era el día de su cumpleaños. Y Nat le confesó que era estéril, y por eso no podía tener hijos. Y ella la tomó de la mano y le dijo que ya tenía hijos. Que ella era su hija. Y la amaba. Y la perdonaba. Y le pedía perdón. Se separó del abrazo de Reminis, se limpió las lágrimas y la miró con asombro.

– Rem...

– ¿Qué? ¿Estás bien?

– Sí. Me hiciste acordarme de cosas que había olvidado.

– ¿Cosas lindas o feas?

Miranda sonrió.

– Cosas como vos.

El baño entonces se llenó de un rubor anaranjado, rojo, cobrizo.

– El atardecer – susurró Reminis, alzando la vista hacia el ventiluz.

– Sí. Como un tigre... muriendo... de furia...

– O una reina, lista para apaciguar su deseo de conquista.

Miranda la miró. Reminis achinó los ojos y sonrió.

Le dio un beso en la frente.

– Tu pelo es el que está muriendo de furia. – Se lo tocó.

– Sí, volveré a quedar rubia en unos días.

Escucharon la puerta del dormitorio abrirse.

– Vamos, busquemos más abrigo, que en vez de roja, nos quedaremos azules.

Al final encontraron pantalones para ponerse. Eran holgados y acordonados. Ambas se colocaron unas

túnicas desteñidas y viejas, que resultaron ser unos tapados super abrigados. Con una tira se ataron la cintura y luego se calzaron con unas botas forradas de cuero. Era bastante cómodo a su pesar.

Mientras Renato fue a bañarse, ellas ayudaron a Urumey y Tupa a armar la mesa. Un tablón largo, al lado de una fogata en el patio trasero. Los monjes habían cocinado una sabrosa cazuela de vegetales, legumbres y quesos en una salsa de tomates.

Para cuando el compañero de Miranda regresó, la comida ya estaba lista.

– Así que ahora somos todos monjes – dijo con un ánimo algo decaído el soldado. Estaba vestido igual que ellas, pero sin la cinta en la cintura, y con la capucha colocada. Miranda observó ese detalle. – ¿Qué? – le respondió a su mirada. – Se me enfría muy rápido la cabeza, sargento.

– Ya no me llames así, Renato.

El hombre asintió de mal gusto y se sentó en el tablón. Le sirvieron su cazuela y se puso a comer sin permiso de nadie. Después de unas grandes cucharadas, se detuvo.

– Perdón. ¿Hay que rezar o algo? – Antes de alguien pudiera decir algo, agregó: – ¿Brindamos por Esker’lamet o por Hoferos? ¿O como era el nombre de esa? – Señaló los anillos de Urumey.

– Shayria – Urumey le dio el lujo de responder.

– Shayria – repitió Renato. – La diosa de la justicia. Je, je. ¿Y cómo es la historia?

– Renato, no seas grosero – lo detuvo Miranda.

– Vos ya no sos mi sargento, acabás de decirlo.

– No te estoy dando una orden. Sé amable, maldita sea. ¿Desde cuando tenés el papel de idiota?

Renato dejó la cuchara dentro de la cazuela y la miró fijamente.



– Desde que todo mi pelotón fue exterminado. Y como vos al parecer también has abandonado tu puesto, des me he quedado yo solo.

Miranda guardó silencio, pero le sostuvo la mirada.

– Largos y desdichados son los caminos de los desahuciados. Pero en el desierto también se puede encontrar paz. Y silencio. – Recitó el monje Urumey.

– Renato le lanzó una mirada. – ¿Y eso que demonios significa?

– Que está bien que sufras tu pérdida pero no necesitás ser un cretino – le respondió Reminis.

Renato se quitó algo de los dientes. Asintió extendiendo su mandíbula.

– Sabés – la señaló a Reminis con la cuchara– iba a decirte algo que seguro te iba a doler, o que ya te diste cuenta. Pero tenéis razón. Me quedaré en silencio. Sólo... Sólo no me hagáis parte de este teatro.

– Sabia decisión – le dijo Miranda con tono amenazante.

Renato se dedicó a comer de su cazuela de allí en más.

Tupa entonces terminó de servir el resto de las cazuelas.

– Coman, por favor. Lo necesitan. No esperen a que mi hermano y yo terminemos de rezar. Lo haremos en silencio, sin interrupciones.

– Podemos esperar – indicó Miranda.

– Por favor – insistió el monje.

Ambas desistieron y comenzaron a comer.

Fue una cena silenciosa, al calor de la fogata, que de tanto en tanto lanzaba chisporroteos, con el sonido de los búhos y los coyotes llegando desde la espesa oscuridad del bosque.

Miranda esperaba una petición del monje al terminar de comer. Notaba que los tres sentían modorra por la comida. Un cansancio extremo que ya no la dejaba

mantenerse erguida. Pero Urumey simplemente les indicó que fueran a dormir. Renato fue el primero en levantarse de la mesa.

– Gracias – dijo antes de irse.

Miranda y Reminis esperaron unos minutos. Arrimadas una a la otra.

– Miranda – le habló Urumey, justo antes de que se levantaran. – Mañana Tupa hará un viaje a la ciudad. Al mediodía. A por insumos. Es el momento para que regresen con sus familiares.

– Bien – asintió Miranda, con sus reservas. – Hasta mañana, des.

– Descanses, buenas mujeres. En paz y armonía.

Miranda y Reminis caminaron con un candelabro hasta elegir una cama, a dos literas de la que estaba durmiendo Fernis. Renato se había ido a la otra punta de la habitación.

Se quitaron la túnica y los pantalones. Se acostaron, abrazadas en cucharita, y en unos latidos de corazón, se durmieron.

## **CAPÍTULO 22** ‡

### REMINIS

Abrió los ojos cuando sintió una mano que la sacudió con amabilidad.

Se dio la vuelta. Era uno de los monjes. Del que no sabía el nombre.

– Buen día. Tenéis el desayuno listo. Miranda dijo que te dejara dormir.

Miró la cama. Estaba sola.

– ¿Qué hora es? – preguntó con cierta preocupación.

– Diez y media.

El monje retrocedió.

– En media hora se irán. Por eso vine a...

Reminis se dio la vuelta bruscamente. Notó que Fernis no estaba en su cama. Y Renato tampoco.

– ¿Dónde están todos?

– Afuera, señorita.

Había algo en su voz que no le gustaba. La forma en que escondía sus expresiones. Lo miró a los ojos.

– Bueno, te dejaré sola.

El monje se estaba yendo.

– ¿Cuál es tu nombre? – le preguntó en un grito.

El monje se detuvo. Volteó con titubeo.

– Creo que mi hermano ya nos presentó.

Reminis se levantó con rapidez. Se envolvió con la túnica y se le acercó.

– No. ¿Cuál es tu nombre?

– Es un nombre muy largo – fingió una mosqueta humor.

– ¿Y cómo te dicen?

El monje entonces adoptó una expresión de culpa y dolor.

– Tupa – le dijo.

Reminis apretó los labios y asintió con la cabeza.

– Sabía que te conocía de algún lado.

Se quedó asintiendo mientras su mente procesaba la información. Hasta que reaccionó y fue hasta la cama donde durmió, para buscar el cuchillo que había escondido.

– ¡Espera, espera! – se alarmó el monje cuando Reminis enseñó el arma.

– Esto no fue premeditado, Reminis. No tenemos ninguna intención de haceros daños. Yo... Yo... ya he pagado mi castigo.

– ¿De qué hablás? Mataste a mi amiga.

Vio que las manos de Tupa, que estaban levantadas y extendidas, estaban llenas de quemaduras.

– Sí – confesó lastimoso. – Y he pagado el precio, de la culpa y la pena. Estoy aquí, intentando remendar el daño que causé.

– ¿Ah, sí? ¿Hospedandote en una capilla y haciendo servicio comunitario a la secta controlada por el mismo líder al que serviste antes?

– Por favor, déjame explicarte como fueron las cosas.

– ¡Claro que no! ¡Ya sé cómo fueron las cosas! Nos has engañado.

Miranda entonces entró en la habitación.

– Es cierto, Rem. Por favor, bajá el cuchillo.

Reminis se sintió consternada.

– ¿Qué...? ¿Vos, lo sabías?

Miranda se acercó.

– Sí. Lo conozco desde el inicio. Está diciendo la verdad.

– Pero... ¿Por qué...?

Miranda se apoyó sobre una litera. Tupa se había sentado sobre un colchón, con las manos unidas dentro de su regazo. Bajó la cabeza, con una expresión lúgubre.



– El día en que cometieron ese crimen – empezó su relato Miranda. – Yaymena les dio caza. Los jefes querían que capturara a los siete culpables, que testificaran que actuaron por voluntad propia, desligando de culpa al katupyry. En ese entonces, yo aún no era consciente de que la policía protegía a la mafia. Creí... tan ingenuamente como este hombre... que era un movimiento de mis superiores para no delatarnos ante la mafia, que era una jugada inteligente para acercarnos a la identidad del katupyry sin levantar sospecha.

– Ni siquiera yo sabía quién era el katupyry – comentó Tupa-. Yo sólo cumplía las órdenes, era nuevo y no nunca sabía qué era lo que íbamos a hacer.

– Encontré a todos y los atrapé – prosiguió Miranda-. El escurridizo fue el último. Vi en él algo diferente. La ingenuidad. El miedo. El dolor. Pero sobre todo, el arrepentimiento. Tuve una

corazonada. Fue la primera vez que sospeché sobre la conspiración de la policía y la mafia. La rabia de Yaymena se apaciguó. Y entonces le di una oportunidad. Trabajar para mí.

– Me envió a obtener la identidad del katupyry – señaló Tupa.

– No – refutó Miranda–. Ese no era el verdadero propósito.

El monje se mostró sorprendido.

– Sabía que tenías un hermano, acá, en la esmer'katet.

– ¿Qué?

– El sistema de inteligencia, querido escurridizo, es más grande de lo que pensás.

– Entonces, sabías que cuando viniera hacia aquí...

– Sí. La esmer'katet te haría el ritual de purificación.

Ya sospechábamos que Urumey era un topo en la secta. Lo que yo quería es que te unieras a él. Sin que el sistema lo sepa. Y cuando tiempo más tarde, tu

nombre no apareció en el registro de nuestros espías, confirmé mi sospecha.

Reminis vio lágrimas caer en el rostro tatuado del monje.

– Urumey tenía razón. Shayria sigue viva.

Reminis notó que Miranda frunció el ceño. Luego la miró a ella.

– Él fue quien nos salvó de la isla, Rem. Arriesgaron sus vidas, su secreto, para salvarnos.

Reminis miró su reflejo en el filo del cuchillo.

– Entiendo que es difícil ver a una persona como yo, un paria que ha cometido un crimen, y aunque había podido evitarlo, lo hice por temor y vergüenza. Pero he cambiado, he encontrado algo mucho más grande en la ma'shemek, gracias a mi hermano, y gracias a esta noble mujer.

– No soy noble – replicó Miranda. – Yo también he asesinado a personas.

– Pero vos lo has hecho por justicia – defendió Reminis.

– ¿Y quién es el juez que decide lo que es justo y lo que no? – irrumpió Urumey desde el umbral de la puerta. – ¿Cómo medimos el valor de una vida? ¿Somos los humanos capaces de distinguir el bien del mal cuando tan cotidianamente, se mezclan una con la otra?

Reminis apretó los dientes. Se sintió confundida. Quiso replicar. Pero al final sólo lanzó un suspiro.

– Sólo... alejate de mí – le dijo a Tupa-. Necesito procesar esto.

– Por supuesto – dijo el monje y se retiró. Pasó por al lado de su hermano y desapareció.

Urumey saludó y también se fue.

Cuando estuvieron solas, se quedaron bastante segundos en silencio.

– Mir – la llamó. – ¿Eso que escucho es un auto?

La mujer la miró y sonrió.

– Sí. Ya nos vamos.

Salió acompañada de Miranda al frente del edificio. Había un auto, bastante viejo, de color ocre. La tapa del capó estaba levantada. Renato estaba trabajando debajo de él. Fernis estaba sentado en un tronco, cerca de él. Miraba con catatonia el cementerio oscuro y musgoso que tenían delante.

– Ya hemos hablado con Julia – le explicó Miranda, antes de acercarse a Tupa para ayudarle a cerrar la tapa del baúl, que parecía oxidada por el tiempo.

Reminis se quedó de pie en medio de todos, dejando que el sol la calentara un poco. Se sentía desencajada. No podía evitar mirar a Fernis y sentir un vacío en el pecho. O a Renato, que parecía estar más animado que la noche anterior, y ver su soledad oculta detrás de una constante búsqueda de actividades.

– Se han ido de la ciudad – continuó Miranda. – A la quinta de nuestros bisabuelos. A unos diez kilómetros al norte de las colinas.

Renato salió de la sombra del capó y lo cerró con firmeza.

– Hecho. Ya debería funcionar mejor.

El ex miembro de la COEM se acercó a Tupa. Mientras le hablaba, se limpiaba las manos con un trapo.

– Creo que deberías evitar la autopista.

– Sí – le respondió el monje. No entraremos a la ciudad. Tomaremos la ruta internacional, directamente hacia el noroeste.

Reminis cambió su atención hacia Fernis. Miranda y Urumey lo estaban ayudando a levantarse del tronco, y lo guiaban hacia el vehículo. Le abrieron la puerta y lo sentaron en el asiento trasero. Estaba pálido, sin fuerzas.

Luego vio que Tupa entraba en el asiento del conductor.

De repente escuchó un crujido a su izquierda que la hizo despabilar. Vio un caballo blanco en lo bajo del cementerio, pastoreando en el borde de la cerca que circundaba a la capilla. No había notado su presencia hasta entonces, y su descubrimiento la inquietó.

Pero su conciencia terminó de ponerse en alarma cuando Renato bajó al cementerio, hasta donde el lúgubre sauce se alzaba. Vio que levantaba una silla y unas riendas, y las cargaba hasta donde la yegua. La ensilló con calma, la acarició y luego la condujo hasta el frente del edificio.

Antes de que Reminis pudiera preguntar qué demonios estaba haciendo, Miranda apoyó una mano en su espalda.

– Reminis – le dijo. Y ese tono que usó no le gustó para nada. Porque era tono de despedida, de esas que no son buenas, que son largas y rompen el corazón.

Reminis le clavó los ojos a su amada.

– ¿Qué está pasando?

– Necesito que seas fuerte, Rem.

– No me digas eso. Decime ya que es lo que se está cociendo. ¿Por qué éste tiene un caballo? ¿Por qué me estás mirando así?

– Tupa los llevará con Julia. Necesito que lleves a Fernis con ella. Que cuiden de él. Hasta que todo esto termine.

– ¿Qué? – farfulló Reminis ya con lágrimas en los ojos. Esto ya terminó, Miranda. No... No me digas que te vas a quedar.

Urumey, que había estado de pie a un borde del claro, se persignó con unos movimientos que ella desconocía.

– Miranda... ¿Por qué te vas a quedar?

– Tupa te explicará todo de camino.

– ¿Me estás tomando el puto pelo?

– Rem.



– ¡No!

La empujó, dio vueltas en círculos, intentando contener el llanto.

– ¿Qué diablos vas a hacer Miranda?

Miranda tragó saliva. Todos se habían alejado de ellas dos. Renato se había ido al costado con su yegua. Urumey bajó al cementerio. Tupa se había quedado inmóvil en el volante.

Reminis sentía que su rostro se desarmaba mientras Miranda abría la boca para hablar.

– Esker’lamet se dirige a la mansión de Tróbulos del Valle. Iré a recuperar a Zyra. A concluir con todo esto.

– ¿Y cómo vas a hacer tal cosa?

– Aún no lo sé muy bien.

– ¿Una corazonada? – se burló Reminis. – Vete al carajo, Miranda.

Dio vueltas y luego se le acercó, apoyó sus manos en sus hombros.

– Decime que estás mintiendo. Que no vas a ir a allá.

– Lo haré.

– Iré contigo, des.

– No. Necesito que lleves a Fernis a casa.

– Bueno, lo llevaré, lo dejaré con tu familia, y volveré. Tupa dijo que iba a buscar insumos y volvía, ¿no es cierto?

– Sí.

– Des, volveré con él.

– No podés, Rem.

– Callate – farfulló entre dientes. – ¿Por qué no? ¿Por qué me querés alejar? ¿Por qué ahora?

Miranda sujetó sus manos.

– La esmer'katet vendrá dentro de una hora. Si estás acá, si alguno de vosotros está acá. Nos llevarán con el katupyry.

Reminis la quedó mirando.

– No... Miranda... ¿Estás planeando que te secuestren y te lleven al centro de todo el desastre?

Liberó su llanto.

– Zyra ya no está Mir. Sé que sos fuerte y has hecho muchas cosas. Pero no podés enfrentarte a esa cosa. No quiero. No quiero que te mueras.

– Es la única oportunidad que tenemos.

A Reminis le temblaron las piernas. Miranda la sujetó, dejó que hundiera su cara en su pecho.

– No... No me dejes...

Se incorporó y se secó las lágrimas. La contempló, como el monje contemplaba el templo.

– Vas a ir, a ver qué pasa, ¿y ya está?

– Hay una forma de expulsar a Esker'lamet.

– Según quien, ¿ese monje?

– Sí. Filomoris también lo había mencionado.

– Y falló en su predicción.

Miranda tomó una gran bocanada de aire.

– Hay que volver a intentarlo. – La quedaba mirando Reminis – ¿Eso vas a decir?

Miranda la tomó de la mano. Reminis la apretó. La cicatriz obsidiana pinchó en su piel, haciendo brotar la sangre, y entonces, un montón de imágenes sucedieron delante de su mente.

Vio a una mujer de cabellos blancos oculta bajo una túnica roja, caminar por un camino nevado. Vio una espada atravesar a un demonio rojo y desesperado. Y luego, se vio a sí misma junto a Miranda, abrazadas delante de una chimenea, y caminando por el borde un lago mientras atardecía. Las vio comprando una casa, viviendo juntas, felices. Vio a Miranda embarazada, y a ella acariciándole la panza mientras cantaba una hermosa canción.

Miranda le soltó la mano. Chequeó su herida. Sólo era superficial.

– Miranda... – murmuró.

– Ya no pienses, Rem. Dejame terminar esto. Y luego, te prometo que viviremos nuestra vida.

Reminis cerró los ojos. Reunió fuerzas y luego los abrió.

– Está bien. Está bien – repetía. – Llevaré a tu hermano. Salvarás a Zyra. Acabarás con Esker’lamet. Y nos iremos muy lejos de acá, juntas.

Miranda asintió.

Podía sentir cómo de las gotitas de sangre que salían de su mano que eso era el fin. Una parte de ella se aferraba a la ilusión, pero podía ver incluso en los ojos de Miranda, el brillo de la despedida.

– Te amo – le dijo.

Se dieron un abrazo. Los tordos negros que posaban en la cornisa de la capilla salieron volando.

– Yo también – le murmuró Miranda. – Ve. Cuidá a mi hermano.

Se separaron. Reminis abrió la puerta del auto.

– Nos vemos pronto – le dijo.

Eso le hizo caer unas lágrimas a Miranda.

– Nos vemos, preciosa.

Entró al vehículo, cerró la puerta con un terrible dolor. Estaba por largarse a llorar otra vez, cuando Fernis se acostó sobre su regazo. Eso la obligó a recomponerse.

– Vámonos – le indicó a Tupa.

El monje puso en marcha el motor, y lentamente, abandonaron el lugar.

Reminis se quedó mirando las placas del cementerio, ensombrecidas por los sauces, mientras descendía por la colina, y luego salían por un portón ya abierto, para adentrarse en un pequeño camino de tierra en la profundidad del bosque.

Reminis cerró los ojos. Y deseó, con todas sus fuerzas, que ese no fuera el fin.

## **CAPÍTULO 23** ‡

### RENATO

Cuando el auto se fue, Renato regresó al frente del edificio, ató la yegua a un cartel y le echó una larga mirada a Miranda. La mujer se había quedado parada viendo el camino del bosque, incluso cuando el vehículo desapareció por completo.

Se le acercó pateando las piedras que se le presentaban en el camino.

– Ha sido una despedida dura.

Miranda parpadeó y bajó la vista.

– Quería disculparme – expresó el hombre, sacando las manos de los bolsillos. – Me comporté como un

idiota. Deje... Que el miedo y la debilidad me gobernara. Me aterraba la idea de que acabara así. Todo esto. Ya no tengo nada aquí.

– Ahora tenemos una misión, sargento – expresó Miranda con un tono que rozaba lo bufón. No había terminado de entender si era una broma o no, hasta que levantó la vista y la miró a los ojos. – Le daremos una conclusión a nuestro pelotón. Te lo debo también a vos.

Renato sintió una enorme alegría por dentro.

– Nos los debemos los dos. Sargento.

Renato le tendió el brazo. Miranda respondió al saludo, agarrándose ambos del antebrazo.

Urumei se acercó a los soldados.

– Permítanme mostrarles algo – dijo mientras insertaba una llave en el candado que mantenía unida los grandes picaportes de la puerta.

– Creí que no tenías la llave – le reprochó Miranda.



El monje desenrolló la pesada cadena y el candado a un lado de la puerta. – Tenía que dar muchas explicaciones.

– Parecía que eras de los que le encanta dar explicaciones – bromeó Renato.

El monje empujó con fuerza ambas puertas, que se abrieron con un chirrido. Se veían pesadas. El aire del interior era más cálido que el exterior, y eso le sorprendió a Renato.

– Acompañenme, por favor. No nos queda mucho tiempo. – indicó, mirando el horizonte.

Renato y Miranda entraron a la nave interna. Una alfombra roja y vieja conducía los pasos de un piso frío, de la misma piedra que las paredes. Renato ya sabía que las deroteas no tenían bancos, pero allá en el fondo, detrás del típico altar de piedra pulida, tenían una cruz enorme, hecha de espadas fundidas. Además, había un viejo senil rondando por el lugar. De vez en cuando apagaba o encendía velares.

Renato siguió el paso de Miranda hasta que llegaron al altar. El monje se colocó de rodillas y les mostró tres objetos. Una pistola reglamentaria de la policía federal. Un par de cuchillos de combate en su funda. Y un mapa con una brújula.

– ¿De dónde los sacaste? – preguntó Miranda.

– Contrabando, claro.

Renato miraba de reojo al viejo senil.

– La brújula y el mapa, son para ti, Renato – le acercó Urumey. – Para que encuentres el camino, y también puedas salir de él.

Renato se acercó y tomó los objetos.

– La pistola y el cuchillo son para ti, Miranda. – La sargento se acercó al altar, levantó los objetos y los observó con cuidado. – Una pistola para tomar una decisión – explicó el monje con tono poético – y dos cuchillos. Uno para atar el bien a tu cuerpo. Y otro para cortar los lazos con el mal.

A Renato le daba escalofríos aquel lugar. Cuando le dio la espalda a la cruz, le pareció haber escuchado la voz de su padre.

– Y por supuesto – continuó el monje, sacando del interior de su túnica dos uniformes oscuros empaquetados. – La protección de sus armaduras. Para que recuerden de dónde vienen. Y a dónde irán.

– Gracias, Urumey – expresó Miranda.

El monje se puso de pie. Dejó los paquetes sobre el altar. Alzó la vista hacia la cruz.

– Renato – lo señaló. – ¿Sabes por qué te enseño esto?

El sargento se sintió incómodo. Pero luego se relajó, y se puso a observar el lugar, hasta que terminó dándose la vuelta y mirando también la cruz. Atrás, la luz de los vitrales dejaba entrar una luz ambarina, una roja y una azul, que se mezclaban sólo en la piedra blanca del altar.

– Creo que sí – respondió luego. – Mi padre me habló mucho sobre la religión elisenista. Pero la rama monoteísta. Hablaba sobre el destino, sobre las heliames y su forma de tejer las formas en que suceden las cosas. Lo relacionaba mucho con la geometría, y con las energías. Sobre la contingencia de nuestra existencia, y, al mismo tiempo, la necesareidad de que exista siempre un creador, sea personal o no. Que el infinito, infinita direcciones tiene. Lo que es afuera, es adentro. Lo que hubo antes, es lo que habrá. Decía – dijo Renato ya sintiendo que comprendía del todo su posición en ese preciso lugar del mundo a esa hora–. Decía que no existe más nada que una sola cosa, que lucha consigo misma entre el dolor y la felicidad. Cuando duele, quiere morir, quiere matar, quiere desvanecerse. Cuando está feliz, quiere vivir, quiere dar vida, alzarse en lo más alto. – Lo miró a Urumey, con el

descubrimiento de su propio conocimiento. – Que eso, es el bien y el mal.

El monje entonces puso una mano en su pecho.

– Bienaventurado seas, Renato, en la senda de la justicia.

Unos minutos más tarde, Renato entró en el dormitorio para colocarse el uniforme. Guardó el mapa y la brújula y fue hasta donde estaba la yegua. Miranda y Urumey se acercaron para despedirlo.

– Gracias, monje. Necesitaba recordar las enseñanzas de mi padre.

– Es la fuerza que nos empuja, Renato. Buen viaje.

El monje se retiró de nuevo al interior de la capilla, dejándolos solos a los soldados.

– Sargento, tendremos éxito – expresó Renato—. El sexto pelotón siempre tiene éxito.

– Claro que sí, sargento.

Vio en su mirada un deje de tristeza.

– No te culpes por la muerte de Berenice. Salvamos a tu hermano.

Miranda asintió con pesar.

– Sos la persona más valiente que conozco. Sé que esto saldrá bien. Tu destino parece ser más grande que el de cualquiera de nosotros.

– ¿Por qué lo decís?

Renato miró a su yegua.

– Siempre se notó en tu mirada. En tu forma de pelear. De perseverar. Pero creo que la palabra es evolución. Siempre estás evolucionando, mejorando, como si supieras hacia dónde te llevan tus pasos.

Miranda acarició a la yegua.

– Lo que es adentro, es afuera, eh.

Renato sonrió.

– Nos vemos al atardecer, Miranda.

– Cuidate, Renato.

– Sí, sargento. Siempre desde una posición segura.

Dio un salto a la silla. Tomó las riendas y se fue a paso lento, por un camino por el sur. Entró en el bosque. La figura blanca de la yegua fue visible 300 metros hasta desaparecer en la espesura.

## MIRANDA

El mediodía había llegado. Miranda había caminado por un sendero de raíces nudosas y tierra irregular, al sureste, detrás del molino. Un camino de unos 500 pasos que conducía, muy cerca del mar, a un claro donde había otro altar de piedra. Pero este no era de marfil, sino una roca de cara chata, donde el gris ya casi apenas se veía. Manchas de sangre seca, ya adheridas al altar, algunas muy muy viejas, teñían la piedra. Había restos de pelo en todo el claro. En las ramas próximas, colgaban muñecos hechos con madera y cintas rojas, y otros símbolos que aunque ya los había visto, había olvidado su significado.

Miranda se sentó sobre la piedra, sin pena ni gloria por la suciedad. Estaba vestida con el uniforme. No era de la COEM, sino de los oficiales de la policía. El pantalón cargo le había quedado muy grande, así que



se quedó con la calza interna. Las botas, el cinturón, donde guardó su pistola y los cuchillos. Y por encima de la polera negra, un chaleco azul marino con hombreras. Le arrancó el símbolo de la policía, pero le dejó la cinta de la bandera de Marsenia. Se colocó el collar de huesos que tenía Urumey, y los anillos de Shayria. Sólo para molestar a los sectarios.

Sonaron entonces las campanadas de la capilla.

Miranda se incorporó y aprestó su oído. Escuchaba también las campanadas de otra derotea. Debía ser la de la mansión del katupyry. Le asombró oirlas. Significaba que estaba más cerca de lo que creía.

Esperó.

Cinco minutos más tarde, una fila de monjes de la esmer'katet llegaron al claro, liderados seguramente por Urumey.

Todo según el plan.

– Es ella – señaló el monje que lideraba la fila. Todos tenían puestas sus máscaras cabezas de jabalí.

Eran menos de lo que esperaba. Cuando se desplegaron y rodearon el claro, contó sólo 10 monjes.

– Parece que Esker’lamet se ha llevado a algunos de vosotros al cielo – comentó con ironía.

Nadie dijo nada al respecto. Como era de esperar.

Luego, el monje a la izquierda de quien creía era Urumey dio un paso al frente.

– ¿Qué queréis, bastarda de los sin nombre?

– ¿Los sin nombre? ¿Y eso quienes son?

– ¿Cómo te atrevéis a pisar nuestro templo con los símbolos de la diosa de la justicia?

– Ah, ¿esto? Pues me parecieron lindos. Me dijeron que Shayria era más fuerte que Hoferos.

– Shayria era la esposa de Hoferos.

– ¿Y por qué la asesinó? Bah, no me sorprende. Debe ser un cabrón muy irritable.

– Hoferos no la asesinó – le replicó el monje. – Fuiste vos.

Miranda había adoptado una expresión burlesca y relajada. Pero al escuchar eso, sintió un escalofrío en la nuca. Seguía atenta a todos sus flancos. Pero ahora notaba una presencia adicional, que la incomodaba, le hacía sentir frío. Tocó el suelo con los pies.

– ¿Cómo que yo? – Recuperó su papel. Se sintió ingenua en ese momento. El monje la estaba poniendo a prueba, y casi arruina el artificio. – ¿No me digáis qué pensáis que estoy siendo un avatar de algún dios? O que estoy poseída.

– No. Tú. Sólo tú – insistió el monje.

Se llevó las manos a la cara y se quitó la máscara. Miranda pudo ver su expresión de enfado. También de miedo.

– Uliana – pronunció el monje.

Miranda no pudo controlar la forma en que se abrieron sus ojos, ni la forma en que su cuerpo se movió.

– ¿Qué dijiste? – murmuró, luchando por mantener el control.

– Uliana, la asesina de dioses, el terror del vacío, la bastarda de los sin nombre. – El monje se acercó un paso más. – La madre de Esker’lamet.

Miranda quiso echar una fuerte carcajada, pero sólo pudo lanzar un resoplido. Sus manos comenzaron a temblar.

– Mi nombre es Miranda. Miranda Crosborten – le farfulló entre dientes.

– Miranda Uliana Crosborten – le corrigió el monje.

– ¿Y qué? – espetó Miranda, perdiendo el control. – ¡Sólo es un nombre! ¡Vosotros no sabéis nada sobre mí!

– Tienes razón. Por eso, te tememos. Nadie sabe nada sobre ti. Ni siquiera los dioses son capaces de vaticinar que ocultas en tu interior.

Miranda no podía emitir ninguna palabra.

– Pero todos sabemos, qué es lo que no eres. – La señaló. – Vos no sois una humana. Has deambulado por este mundo desde hace milenios. Y más allá, más allá de la memoria de los dioses.

Miranda echó una risa desquiciada.

– Yo soy una humana como todos vosotros. ¿Acaso alguno de vosotros es inmortal? ¿No tiene fecha de nacimiento? ¿No ha tenido padres? Vos, monje, estás jugando con fuego. ¿Me tomás por estúpida? ¿Creéis que no sé que habéis estudiado mi historial clínico? ¿Mi historia de vida? Un nombre que me provoca una crisis, queréis hacerme disociar. Buena jugada. Pero ya he trabajado mucho tiempo mi repulsión hacia ese nombre. Y aunque exista quien creés, yo sólo he creado una imagen de ella en mi mente. Tal vez en mi niñez me leyeron esos mitos, tal vez lo vi en algún lugar. Uliana no es real. ¡Pero me habéis hecho enojar!

Sintió un terrible vahído. Pestañeó muy rápidamente, y cuando volvió a recomponerse, el cielo estaba morado, y los árboles se habían reducido a pastizales amarillentos. Una única estrella brillaba en el cielo, y frente a ella, tres pilares de piedras se alzaban con los mismos colores que los vitrales de la capilla pintados, y con piedras incrustadas en el centro de la piedra. Vio también dos cuerpos tirados en el suelo, pero estaban ocultos por los pastos.

Sintió un escalofrío en la nuca y se giró.

Ahora estaba en el valle de su mundo interno. La luna la recibió enorme en el horizonte. Bajo ella, una piedra, y encima, una loba descansando.

Miranda sintió serpientes que se escurrieron entre sus pies.

– ¿Así que no soy real? – escuchó a su izquierda.

– Por un demonio, Uli – se enfadó Miranda. – Hay más en juego que nuestras propias complicaciones. ¡No nos debemos dejar engañar por esta gente!

Vio que esta vez Uliana vestía una túnica roja. Sus ojos estaban ocultos bajo la capucha, pero el fulgor púrpura brillaba más que nunca.

– Uliana... – intentó acercarse a ella, pero cuanto más se movía, más oscura era la figura de su alter. – Uliana, por favor...

– Nunca te habéis preguntado – le dijo aquella. – ¿Por qué sos como sos? ¿De dónde venís? ¿Y a dónde vas?

– Maldición – farfulló Miranda. – ¡Ya lo sé! Soy hija de Ernestina, De Natalia. Soy Miranda, Miranda Crosborten. Nacida en Jaiva en el año 2009.

– ¿Y cómo podéis ver el futuro?

– ¿Ver el futuro?

*Silencio.*

– ¿No se lo enseñaste hoy a Reminis?

*Silencio.*

Miranda se agarró la cabeza. Intentó taparse los oídos.

– Lo que ha pasado es lo que pasará – escuchaba su voz espectral—. Lo que es adentro, es afuera.

Miranda se arañó y gritó, gritó tan fuerte que la luna se rompió. Y en un sacudón, regresó al claro.

Estaba empapada en sangre. En las manos tenía los dos cuchillos. Su pulso se desequilibró rápidamente, pudo sentir como su respiración cambió. Miró a su alrededor. Todos los monjes estaban muertos, desparramados sobre la tierra. Excepto uno. Permanecía agazapado sobre un arbusto, asustado y medio escondido entre las ramas.

– ¿Urumey?

El monje salió de su escondite. Se quitó la máscara.

– Miranda...

La expresión en su rostro había cambiado por completo. Estaba pálido, no podía dejar de fruncir el ceño y sus manos temblaban.

– Decime que yo no hice esto.



Urumey la miró, con expresión de dolor. Abrió la boca para decir algo, pero nunca dijo nada. Miranda dio unos pasos temblorosos. Ninguno había sobrevivido.

– No... No puede ser... Yo... jamás haría algo así.

Limpió los cuchillos con nerviosismo en su ropa. Al ver su reflejo en ellos, se quedó helada.

Los iris de sus ojos, aunque estaban recuperando el color café original, aún poseían un tinte violeta. Y las raíces de su pelo tenían el color de las cenizas.

– Miranda... – pudo recién hablar el monje. – Yo tampoco creía que era verdad.

Miranda fijó sus ojos en él.

– ¿Qué carajos estás diciendo? – Guardó los cuchillos y se acercó a él. El monje retrocedió. – Urumey... Sí, tengo un trastorno. Pero estoy completamente segura que Uliana no podría hacer esto. Quiero decir, puedo hacer esto, pero un simple enfado no me haría cometer una masacre.

– Lo sé – respondió el monje.

– Estoy medicada. Estoy tratada. He trabajado esto durante años. ¿Por qué? ¿Por qué sucedió esto? Yo... Yo no hice esto.

– Miranda. Tu pelo estaba blanco. Y tus ojos, púrpuras. Eras exactamente igual a la Uliana de las leyendas.

– Eso no es posible.

El monje levantó la punta de su túnica, manchada de sangre, y caminó hacia la salida del claro.

– No es posible. Es físicamente imposible. – Seguía insistiendo Miranda.

Se agarró la cabeza. Se miró las manos. Luego se sentó sobre el altar y escondió su cabeza entre sus manos. Entró en un estado de frustración que la hizo apretar cada vez más su cabeza.

*No es posible. Yo sé cuando nací. No puedo ser eso. Yo no hice eso. ¿Uliana, fuiste vos?*

*No, sé qué no fuiste vos. No podrías. No deberías.*

*Yo... no sé qué soy.*

– Tenías una misión, Miranda. – Escuchó la voz de Urumey. – Quedarte en ese lugar sólo va a empeorar las cosas. Vamos, niña. Acompáñame.

Miranda soltó su cabeza. Urumey la tomó de la mano. – Vamos.

Estaban sentados en el patio trasero. Urumey hundía un trapo en un balde con agua y le limpiaba la sangre de la cara y de las manos.

Miranda no dejaba de mirar el aserradero.

– No fue producto de la disociación – dijo después de un largo momento de silencio.

– Lo sé – respondió el monje.

– ¿Y qué fue?

– No tengo respuestas, me temo.

– En todo tu conocimiento sobre la religión. ¿Aparece Uliana?

– Sí. Se creía que era una vampiro solitaria que se alimentaba de los hijos de los dioses. En otras versiones, se habla de ella como un mal místico, una energía capaz de tragarse toda la materia, como los agujeros negros. Pero – señaló el monje – nunca se la menciona asociada a Esker’lamet.

Miranda miró la cicatriz de su mano.

– Filomoris había mencionado que unir mi sangre con la de Zyra iba a servir para que no la poseyera por completo. Que según sus sospechas, Esker’lamet odiaba mi sangre.

– Sin dudas hay una relación. Pero se me escapa cualquier idea, Miranda.

– Mi tipo de sangre es única, Urumey. Ha sido objeto de experimentos e investigaciones, al igual que mi organismo.

– ¿Y qué arrojaron los resultados?

– Nunca lo supe. Era niña. Y luego, al regresar de la pandemia no estaba mentalmente estable entonces. Y luego me olvidé de ellos. No me importaba.

– Hmm – gruñó el monje. Dejó el balde a un lado y se puso de cuclillas frente a ella.

– Escúchame con atención, Miranda. Hay mucha información en las místicas elisénicas. Dioses, Guardas, almeisanes, profecías, demonios. Pero nada de eso es lo verdaderamente importante, más que para alabar, temer, o creer en entidades. Lo importante está en otro libro. El mayestredum. Las cosas de las que habló Renato.

– El padre de Renato le regaló uno de esos a mi madre cuando él murió.

Urumey se tocó la barbilla. Parecía interesado.

– Curioso. En fin. En el mayestredum se habla sobre las reglas que rigen el universo. No habla sobre la historia de los dioses, la caída de una civilización o sobre profecías. Menciona que todas las criaturas

existentes en el universo, dioses, guardas, almeisanes y demonios, están sujetos a las mismas reglas.

– Sí, he oído algo. Es como un libro de física versión elisenista.

– No. Es un libro de física y matemáticas, psicología y gnoseología. Para el mayestredum, la realidad se compone de dos partes, la material y la psíquica. Ambas están conectadas, y el intercambio entre una y otra es lo que hace posible todas estas cosas que parecen mágicas. Como Esker’lamet. Hay mundos como la Tierra. Y otros como Axthamidam. Bosno. El infierno del que habla la esmer’katet. El reino de Hoferos. Tu mundo interno. Todo tiene espaciotiempo. ¿Me sigues?

– Sí.

– El Mayestredum además dice que hay otras reglas que son contingentes a cada mundo. La vida en la Tierra es así por sus condiciones. La vida en tu mundo interno, por otras. Cuando hay una

transferencia de un mundo a otro, esa materia debe adaptarse a las nuevas reglas. Las ideas se adhieren a cosas, y las cosas se reflejan en ideas.

– No entiendo a dónde vas a ir.

– Tu condición física, Miranda. Tu sistema inmunológico, tus capacidades sobrehumanas, son completamente naturales. Eres un ser vivo como todos los demás.

– ¿Pero soy humana?

– Eso es una discusión aparte. Lo que intento decir, es que algo como Uliana es imposible.

Miranda frunció el ceño.

– ¿Por qué?

Urumey tomó una gran bocanada de aire y exhaló.

– El ente llamado Uliana que habita en tu mente es parte de ti. Eso ya lo sabes. Pero de existir Uliana, como un ser vivo independiente a ti... eso... no tiene sentido.

– Es fácil. No existe. Sólo es una leyenda. Y de ahí he absorbido esa información.

Urumey bajó la mirada. Fue un momento sombrío.

– La otra opción es que tú seas Uliana. Lo eres, es tu segundo nombre, ¿verdad?

– Sí.

Urumey tragó saliva.

– Lo que he visto hoy, querida Miranda, es algo que escapa por completo a tus capacidades físicas. Y mira que sé que has combatido contra toda la Sociedad de Justicieros.

– Estaban desarmados.

– Sí. Pero ocurrió en un solo instante.

Miranda se acomodó el mechón de pelo de la frente, que se había pegado a su piel.

– No puedo describir lo que vi, Miranda.

– Intentalo. Por favor.



El monje adoptó una expresión muy seria. Parecía estar haciendo muchísimo esfuerzo en poder traer las imágenes a su mente.

– Tú dijiste ‘me habéis hecho enojar’ y luego se hizo de noche. Sí, tal como lo escuchas. Lo más probable es que hayas creado un campo psíquico. Pues el cielo se tornó morado y todos los tonos verdes desaparecieron. Te elevaste en el aire, sufriste una brusca transformación, mientras encima de ti se forma una especie de orbe negro, violeta, o amarillo, no estoy seguro. Era muy difícil ver algo, entender cómo estaban compuestas las cosas, como se comportaba la luz. Entonces, cuando volví a pestañear, sólo vi una sombra, sentí un viento, me caí hacia atrás. Cuando volví a incorporarme, todo había vuelto a la normalidad. Pero tú... – al monje parecía costarle respirar. – me miraste, con esos ojos penetrantes y púrpuras, y me dijiste cuándo y cómo moriré.

Urumey se incorporó, se acercó al sauce y se apoyó sobre él, parecía indispuesto

– Me escondí entonces – dijo con dificultad–. Y segundos más tarde, volviste a ser tú misma.

Miranda guardó silencio, esperando que Urumey se recompusiera.

– Ya estoy mejor.

– Urumey. – Le habló entonces. – Todo eso pudo haber sido una proyección tuya.

– Lo sé. Pero si esa predicción se cumple. Entonces sabré que no sucedió dentro de mi psique. Sino sobre este mundo.

Miranda estaba por pedirle que le cuente cómo y cuándo iba a morir, pero lo veía tan perturbado que se quedó callada.

Escucharon entonces el sonido de un vehículo llegando al lugar.

– Tupa regresó. Es hora. ¿Estás lista?

Miranda lo miró con preocupación.

– ¿Vas a ir conmigo?

Urumey miró el collar de huesos que había dejado colgado en el árbol. Se lo colocó y sonrió con fatalismo.

– Soy el único monje vivo. ¿Quién llevará a cabo el exorcismo, sino?

## **CAPÍTULO 24** ‡

### MIRANDA

Antes de seguir a Urumey hasta el frente, caminó por el patio hasta el aserradero. Aún estaba lleno de aserrín y pedazos de ramas, sobras del último trabajo. Miranda se preguntó si el bote con el que fueron a buscarle lo habían estado fabricando ellos. Parecía la opción más sensata, pero era asombroso tal hazaña.

Sin embargo Miranda se había acercado al aserradero por otro motivo. No podía ni explicárselo a sí misma, pero ese aserradero se parecía mucho a otro, no recordaba de dónde ni cuándo. ¿Cuántos

aserraderos habrá visto en su vida? ¿Qué tenían de especial para su mente?

– ¿Y por qué me hace pensar en Félix? – se preguntó en voz alta.

– ¿Quién es Félix?

Se volteó con rapidez. Le asustó no haberle escuchado acercarse.

– Tupa. Lo siento, me asusté.

– ¿Estás bien?

– Sí... ¿Cómo fue el viaje?

Se pusieron a caminar con destino al frente de la capilla.

– Bien. No tuvimos casi ningún inconveniente.

– ¿Casi?

– El país entero está colapsado. Las fuerzas de Makor ya están surcando el cielo. Parece que el nuevo orden ha venido adelantado.

– Es algo extraño. ¿No perderán legitimidad haciéndolo ahora?

Tupa observó un momento una pequeña ventana que daba a los dormitorios. Habían escuchado un ruido. Miranda supuso que era Urumey.

– Esker’lamet ha estado bastante ocupada asesinando a todos los jefes de las fuerzas de seguridad. Incluso a los diputados y legisladores del partido de Tróbulos. Los ha dejado enterrados en el subte.

– ¿Y qué piensan los medios de ella?

– Han hablado de manera catastrófica, claro. No saben quién causó semejante masacre, pero han visto el cielo y la figura del demonio. Hay videos y todo. En fin, llegar hasta el norte fue complicado por la ventisca y la lluvia.

Miranda frunció el ceño.

– Está completamente despejado acá.

El monje no dijo nada. Miranda lo entendió tarde.

– Ah, la tormenta de ella...

– Sí.

– Y supongo que mi familia...

Habían llegado al patio delante.

– Está sana y salva. Recibieron a Fernis con gran dolor.

– ¿Y Reminis?

– Ah, y Reminis también.

Entrecerró los ojos.

– Ella estaba muy triste por dejarte.

– Hmm.

Salió Urumey del interior de la capilla. Lucía bastante nervioso.

Se sintió bastante confundida. Algo estaba pasando que no estaba captando pero se sentía demasiado conmovida todavía como para concentrarse.

– Felix era mi padre – le salió de repente.

Tupa hizo una mueca. Le pareció que se hicieron gestos con Urumey, pero se limitó a subirse al auto y esperar allí.

## **CAPÍTULO 25** ‡

### MIRANDA

No se había dado cuenta que se había dormido. Al despertar, en el asiento del copiloto, lanzó un respingo, con el temor de haber disociado o... mucho peor.

– ¡Tranquila! – La calmó Urumey desde el volante. – Sólo te has dormido.

Estaban en movimiento. Estaban en una ruta. El viento fresco entraba por la ventanilla de Miranda.

– ¿Me dormí?

– Gastaste mucha energía.



– Sí – confirmó. – Pero dormirme en esta situación no me es habitual.

– En la guantera tienes unas frutas. Supuse que tendrías hambre cuando te despertaras.

Miranda le echó una mirada.

– ¿Ahora eres médico también?

Urumey se dio el gusto de lanzar una risa.

Miranda abrió la guantera con el ceño fruncido, y luego comenzó a devorarse las piezas de fruta sin perdón de dios.

Después de comerse una banana, una manzana y un durazno, se secó con unas servilletas y volvió a recostarse en el asiento.

– ¿Por dónde vamos? – preguntó con modorra.

– Una ruta provincial. Acabamos de atravesar la autovía internacional hace unos 15 minutos.

Miranda apoyó el brazo sobre la ventanilla. Se quedó mirando a su derecha los campos de maíz, y más allá, un camino de eucaliptos.

– Dicen que en algunos lugares del mundo nunca más pudieron desintoxicar la tierra de cultivos – comentó Urumey.

– Echándole la culpa al virus, como siempre.

– Ja, ja – se alegró el monje. – Eso mismo pensaba.

– No obstante...

No terminó la frase.

Miranda observó el cielo. Seguía tan vívido y azulado. El sol ya se encontraba en su último cuarto de porción en el horizonte.

Inspiró con profundidad, sintió el aroma a vacas, a pasto, a gallinas, a savia vegetal. Luego exhaló, y volvió la vista hacia el frente. Se le había acabado el descanso.

Notó que la expresión de Urumey también cambió. La ruta comenzaba a curvarse, y la vista era reducida a un bosque de viejos y altísimos eucaliptos.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

– Bueno, ¿generamos un nuevo plan o prefieres improvisar en el momento?

Miranda miró la palma de su mano izquierda.

– Preguntale a la cicatriz. – le respondió Miranda con sarcasmo.

– Cicatriz. ¿Cómo deseas proceder?

Miranda apoyó la mano sobre su regazo.

– Esker’lamet no ha llegado aún – anunció ella.

Urumey la miró de reojo a Miranda.

– No ha respondido a mi pregunta la sabia cicatriz pero estoy dispuesto a aceptar tan alivianada respuesta.

Miranda cerró un poco su palma.

– Y yo estoy dispuesta a creer en la ya no tan hilarante hipótesis de Filomoris.

– Concuerdo.

– Sólo me pregunto si la sabia marca – lo parodió Miranda – sabe cómo demonios va a hacer el monje

para exorcisar a la temible Esker'lamet, y quitarla de mi prima.

El cielo se estaba oscureciendo.

A la derecha, el camino de eucaliptos se cortó por un camino de tierra. Del otro lado comenzaba un campo de mandarinos. Urumey se desvió hacia allí y se detuvo en la entrada.

Miranda notó un descenso en el camino a 500 metros. El cielo podía verse en un pequeño cuadro entre el bosque de eucaliptos a la derecha, y un campo de limoneros a la izquierda, que sucedía tras un alambrado a los mandarinos. Allí las nubes comenzaban a juntarse, a cargarse, grises, pesadas, a baja altitud.

– ¿Un simple monje como yo expulsar a Esker'lamet del cuerpo de la jovencita? – expresó Urumey. – Tengo algunos trucos para debilitarla, detenerla el tiempo suficiente.

– Y luego... – interrogó Miranda, ya que Urumey se había quedado callado.

– Y luego alguien más deberá intentar absorberla – confesó el monje. – No tenemos la fuerza suficiente, dado que no quedan monjes de la ma'shemek, para expulsarla y guardarla en otro objeto, como el cofre. La tendrá que absorber un ser vivo. Y uno lo suficientemente fuerte como para no dejarla escapar. Pero eso ya lo sabías.

– Lo suponía, sí. – Se giró un poco para hablarle frente a frente. – Si mi organismo lo rechaza, o mi sangre la envenena, ¿hay posibilidades de aniquilarla?

Urumey la miró con preocupación.

– Un demonio no es una entidad material, Miranda. La carne que viste, su cuerpo, es el de Zyra, absorbiendo otras materias para hacerse más fuerte. Esker'lamet puede destruirte de manera material.

Pero para destruirla a ella, debes enfrentarla en tu mundo psíquico.

– ¿Y si una vez dentro mío, yo muero?

El monje cerró los ojos.

– Regresará a su mundo, y perderá la conexión con éste.

Miranda volvió a su posición original.

– Caso cerrado, des.

Urumey la quedó mirando.

– Crees que tienes la voluntad para suicidarte una vez esté dentro tuyo, ¿verdad?

– No. Sólo soy una simple humana, Urumey. Tengo algunos trucos para debilitarla y retenerla el tiempo suficiente... para que me asesinen.

Sacó la pistola de la funda y se la dio.

El monje sujetó la pistola con una notoria tristeza. A Miranda le tranquilizó que la manejara con fuerza. Sabía manipularla.

– ¿Y si hay otra opción? – le preguntó Urumey, observando el arma.

Miranda sonrió.

– Esa es nuestra opción – le respondió tajante.

Urumey dejó el arma sobre su regazo y se inclinó hacia su lado.

– Si existiera una entidad como Esker’lamet, o mejor aún, de un poder físico y psíquico superior, capaz de transformar el ambiente físico en un psíquico. Entonces el demonio se vería en desventaja, en una gran desventaja, y posiblemente, en un pánico terrible.

Miranda lo escrutó analizando sus palabras.

– Estás hablando de algo de lo cual no tenemos conocimiento, ni control. Es lo mismo que inventarnos cualquier otra cosa.

– Excepto que quizás haya pruebas de ese ser.

Miranda frunció el ceño.

– No, Urumey. Estoy harta de decirlo. Si algo así existiera... – su mirada decayó y su furia también. Recordó a Alexander. – Sería el fin de todas las cosas conocidas.

– ‘La grandeza de un hombre consiste en reconocer su pequeñez’ – recitó Urumey.

– Yo no soy un hombre.

– ¿No crees en ningún dios, Miranda?

– Vámonos, Urumey. Pisá el acelerador.

El monje le hizo caso y se adentraron en el camino de tierra.

Cuando estaban llegando al descenso, Miranda habló.

– ‘Me deleito mucho en el Señor;  
me regocijo en mi Dios.

Porque él me vistió con ropas de salvación  
y me cubrió con el manto de la justicia.

Soy semejante a un novio que luce su diadema,  
o una novia adornada con sus joyas.’



– Isaías 61:10 – agregó Urumey unos momentos después.

Bajaron a un nuevo camino de eucaliptos, rodeados de campos de flores. A 2 kilómetros delante, se veía una hacienda.

– Berenice me la recitó una vez – susurró Miranda. – Pero esta es mi favorita.

Urumey se quedó esperando.

La hacienda de Tróbulos del Valle se levantaba cada vez más cerca de ellos, con su hipodromo, su jardín de exóticas plantas extranjeras, una capilla cuya cúpula resaltaba en el fondo, y una gran arcada que dejaba ver unas impolutas escaleras hacia la gran entrada del palacio. Encima de todo ello, un gran remolino se había formado, y poco a poco, traído por otras nubes y por una ventisca creciente, tonos rojos y morados empezaban a teñir las nubes.

– En el día de la ira. De nada sirve ser rico – dijo Miranda, con su voz firme y argentina. – Pero la justicia. Libra de la muerte.

## URUMEY

Desde que se acercaron, pudieron ver que el katupyry estaba sentado en las escaleras de su palacio, fumando un habano. Al llegar a la puerta, el portón eléctrico se abrió, y Urumey condujo unos 25 metros, hasta finalmente detener el coche.

Esker'lamet está a punto de llegar. ¿Por qué se expondría así?

Miranda se bajó del coche. Urumey la siguió.

Caminaron juntos, con cautela, hasta quedar a unos 10 metros de distancia.

– Bienvenidos – saludó con galantería. – Nos saben cuánto me alegra que hayan llegado antes que... esta terrible tormenta.

Urumey notó que Miranda estaba examinando el lugar. Puntualmente el palacio. No tenía idea sobre tecnología y seguridad, pero podía casi leer los

pensamientos de su compañera. Ese edificio de seguro estaba blindado.

– Todos tus guardias esperan adentro. – Lanzó Miranda, confirmando las sospechas de Urumey. – De nada sirve, si vos estás afuera.

– Oh, sí. Entraré en un rato. Cuando comience a llover. No me gusta que mi ropa se manche.

– Tu ropa puede mancharse antes de la lluvia.

– Ohh – expresó el katupyry con una exasperante comedia. – ¡Qué amenazante, Miranda! Lo que siempre has deseado, verdad. Tanto tiempo detrás de mí, y ahora me tienes aquí, sentadito e indefenso.

Se echó a reír mientras Miranda no le quitaba la mirada de acero de encima.

– Déjame preguntarte algo, sargento – dijo curioso el hombre. – ¿Me asesinarás a costa de perder tu vida? Claro que sí, ¿no? Pero... ¿Dejarás sola a tu amada? ¿A tu hermano? ¿A tu prima? Pienso que la Miranda

de hace unos años atrás lo haría sin dudar. Pero ahora, estás tan enamorada... tan vulnerable.

– No creo que hables tanto cuando mi prima llegue – fue todo lo que le respondió Miranda.

Urumey notó el cambio de expresión en el rostro del katupyry, y le dio satisfacción. El hombre dejó de mostrar los dientes en esa amplia sonrisa y se movió un poco para estirar la punta de su saco blanco.

– ¿Por qué me molestaría en asesinarte cuando todo lo que tengo que hacer es sentarme a esperar?

Miranda comenzó a caminar. Sus pisadas resonaban entre las piedras.

– Lo que deseo es ver cómo el hombre más rico y poderoso de este país – le decía mientras se acercaba–, aquel que ha roto todas y cada unas de las cosas buenas que teníamos, gritará aterrorizado cuando una jovencita cuyo cuerpo ha sido devorado hasta el final con tus drogas, con tu juego, con tu maldita mano podrida en el sistema, te muestre la

encarnación de tu producto, y te desmembre, y deje tus tripas desparramadas en el suelo, mientras las llamas y la sangre consuman tu palacio de cristal, y ninguno de tus guardias, cuyas armas han robado y distribuido al pueblo, pueda hacer absolutamente nada.

Miranda quedó a tres pasos de Tróbulos. El hombre dejó el habano a un lado y apoyó ambos brazos sobre el escalón, demostrando cuánto se debilitó.

– Sentirás el terror y el miedo que ella ha sentido. Que toda Jaiva ha sentido.

– Por favor – farfulló el katupyry. Encogió las piernas y las apoyó dos escalones más arriba. Levantó un brazo e hizo un gesto con su mano. – Ya basta. No es necesario, Miranda. Ya estoy lo suficiente asustado.

Urumey creyó que estaba fingiendo, pero cuando se quitó los lentes, vio en sus ojos la honestidad.

– Es... – hablaba con dificultad para respirar. – Es exactamente esa la razón por la cual quería que vinieras. Para que me protejas. Eres la única que puede.

– ¿Por qué...?

– Vamos Miranda, todos sabemos que no viniste a matarme – le interrumpió. Su temor pasó al enojo. – Viniste a intentar salvar a tu prima. A derrotar a ese demonio. ¿Por qué traerías al monje, sino?

– Sí soy la única que puede, no te necesito.

– Sí me necesitas – le replicó el katupyry, y en su rostro se tejió una mueca de satisfacción. – Y yo te necesito. ¿No es irónico nuestro destino?

Urumey dio unos cuantos pasos adelante.

– Miranda... – la alertó. Acababa de darse cuenta de todo.

– ¿Y para qué te necesitaría? – continuó Miranda, ignorándole.

El katupyry entonces se puso de pie. Miranda retrocedió unos cuantos pasos y desenvainó un cuchillo. A pesar de ser alta, y fuerte, ese hombre era gigantesco.

– Para ser el nuevo avatar de Hoferos – respondió el hombre, extendiendo los brazos.

De los costados del palacio aparecieron dos filas de monjes, túnicas bordó, rezando en un murmullo disonante y que fue envolviendolos como sus pasos, hasta formar una medialuna con ellos dentro.

– Que ese grupo de monjes no hayan regresado confirma que los has matado. ¡Tú eres Uliana! ¡La más poderosa demonio del universo! Junto al Dios más poderoso, podremos derrotar a Esker’lamet.

– ¡Jamás! – gritó Miranda.

La vio empuñar el cuchillo y, cuando iba a atacar, cayó un trueno sobre el palacio. Comenzó a llover, primero unas pequeñas gotas, pero en cuestión de



segundos, se transformó en un diluvio... No era agua.  
Era sangre.

– ¡Si no lo haces – bramó el katupyry mientras subía las escaleras a toda prisa –, mataré a tu maldito monje!

Urumey se vio de pronto acorralado por los sectarios, que lo maniataron y comenzaron a arrastrarlo rápidamente por las escaleras hacia el interior del palacio.

## MIRANDA

– ¡Por traidor! – alcanzó a escuchar antes de que todos entraran y las puertas se cerraran.

Levantó la mirada hacia el cielo. Era muy difícil ver algo con tanta sangre, pero pudo visualizar cómo el remolino descendía lentamente, y luego, desde unas tiras que parecían tendones de metros de largo, descendió Esker'lamet. Tocó el techo circular del palacio y las tiras tiraron del remolino, que en cuestión de segundos bajó hasta el suelo, y envolvió el palacio y a Miranda en una espesa niebla carmesí.

Miranda trepó las escaleras con apremio, pero en mitad del camino dos de las tiras la sujetaron y la tiraron hacia arriba. Miranda dio vueltas hasta que de pronto aterrizó en el techo. Miró por su hombro y notó que la niebla que cubría al palacio comenzó a girar con fuerza, hasta convertirse en un viento

huracanado. Pero allí arriba, entre la niebla había calma.

Escupió sangre que no era suya. Enfundó el cuchillo para poder apoyar las manos y ponerse de pie.

A unos siete pasos frente a ella estaba Esker'lamet.

– Zyra...

El monstruo había adquirido una forma física y humana. Por momentos, le parecía ver a Zyra. La niebla difuminaba los detalles. Eso la hacía avanzar a trompicones.

– Zyra... ¡Escuchame! ¡Sé que estás ahí!

Llegó a estar frente a frente. Se quedó helada al verla con tanta precisión. Era antropomorfa, pero el cuerpo de Zyra estaba completamente cubierto por una carne en constante movimiento. La sangre que la envolvía no parecía afectada por la gravedad terrestre, se formaban remolinos y lazos que a veces abandonan el cuerpo y volvían a entrar. Piezas de huesos afilados sobresalían de sus brazos y de sus

piernas, y tiras larguísimas de tendones flotaban desde su espalda. Había un volumen en la parte superior de la cabeza, que era amarillenta, como pus o bilis, y flameaba al son de todo lo demás.

Miranda no pudo decir nada. Las cuencas de los ojos contenían una capa blanca e inestable, expresaban ira y dolor, la quijada con sus dientes afilados permanecían siempre abiertos. Una lengua bífida salió de su boca con un movimiento ondular.

– Sé que creéis – habló la criatura, aunque de su boca no se movió nada – que sólo quiero derramar sangre de manera encarnizada. Pero mi objetivo es mucho más grande y racional, prima Miranda.

– No me llames así. Vos... No sois Zyra.

– Ghhrhg... No me importa Jaiva, seré... honesta... Sabéis que, los demonios, como nos llamáis, no mentimos... No quiero asesinar a ese hombre por placer, aunque en mí viva un deseo atroz. Él es el

último representante de Hoferos aquí. La esmer'katet debe morir... Para que yo... sea libre.

– Si deseás ser libre, ¿por qué condenaste a Zyra? ¡Liberadla!

– Migggg...hran...da. Hoferos nos esclavizó a las dos. Zyra ha vivido bajo la constante amenaza de su padre... Y... yo... he tenido que ser su sierva... itanto tiempo! Sin ella, jamás podría habernos liberado.

A Miranda no le quedaba nada claro. Se arriesgó a seguir hablando.

– Hagamos un trato – le dijo.

Vio que en la boca del demonio se dibujó una enorme y siniestra sonrisa.

– Zzszzszssiiii... un trato... Déjame limpiar este lugar de... todo ese olor a jabalí... y... luego, te daré a Zyra... Ya no la necesitaré...

– ¿Y qué harás?

– Vivir, como todos los seres vivos, Migggg...hran...da.

Esa respuesta la sorprendió. Estaba a punto de convencerse de que Esker'lamet no era lo que le pintaron.

– Sois un demonio. ¿No es tu naturaleza poseer y generar daño a otros?

Esker'lamet le mostró sus manos. Lazos de sangre se acercaron a Miranda, pero sin tocarla.

– Todos los seres vivos poseen y dañan a otros. Y los demonios... os habéis creado vosotros... En todos y cada uno de los humanos de este mundo... habitan demonios, ocultos en las profundidades de sus mundos.

Miranda cerró los ojos y comprendió.

– Exacto, Esker'lamet. Los demonios habitan en nuestras mentes. No en este mundo.

– Ghghghh... Dijeron lo mismo de Dios...

– ¿Qué?

Los lazos de sangre sujetaron a Miranda por las muñecas. Rápidamente trepidaron por sus brazos e

intentaron envolverla por completo. Miranda por poco fue presa del pánico, pero sujetó las tiras de sangre. Especialmente con la cicatriz de su mano izquierda. En un sólo instante, el lazo se cortó y la sangre perdió movimiento, cayendo por todo su cuerpo como un baldazo espeso y pegajoso.

Escuchó que la criatura chilló y gritó.

– ¡¿Qué es eso?!

– Vi tus intenciones – rugió Miranda, que estaba por abalanzarse sobre ella. – ¡No vas a liberar a Zyra! ¡No querés abandonar este mundo! ¡Querés asesinar a Hernán para terminar de cerrar la última ventana que tiene de humanidad! ¡No te lo permitiré!

– ¡Fue un trato! ... ¡Ella me aceptó!

– Liberadla.

Miranda avanzó y el demonio retrocedió, como una presa aterrada.

– ¡Vos! ¡Vos! ¡Vos! – repetía. – ¡No vas a detenerme! ¡No otra vez!

Miranda se detuvo.

– ¿Otra vez?

De repente la niebla se hizo más espesa, un látigo de tendón lanzó a Miranda hacia atrás, que resbaló por la cúpula, se golpeó contra la cornisa y luego, rasguñando la superficie, cayó del techo. Chocó contra una estatua. Ambas cayeron sobre un arbusto y luego Miranda cayó por la ladera de piedras de la entrada.

El viento amenazaba con arrastrarla junto con todo lo demás. Miranda se aferró al suelo. Sintió varios objetos pesados que rebotaron contra el suelo muy cerca de ella. Se estiró y comenzó a arrastrarse pegada al suelo. Llegó a tocar el primer escalón de la escalera. Era imposible que pudiera subirla. Se quedó allí, resistiendo al viento.

Cuando sucedieron unos cuantos segundos, el atronador ruido en sus oídos se silenció. Miranda levantó la cabeza del suelo. El viento se había



calmado de repente, algo la había envuelto en una burbuja de aire.

Escuchó un susurro detrás suyo.

*No tengas miedo.*

Se dio la vuelta. Otro susurro a su izquierda.

*No quiero que te vayas.*

Miranda miró a su alrededor. No había nadie.

*Mi nombre es Miranda, abuelo...*

Miranda se quedó inmóvil al darse cuenta que era su voz.

*Miranda Crosborten.*

Se tapó las orejas.

– ¡No me asustás! – espetó a la nada.

Entonces una figura entró en la burbuja.

Era Berenice. Estaba de pie, le sonreía.

– ¿Qué sucede, Mir? Vamos, levántate.

A Miranda le temblaron los labios.

Berenice extendió su brazo.

– Vamos, Mir. Fernis nos espera.

Miranda se incorporó, temblorosa. Y le dio la espalda.

– Sos tal como mi hermano decía – escuchó que decía a su espalda. – Fría, arrogante, siniestra.

Miranda se tapó las orejas con más fuerza.

– Mirame. – le ordenó. Miranda no le hizo caso.

Entonces apareció frente a ella. La figura pálida, hinchada y con un cuchillo clavado en el pecho. El agua brotaba de sus ojos sin vida.

Miranda se quitó las manos de las orejas.

– Mi muerte es culpa tuya – le dijo el cadáver.

– Te estás confundiendo, demonio – le respondió ella. – Es evidente que no tenés acceso a mi mente. Sólo estás proyectando los miedos de Zyra sobre mí, con la esperanza de debilitarme. Pero no podéis hacerlo.

El cadáver retrocedió unos pasos hasta desaparecer en el huracán.

La burbuja de niebla se estrechó hasta casi tocar los hombros de Miranda, que se quedó quieta.

– ¡Adelante, matadme!

No sucedió nada.

– Me necesitáis, ¿verdad? ¿Qué pasa allá adentro? ¿Acaso los monjes no te dejan en paz? Vamos, ¿no sois la poderosa Esker’lamet?

La burbuja entonces se extendió como un corredor por las escaleras, hasta la puerta de la entrada.

La figura de Zyra estaba sentada en uno de los escalones. Sonreía y jugaba con una moneda de oro.

– Sois muy astuta, Miranda. ¿Por qué no te unes a la diversión?

La puerta se abrió, pero no podía ver nada del interior más que una espesa oscuridad.

– ¿O tienes miedo?

– Incluso sois mala para imitar a Zyra – se burló Miranda.

Zyra detuvo el juego. Parecía enfadada.

– Entrad y comprobadlo, maldita desgraciada.

La figura de Zyra se hizo a un lado y desapareció.

Miranda entonces comenzó a subir las escaleras.

Escuchaba susurros inteligibles mientras ascendía. A veces se asomaba algún rostro en la niebla, como el de Lourdes, o el de Lihuen. Miranda no se detuvo por nada, aunque las apariciones le hicieran escamarse.

Llegó a la entrada. Aún a un metro de la puerta, no se veía nada hacia dentro.

Miranda se quedó parada ahí un rato, intentando tomar valor para avanzar a lo que su cuerpo por instinto le negaba. Intentó mentalizarse de que era una ilusión, de que del otro lado sólo estaría la sala principal, pero el terror al vacío se hacía más grande cuanto más miraba esa abertura sin luz alguna.

Inspiró profundamente. Cerró los ojos.

– Bien... – se alentó.

De pronto escuchó pasos repiqueteando detrás suyo.

Volteó de pronto.

– ¡Entra ya, maldita sea! – le gritó Analía Algamasa, que le dio un empujón con una patada.

Miranda atravesó la puerta y todo se oscureció.

Vio primero sus manos, que estaban apoyadas sobre un alfombrado teñido de sangre. A pocos metros delante de ella, yacía la primera víctima. Un guardia que tenía los brazos hundidos en las cuencas de los ojos. Las manos salían por detrás de su cráneo. Pedazos de carne y sesos se esparcían como una corona sobre el suelo.

Apenas levantar la cabeza vio que la mansión ya era un desastre. Escuchaba gritos por todas partes. Veía a gente que parecía perseguida por todo tipo de cosas. Cuadros que volaban, esculturas que habían aplastado cuerpos. El techo estaba cubierto por una espesa capa de sangre, de la cual lloviznaba. Poco a poco en el suelo se iban formando charcos de sangre.

De uno de ellos, apareció un perro despellejado. La miró y le gruñó.

– Mierda.

Miranda se incorporó y echó a correr en dirección contraria. El perro la persiguió.

Entró a la siguiente sala y cerró la puerta. Era la cocina. Se quedó observando con lividez la escena frente suyo.

Sobre la mesada había un montón de ratas devorando a un hombre, aún vivo, que gritaba, parecía atrapado en una pesadilla, porque no intentaba quitarse las ratas de encima. Tenía conversaciones con algo que sólo él veía.

La puerta que Miranda cerró se volvió a abrir. El perro se quedó esperando que ésta se abriera por completo. Cuando el picaporte tocó la pared, se abalanzó.

Miranda echó a correr, evadiendo las ratas. Pateó hoyas y otras cosas que se repartían por el suelo. Dio

vuelta por un pilar hacia otra sala. El perro saltó sobre ella. Miranda se agachó y se deslizó sobre una pequeña mesita. Luego desenvainó el cuchillo y se preparó para recibir a la bestia.

El perro había desaparecido.

Comprobó todo a su alrededor. Estaba en un living. Todo parecía ordenado.

*¿Dónde está?*

Esperó varios segundos, pero el perro no volvió.

A su derecha había un enorme televisor. No se había dado cuenta que estaba encendido, y en sus imágenes había una mujer.

– ¡Por favor, ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Sólo soy la cocinera! ¡Dejadme ir!

La mujer parecía estar atada a una mesa.

Miranda guardó el cuchillo.

– ¿Podéis escucharme?

– ¡Sí! ¡Ayúdame, por favor!

Miranda estaba confundida.

– Es una ilusión... ¿Dónde estás realmente?

– ¡Estoy aquí! ¿No me ves! ¡Aaah, ya viene, ayúdame!

Miranda sacudió la cabeza. No comprendía qué estaba pasando. La buscó por cada rincón de la sala pero no la veía.

– Es... imposible que estés dentro del televisor. ¡Debes ser consciente de eso!

– ¡¿Qué dices?! ¡Ayúdame!

Entonces unas manos acercaron una olla enorme y derramaron sobre ella aceite hirviendo. La mujer lanzó alaridos que Miranda no pudo soportar, se echó hacia atrás hasta chocar con el sillón. Vio como la mujer se freía viva, hasta que su voz se acalló.

Luego, el televisor comenzó a chorrear aceite hirviendo.

– ¿Pero qué caraj...?

Un montón de manos salieron de entre los almohadones del sillón e intentaron atraparla.



Miranda se retorció y luchó presa del terror, hasta que una de las manos tocó su cicatriz y entonces todas retrocedieron a la oscuridad. El sillón fue empujado hasta la pared con violencia, y Miranda cayó al suelo.

El aceite estaba a pocos centímetros de ella.

Se incorporó y salió de esa habitación.

Cerró la puerta detrás de ella.

*Esto es una maldita locura.*

Observó que estaba en un pasillo. Había cadáveres esparcidos allí. Y gente que huía de una habitación a otra, hasta que caían presas del terror. Oía gritos, alaridos, gorjeos, gemidos, disparos, y sonidos de criaturas que se parecían mucho a rugidos y bramidos.

– Debo encontrar a Urumey.

Escuchó un susurro cerca. Alguien había pronunciado su nombre.

Una de las puertas de adelante se entreabrió.

– No. No seguiré tus juegos.

Se encaminó en dirección a la sala principal. Cuando pasó por la puerta, se abrió por completo y esta vez escuchó su nombre con más claridad.

– Miranda.

Giró lentamente la cabeza. Era Reminis. Estaba sentada en el borde de una cama matrimonial.

Miranda quiso continuar caminando, pero no pudo.

– Miranda... Ayúdame.

Miranda sacudió la cabeza.

– No sos real.

Vio que Reminis comenzó a mirar hacia las esquinas del dormitorio. Su expresión cambió radicalmente. La invadió el terror.

– ¡Ya vienen!

Miranda notó entonces que Reminis tenía puesto un camisón desprendido y un pantalón pijama.

– No... – musitó. – ¡No te atrevas!

De repente cuatro hombres se abalanzaron sobre Reminis, que chilló espantada. Miranda corrió hacia el dormitorio, pero la puerta se cerró de golpe.

– ¡Reminis!

– ¡Miranda! ¡Ahhhh! – gritaba despavorida Reminis. Miranda empujaba la puerta, intentaba girar el picaporte, pero la puerta estaba inmóvil. Escuchaba como los sicarios lanzaban comentarios, como gemían y siseaban entre ellos. La voz de Reminis se iba apagando entre los gruñidos y las conversaciones de los hombres.

Miranda intentó derribar la puerta. Una, dos, tres veces. Pero no había caso.

– ¡Dejadla! ¡Os mataré! ¡Dejadla ya!

Golpeó la puerta, hasta que se largó a llorar, derrumbada por la impotencia.

Entonces la puerta se abrió. Miranda entró con apremio, desenvainando un cuchillo y saltando hacia la cama, pero cuando entró, unas tiras la envolvieron

por tobillos y muñecas, también sujetaron su cuello, y la elevaron en el aire. Miranda se vio obligada a ver la escena.

Reminis la miraba con ojos ya casi sin alma. Los ojos de un objeto, de un trapo sucio, de una conciencia desconectada de su cuerpo. Los cuatro hombres eran como una masa de piel y pelos que la manoseaban, entraban por todos sus orificios y se deslizaban como gusanos por todo su cuerpo.

Miranda escuchó la voz de Esker'lamet en la habitación.

– Vaya, vaya. Creo que he encontrado el punto débil de Miranda.

Miranda no podía reaccionar. Sólo caían lágrimas de sus ojos, que no podía cerrarlos, y su cuerpo, que tampoco podía controlarlo.

– Pero Miranda – le dijo el demonio con tono burlón –, pero si todo es una ilusión, ¿verdad? ¿O será que

Reminis también estaba acá? ¿No lo sabéis, verdad?  
¿No lo podéis comprobar?

– Es... Es... una ilusión.

– Ohhh – fingió sorprenderse el demonio. – ¿Y entonces, por qué te duele tanto? Hmmm... A ver, déjame probar algo.

Reminis se transformó en Zyra. La masa que tenía encima la manoseó y entró en ella al igual que su anterior víctima.

Miranda se sacudió.

– Me demostraste que Reminis no era real. Zyra tampoco lo es.

– Y aún así, ¿no es asqueroso lo que estás viendo? Es tu primita. Pobrecita. Mirad su cara.

Miranda intentó gritar, pero la tira que sujetaba su cuello la estaba asfixiando.

La masa cambió, y Zyra también. Una volvió a ser Reminis, vestida con un hermoso vestido rojo, su pelo rubio y lacio caía por un lado hacia su hombro,

despidiendo un perfume dulce y afrodisíaco. Sentada en un lado de la cama, alzó la vista con sus labios pintados y su delineado egipcio. Le sonrió. Entonces un hombre de aspecto pulcro y bien cuidado la sujetó por la cintura y la besó en la mejilla.

– Eres tan hermosa. Como un ángel que se cayó del cielo.

Reminis se rio.

– ¿Un ángel caído? Vaya forma de coquetear, chiquilla.

Miranda escuchó un gruñido de parte de Esker'lamet. El hombre perdió forma y se convirtió en Zyra. Estaba vestida con un jean super corto y un top verde fluor. Arriba, una camisa que Miranda recordaba era de Lihuen. A pesar de que la cama seguía allí, la habitación se hizo de noche y las luces de un lugar nocturno iluminaron el lugar. Escuchaba el bullicio de la gente, el sonido de copas y risas. Sombras difusas pasaban cerca de la escena.

Sutilmente Miranda se vio colgando del techo de una disco. Debajo, estaba Reminis, sentada frente a una barra.

– Ajá – Apareció Zyra, tambaleándose.

La mujer le habló con la cabeza ladeada. Su pelo caía como un estandarte de encanto y poder.

– Me estaba preguntando si quizás tenía un cartel en la espalda que diga “se aceptan miradas lascivas gratis”.

Zyra se sorprendió momentáneamente con la voz de la mujer. Era profunda, grave en el fondo, dulce en la superficie. Ninguna dijo nada por un momento.

- No lo sé, a ver date vuelta.

La mujer alzó las cejas. Le enseñó la espalda mientras daba un trago.

– Hmm. No – concluyó Zyra. Tenía que hablar bastante fuerte entre el ruido y la música. - Sólo están las marcas de tus alas. ¿Te caíste hace mucho?

La mujer de cabello platinado bramó una risa.

– ¿Estás intentando ligar conmigo?

Zyra se encogió de hombros mientras sonreía.

– No soy muy buena, te soy sincera. Pero estás muy buena.

– Uff, muy discreta por suerte. ¿Cuántos años tenés?

Zyra se le acercó y le habló al oído. La mujer entrecerró los ojos.

– Eso no es un número. Vení, creo que necesitás sentarte.

Se bajó del taburete y ayudó a Zyra a sentarse en él.

– ¿Y vos qué edad tenés? - le preguntó Zyra.

– 21. Estoy festejando mi cumpleaños.

– ¡Feliz cumpleaños, des!

Se sonrieron y la mujer de cabello platinado se terminó la cerveza.

La escena sufrió un difuso cambio. Ambas se encontraban en un rincón oscuro, cuando el volúmen de una fiesta había estallado. Lo que comenzó como un beso inocente terminó en un vorágine



apasionado. Zyra le mordió la oreja, le besó la mandíbula y luego bajó a por el cuello, trocito a trocito. Su mano inquieta bajó hacia el abdomen y rebuscó en la entrepierna. Reminis se sobresaltó y se despegó un momento de Zyra.

– Creo que debí aclararlo.

– Por favor, no– contestó Zyra, y la atrajo de nuevo hacia ella.

Se besaron de nuevo, pero se volvieron a despegar un momento más.

– Esperá... ¿De verdad tenés 18 años?

– Casi 18, sí – le mintió Zyra.

Reminis entonces la agarró por la cintura y la trajo hacia ella.

La escena volvió a cambiar. Esta vez, sólo había una cama, en la que ambas estaban desnudándose y a punto de subirse una arriba de la otra.

– Ohh, qué bonita historia de amor, ¿no crees, Miranda? Ellas se conocieron de forma romántica y

pacífica. Iba a ser un buen romance, de no ser porque tú apareciste.

Esker'lamet aflojó un poco la tira del cuello. La cabeza de Miranda entonces cayó. Tosió hasta recomponerse. Luego levantó la cabeza. Debajo de ella, Reminis y Zyra estaban cogiendo.

– Sí, muy bonita. – Farfulló Miranda. – Pero no te salteaste una parte bien importante, ¿no te parece?

– ¿A qué te refieres? ¿No ves lo que están haciendo? Luego de conocerse en aquella... disco... fueron a su casa y tuvieron sexo salvaje.

Miranda hizo algo parecido a una risa.

– No. Seguíis mostrando limitaciones, Esker'lamet. Sólo sabéis lo que Zyra sabe. – Tosió. – Luego de que salieran de aquella discoteca, iban a tomar un autobús. Pero Zyra insistió en caminar. Fue aquella noche que conocieron a Hernán Guillet y a su hermano, Tomás.

Sintió que el demonio hizo silencio.

– Fue esa noche que Hernán se convirtió en la pesadilla para ambas. Especialmente para Zyra.

– Ahhh, es cierto.

– ¿Creíste que no lo sabía?

– Así es como Zyra lo siente, Miranda. Así es como recordaba a Reminis. Hasta que ella se lo hizo recordar, y la abandonó. Por ti. Vosotros los humanos sois tan complicados. ¿No te parece curioso que el día que tú conociste a Reminis, fue el día en que perdiste el control, que te convertiste en asesina, el día que Reminis fue humillada y violada hasta convertirse en esos ojos sin esperanza, perdidos en la oscuridad?

Miranda dejó caer la cabeza. Su pelo cubrió su rostro.

– Pobre Zyra. Pobre Reminis. Si tú hubieras hecho bien tu trabajo. Hernán no hubiese roto sus almas.

Miranda levantó la cabeza.

– No entendiste nada. No sabéis nada. Aquel día no fue el primer día que asesiné, ni el primer día que

conocí a Reminis. Ni el primer día que perdí el control. Vos, no sabéis nada.

La tira volvió a sujetar su cuello con fuerza. Estiró todas sus extremidades hacia arriba. En sus últimos segundos de oxígeno, Miranda habló entre dientes.

– ¿Por qué no venís a mirar la verdad?

– Eso haré – gruñó el demonio con furia.

La tira giró por su cuello, se ramificó por su mandíbula y se dispuso a entrar por sus orificios nasales.

– Voy a hacer papilla tu cerebro...

A pesar del dolor y el asco que le produjo esa invasión, pudo sentir cómo las finas tiras de carne se detuvieron, luego retrocedieron rápidamente, negras y envenenadas. Escuchó un chillido. La tira que sujetaba uno de sus brazos la soltó y cortó rápidamente a la otra que sujetaba su cuello, alcanzando a cortar el flujo de sangre envenenada que ascendía. Sin embargo, supo Miranda que

pequeñas plaquetas alcanzaron a subir, porque sintió una débil pero suficiente conexión con Esker'lamet.

Cayó al suelo de la habitación. La oscuridad se redujo y la masa amorfa sobre la cama obtuvo la forma de una criatura similar a Esker'lamet. Un monstruo que le rugió con ira.

– ¡Bastarda! – le gritó la criatura.

Pero desde un rincón, la oscuridad se abrió entre las luces y otro monstruo emergió. Una loba escamosa con tentáculos afilados en su dorso. Ojos rojos y destellantes, y una quijada lo suficientemente grande como para atrapar a un humano entre sus dientes.

– Decidle hola a Yaymena, maldita hija de perra.

La loba se abalanzó sobre Esker'lamet en un pestañeo. Mientras la hacía pedazos, cortó con sus tentáculos las tiras de tendones que sujetaban a Miranda.

La criatura que atacó Yaymena quedó reducida a trozos de carne. Miranda rápidamente salió de la

habitación. Otras criaturas aparecieron en su camino hacia la sala principal, emergían de charcos de sangre que se acumulaban por todo el suelo. Yaymena arremataba una y otra vez contra ellas.

– ¡Tú no puedes detenerme! – le espetaba Esker’lamet desde sus múltiples súbditos.

Miranda esperaba que Yaymena le despejara el camino. Ninguna de las abominaciones era rival para la loba.

Miranda y Yaymena avanzaron por el pasillo, perseguidas por un montón de tendones y monstruos que eran despedazados y cortados por los tentáculos de la loba.

Le dio una patada a la puerta y por fin llegó a la sala principal. Ya casi no se escuchaban gritos de otros humanos. Ya casi nadie quedaba con vida, al parecer. Allí, el suelo estaba completamente cubierto de un lago de sangre, y las paredes estaban tan deformadas que parecían más una caverna que una mansión.

– Yaymena – le urgió Miranda a su compañera. – Debo montarte. ¿Podés saltar hasta las escaleras?

La loba parecía sonreír. La envolvió con sus tentáculos y la puso encima de su dorso. La vio ir saltando por todos los objetos que no habían quedado hundidos en el lago. Incluso aunque recordara que era una parte de ella, le sorprendía que la criatura fuera tan ágil a pesar de su enorme tamaño. En cuatro saltos, llegaron a las escaleraperras.

Un rugido de Esker’lamet acompañado de una ventisca intentó derribarlas a los pies de las escaleras.

Miranda se aferró al cuello de la loba, y ésta trepó con sus garras y sus tentáculos hacia la cima.

Cuando iban por mitad de camino, la figura de Reminis apareció en la base de las escaleras.

– ¡Miranda, ayudame!

Yaymena giró su cabeza.

– ¡No! – le ordenó. – ¡Es una ilusión, continuad!  
¡Arriba!

La loba gruñó y siguió trepando.

Llegaron al primer piso. Una forma antropomorfa, con su abdomen abierto, era el origen de aquel viento atronador. Yaymena hizo girar un tentáculo y decapitó al ser. El viento desapareció, junto con el cuerpo, que se fue desintegrando en el suelo.

Miranda entonces saltó desde Yaymena. Allí arriba las cosas eran muy diferentes. No había sangre, ni cadáveres, ni ilusiones. Aunque sí se extendía una larga tira de tendones por el techo. A su izquierda, una puerta destrozada. En su interior, una habitación que parecía un dormitorio, sumida en las sombras. Sólo la luz de unas velas y un círculo de protección de monjes de la esmer'katet soportaban la aniquilación. Formaban una cadena tomados de sus manos, mientras rezaban con voz gutural y firme



algo inteligible para Miranda. Dentro, en el círculo de protección, estaban Hernán y Tomás.

A la derecha, al final del pasillo, entre bustos rotos y cuadros caídos, también había una puerta doble, que permanecía abierta. Una reja metálica y sólida, de color dorado, estaba rodeada de múltiples jirones de carnes y tendones. A sus pies había un montón de cadáveres ya sin forma, un bulto asqueroso y sanguinolento. Había tiras de tendones que tiraban de la reja sin éxito. En el interior, una oficina ostentosa y elegante, muy iluminada, al contrario de la habitación de la izquierda.

– ¡Miranda! – la llamó el katupyry. Estaba dentro de la habitación de la derecha. Tenía de rehén a Urumey. Le apuntaba con la pistola que ella le había dado. – ¡Detén esta locura!

La voz de Esker'lamet se escuchó por todas las paredes. Emitió una larga risa.

– Por fin has llegado, Migggg...hran...da.

La loba gruñía. Intentaba buscar el origen de la voz. Miranda en cambio ya se había acostumbrado a la forma omnipresente del demonio.

– ¿Qué pasó, Esker’lamet? No has podido acabar con ninguno de los tres.

– Graciosa – dijo de forma mecánica el demonio. – Pensaste que estaba mintiendo, ya veo.

– No la escuches – le gritó Tróbulos. – Ve con los monjes. Une tu poder con Hoferos y aniquila a ese maldito demonio.

Esker’lamet se rió.

– Hazlo o mato a tu preciado monje – sentenció el katupyry.

Miranda frunció el ceño. Ya se venía venir el dilema.

– Si haces eso – intervino Esker’lamet–, seré yo quien aniquile sin escrúpulos a tu monje y al katupyry.

Tróbulos pareció sorprendido.

– Ja, ja, ja – vibraron los tendones en la reja de la habitación derecha. – ¿Pensaste estúpido humano que tu agua religiosa y tus protecciones baratas eran lo que estaban deteniendo? – Los pedazos de carne al pie de la reja vibraron con una risa malvada. – Increíble. Al igual que Miranda.

– Estoy harta de hablar sin verte.

– Oh, está bien.

Los tendones se contrajeron el techo hasta unirse en el centro del pasillo, a unos metros de Miranda. La forma física de Esker'lamet descendió del techo, consumiendo toda la sangre que había. Tenía la misma apariencia que Miranda vio en el techo exterior del palacio.

Escuchó los gritos de horror de Hernán y Tomás en la pieza izquierda.

– Griten, griten que ya callarán, niños. – Sonrió el demonio. Luego se fijó en Miranda. – Oh, tu loba ha

desaparecido. Que mala fuiste al colocarla como protección. No me dejaste ver nada de ti.

Miranda desenvainó los dos cuchillos, como si Yaymena enseñara los dientes.

– Pero tú también me subestimaste, Migggg...hran...da. – siseó el demonio. – Todos en este patético lugar me subestimaron. Un gordo mafioso que creía que estaba a salvo en su oficina, unos monjes que creen que su dios podrá destruirme, y una mujer, venenosa y egoísta, que piensa que puede derrotarme.

– ¿Por qué me mantuviste con vida, des?

Esker'lamet pareció flotar como las algas en el agua, luego sus pies se afirmaron sobre el suelo y su pelo volvió a formarse como una corona.

– Aprendía – le confesó. – No necesito leer tu mente para saber cómo actuarás, ni cuáles son tus valores, tus sentimientos. No soy una... maldita hija de perra.

– ¿Y qué decisiones tengo?

El demonio se vio enormemente satisfecho con esas palabras. Se puso a danzar lentamente.

– Lo que quieres es salvar a Urumey.

– Sí.

– Piensas que podrá ayudarte a detenerme. ¿Cómo un monje que reza a un dios muerto podrá ayudarte? Ja, ja, ja. En fin. Elige eso, yo no te lo impediré.

– Si te acercas hacia acá, le doy un tiro – amenazó el katupyry.

– Ups – se burló el demonio. – Parece que alguien no está de acuerdo con esa elección. Me pregunto si tu decisión será hacerle caso. Como todos sus siervos. ¿Irás con la esmer'katet?

Miranda se giró hacia ellos.

– Suena sensato. Convertirte en el avatar de Hoferos y combatir conmigo.

– Pero eso no funcionará.

Esker'lamet levantó un busto del suelo y lo miró.

– Claro que no.

– ¡Eres Uliana! ¡Claro que puedes! – gritó el katupyry.

Esker'lamet lanzó el busto contra la reja, que se abolló y sus vigas hicieron fracturar el marco de la puerta.

– ¡Vuelve a mencionar ese nombre y te decapitaré, humano asqueroso! – le gritó el demonio.

Miranda escrutó a Esker'lamet.

– ¿Vos también detestáis ese nombre?

Esker'lamet enseñó su lengua bífida.

– Grrrghhg... Claro que sí. Fue ella quien me entregó al nefasto Dios de la Guerra. ¡Me encarcelaron durante milenios! Por eso estos patéticos humanos piensan que Hoferos es fuerte, el más fuerte, que es un dios, capaz de gobernarlo todo. Tuvo su momento de gloria, gracias a mí. Me torturó y me utilizó como a todos sus siervos, tal como este gordo a tus humanos. Pero sin mí, Hoferos ya no es nada. Una

criatura enfadada con deseos de recuperar el poder que alguna vez tuvo. Poder, que yo le di.

– ¡Mientes! – farfulló Tróbulos. – ¡Tu eres una creación bastarda de él, al igual que la chica que posees! ¡No eres nada en comparación con la mano de Hoferos!

– Que necio... – comentó Miranda.

Vio que tanto Tróbulos como Urumey se mostraron sorprendidos con sus palabras.

– Migggg...hran...da – dijo alegre Esker’lamet.– Vos si entendéis.

– No. Honestamente, no tanto. ¿Decís que Hoferos ya no es rival para vos pero no podés romper ese círculo de protección de monjes?

Sintió que se formaba una amplia sonrisa en el rostro demoníaco.

– Astuta... Sabes qué, ahora iré a por ellos.

Esker’lamet comenzó a caminar hacia el dormitorio.

Los monjes seguían rezando, impertérritos.

– ¡Mataré a este bastardo! – gritó Tróbulos. – ¡Detenedla, Miranda! Juro que lo mataré ahora mismo.

– Esperad – le dijo Miranda al demonio. Éste se detuvo. – Ya veo. Queréis que sea yo quien decida cómo termina esto.

Esker’lamet se puso de cuclillas, como si ya supiera que pasaría a continuación.

Miranda giró los cuchillos.

– Ya sabéis qué haré, entonces.

– Asesinarás a Zyra con el fin de salvar a estos humanos. A estos homicidas, corruptos y malolientes humanos. No hay nobleza ni bondad en ti.

– No – pronunció Miranda.

Esker’lamet atacó con sus látigos de tendones. Miranda retrocedió varios pasos y cortó con sus cuchillos tantos tendones como pudo. Esker’lamet corrió hacia ella en cuatro patas. Al final rodó e intentó morderla, pero Miranda consiguió esquivar



la enorme mandíbula, le hizo un corte superficial en la garganta con un cuchillo y con el otro penetró su antebrazo izquierdo. Giró antes que aquella volteara, y la pateó, en un intento de poder derribarla. Pero la carne de Esker'lamet envolvió su pierna y la hizo volar a ella.

Miranda terminó contra la pared. Cayó derribada al suelo.

Esker'lamet caminó lentamente hacia ella.

Miranda se incorporó con dificultad, sujetó los cuchillos de nuevo y cortó los látigos que Esker'lamet iba lanzando en el camino.

Miranda entonces lanzó unos de los cuchillos hacia el pie derecho de Esker'lamet, que la dejó anclada al suelo.

El demonio rugió de dolor. Y entonces... atacó con todos sus tendones al mismo tiempo.

Esta vez, Miranda no se cubrió de ninguno.

Antes de ser apuñalada por todos ellos, le sonrió a Urumey.

Sintió tantos pinchazos simultáneos, que todo se volvió una única pantalla de dolor que le quemaron la piel.

– ¡Maldita hija de perra! – gritó el demonio. Sus tendones salieron rápidamente del cuerpo de Miranda. Todos envenenados, comenzaban a ponerse negros y se acercaban rápidamente al cuerpo de Esker'lamet. Intentó desesperadamente cortar todos los lazos, pero había atacado con todos. No tenía con qué cortar, excepto las garras de sus manos. Se empeñó en una carrera para cortar tan rápido como podía con sus garras, pero el número de tendones que poseía eran demasiados.

Miranda caminó hacia ella, tambaleándose, sentía como la sangre brotaba por su boca. Sólo veía con un ojo. Tampoco sentía varios de sus dedos.

Arrojó el cuchillo que le quedaba, le dio en la mano derecha a Esker'lamet. El cuchillo vibró con rareza en su carne, y se quedó clavado allí.

Rugió con fiereza.

– ¡Maldita! ¡Mald...! ¿Qué es esto?

La mano derecha de Esker'lamet comenzó a supurar un líquido obsidiana, que se tejía en el aire como un globo de sangre y pus, un tumor.

Miranda cayó de rodillas, escupiendo sangre. Levantó la mano izquierda hacia el demonio.

– Venid. Te mostraré... lo que somos...

Esker'lamet se vio tirada del aire hacia la mano de Miranda. Sus manos se entrelazaron, y el demonio chilló despavorido mientras todo su sangre exterior comenzaba a hervir.

– ¡Matarás a Zyra! ¡Soltadme! ¿No quieres a Zyra?

– Zyra estará bien.

Esker'lamet intentó escapar huyendo del mundo físico, pero entonces se llevó a Miranda con ella.

Caía por un largo túnel rojizo, lleno de pliegues carnosos, fluidos y sangre coagulada, hasta que fue expulsada desde una altura que tendría que haberla matado, hacia una fuente de agua.

Se incorporó con calma. Miró su cuerpo. Estaba intacto.

– ¿Qué es este lugar?

– El infierno – le respondió una voz conocida.

Vio a Giovanna Taris sentada en una roca. Los buitres le comían el cerebro, pero ella permanecía tranquila, pescando en aquel lago que reflejaba un cielo carmesí. Tres soles circulaban por el firmamento. Uno verde, otro violeta y un último, rosado. Era un mundo árido, lleno de cavernas y montañas, lagos y caminos de rocas irregulares.

Miranda salió del agua hasta tierra firme. Le daba la sensación de que había cosas en el agua que la habían tocado.

– El mundo de Esker’lamet – repitió Giovanna.

– ¿Sos una representación de ella?

– No, Mir. Soy yo. He venido al infierno tras morir.

– Eso... es imposible.

– ¿Por qué siempre creés saberlo todo?

Miranda guardó silencio.

– Luce... tranquilo.

– Es porque aún están los tres soles. Cuando cae uno, las tormentas de fuego queman la superficie, arrasando con toda vida que no se haya ocultado en las cuevas. Cuando cae el segundo, emergen los sobrevivientes, ya convertidos en criaturas indescriptibles, encarnaciones de la ira, el dolor, el miedo. Con un sol, hay guerra. Apocalipsis. El fin del mundo, de todos los tiempos, de todas las civilizaciones. Todo desemboca en este lugar. Y al

caer el tercer sol, te enfrentas al tormento real, a la oscuridad de la noche, te conviertes en alimento de la reina, sentís lo que ella siente, todos nos hacemos uno. Una única criatura de dolor infinito, de odio. Y tras el amanecer, cuando se alzan de nuevo los tres soles. Volvés a comenzar, se reinicia tu muerte.

– El infierno...– susurró Miranda.

Vio que por los tantos agujeros de las cavernas, cada ciertos segundos, entraba un nuevo habitante.

– Así que cada religión tiene su infierno. ¿Esta es de... el elisenismo? ¿Vos eras elisenista, Giovanna?

– No. Yo era agnóstica. No entendés, Miranda. Sólo hay un infierno. Toda la tierra tiene un sólo infierno. Este es un mundo como todos. Cambia tanto, que caben todas las representaciones de todas las culturas acá. Esker'lamet no es un demonio. Es el diablo. Es el mal en todas las religiones.

– Así es – dijo una voz grave.

Miranda se giró. Esker'lamet, con una forma mucho más definida, como la de un demonio con cuernos, piel escamosa y cola en punta, con patas de cabra, apareció.

– Yo soy el diablo. Todos los diablos y todos los demonios, todas las criaturas de la noche, las entidades del mal, los espectros malignos, yo lo soy todo, y todos son mis hijos. Me he alimentado de tu mundo incluso desde antes que existiera tu especie. Existo antes que la Tierra se llamara así, incluso antes de la era de los dioses, incluso entonces, yo recibía a sus muertos, y los atormentaba. Me alimentaba de ellos. Y de los An, y de todas las especies cuya conciencia era capaz de engendrar una psique lo suficientemente compleja para experimentar el sufrimiento y el miedo.

– Hmm – gruñó Miranda. Se agachó y juntó una roca del suelo. – Te creo.

>> Pero conozco demasiado mi propio mundo interno como para darme cuenta que la complejidad de éste no es suficiente para representar el mundo de una criatura tan antigua y poderosa, compleja y malvada como Esker'lamet. Esto es apenas un retazo, una ínfima parte de vos. Y creo lo suficiente en la lógica de Urumey para percibir qué, si tu eres el Diablo. Yo soy Dios. Y éste... no es tu mundo. Es un mundo recién nacido, de vos y yo.

Esker'lamet hizo una mueca de asombro.

Miranda levantó la palma izquierda de su mano y soltó la roca. Empezó a elevarse hacia el cielo hasta reducirse a pequeñas partículas, que se volvieron muy densas, y luego, se formó una esfera sin luz, que comenzó a tragarse todo a su alrededor, y crecer conforme se alimentaba.

– Voy a matar a Zyra antes de que puedas...

De repente el agujero negro se detuvo, implosionó sobre sí mismo y tres ondas de colores amarillas,



purpura y blanca se expandieron por aquel mundo rojizo.

Uliana salió de aquel agujero y aterrizó delante de Esker'lamet.

– No... No... No puede...

Uliana desenvainó la espada de su espalda y le cortó la cabeza al demonio. De manera limpia, sencilla y completa.

Inmediatamente comenzaron a generarse grietas en el espacio a su alrededor.

– Buscad a Zyra – le dijo Uliana. – Yo buscaré a Esker'lamet. A la verdadera Esker'lamet.

Yaymena apareció también del agujero.

– Venid conmigo – le dijo Miranda.

– ¿Y cómo sabemos dónde estará? Son demasiadas grietas – gruñó Yaymena.

– Yo sí lo sé. Puedo sentirla. Estamos conectadas por esta cosa – tocó su pecho, pero en el mundo físico, era la cicatriz en su mano izquierda. – Es esa.

Miranda señaló la grieta y Yaymena saltó hacia ella sin esperar.

Antes de entrar también ella, se giró hacia Uliana.

– ¿Es cierto todo eso? ¿Sos la Uliana de la que hablan?

– Yo soy vos. ¿No habitamos la misma mente?

– Sí, pero...

– No es el momento ni el lugar adecuado. Vete ya.

Miranda saltó por la grieta.

Aparecieron en un mundo dividido en dos partes. A la izquierda, un hemisferio hundido en la oscuridad, donde jamás daba el sol. Y a la derecha, un archipiélago de lagos de sangre donde cuerpos caían por un agujero y se apilaban de manera infinita como islas. En el medio había un sendero, que conducía a una enorme pirámide de marfil.

Miranda vio que Yaymena combatía con un montón de pequeños monstruos que salían de las grietas en la

pirámide. Muchos tenían forma de jabalíes, y otros, eran como diablillos como los de la cultura cristiana.

Miranda corrió rápidamente por el sendero.

Podía sentir el reflejo de una luz por el hemisferio izquierdo, pero cuando la miraba directamente, se ocultaba en las tinieblas. También percibía un montón de sombras, de pie en aquel valle de oscuridad. Era bastante perturbador.

Cuando aguzó su vista pudo distinguir que el reflejo era de una ciudad de plata.

– Este tiene que ser el mundo interno de Zyra. Recuerdo la ciudad de plata. – dijo mientras avanzaba. – Y el infierno descrito por Giovanna, sea obra de Esker’lamet o de mí, es similar al que concibe Zyra. – Miró hacia delante. – La pirámide de marfil. Como la del reino de Hoferos.

Alcanzó las escalinatas. Yaymena ya estaba llegando a la cima.

Las criaturas que salían de las grietas de la pirámide atacaron a Miranda. Desenvainó los cuchillos y se defendió.

– Aquí no está Zyra – escuchó que gritó Yaymena.

– Maldita sea, venid a ayudarme – dijo con esfuerzo Miranda. Algunas de las criaturas le doblaban en tamaño.

Yaymena bajó en un par de latidos de corazón. Cortó a todos como si fueran un estorbo y puso a Miranda en su lomo. Volvió a trepar hasta la cima.

Miranda observó la cima de la pirámide. Había un trono vacío, rodeado de tiras de sangre sólida. Miranda bajó de Yaymena y comenzó a examinar el suelo. Se agachó sobre una grieta y clavó el cuchillo. Al extraerlo, notó que estaba bañado en sangre.

– Zyra debe estar en el centro de la pirámide.

Rebuscó a su alrededor, hasta que se dio cuenta que el trono era en realidad una tapa.

Junto con la loba la empujaron, develando una cavidad hacia el fondo.

– Esto parece una vagina – señaló Yaymena.

– ¡Zyra! – gritó Miranda, ignorando el comentario de la loba. – ¿Podés oírme?

No hubo respuestas.

– Quizás no sea éste el lugar.

– Lo es.

– Quizás ya esté muerta.

Miranda le frunció el ceño.

– ¡No seas insolente!

La loba le enseñó los dientes.

– Puedo sentirla – defendió Miranda—. Aún está viva. Vamos, subiré a tu lomo y me protegerás con tus tentáculos.

La loba no se opuso, pese a su señal de amenaza.

Saltó por la cavidad.

Un montón de tiras de carne se fueron interponiendo en la caída, pero se rompían con facilidad. Sin

embargo, cuando más profundo caían, más fuertes eran los jirones de carne.

Yaymena comenzó a morderlos y arrancarlos. Luego tuvo que usar sus tentáculos para terminar de cortar una última capa, hasta que finalmente cayeron en una concavidad. Hacía un gran calor allí.

– ¡Zyra! – exclamó Miranda al verla.

Saltó de la loba y se abalanzó sobre Zyra, que estaba atrapada entre la carne. Sacó sus cuchillos y comenzó a cortar tira por tira.

– ¡Vamos, ayudadme! – le ordenó a la loba.

La loba aceleró mucho el proceso, hasta que finalmente lograron liberarla.

Miranda la colocó sobre su regazo.

– Zyra, despertá. – Intentó sacudirla. – Zyra, Zyra – repetía.

Yaymena le dio un latigazo en la cabeza con la parte plana de su filo.

Miranda la escrutó con rechazo.

– No va a despertar – se quejó Yaymena–. Está atrapada en este mundo.

– Zyra... Esperá. Ya sé que hacer. – Le tomó la mano derecha. La cicatriz de color carmesí estaba allí. Y en la mano izquierda de Miranda, estaba la de obsidiana. – Oh, Filomoris, fuiste un cretino, pero sos un maldito genio.

Unió sus manos.

Zyra despertó inmediatamente.

Miranda sonrió.

– Pequeña, Zy... – La acarició.

– ¿Mir?

– Sí, soy yo.

– ¿Estamos en el infierno?

Miranda sacudió la cabeza.

– No aún. Podemos volver a casa. Estamos en tu mundo interno.

Zyra miró a su alrededor.

– ¿Quién es esa?

– Yaymena.

– Ah – pareció sorprendida Zyra. – Creí que no tenías tanta imaginación.

La loba gruñó.

– Vamos, Zyra, debemos apresurarnos.

– Esperá. – Miró hacia arriba por la cavidad.

– ¿Dónde está esto? ¿De qué lado?

– La pirámide – contestó Miranda.

Zyra se quedó pensando.

– O sea que Esker’lamet se apoderó de mí. Y llegará eventualmente a Hoferos.

– Si salimos de acá, serás libre. Uliana está persiguiéndola.

– ¿Uliana?

– Eso que Filomoris sospechaba. Que Esker’lamet odiaba.

Zyra tenía los ojos muy abiertos.

– Pero Mir... No esperaba que se refiriera a Uliana.

– No es la real. Creo. Pero sirve igual.



Zyra sacudió la cabeza.

– No... No servirá.

Miranda pestañeó muy rápido.

– Servirá mientras te liberamos de Esker’lamet.

– ¿Y luego?

– No te preocupes por eso. Ya está solucionado.

Zyra se alejó unos pasos.

– Vas a tomarla vos – vaticinó–. Y morirás.

– ¿Qué? – habló la loba. – No pienso morir. La haré trizas apenas entre.

Zyra pareció sentir algo, porque se quedó varios segundos mirando la nada.

– Muy bien, vámonos.

Se puso de pie y alzó los brazos.

La pirámide se abrió en cuatro pedazos. Zyra se elevó en el aire mientras una luz dorada emanaba de ella y desintegraba toda la carne de la pirámide. Los bloques rotos de marfil giraron en espiral a su

alrededor, hasta que tras un grito de Zyra fueron expulsados muy lejos.

Al tocar el suelo de nuevo, Miranda la quedó mirando.

– ¿Qué?

– Nada. Estoy sorprendida. Tu poder...

Miranda sintió un repentino dolor que la tumbó.

Lanzó un alarido.

Luego, Zyra sintió lo mismo, pero sólo se tambaleó.

– ¿Qué fue eso? – se preguntó Zyra.

Miranda le sujetó la mano a Zyra.

– Zyra, ya nos vamos. Uliana ya ha dado con Esker’lamet. Ha cortado los lazos.

– ¿Y por qué no está aquí? – preguntó con sabiduría la loba.

Zyra miró hacia el horizonte, donde una cordillera se erguía.

– Porque este no es mi mundo. No me es propio. Es el que Hoferos me ha dado. He tenido que habitar

esto durante casi toda mi vida desde que, Miranda había desaparecido...

Bajó la vista hacia ella.

– Vos siempre fuiste la barrera que me separaba del dominio que Hoferos ejercía sobre mí. Por eso... fui débil ante Esker'lamet. El regalo de mi padre. Todo esto... Era la única forma de escapar. De acabar con él. Pero... no esperaba que fuera así...

– Eso... – jadeó Miranda. – Ya no importa. Ya estoy acá. Ahora, vámonos.

De repente hubo un estruendo lejano.

Una enorme figura apareció detrás de la cordillera.

– ¡No me abandonarás! – sonó una voz trémula y gigantesca. La diplofonía de Hoferos reverberaba en todo el mundo.

La loba cargó a Miranda sobre su lomo y junto con Zyra echaron a correr en dirección opuesta.

Un gran terremoto comenzó a partir la tierra. El cielo rugió con rayos que cayeron con furia.

Más adelante, se abrió una grieta.

– Hay que saltar allá.

Miranda vio con enorme temor que aquel ser gigantesco había azotado sus manos contra la tierra, y todo comenzó a fracturarse.

Zyra estaba deteniéndose.

– ¡No puedo abandonar este mundo! ¿Qué seré sino?

La loba sujetó a Zyra con sus tentáculos y continuó corriendo con ella.

– ¡Serás vos misma, Zyra!

– Jamás dejaré de perseguirme.

– No estarás sola. Nunca más.

– Pero Mir. No puedo dejar de ser todo lo que soy.

De alguna manera, Zyra se soltó del tentáculo y cayó al suelo.

Yaymena no se detuvo. Miranda intentó liberarse pero la loba la sujetó con firmeza.

– ¡No vamos a morir aquí, Miranda! – le gritó Yaymena.

Zyra habló de manera para-psíquica.

– Lo siento, Mir. Si pierdo todo esto, no recordaría ni siquiera quien soy, ni quién es mi familia. No puedo perderlo todo.

– ¡Pero el mundo se está destruyendo! ¡Aquella criatura se está acercando!

– Sí, pero no puede destruirme a mí. Está demasiado débil. Y. Además. Despertaré de todas formas.

– ¡Zyra! – gritó Miranda – ¡No lo hagas!

Yaymena saltó hacia el portal y el mundo de Zyra desapareció.

Miranda lanzó una gran bocanada de aire. Volvió a la mansión. Miró a su alrededor.

Esker'lamet se revolvía con el cuerpo de Zyra.

Urumey estaba con ella.

– Miranda. Casi lo lograste.

– ¿Casi?

Miró a la izquierda.

El katupyry estaba corriendo del otro lado.

– Vámonos. Vámonos ya – ordenaba Tróbulos a sus hijos y sus monjes. Todos abandonaron la habitación y se acercaron a las escaleras.

Miranda se incorporó para detenerlos, pero el katupyry descargó su pistola contra ella y Urumey.

– ¡Al suelo! – profirió Urumey, que sujetó a Miranda y la cubrió con su cuerpo.

Sonaron cuatro disparos.

Una bala dio en el gemelo de Miranda, otros dos fallaron. El cuarto lo recibió la espalda de Urumey.

Miranda recibió un esputo de sangre de su compañero.

*Mierda...*

Lo colocó junto a la pared y lo examinó. Volvió a respirar cuando vio que aún estaba con vida.

– No hables, sólo respirá – le dijo.

– ¡NO! – sonó de repente una voz detrás de ellos.

Esker'lamet recuperó el control y se arrastraba por el suelo.

Los monjes de la esmer'katet formaron una barrera Tróbulos y Esker'lamet. Avanzaban en fila mientras rezaban.

– ¡No escaparán...!

Latigazos de tendones fueron decapitando uno a uno a los sectarios.

– Miranda... – desobedeció Urumey y habló. Su voz sonaba como un fuelle. – Debo confesarte algo.

El monje sacó la pistola que ella le había entregado y la puso en su regazo.

Esker'lamet chillaba. Estaba perdiendo su masa. Sólo le quedaban cuatro tendones, que perdieron alcance. Tomás fue el primero en bajar las escaleras, acompañado de los últimos tres monjes vivos. Detrás de ellos iban Tróbulos y Hernán, pero el adolescente se detuvo en el camino.

– Espera, papá. ¡Mi juguete!

Tróbulos no alcanzó a sujetarlo. El muchacho se le escurrió de sus brazos, volvió al dormitorio y regresó con una muñeca de trapo.

– ¡Nooo! ¡NO ESCAPARÁN! – rugió Esker’lamet. Con sus últimas fuerzas, agarró la reja de oro de la habitación derecha, en la que el katupyry había retenido a Urumey, la arrancó de cuajo y la lanzó contra el otro lado.

Urumey y Miranda vieron volar la reja encima de sus cabezas.

Tróbulos empujó a su hijo, que cayó al suelo. Pero a él los filos de la reja lo atravesaron a la altura de la cadera y lo clavaron contra la pared.

El katupyry quedó mudo, incrédulo; sus enormes manos bajaron y tocaron el metal. Sólo entonces el hombre pareció comprender que estaba ensartado con su propia reja, contra su pared, en su mansión.

– Hernán... – farfulló estupefacto.



Esker'lamet se levantó del suelo. Su cuerpo ya era casi el de Zyra, apenas la parte del hombro izquierdo hasta la mano, y la mitad de la cara, quedaban de su carne la forma demoniaca.

– Corre Hernán... – le gritó sin fuerzas Tróbulos a su hijo.

Pero el jovencito regresó con su padre e intentó ayudarlo.

– ¡Papá! ¡No voy a dejarte!

– Oh, qué conmovedor... – dijo Esker'lamet. – Supongo que eso me da tiempo al menos para acabar con vosotros dos. Al parecer tu otro hijo no volverá por vos. Ni lo que queda de tus monjes.

Urumey se incorporó de manera extraordinaria cuando Esker'lamet ya había pasado de ellos.

– Crees que ganaste, demonio – la llamó, tambaleándose. – Pero no es así. Otra portadora está a punto de reclamarte. Y esta vez, serás tú quien obedezcas, y ella la que mande.

*¿Ella?* Pensó Miranda.

El demonio volteó y miró a Urumey.

– Que delirios dices, monje. Miranda perdió la oportunidad de hacerlo. Ya está muy débil. Su cuerpo es un colador...

El seguidor de Shayria se mantuvo de pie. Eso hizo que Esker'lamet avanzara hacia él. Lo sujetó con la mano izquierda por el cuello y lo levantó en el aire, demostrando que aún quedaba mucha fuerza, o bien la estaba recuperando.

– Tendrías que haber visto, monje. Todo el esfuerzo que hizo con su mente para desprenderme de Zyra. Y al final, no ha servido para nada. Es cuestión de tiempo para que recupere... para que...

Esker'lamet soltó a Urumey de repente, que cayó al suelo.

– No... ¿Quién me reclama? – El demonio comenzó a retorcerse. – Y... Zyra, me rechazó. – Se sujetaba de la cabeza, rabiosa, cada vez más humana. – ¡No seas

estúpida, niña infeliz! ¿Qué serás sin mí? ¿Sin Hoferos? ¿Sin tu mente? Ahhgghg...

Urumey, desde el suelo, giró la cabeza hacia a Miranda.

– Si te lo decía antes, no ibas a venir.

– ¿Qué cosa? – le preguntó Miranda, con un creciente temor.

– Reminis había regresado con Tupa. – Escupió sangre. – Ella tiene también una cicatriz con Zyra.

El demonio se incorporó, recuperando fuerzas. Iba a por Urumey.

– Monje maldita hija de perra.

– Reminis tomará a Esker'lamet. La encerrará en lo profundo de su corazón. Confío en que no la atará el miedo ni el odio, sino el amor que siente por vos.

– ¿Qué? – farfulló Miranda.

Esker'lamet alcanzó a Urumey y lo atravesó con el último hueso filoso que quedaba en su antebrazo.

– Así era... – murmuró entre gorjeos. – Como me... dijiste... que moriría.

Y sus ojos se quedaron inmóviles.

Esker’lamet se desvaneció una vez más, pero recuperó de nuevo el control. Pateó el cuerpo de Urumey y levantó a Miranda por los pelos y la tiró a un lado.

– ¡No importa quién seas o qué seas! – farfulló el demonio. Su carne se estaba evaporando. – ¡No puede haber dos Ulianas! – Ya no había tendones ni huesos. Sólo quedaba una mancha de sangre y pus en las cuencas de los ojos de Zyra. En ella pudo ver el odio encarnado. Pero también, el miedo—. ¡Y vos... no sos mi madre!

Iba a hacer un siguiente movimiento, pero entonces desapareció.

Desapareció por completo.

El cuerpo de Zyra cayó al suelo, a un lado de Miranda.

La quedó mirando, esperando que despertara.  
Esperó largos segundos. Pero no abría los ojos.

– Vamos, Zy. Despertá...

Puso una mano en su hombro.

– Zyra. No me hagas lo mismo dos veces.

Seguía inmóvil.

Miranda cerró los ojos.

*Maldición...*

Dejó que las lágrimas cayeran a la alfombra.

*¿Y será cierto? ¿Qué Reminis tomó a Esker'lamet?*

*De ser así...*

– Hey, ¿por qué llorás?

Al abrir los ojos, vio a Zyra despierta. Siendo ella, otra vez.

– ¿Creíste que me había muerto? Ja, ja.

– Zyra... Bien hecho, chiquita.

– Tengo por costumbre revivir, al parecer, je. Y vos viéndote como una sardina yendo a la fábrica de pescado. ¿Te falta un ojo?

– Creo... que tengo mis dos ojos. Pero tengo muchas perforaciones. Y una bala en la pierna. Tal vez podrías ayudarme a pararme.

Zyra se incorporó y la sujetó por los hombros, la levantó sin esfuerzo y la apoyó en el alféizar de la ventana.

– ¡Oh sí, recuperé otra vez mi fuerza, viste!

Miranda sonrió.

Pero entonces Zyra se quedó congelada cuando se giró y vieron al katupyry... Y a Hernán. El chiquillo lloraba sobre su padre, que no se sabía si aún seguía vivo.

Miranda abrió el postigo de la ventana y confirmó que el huracán ya no estaba. El cielo estaba completamente despejado, de un color anaranjado. Un atardecer precioso. Se sostuvo del marco y silbó, tan fuerte como pudo. En respuesta, escuchó otro silbido.

Esperó casi un minuto hasta que vio, detrás de todos los edificios en ruinas provocados por el huracán, y más allá del límite de la hacienda, a una yegua blanca detrás de un cerco, media oculta entre un bosque de espinillos. También escuchó qué se acercaban helicópteros y otros vehículos.

– Zyra, vení un momento.

No hubo respuesta. Así que se giró. Se quedó petrificada al ver que Zyra había levantado un cuchillo y se acercaba hacia Hernán.

– ¿Zyra, qué hacés?

– ¿Sabés cuánto tiempo esperé este momento, hijo de puta?

– ¿Papá?

– Hernán... – se le escuchó murmurar al hombre con lividez. – Corré...

– Ahora actuás como un chiquillo. Un descerebrado. Pero sos un psicopata. Un asesino.

– Zyra – gritó Miranda.

No hubo caso.

Hernán salió corriendo hacia las escaleras, pero Zyra lo interceptó. Lo sujetó de las mangas y lo lanzó contra la pared.

– ¡No! ¡Ya no vas a salirte con la tuya! ¿No te acordás de mí?

– Zyra. – pronunció el muchacho.

– ¿Y recordás qué me hiciste?

El muchacho sacudió la cabeza.

Zyra le dio un rodillazo en las bolas. Hernán cayó al suelo hecho una bolita.

– ¿No recordás lo que le hiciste a Reminis, junto a tu hermano?

Le dio una patada en el estómago.

– ¿Lo que le has hecho a tantas otras mujeres?  
¡Maldito enfermo!

– No, no, no – se apretaba las orejas. Y se golpeaba a sí mismo. – Yo no hice, yo no hice.



– ¡Dejadlo en paz! – farfulló Tróbulos. Su paternidad parecía haberle dado un extra de vida. – Él está enfermo. No sabe lo que hace. Si hay un responsable... soy yo.

Miranda intentó renguear hasta donde estaba Zyra, pero ésta trazó un corte horizontal al aire. Por poco le dio y Miranda cayó de espaldas al suelo.

– ¡No te metas en esto, Miranda! ¡Ya no toleraré que vuelva a suceder!

Miranda entonces entendió. Al verle la cara, al escrutar su mirada, al ver la furia en sus ojos. Zyra había recuperado su conciencia, sus memorias, y también, sus sentimientos. Podía ser una buena chica, con ganas de empezar de nuevo, pero el odio y el dolor no habían desaparecido. Siempre estuvieron con ella. Fueron el motor por el cual Esker'lamet la poseyó. En ella, también habitaban demonios.

– Zyra, creeme. – Habló con dificultad, intentando incorporarse otra vez. – Entiendo lo que sentís. La

ira, el dolor, el rencor. Respeto que hayas decidido conservar las cosas del mundo que habitabas, que no eligieras el camino fácil. Olvidar todo y empezar desde cero.

– ¡Es un monstruo! ¡Él es el demonio! ¡Él fue el culpable de todo esto!

– Zyra... Hay miles de monstruos como él. He visto a muchos. Y yo he sido una.

– Mentís, Miranda. ¡Nadie en esta ciudad ha sido tan vil y perverso como Hernán Guillet!

Lo volvió a patear. El muchacho lloraba.

– Zyra. Eso fue lo que te consumió. Esa es la causa de todos tus males. ¡No dejes que te ganen el odio! La vida estará llena de monstruos. Y no podemos ir matándolos a todos. Porque nos terminamos convirtiendo en uno. Dejalo vivir. Las fuerzas armadas de Makor ya están llegando. Ya no es la policía de Jaiva. Ni la federal. Ni nada de eso. Dejalos

que se pudran en la cárcel. Que convivan con todo lo que hicieron. Que recuerden este día, una y otra vez.

Zyra vio por última vez a Miranda.

– Ese es el problema, Mir. Hernán jamás recordará lo que ha hecho. Jamás sentirá culpa, ni pena, ni desdicha. Jamás podrá remendar lo que ha hecho porque ni siquiera recuerda lo que hace. ¿Qué clase de justicia hay para alguien así?!

Hernán se escabulló por los pies de Zyra. Ésta lo agarró por los pelos y lo azotó contra la pared. La fuerza de su prima parecía crecer conforme crecía su ira. Luego se puso encima de él y le dio un puñetazo.

– Así es como me tenías. Debajo de vos. ¿Lo recordás?

Hernán sacudía la cabeza.

– ¡Recuerdo tu cara asquerosa, tus babas, tu cara de lujuria, mientras me manoseabas y te masturbabas encima de mí! ¡Hijo de puta!

Otro puñetazo.

– ¿Recordás lo que me dijiste?

Hernán sacudió la cabeza.

– ¡Me dijiste que volverías a por mí! ¡Qué eras Hernán Guillet, hijo de Tróbulos del Valle! ¿Sabés cuánto le costó a mi mente ese día? Ese maldito día en el que empecé a escuchar a Esker'lamet, y ni siquiera sabía por qué. Por qué me había elegido. Decime, Hernán, ¿por qué?

– Déjame en paz, por favor... – lloraba el muchacho.

– ¡Bastardo hijo de puta! – le dio un puñetazo. Volaron varios dientes.

– Zyra... Por favor, deja a mi niño. – habló entonces Tróbulos, en nombre de la desesperación. – Te lo ruego, te lo ruego por lo que más quieras. Ya todo terminó. Ya no hay katupyry. Sólo un simple hombre. Ya han ganado. Escucha a tu prima. Ella... Ya ha pasado por esto. Ella podría haberme asesinado hace muchos años. Pero me ha perdonado la vida una y otra vez. Yo también he asesinado. Entiendo lo que

se siente. Pero una vez lo haces, no regresas jamás. Queda en tu mente, por el resto de tu vida. Y pasaré el resto de mi vida sufriendo por todo lo que he hecho. Por favor. El culpable soy yo. No él.

Zyra levantó la vista hacia Tróbulos. Su expresión no había cambiado.

– Tal vez podría perdonarlo, katupyry – le respondió Zyra sin dejar de forcejear con Hernán. – De no ser porque yo estoy condenada a recordar, y él no. Porque yo he muerto, y él ha vivido. Pero sobretodo, porque jamás voy a olvidar ni perdonar, iel día que me lo arrebató todo! – Bajó la vista hacia Hernán. Su voz se tornó más siniestra que nunca. – Mataste a Berenice, con brutalidad. La violaste. La hiciste sufrir. Le clavaste un cuchillo oxidado en el pecho cuando intentó huir, ya sin fuerzas, ya humillada, y torturada. ¡Y no te bastó con eso, que la asesinaste! ¡Y por eso, por eso jamás voy a perdonarte! ¡Por Berenice!

Soltó temporalmente sus muñecas y agarró el cuchillo. Hernán también lo agarró. Comenzaron a forcejear, con clara desventaja. Zyra se inclinó hacia delante y apuntó el cuchillo hacia el pecho del muchacho.

– Zyra... – dijo Miranda con tristeza. – Si lo matás, serás vos el monstruo. No la justicia.

Pero Zyra estaba enceguecida en él.

Hernán comenzaba a perder fuerza. Lloraba, y el cuchillo se acercaba cada vez más a su cuerpo.

– No... Por favor... – gimió el katupyry.

Miranda agachó la cabeza. Ya no había esperanza. Ya no había retorno. Ese era el destino. Zyra no sólo había sido esclava de Hoferos, y luego de Esker'lamet. También era esclava de Hernán. Y la única forma que conocía de liberarse de esas cadenas, era destruyendo su mente. Era buscando la muerte. Pero ahora Zyra quería vivir. Y para ello, él debía morir.

Su pecho se llenó de congoja, pero supo en ese entonces, algo que siempre había permanecido vedado, y ahora se aclaraba. Ella ya era un monstruo. Y era el momento de terminar el ciclo. De darle a Zyra la vida que ella no pudo tener.

Se arrastró hacia donde yacía el cadáver de Urumey. Encontró la pistola. Y con tranquilidad, se apoyó sobre la pared, se acomodó, y sin aviso, le dio un tiro en la cabeza a Hernán.

Murió al instante.

## ZYRA

Zyra se asustó y se echó hacia atrás. Vio como las manos que hasta hace un instante estaban luchando con todas sus fuerzas, ahora se deslizaron por las suyas y cayeron inertes al suelo. Vio los ojos en ese rostro hinchado y enrojecido por el esfuerzo, ir perdiendo sentido e intenciones. Vio como se apagaba la vida de su cerebro, mientras la sangre brotaba por un costado y dejaba un charco en el suelo.

Escrutó a Miranda. Y sólo entonces entendió lo que acababa de pasar.

– Miranda...

Soltó el cuchillo. Miró sus manos. Miró de nuevo el cadáver y se alejó, temblando. Aún no terminaba de comprender quién lo había asesinado. Sus manos estaban limpias. ¿Por qué?



Se acercó a Miranda. De fondo, escuchaba el grito de Tróbulos, que se desvanecía rápidamente, y luego resurgía. Pero ahora estaba concentrada en su prima.

– ¿Qué hiciste?

– No serás como yo. Jamás serás un monstruo, Zy.

A Zyra se le llenaron los ojos de lágrimas. La abrazó y liberó todo su llanto, su dolor, sobre ella. Miranda soltó la pistola y la rodeó con sus brazos.

– Está bien, está bien... – repetía, con cariño. La tomó por la cabeza y le acarició el pelo.

Zyra la estrujó. Su llanto era tan liberador, como una cascada que por años no había caído.

Y estuvo así varios minutos, hasta que por fin se sintió aliviada y se despegó de ella.

– Zyra. Ahora, es momento de que te vayas.

– ¿Qué?

Por una esquina apareció Renato. Zyra lo miró.

– No entiendo. ¿Qué está sucediendo?

– Tenés que irte con él.

– ¿Por qué?

La policía de Makor ya está acá.

– Pero...

– No nos pueden atrapar.

– ¡Des, vení con nosotros!

– Nos atraparían, Zy.

– ¿Por qué?

– Mirá por la ventana. ¿Ves esa yegua blanca? Hay que correr hasta allí, y yo no puedo correr.

– No voy a dejarte.

– Zyra, por favor. Es urgente.

Renato tomó a Zyra de la mano.

– ¡No! – gritó Zyra. – Me prometiste que no me ibas a abandonar otra vez.

– No lo estoy haciendo, Zy. Estaré siempre con vos. Podrás ir a visitarme. Estaremos en contacto.

– ¿De qué carajo estás hablando? ¿Vas a dejar que te arresten?

– Yo soy la asesina, Zyra.

Entonces ella comprendió todo. Le temblaron los labios y de sus ojos brotaron densas lágrimas.

– No me gusta esto, Mir.

Miranda le dio un beso en la frente.

Las puertas de abajo de la planta baja fueron derribadas.

– ¡Ya vámonos princesa! – urgió Renato.

Zyra dejó ser guiada por el hombre.

– ¡Nos vemos, sargento!

– Nos vemos, Renato. Adiós, querida y joven, Zyra.

## **CAPÍTULO 26** ‡

### MIRANDA

Unos minutos más tarde...

Miranda yacía recostada sobre el suelo. Policías a los que ni siquiera se les veía el rostro, cubiertos completamente en una armadura blanca, la hallaron y la rodearon. La revisaron y la esposaron.

La sacaron por la ventana, con una camilla aérea.

Un helicóptero la subió lentamente.

Mientras ascendía, pudo apreciar la destrucción que quedó en el palacio. Todo. Absolutamente todo estaba reducido a escombros y tierra estéril. Excepto la mansión. Los vehículos terrestres no paraban de

extraer cuerpos del interior. Vio el bosque de espinillos. Se preguntó si Renato y Zyra habían logrado salir.

La incorporaron al vehículo aéreo. Tenía espacio suficiente para la camilla, que depositaron al borde de la abertura. Tres soldados se encargaron de amarrarla. Luego uno examinó sus sentidos. Miranda obedeció a todas las órdenes. Para cuando el helicóptero comenzó a avanzar hacia el sureste, la dejaron en paz.

Contempló los campos debajo de ella, y el cielo anaranjado que iba tornándose violeta.

Habían surcado unos kilómetros cuando Miranda consiguió divisar, cruzando por un campo de flores, una preciosa yegua blanca trotando. Renato y Zyra iban montados en ella.

Entonces sí, cerró los ojos. Y descansó.

## RENATO

No hubiesen conseguido abandonar el palacio de no ser por un túnel secreto bajo el almacén. Renato le agradeció al katupyry por ello. Renato le dio un mejor uso, al cabo.

Salvar a una niña en vez de al mayor mafioso del continente.

Zyra estuvo en shock todo el camino, hasta que treparon por unas escaleras y salieron por una escotilla directamente al corazón del bosque de espinillos.

Renato silbó, y la yegua vino de inmediato.

– ¿Es bello, no? – intentó interactuar con la niña, pero fue inútil.

Iba a sujetarla de los hombros, pero Zyra pisó en el estribo y se subió de un salto.

Renato se mostró sorprendido, pero no le dio vueltas al asunto. Las patrullas aéreas se sentían cerca. Montó y se pusieron en marcha.

Era un viaje triste y sin mucho color. Los espinillos rozaban los hombros de su uniforme. En varias ocasiones tuvieron que agacharse para pasar por pasadizos estrechos. Pero luego viraron al este y, tras dar una revisión al cielo, Renato puso la yegua a andar por cielo abierto. Los pastizales estaban altos, pero a los pocos metros, salieron a un campo de flores. Había un sendero marcado.

Renato puso a la yegua a medio galope por si acaso. En mitad del camino, escucharon el sonido de un helicóptero. Renato temió lo peor.

– Tranquila. Sólo estamos pastando. No creo que descieran para comprobar nuestra identidad.

– Nunca pensé eso – respondió Zyra.

– Bueno – reconsideró Renato—. Al menos hablaste.

Alzaron la vista ambos.

– ¿Esa es...?

– Sí – respondió él. – Es Miranda.

Zyra quería saludar, pero Renato le dijo que sería imprudente.

El helicóptero los superó en unos segundos y se perdió en el horizonte.

Escuchó que Zyra echó a llorar. Renato bajó la velocidad de la yegua a paso lento.

– Lo siento, pequeña.

– Se la llevan por mi culpa.

Renato le señaló las flores.

– Algunas deben sacrificarse para que otras florezcan.

– Lo sé – admitió la niña entre lágrimas. – Se sacrificó por mí. ¿Pero qué le harán? ¿A dónde irá?

Renato le fue sincero.

– Bueno, estará en una prisión preventiva hasta el juicio.

– ¿Por asesinar a Hernán?



– Y por todas los asesinatos de Yaymena. Y... los de Esker'lamet.

– ¿Qué? Ella no fue.

– Y tampoco vos. Pero sobre alguien debe recaer la culpa.

Zyra agachó la cabeza.

– Eso seguro serán muchos años de prisión.

– Toda una vida, me temo. Pero no hagamos suposiciones. Es muy posible que por su condición mental, quien sea su abogado le recomendará que declare inocencia por todos los cargos, excepto el de Hernán. Y tal como lo veo yo, es lo justo.

– O sea que estará en un hospital psiquiátrico.

– Otra vez. Sí. Y una condena en prisión por homicidio simple. Serían, tal vez, 10 años. O quién sabe. No conozco mucho las leyes del régimen de Makor.

– En cualquier caso – concluyó Zyra –, será castigada y estará sola.

Renato miró al cielo.

– Sí.

Ambos se quedaron contemplaron el precioso paisaje que les rodeaba.

– Nunca olvidaré lo que hizo por mí. Y por el mundo

– musitó Zyra.

– Yo tampoco, Zyra. Yo tampoco.

Unos días más tarde, habían llegado a la estancia de los Crosborten. Durante aquellos días, que cabalaron por campo, ladeando las rutas, habían formado un vínculo lo suficientemente fuerte como para que Zyra comenzara a tratarlo como a un tío. Fueron buscando recursos al paso, y mientras Renato la protegía y la entretenía con sus chistes, también le enseñaba muchos trucos de supervivencia. Cómo acampar, cómo cazar, o cómo cuidarse de los malhechores cuando el mundo entra en estado de anomia. Le pusieron de nombre Unicornio a la yegua

blanca. Discutieron cuál sería la función de un cuerno en un caballo, y si debería tener colores o no. Pasaron aquellos días viendo en el cielo las naves de Makor, y muchos vehículos incendiados y disturbios en algunos tramos de las carreteras.

Para cuando llegaron a la estancia, el cielo volvió a nublarse y llovió.

Zyra se bajó y corrió a darle un abrazo a su madre.

Renato sintió que la misión estaba cumplida.

Les regaló la yegua a la familia, y ellos lo convencieron de quedarse a cenar esa noche.

Los hermanos de Zyra estaban bastante consternados. Pero Zyra intentó animarlos con todo tipo de cosas. Julia le había comentado a Renato que antes Zyra y sus hermanos se llevaban bastante mal, así que les daba las gracias por ello.

Después estaba Fernis, que parecía haber mejorado un poco con la llegada de Zyra, pero no paraba de llorar o tener ataques de ira contra él mismo. En un

momento, Renato fue a hablar con él, para transmitirle el mensaje que su hermana le había dejado. Eso no lo tranquilizó. Pero sí la charla que le dio él mismo.

Al día siguiente, prepararon una ceremonia para despedir espiritualmente a Berenice, en un lugar donde residían otras lápidas con personas de la familia. A Renato le sorprendió la cantidad de pérdidas que habían tenido. Ese día también llovió, y aunque Renato sintió que ya había terminado con su trabajo, aceptó con gusto quedarse para la ceremonia. Fue entonces, cuando todos lloraron, y Fernis se quedó abrazado a la lápida de su amada, y Zyra se quedó abrazada a sus hermanos -que la perdonaron por todo lo que les hizo-, y Julia miró a Renato con una triste sonrisa; que él se dio cuenta que estaba reemplazando el lugar de Miranda. Y había en ello, una enorme sensación de dignidad y satisfacción.

## REMINIS

– ¿Te sientes bien? – preguntó Tupa, muerto del miedo, escondido detrás de una de las columnas.

Reminis estaba sentada sobre el altar de piedra. De sus dos antebrazos había brotado mucha sangre, que para ese momento ya había sido absorbida de nuevo. Sus heridas se cerraron, dejando solo un tatuaje con un montón de símbolos.

– Sí – dijo con firmeza. Se miró los brazos.

– ¿Y tienes ganas de matarme?

Reminis sonrió.

– Sí, un poco. Pero no te mataré. Salí de ahí Tupa, y ayudame vestirme de nuevo.

Tupa salió, vacilante.

– Funcionó – declaró Reminis cuando el monje se acercó.

– Entonces tenías razón. Así se escribe toda la frase de invocación de Esker'lamet, y puesta al revés, la obligas a mantenerse adentro.

– Atada a mi voluntad. Sí.

– Increíble. ¿Y cómo te sientes?

Reminis se colocó el corpiño y la tanga. El monje le alcanzó las demás prendas.

– Bueno... Por un lado, me siento capaz de todo. Fuerte. Segura. Y, muy sexy – le agarró el mentón al monje. – Podría obligarte a cogerme aquí mismo con un simple chasquido.

Lo soltó. Tupa se vio extremadamente avergonzado.

– Tranquilo. No haré eso.

– Que alivio. Mis votos...

– Tres carajos tus votos, Tupa. Tu hermano murió. Esker'lamet lo mató.

– ¿Qué? – balbuceó Tupa. – Sí... él me dijo que eso pasaría. Pero tenía esperanzas de que no sucedería.

– Lo siento – se disculpó Reminis. Percatandose de su actitud. – Fui muy brusca. Es parte de esto.

– Está bien.

Se terminó de colocar la musculosa y el jean. Caminó hasta la cruz, donde estaba colgada una campera de cuero.

– Puedo resistirlo. Pero... me siento... muy diferente.

– Sí – admitió Tupa. – Tu personalidad ha cambiado. Y también un poco tu físico, creo.

Reminis sacó un espejo de mano de uno de los bolsillos. Su pelo estaba rubio platinado. Su rostro estaba más anguloso, y sus ojos verdes casi brillaban, con unas pizcas de manchitas anaranjadas.

– Tiene sentido – expresó.

Caminó hacia el exterior. Tupa fue tras ella.

Cuando estaban afuera, contemplaron el atardecer.

– Que bella puesta de sol para un día tan trágico – opinó el monje.

Reminis se quedó mirando el cielo fijamente.

- Sí... Pero lo logramos, Tupa. Entre todos.
- ¿Puedes ver a los demás? – le preguntó.
- Tengo la memoria de Esker’lamet. Sé todo lo que sucedió.
- ¿Y?

Reminis sintió resistencia en su pecho.

- Zyra despertó. Pero intentó asesinar a Hernán. Lo mismo que hubiese hecho yo. Miranda le disparó a Hernán, y así Zyra entró en razón. Renato logró llevarse a Zyra. Y a Miranda la están llevando a prisión.

- ¿En qué momento cayó Esker’lamet? – preguntó confuso Tupa.

Reminis lo miró.

- Nunca.

El monje se vio invadido por el miedo.

Reminis lanzó una carcajada.

- Tranquilo, chiquito. La pelea con Miranda debilitó enormemente al demonio. No se lo esperaba. Parece



que mi amada tiene algún vínculo incomprensible -aún- con Uliana.

– Sí... Urumey me habló de eso.

– Con eso fue suficiente para separarla casi por completo de Zyra – continuó Reminis—. Pero no vio que el sentimiento de odio y dolor en su prima era demasiado fuerte como para desvincularla. O sea, Esker’lamet es la reina del odio y el dolor. Cuando el muñeco vudú que dejó Urumey cambió de color, esa fue la señal.

Tupa se adelantó.

– Espera. ¿La señal era el momento de su muerte?

– Por supuesto que no se lo iba a decir a su hermano, Tupa.

– Lo hubiera aceptado igual...

– Los humanos somos impredecibles con los sentimientos, Tupa. Era mejor confiar en el secreto. Siempre es mejor mantener los sentimientos lejos del trabajo.

Reminis vio que Tupa fue a sentarse sobre un tocón. Bañado bajo la última luz del día, parecía una obra de arte romántica.

– Así que eso me convierte en el último monje de la ma'shemek.

Reminis gruñó.

– Tal vez haya más. Ocultos. Como Urumey.

– Es cierto – se animó Tupa. – Los buscaré.

Reminis revoleó los ojos.

– Me da igual lo que hagas, Tupa. Yo que vos aprovecharía a vivir una nueva vida. Pero qué más da. Ya me voy.

– ¿A dónde irás? ¿Qué harás tú?

Reminis sacó unos lentes rosados de su chaqueta.

– No lo sé. Puedo hacer cualquier cosa.

– Tal vez deberías buscar ayuda para mantener a Esker'lamet sellada, por si acaso.

Reminis resopló.

– Qué aburrido. Sí, eso haré. Más tarde. Primero me tomaré unos años sabáticos. Quiero olvidar esta ciudad lo más rápido posible.

Se puso a andar camino a la salida.

Cuando iba por el cementerio, Tupa le gritó.

– ¿Y Miranda? ¿Qué hay de vosotras?

Reminis se detuvo. Volteó y lo miró por debajo de los lentes.

En ese momento llegó un coche.

– ¿Estás loco? Un beso que podría hacer explotar el mundo, tonto.

El conductor del vehículo era un muchacho apuesto.

Reminis fue a sentarse en el asiento del copiloto.

– ¡Buena suerte, Rem!

– Sí, sí. Para vos también, cabeza de rodilla.

El auto dio una vuelta en U, chocaron una de las lápidas. Y se fueron.

Reminis bajó la ventanilla y respiró el aire crepuscular.

– ¿A dónde vamos, nena? – le dijo el conductor.

– Montevideo. De ahí saltarás al mar. Me dejarás el coche y todo tu dinero. ¿Te parece, cariño?

El conductor asintió, sumergido en una alegría inducida por ella.

Un día después, en la costa de Uruguay, Reminis se pintaba los labios sentada sobre el capó del coche, mientras el sol resplandecía sobre el mar. Se prendió un cigarrillo mientras se quedó viendo como el pobre desgraciado caminaba directo al mar.

– No te preocupes. Era un mal cliente del hotel.

Filomoris estaba de pie a su izquierda. Había cierto laconismo en su postura.

– Ahí va tu primer asesinato, Reminis – dijo él, con desdicha.

Reminis se puso los lentes.

– No seas dramático. Hizo cosas malas. Si no existiera la culpa en su mente, entonces no estaría hechizado. Eso corrobora su maldad.

– No. Sólo corrobora la tuya.

Reminis levantó una ceja.

– Creí que eras más divertido.

Se incorporó y entró a su coche. Filomoris desapareció.

Puso el coche en marcha, bajó la ventanilla y sacó un brazo para sentir la brisa marina.

– Siento que me siento completa con Esker’lamet – se atrevió a decir Reminis. Por el espejo retrovisor se veía a Filomoris, que de alguna manera entraba en el asiento. – No me vayas a decir que es parte de su manipulación. Obvio sé cuál es su influencia en mí. Pero no importa que sea una criatura con eones de antigüedad. Si quiere sobrevivir, tiene que evolucionar. Adaptarse a mí. Sentir el calor del sol,

respirar el aire en una ruta, escuchar música, y, por supuesto, sentir los placeres de la carne.

Filomoris suspiró.

– Esto no es lo que esperaba.

– A qué no, ¿eh maldito bicharraco?

– Aún así, es mi deber advertirte Reminis, que Esker’lamet, por más sellada que esté a tu cuerpo y mente, va a encontrar la forma de tener más poder. De resaltar tu maldad y tus debilidades.

Reminis lo miró por el retrovisor.

– No – refutó Reminis. – ¿Es que no estuviste presente en toda esta historia? – sacudió la cabeza. – *Esto* es lo que quiere Esker’lamet.

Sacó la cabeza por la ventanilla y gritó con euforia. Su pelo flameó con el viento, y un auto que venía en dirección contraria le tocó bocina, y le gritó loca. Reminis regresó a su asiento lanzando carcajadas.

– Ya no hay quien la ate más que yo. Y yo soy una mujer que ya ha sido escoria de esta sociedad.

Esclava de mi cuerpo, de esa jodida ciudad, de un hotel, de los hombres. Yo no la esclavizo. Le estoy compartiendo mi existencia. La maldad es una mentira, Filomoris. Existe el sufrimiento y la felicidad. Se acabó esa era. Para nosotras dos.

– Honestamente, me cuesta creer que algo que ha causado tanto mal ahora deje de hacerlo.

– No lo hará. Tengo una lista bastante larga de desgraciados que me han hecho sufrir. Ese que se fue al mar fue el primero.

– Reminis...

– No te preocupes.

– Seguirás con la cadena de odio y venganza.

– Claro que no. La romperé. Romperé lo que Esker'lamet, Hoferos y los hombres han creado. Este sistema injusto y desvariado, basado en el abuso de poder, en esclavizar, torturar y asesinar a otros en nombre de la razón o de algún dios. La especie humana ha elegido un camino vil.

– También tiene sus cosas buenas.

– Sí. Y personas buenas, que han advertido y repetido tanto tiempo que debían detener la rueda. Que su camino solo los conduciría a la autodestrucción. Y por mí que se vayan al infierno. Pero, hay personas que no se merecen ser destruidas. Convertirse en el mal para salvar a los buenos. Ensuciarse las manos para que los bondadosos estén limpios. O al menos darle un final digno a este planeta.

– Suenas a Miranda.

Reminis se quedó unos segundos en silencio.

– Ya entiendo. Ella es la llave, esta vez. Mientras la recuerdes y la ames, no perderás el control.

Reminis le pegó al volante.

– ¡Carajo! ¡Esa perra iba a suicidarse! ¿Y sabés qué me dijo? ‘Nos vemos pronto’. Me mintió. Si yo no hacía esto. Ella estaría muerta ahora...

– Entonces...



– ¡Por supuesto que la amo! Y recordaré por siempre su mirada por las noches. Pero no. No hago esto por ella. Lo haré por Zyra, por Berenice, y por Fernis. Personas buenas que no merecían lo que les pasó. ¿Y sabés qué? ¿Podés cambiar de forma o qué? Porque que estés así enrollado me pone bastante nerviosa.

– ¿Quieres que cambie de forma?

– Sí. Hacete más chiquito, como antes.

– Sólo era una ilusión.

– Entonces no podés cambiar de forma...

– Sí, puedo.

– Des, hacelo.

– ¿Por qué? Puedo mostrarme de manera psíquica más...

– No es sólo para verte. ¿Sos consciente de que pasaremos el resto de nuestra vida juntos? No pienso vivir teniendo conversaciones psíquicas. Quiero que todos te vean. Vas a entrar a los bares conmigo, y me

darás opinión sobre ropa y tonos. Y no quiero que midas como 3 metros cuando eso pase.

– Podría ser un cuervo psíquico. Los demás pensarán que soy real.

Reminis se rió, pero luego se puso bien seria.

– No. Basta de psíquico y burbujas y todo eso. Sólo, ¡hacete más chiquito!

Filomoris se quedó inmóvil y habitó sólo el silencio de la ruta.

– ¿Ya empezaste o qué? ¿Por qué me mirás así?

– Cambiar mi forma física es algo... perturbador para ver. Tengo que reestructurar mis huesos y mis tendones...

Reminis frunció el ceño.

– Parecés un sistema operativo viejo, Filomoris. Yo podría hacerlo mejor. – Abrió la guantera y tomó una fotografía. – Está bien. Pondré música alta para no oírte. Y ésto aquí para no verte.

Giró el dial del tablero y la música invadió todo el coche. Luego pegó la fotografía con un pedazo de cinta en el espejo retrovisor.

– Espero que ya hayas empezado – gritó Reminis, para luego pisar más a fondo el acelerador. – Por cierto, habías dicho que tu misión era proteger el cofre. Pero en realidad te referías a Esker’lamet, maldito cretino. Estás atado a Esker’lamet, ¿verdad? – Se echó una risa. – O tal vez enamorado de ella, no lo sé. El amor... es un bien innecesario.

La fotografía era una instantánea de ella y Miranda, el día que Reminis había hecho bizcochuelo y Miranda había llegado cansada del trabajo.

Había muchas más, con Fernis y Berenice, pero ésa era su favorita.

El día que huyeron, habían pasado por la casa de Julia para dejar gran parte de sus pertenencias.

Cuando fue con Tupa a llevar a Fernis, Julia se la dio.

*Te conocí muy poco, Julia. Pero gracias por esto. Y  
por las palabras que me dijiste cuando me fui.  
'Las memorias son las raíces de nuestra conciencia.  
No te olvides de nosotros'.*



# PERORATIO ‡

## ESPERANZA

Hubo un tiempo donde creía que mi destino era habitar la oscuridad, observar las cosas que estaban mal y señalarlas, mientras me desafiaba constantemente a ser más fuerte, más ágil, más justa. Pero en ese tiempo, nunca pude encontrar respuestas.

Sólo preguntas.

Me preguntaba por quién peleaba. O para qué. Por qué.

Y por cada intento de salir de esa habitación oscura en mi mente, una nueva fractura se generaba. Porque

las decepciones y las pérdidas nos acompañan toda nuestra vida. Y me di cuenta entonces, que no era fuerte, ni ágil, ni justa.

Sólo sobrevivía a lo que me perseguía. Un pasado que jamás podía ver. Y por tanto, un futuro al que no podía aspirar.

Sí, tal vez no sea tan humana. Pero prefiero aspirar a serlo, que convertirme en un monstruo que acecha desde la oscuridad.

He aquí un tiempo de camino a un hospital blanco, a internarme, a perder la autonomía, a cumplir una condena.

Pero esta vez, no me habita el terror, ni la oscuridad, ni el odio, ni la injusticia. Porque he tenido el privilegio de tener memoria de lo que he hecho, y lo que han hecho los demás.

Esta vez supe por quienes peleaba. Para qué. Y por qué.

Y jamás olvidaré de mi memoria las cosas que me han enseñado. Zyra. Berenice. Reminis. Renato. Tupa. Urumey.

Me siento mejor, Alexander.

Confiaré en mis doctores. Y en los jueces. Y en los abogados. En mí misma.

Pero... hay cosas que siempre parecen repetirse.

Como una condena.

O una maldición.

Pero siempre tendremos opción para elegir en qué convertirnos. Incluso con tu mente rota o tu corazón lastimado, siendo un ladrón que asesinó por cobardía o un prestigioso agente de élite que ya todo lo tiene, hasta la soledad. O un informático que es ignorado por su hermana. O si sois una adolescente mitad dios adicta a la cocaína que ha perdido a su padre y es perseguida por un demonio. O una mujer que ha sido

excluida de la sociedad por su cuerpo, y se ha entregado a la prostitución para sentirse mejor consigo misma.

Incluso siendo una inexperta oficial de policía, que se enamora y arriesga su tranquila vida por una potencialmente letal para su vida.

Tal vez no exista la justicia. Pero si algo he confirmado. Es que existe el amor. Y es la mejor medicina para el odio.

Deberías haber aprendido eso, Esker'lamet.



*Este libro está dedicado a Ana Lucrecia Da Silva.*

*Por su padre.*

*Por su madre.*

*Por la vida.*

EL LIBRO AZUL  
LA MALDICIÓN  
DE  
ESKERILAMET

Hundida en la oscuridad de las calles frías de Jaiva, Artemisa sale de su casa una fría noche de otoño. Encaminada hacia el Hotel de Mario, la más lujosa red de prostitución del país, a cumplir con su trabajo, cuando un grupo de sicarios la intercepta para hacerle cobrar el dinero que le debe a la mafia paraguaya.

Ella es una mujer trans, sobreviviente de la pandemia y de la sociedad. Ella paga lo que debe.

Al alba, Artemisa está muerta. Su cadáver, violentado y escarchado, es hallado por la policía.

Su muerte es tan solo el principio de una guerra por el poder que está a punto de estallar . Y las consecuencias de ello involucrarán mucho más de lo que se espera. Dioses, demonios, sectas, y una maldición que une a tres mujeres atravesadas por el sufrimiento.



UNIVERSO  
2019

